

PENINSULA ODISEAS

China Fast Forward

Sergi Vicente



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

MAPA

PORTADILLA

PLAY

0. ENTONCES SUPE QUE NO DURARÍA DEMASIADO

1. PERO ¿QUÉ DIABLOS HAGO AQUÍ?

2. LA DIMENSIÓN DEL MUNDO SE HABÍA ALTERADO

3. TAIYUÁN

4. LA GRAN BRECHA

5. ADAPTACIÓN

6. LLENAR LA BARRIGA

7. LA DETENCIÓN MÁS LARGA

8. LOS OBREROS DEL MUNDO

9. PAISAJE BLADE RUNNER

10. ADOPCIONES

11. CRECER O MORIR

12. EL CUELLO DE MAO

13. EFECTOS COLATERALES

14. LAS HERMANAS JIN

15. MERCADO DE ALMAS

16. SICHUÁN

17. TIANANMÉN

18. EL IMPERIO DE LA LEY
19. DEMOCRACIA DE BASE
20. CONTROL DE LA INFORMACIÓN
21. TÍBET
22. XINJIANG
23. POTENCIA MUNDIAL
24. EL SUEÑO CHINO
STOP
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



SINOPSIS

¿Qué sabemos de la China? No, de verdad: ¿qué sabemos?

Seguramente tan poco como cuando Sergi Vicente aterrizó en el país en 2003 con la idea de dar clases de inglés a niños durante tres semanas. Nunca llegó a utilizar el billete de vuelta. A los pocos meses TV3 empezó a pedirle crónicas desde el terreno y poco después se oficializó la corresponsalía.

A lo largo de los casi doce años que siguieron, Sergi Vicente recorrió todas las provincias chinas en busca de la noticia. Su periplo coincidió además con una época de profundos cambios en el país asiático, cambios que han catapultado a China a la primera línea informativa y de los que el ahora director de BTV ha sido observador privilegiado.

Es este un relato en primera persona, hecho desde el conocimiento del territorio y la cultura china, en el que se da cuenta del salto generacional y la apertura social de la China, el replanteamiento de prioridades político-económicas y las urgencias medioambientales de un país demográficamente al límite. En resumidas cuentas, estamos ante un libro imprescindible para entender cómo es la China de hoy y cuáles son las claves para entender sus retos inmediatos de futuro.



China Fast Forward

Sergi Vicente

Traducción de Agnès González

ediciones península

PLAY

Cuando la memoria vuelve a mi periplo chino de más de doce años ininterrumpidos, enseguida me invade una sensación familiar. Vértigo. Es como si todo hubiera ocurrido a cámara rápida. Cualquier recuerdo, cualquiera de los centenares de viajes que hice por todo el país, cualquiera de las personas a las que conocí... suele aparecérseme como una sucesión inconexa de *flashes*. Es como si prácticamente no hubiera habido tiempo para descansar entre historia e historia, como si hubiera sido incapaz de procesar todo el conocimiento y las experiencias que fui acumulando y, sobre todo, de darle sentido en conjunto.

El libro que el lector tiene en las manos pretende poner un poco de orden en todo ello, por pura necesidad vital y para evitar el riesgo de que esos años de dar testimonio se conviertan en un recuerdo cada vez más difuso, idealizado o alterado por los caprichos de la memoria. Yo ya he cerrado mi etapa allí como corresponsal de televisión y me distancio del relato de su actualidad, pero China sigue evolucionando y, créanme, va muy deprisa.

Precisamente porque todo ha ido a un ritmo tan acelerado, solo cuando he podido distanciarme he sido capaz de digerirlo todo lo suficientemente como para sentirme con fuerzas de contarlo. Y no quiero engañar a nadie: es más bien un relato de cómo lo viví yo, no tanto de lo ocurrido en China durante todo ese tiempo.

Hay quien cree que, cuando el cuerpo se traslada a miles de kilómetros de distancia en muy poco tiempo, como en un viaje intercontinental en avión, el alma es incapaz de seguirlo y necesita un tiempo para adaptarse. Cuando eso

ocurre no solo nos encontramos físicamente abatidos, sino que también estamos cósmicamente descolocados, habituándonos a nuestra nueva posición en el mundo.

Echo la mirada atrás como observador que no interviene en la realidad que describe y sin la presión de tener que interpretarla con las prisas que exige la actualidad informativa. Pienso en todo lo vivido en China y me viene a la cabeza esa teoría. En todos los sentidos, los cambios que han convertido China en un foco de atención mundial son de tal dimensión y velocidad que la han sacudido hasta el nivel del desconcierto. Desconcertada es como veo a una sociedad que debe reinterpretar quién es y de dónde viene para dar sentido a la realidad de un presente muy cambiante. Es un desconcierto también común entre la mayoría de los informadores, expertos, empresarios o diplomáticos con quienes he coincidido durante esta etapa vital y profesional: «Cuanto más tiempo paso en China, menos capacitado me siento para analizarla», hemos dicho en alguna ocasión aquellos que, en cambio, en nuestros países somos considerados «expertos en China». Y cuando preguntas a los supuestos expertos chinos sobre cuestiones fundamentales de un país casi tan grande como todo el continente europeo y con el doble de habitantes, con un mosaico complejo de grupos étnicos, lenguas, religiones y civilizaciones, las respuestas suelen ser difusas. Cuesta encontrar afirmaciones categóricas que respondan a interrogantes como «¿qué pasa en China?» o «¿cómo son los chinos?». Por no hablar del hecho de que, debido a la distancia cultural, muchos de esos expertos, o gente que, como yo, hemos vivido largas temporadas en China, solemos cambiar de interpretación sobre determinados aspectos con facilidad. No voy a mentir al lector. Nada de lo que lea a partir de ahora cambiará esa borrosa percepción.

0

ENTONCES SUPE QUE NO DURARÍA DEMASIADO

Lo teníamos todo a punto. Habíamos alquilado un coche y reservado tres semanas de apartamento en Menorca. La escapada ideal al paraíso para alguien que ya consideraba Matrix, también conocida como Pekín, su ciudad. Teníamos los billetes, y las maletas estaban a medio hacer a falta de pocos días para partir. Hacía demasiado que no tenía tiempo libre ni ahorros y ya ni me acordaba de dónde habíamos ido la última vez que nos habíamos podido tomar unas vacaciones.

Pero todo empezó a tambalearse cuando repasé mentalmente el papeleo del viaje. Mi mujer, Wang Can, tenía el visado Schengen en regla y mi hijo recién nacido, Zètic, podría entrar en el espacio europeo sin problema porque le habíamos hecho el pasaporte español. Entonces fue cuando una lucecita de alerta se encendió en algún rincón de mi cerebro. Zètic tenía pasaporte español, en efecto, pero... ¡Hostia p...! ¡No tenía visado chino! Había nacido ese mismo año en Pekín y habíamos expedido solo el pasaporte español, así que se nos había escapado ese detalle tan importante sencillamente porque aún no había tenido que cruzar ninguna frontera y no nos habíamos dado cuenta. Si a efectos de inmigración era extranjero, necesitaba, como todo extranjero, un visado para vivir en China.

Mi mente trabajaba a toda prisa. Podíamos pedir el pasaporte chino porque, al haber nacido en Pekín y tener madre china, el niño tenía derecho a

tenerlo, pero el papeleo llevaría demasiado tiempo. Además, una vez tuviera el documento habría que hacerle visado Schengen en el consulado de España. También podíamos tramitar un visado chino de urgencia para el pasaporte español.

Había que intentar una u otra cosa. Lo que estaba claro era que, si no hacíamos nada, el niño no podría salir de China a tiempo. Mientras investigaba vanamente formas de posponer todo el viaje, fui al Buró de Entradas y Salidas de la Policía, el lugar donde cada diciembre renovaba mi visado de periodista.

Enseguida encontré a uno de mis interlocutores habituales, que me reconoció y me dijo que esperara cuando le conté de qué se trataba.

Me llevaron a otra sala que no tardé en reconocer. Estaba justo al lado del lugar en el que, hacía apenas unos meses, en febrero de 2011, me habían interrogado por la cobertura de la «Revuelta del Jazmín».

Más que una revuelta, ese episodio fue un intento fallido por parte de no se sabe muy bien quién, probablemente activistas chinos residentes en el extranjero, de desestabilizar el Partido Comunista chino. Coincidió con las primaveras árabes y posiblemente porque los claveles habían tenido un papel simbólico en otros países en crisis, como Túnez, los organizadores eligieron una flor, *molihua*, el jazmín, como icono de su particular acción. El llamamiento se mantuvo durante un mes e invitaba a quienes quisieran sumarse a la protesta a concentrarse espontáneamente en el centro de las principales ciudades chinas cada domingo.

Tuvo un efecto curioso. Quienes no faltaron a la cita fueron los periodistas y la policía. Mucha policía. Wangfujing, eje comercial del centro de Pekín solo para peatones, estaba poco más o menos tan lleno como de costumbre, pero nada llevaba a pensar que esa convocatoria tuviese el efecto esperado. Nunca nadie llegó a manifestarse, a desplegar ninguna pancarta, a gritar nada en nombre de la democracia. O quizá sí tuviera el efecto desestabilizador que buscaban, porque el nerviosismo de la policía derivó en situaciones absurdas y tensas.

Corrió la voz de que la protesta se haría delante de un McDonald's habitualmente muy concurrido y ahí fueron llegando hordas de reporteros con

cámaras a la espera no se sabía exactamente de qué. «¿A qué famoso esperan?», se preguntaban algunos peatones. La policía estaba desconcertada porque no sabía qué esperar de esa conjura, pero nadie dudaba de que, con el precedente de Tiananmén aún fresco en la memoria, las autoridades reprimirían cualquier amago de protesta.

Por eso cuando, mientras la prensa empezaba a aburrirse y la policía lo observaba todo con prudencia, apareció de repente un ramo de flores blancas al pie de las escaleras del McDonald's, la calma tensa se convirtió en caos, con cámaras amontonándose para capturar la imagen y carreras para retratar al chico que las había dejado (o al menos todo el mundo así lo creía). El embrollo se desbordó cuando aparecieron policías de paisano que localizaron al individuo y lo empujaron hacia una calle contigua, lo que provocó que aún se amontonaran más cámaras. Mientras la pasma de paisano reducía al chico, los cámaras luchaban para conseguir el mejor plano. La marea de periodistas acompañó el intento policial de apartar al sospechoso y así siguió durante un rato, hasta que se lo llevaron.

El lío fue monumental cuando por la red empezaron a circular fotos del embajador estadounidense en Pekín, John Huntsman, cazado por los móviles de los peatones como supuesto espectador que «pasaba por ahí». En la red y en algunos medios de comunicación chinos enseguida lo acusaron de conspirador o instigador.

La conclusión generalizada es que el llamamiento había tenido su efecto: desestabilizar, tocar las pelotas. De tal manera que, en el segundo fin de semana de la «revuelta», la policía adoptó un papel activo. Primero, el Ministerio de Exteriores hizo uno de esos comentarios críticos que no decía nada en concreto pero que todo el mundo entendía: «Se recuerda a los informadores extranjeros que, para realizar su trabajo, necesitan el permiso de las unidades o personas del lugar en el que tienen que entrevistar». Si bien la normativa olímpica había mejorado sustancialmente las condiciones en las que los informadores extranjeros trabajábamos en China, Pekín hizo lo que hace cuando decide que ya basta. Sin romper su promesa, hizo una relectura del compromiso. Recurrió a la excusa de que Wangfujing estaba gestionado por un *danwei* (antigua unidad de trabajo de la época maoísta) que se

encargaba de las cuestiones administrativas. Y paralelamente al comunicado del Ministerio, la policía empezó a llamar a los periodistas para advertirles de que, si iban al centro, debían tramitar el permiso en las oficinas de ese *danwei*.

Todo ello ocurría uno o dos días antes del segundo domingo del jazzmín y, cuando desde diferentes corresponsalías llamábamos al lugar designado por el Gobierno, nos decían que había que pedir permisos con mucha antelación y nos daban todo tipo de largas si queríamos grabar en domingo, fuera de la semana que fuera.

El siguiente domingo, Wangfujing se hallaba en estado de excepción. De repente, habían aparecido andamios de obras en medio de la calle, que curiosamente desaparecieron una vez que la policía aplastó cualquier tentación de darle crédito a ese episodio. Vehículos policiales vigilaban todos los accesos a la calle, anchos o estrechos. Cuando localizaban equipos de periodistas extranjeros, enseguida les pedían su identificación. Acudimos a las oficinas del *danwei* y rellenamos una petición de grabación que sirvió para certificar nuestra presencia, pero no para grabar libremente. Otros fueron más atrevidos e intentaron entrar en Wangfujing por todos los medios. Algunos de los que primero burlaron la vigilancia policial y después fueron interceptados acabaron en furgonetas que se los llevaron a una comisaría... o les zurraron unos matones ante la pasividad de los agentes, que hacían la vista gorda. Alguno de esos periodistas tuvo que ser atendido en el hospital.

Ese día recibí una llamada del Buró de Entradas y Salidas, que me citaba esa semana sin darme el motivo exacto.

Cuando llegué, me hicieron pasar a una sala de espera. Ahí me encontré a algunos compañeros de profesión de diferentes nacionalidades. El equipo de la televisión alemana salía, con cara de frustración, cuando me tocó entrar a mí.

De forma muy educada, me pidieron que me sentara, me ofrecieron un poco de té y me presentaron al inspector Zhang, dos otros agentes y un miembro del Gobierno municipal. Zhang tenía al lado una cámara trincada en un trípode y preparada para grabar.

Uno de los agentes tomaba notas, otro grababa el interrogatorio en vídeo

y el tercero estaba presente en condición de traductor, del español al chino.

—Nos consta que el pasado domingo usted fue a Wangfujing. ¿Lo hizo por iniciativa propia? —soltó el inspector.

—Así es —me avancé en chino, buscando el intercambio visual directo, justo en el momento en el que el poli traductor se disponía a decírmelo en su castellano con acento latinoamericano.

—¿Para qué fue?

—Fui a asomar la cabeza por lo de la «protesta del jazmín».

—¿Cómo se enteró de esa actividad? —continuó Zhang.

—Bueno, no se sabe exactamente quién la ha organizado, pero la red va llena de comentarios al respecto. Todo el mundo lo sabe.

Zhang tenía un tono de voz potente. Transmitía autoridad:

—¿Por qué consideró que era noticia?

—Soy periodista, ¿qué quiere que le diga? ¿Por qué acudieron al lugar el resto de los periodistas? ¿Por qué estaban ustedes ahí, la policía, a centenares?

Si en ese momento hubiera podido leerle la mente al inspector Zhang, probablemente me hubiese dicho: «las preguntas las hago yo», pero el hombre permaneció impertérrito y siguió:

—Usted recibió una llamada nuestra unos días antes. ¿Se acuerda?

—Sí, me llamaron para recordarme que la regulación para la prensa extranjera de 2008 establece que es preciso el consentimiento de la organización o el individuo al que queremos entrevistar.

—Así es —dijo con firmeza, para continuar con un tono más pedagógico—. Pero, aun así, se presentó en Wangfujing sin tener el permiso necesario.

—Llegamos a Wangfujing, mostramos las credenciales a petición de uno de sus colegas y, puesto que no podíamos entrar, preguntamos dónde teníamos que pedir la autorización. Luego dos hombres vinieron a recogerlos y nos condujeron al *danwei* de Wangfujing. Ahí nos pidieron que rellenáramos un formulario, pero nos dijeron que había que pedir permiso con tres días de antelación, así que lo pedí para el domingo siguiente... En cualquier caso, no lo entiendo. La ley dice que necesito una autorización de la persona, no dice nada de grabar en la calle.

—Wangfujing es una zona especial, como Tiananmén o Xidan. Y pertenece a la oficina de administración a la que acudió, a esa unidad. Por lo tanto, son ellos quienes deben darle la autorización.

—Bueno, eso es lo que intenté, pero me daban hora para hoy, no para el domingo... Escuche, yo respeto sus leyes, pero ustedes tienen que comprender que mi trabajo es informar.

—Le diré algo y quiero que le quede muy claro. El llamado movimiento jazmín *bu cunzai*.

Miré confuso al traductor:

—¿*Bu cunzai*?

—No existe —respondió diligentemente el traductor.

Volví a mirar al traductor doblemente confuso y, de nuevo, a Zhang, que ese día ya había seguido el guión al menos en tres o cuatro ocasiones con otros periodistas extranjeros.

—Si no existe, ¿para qué estaban ustedes ahí? ¿O nosotros, los periodistas?

—Con el jazmín solo hacemos té. No existe. ¿Le ha quedado claro?

No era el momento de disputar una absurda partida de ping-pong y lo dejé pasar. Tan solo me salió una sonrisa torcida, de resignación.

—Sí, me queda claro.

—La presencia de periodistas es una interferencia y contradice la normativa china porque equivale a apoyar actividades en contra del Gobierno.

«Pero ¿no me ha dicho que no existía?», estuve a punto de responder.

—A ver, quiero ser totalmente sincero con ustedes. No entiendo por qué tienen que hacer todo esto, ni el despliegue policial del otro día. Déjennos ir y ya verá como tampoco pasa nada. Yo no veo a la gente saliendo a la calle a hacer ninguna revolución, sinceramente...

—Exacto, ¡porque no existe!

—Disculpe, ¿señor...? Su nombre era...

—Zhang.

—Solo es por cortesía, para saber cómo llamarle cuando lo escriba en mi *blog*...

—Esta es una conversación privada y esperamos que no la convierta en ninguna noticia.

—Bueno, no puedo convertirla en ninguna noticia porque, a diferencia de ustedes que lo están grabando todo, yo trabajo para una televisión y, como sabe, sin cámara no tendría imágenes para dar ninguna noticia. Además, si no existe, ¿cómo voy a dar ninguna noticia?

Zhang contuvo una sonrisa.

—A ver. Lo único que quiero decirles es que los periodistas solo intentamos hacer nuestro trabajo, que yo no tengo ninguna intención ni de buscarles problemas ni de apoyar ninguna revolución. Soy el primero en seguir la ley, pero el procedimiento tiene que estar claro. No puede ser que lo respete y que al final no pueda grabar nunca en Wangfujing, por más que lo pida.

—Ni en Wangfujing ni en Xidan ni en ningún otro sitio. Si necesita saber algo, diríjase al Departamento de Información.

Me volví hacia el individuo del Gobierno local y este me recitó una especie de protocolo.

—Pero ¿qué mal hay en dejar a unos cuantos periodistas entrar en Wangfujing?

—Alteran el orden público y estorban la circulación.

—¿Eh? ¿El tráfico? Pero si Wangfujing es una calle peatonal.

—Sí, pero al lado hay calles.

—Mmm... Por cierto, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Pregunte.

—Me gustaría saber qué ley dice que grabar estas actividades, o intentar grabarlas, puesto que ahí solo hay policías y periodistas, es ilegal.

—El decreto 537.

—¿La normativa de los Juegos Olímpicos?

—Posterior a los Juegos Olímpicos.

Era la normativa referida a los corresponsales extranjeros aprobada un año antes de los juegos, que Pekín endureció justo después de las Olimpiadas cuando vio que posiblemente nos había dado demasiado margen de maniobra.

—Bueno, queda claro que nada de lo que diga justificará mi presencia en

Wangfujing. Ustedes me han citado, ustedes dirán.

—¡Bien! —celebró Zhang como un maestro complacido con la respuesta de un alumno que progresa—. Y hay otra cosa. Debe tener presente que, si no cumple la normativa sobre reporteros extranjeros, su vida en China se verá afectada por ello.

—¿Cómo? —dije frunciendo el ceño— ¿Quiere decir mi vida o mi trabajo?

—Su trabajo.

—¿Puede concretar? ¿Qué me está diciendo, que si no lo hago me retirarán el visado?

—Son detalles que de momento no puedo darle. Nosotros ya le hemos avisado. Y que no se le olvide, lo del jazmín no existe. Con el jazmín solo hacemos té.

Llevaba ya unos cuantos años en China y una buena colección de detenciones —aleccionamiento incluido—, pero nunca me habían amenazado tan directamente. Otros periodistas extranjeros hablaban de «castigo». Me molestaba que, por una tontería como esa y por hacer mi trabajo, me consideraran una amenaza. Tenían cincuenta razones más nobles para citarme. Pero eso... Ni siquiera era de la clase de periodistas extranjeros que se plantaban en la puerta de la universidad con una foto del hombre del tanque de Tiananmén y les preguntaban a los jóvenes estudiantes «¿sabes qué es esto?» u otros recursos fáciles y especialmente humillantes para la autoridad china.

Medio año después de ese interrogatorio, me encontraba de nuevo ahí por un motivo muy diferente. Esta vez por una cuestión familiar: el visado de mi hijo. Era como si las paredes todavía resonaran. En la sala donde ahora me encontraba con los dos responsables de los visados de periodistas, me di cuenta de que —a diferencia de la sala contigua donde había estado unos meses antes— aquí las cámaras ya estaban puestas de serie, como empotradas en las paredes y el techo. Dudé de si estaban dispuestos a ayudarme o querían utilizarlo para algo en concreto. Conté dos o tres cámaras y especulé mentalmente con cuántas más habría escondidas y dónde habrían colocado los micrófonos.

Les conté mi caso y adopté un papel más relajado del que solía adoptar cuando iba a parar a una comisaría china.

—Solo les pido que me ayuden. De lo contrario, no podremos irnos de vacaciones. Entiendo que podrían hacerle un visado chino por procedimiento urgente, ¿verdad?

—Mmm... Mínimo una semana. ¿Cuándo se van?

—Este sábado —dije mientras escrutaba su mirada sin saber del todo hasta qué punto serían comprensivos. Sabía que, si querían, podían hacerlo al instante.

Me pidieron el pasaporte español de Zètic y empezaron a hojearlo lentamente, pensativos.

—21 de febrero de 2011. Vaya, su mujer en el hospital, su hijo a punto de nacer y ¿usted aún tenía tiempo de pasar por Wangfujing para lo del jazmín?

Me hirvió la sangre. Era como si hubieran estado esperando la ocasión para echármelo en cara. Visiblemente cabreado, hice ademán de recuperar el pasaporte.

—No he venido aquí como periodista. El trabajo es el trabajo y mi familia no tiene nada que ver con eso. Solo les estaba pidiendo un favor. No hace falta que sigamos hablando.

Me fui con cara de pocos amigos y no recuerdo ni siquiera si les agradecí que me atendieran.

Estaba furioso. Pero no tanto porque iba a tener que tomarme las vacaciones más adelante, sino porque me había dado de narices con una evidencia implacable. Se sentían legitimados para utilizar aspectos personales a fin de condicionar mi estancia en China. No podían influir en mi percepción de las cosas ni en mi objetividad, pero el hecho de que no se dieran cuenta de ello los volvía más peligrosos. Tal vez era una excepción y les había dado por ahí ese día. Tal vez no. Llevaban lo que hasta entonces había sido discreto a un terreno más personal. Y aunque me había convencido mil veces de que mi integridad y fortaleza mental eran insobornables, que acabaran de restregármelo por la cara me había alterado.

Me enfadé por haber sido tan ingenuo, pensando que podían ser honestamente generosos a la hora de resolver una tontería de trámite

administrativo como ese. Me incomodaba pensar que quizá habría pagado cara esa ingenuidad si hubiese ido más lejos, siguiéndoles el juego y esperando que me pidieran que les correspondiera a saber cómo y cuándo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que, mentalmente, estaba más fuera que dentro de China. Cuantas más raíces echara, más podrían tratarme como a uno de los suyos y eso acabaría siendo extenuante con un trabajo que requiere un sacrificio incondicional. Ese día fue un punto de inflexión. Me sentía capaz de luchar por mi espacio personal, pero sabía que el desgaste sería cada vez más amargo. Estaba cansado. Tenía que irme de China en cuanto surgiera la oportunidad. Como dice una amiga mía, tenía ganas de tener otro tipo de problemas.

Pero quizá más vale que cuente primero cómo empezó todo...

1

PERO ¿QUÉ DIABLOS HAGO AQUÍ?

El billete de avión que, tres semanas después de mi primer aterrizaje en China, me iba a llevar de vuelta a Barcelona, nunca llegué a utilizarlo. Aún lo guardo en alguna caja.

Llegué a China con un visado de profesor de inglés. Era más una excusa para conocer el país que un trabajo de verdad. Tres semanas después me ofrecieron quedarme y dije que sí. Eso me permitiría alargar la estancia durante todo un año, y el país era lo bastante interesante como para quedarme una temporada más. Por lo menos, no me aburriría. En Barcelona me había librado de todo tipo de obligaciones, previsiones y otras cargas, y me encontraba en un momento ideal para lanzarme a la aventura.

En vez de volver a casa, durante las semanas de vacaciones antes del curso escolar, ese verano del año 2002 hice lo que en ese momento más deseaba: descubrir China sin prisas. Opté por una ruta en ferrocarril por el noroeste, desde Shanxi hasta Xinjiang, con la libertad de hacer lo que me apeteciera en cada momento.

Cada etapa la hacía en trenes que avanzaban escandalosamente lentos, trayectos que de media duraban entre diez y quince horas. No me importaba llegar a ninguna parte en concreto, sino descubrir por el camino. En mi viaje iniciático no cabían agenda, prisas ni prejuicios. En clave política, social o económica, no tenía demasiada idea de lo que ocurría en el país, pero

tampoco tenía ningún tipo de prisa para entenderlo. Quería ir paso a paso, como si todo empezara de nuevo. Quería aprender.

De la escuela había cogido bolígrafos y unos cuadernos de notas para dejar testimonio de esas experiencias. A los veintiséis años me sentía como un adolescente que escribe un diario por primera vez. Al mismo tiempo, los cuadernos me servían para que la gente con la que coincidía estampara su nombre o escribiera lo que, solo de oído, era incapaz de entender. Esos encuentros seguían un ritual entrañable. Primero escribían con su mejor caligrafía, precisamente la más difícil de entender para alguien que solo tenía nociones básicas de mandarín. Después les pedía una segunda versión de lo que habían escrito y les daba a entender que quería que lo escribieran con letra de escolar o letra de imprenta. Solo así podía identificar los caracteres, si los conocía, o consultar su significado en un pequeño diccionario que siempre llevaba en algún bolsillo de fácil acceso. Con el traqueteo del tren fue como rompí la vergüenza del abismo idiomático que me separaba de ellos.

Hoy en día traducir o consultar un carácter es extraordinariamente fácil con los teléfonos inteligentes, gracias a dispositivos como los reconocedores ópticos o la traducción simultánea vía internet, que ya hace años que incorpora la opción de reproducir el audio con una fonética impecable. Pero el método clásico, rebuscar en un diccionario, requería formación previa. Sin un abecedario, los diccionarios de mandarín se ordenan por número de trazos del radical, la parte más básica de la palabra, ideograma o dibujito, elemento que normalmente está relacionado con el significado y no tanto con la fonética. Primero hay que conocer qué trazos usa la escritura china, porque, si no, simplemente no se pueden contar. El diccionario los ordena de menos a más trazos. Así, cada palabra generaba una búsqueda laboriosa que convertía el proceso en algo emocionante. Diría incluso que el esfuerzo de atención que requería el procedimiento facilitaba la memorización, que al fin y al cabo es cómo estudian los niños en las escuelas chinas. Memorización y repetición. Solo con todo el tiempo del mundo pude construir esa base, que se sumaba a un provechoso primer año de mandarín en la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona.

A la larga llegué a un nivel de competencia aceptable que me permitió perderme por cualquier rincón del país y no sentirme solo, incomprendido o desesperado. Gracias a esas conversaciones de tren inacabables, convertidas en lecciones de lengua por parte de desconocidos con acentos de todos los rincones del país, lo que, de otro modo, hubieran sido viajes agotadores acabaron siendo una inestimable fuente de conocimiento. Con cada viaje, me volvía algo menos ignorante. Cuando, además, la conversación la mantenía con una chica bonita, el progreso era sorprendentemente rápido.

Viajaba en «butaca dura», el billete más barato. Se denominaba así para diferenciarlo de los vagones de gama media, algo más blandos y espaciosos, y de las literas, también divididas en blandas y duras, una opción infinitamente más recomendable pero inadecuada para alguien que quería explorar el país de la forma más auténtica y, admitámoslo, más económica posible.

En el vagón de butaca dura, la mayor parte del tiempo no había asientos vacíos. Algunos pasajeros buscaban posturas imaginativas para descansar. Más que butacas, eran bancos de dos y tres plazas, encarados entre sí, posición que favorecía la conversación con el resto de los pasajeros. Normalmente había una mesita fija en el centro que servía tanto para dejar el termo con las hojas de té, comer y jugar a cartas como para apoyarse en ella cuando te vencía el sueño. Las butacas guardaban medio metro de separación respecto al suelo, espacio por donde de vez en cuando el brazo de los operarios del ferrocarril se adentraba para recoger con una escobilla caparazones de frutos secos, envases vacíos y desechos de todo tipo que incomprensiblemente caían ahí y no en las papeleras que había por todas partes. Era justo ahí debajo donde los pasajeros más desesperados, los que solo habían podido comprar un billete *wuzuo* o «sin asiento», se retorcían en busca de la horizontalidad que les faltaba. En época de vacaciones, esa miserable categoría de billete podía llegar a ser una bendición, porque obviamente tenerlo era preferible a no tener billete o tener que esperar unos días en una estación remota para coger el tren que querías.

Para alguien como yo a quien no siempre le apetece socializar, la exposición a todo tipo de personajes fue intensa. Recuerdo que, fuese quien

fuese la persona que tenía delante, me di cuenta de que había un patrón de conversación que se repetía. Tras un primer intercambio con información personal, llegaban preguntas que en Europa nunca harías a alguien a quien acabas de conocer, como «¿cuánto cobras?» o «¿estás casado?». De entre todo el repertorio, siempre había comentarios para hacerte quedar bien, como una alabanza de tu nivel de lengua, aunque supieras que tu chino era de poca monta.

—Tu chino es muy bueno.

—*Mama huhu*.

Mama huhu significa, literalmente, «caballo, caballo, tigre, tigre», y, por lo tanto, algo así como «ni bien ni mal», el tipo de expresiones que a los chinos les encanta que utilice un extranjero y con las que aún hoy te los metes en el bolsillo. Si a todos nos gusta que hablen nuestra lengua, en esa época a los chinos les fascinaba. Si hablabas un chino fluido, lo más probable es que acabaras saliendo en la televisión.

De esas conversaciones recuerdo lo sorprendentes que eran las reacciones a mis revelaciones:

—Cobro 3.000 yuanes (unos 300 euros) —confesaba.

—No... —respondían, incrédulos.

Era imposible que el sueldo de un *laowai* fuera ligeramente superior al suyo o que solo fuera cuatro o cinco veces el suyo. Tenía que ser mucho más. Los occidentales son ricos, lo daban por hecho. Al mismo tiempo, a mí me costaba entender que un sueldo superior fuera motivo de admiración, cuando más bien esperaba que mi modesta condición salarial me ayudase a confraternizar con el pueblo, con el que intentaba mezclarme para poder entenderlo.

Al cabo de unos meses, decidí que me dejaría de mandangas. Lo de los chinos era pura curiosidad y no había connotaciones añadidas. Ni te mirarían mal por cobrar demasiado ni te despreciarían por cobrar demasiado poco. A lo sumo, calcularían si eras un buen partido para su hija, que es exactamente lo que hizo mi suegro el día que lo conocí. El «¿cuánto ganas?» llegó poco después del «¿cómo te llamas?».

También me costó entender cómo cuentan la edad:

—Nací el 7 de septiembre de 1975.

—7 de septiembre de... Ahora estamos en agosto de 2002. Por lo tanto, ¡28 años! —me decían con una sonrisa de omnipresentes dientes negros y la halitosis perfumada de nicotina y ajo.

—¿28? No. ¡26! —respondía yo con suficiencia, como si mi interlocutor no supiera contar.

Cuando al fin comprobé que yo era el único que defendía tener 26 años, entendí que contaban de manera diferente. Los chinos dicen que su existencia se inicia cuando son concebidos y que al nacer la persona ya tiene un año. Para complicarlo aún más, en China consideran que, aunque celebres años en septiembre, tienes que empezar a contar la edad a partir de enero, cuando entras en el año natural. De modo que, para mis compañeros de vagón, yo ya había cumplido los 28 en enero de ese año. Fácil, ¿verdad?

La combinación de edad y estado civil también los confundía mucho:

—¿Tienes 26 años y aún no estás casado? —me interrogaban hombres más jóvenes que yo que ya eran padres de familia, con hijos en edad escolar.

—En mi país los hombres no suelen casarse antes de los 30 —me excusaba.

Absorber todo eso fue un proceso apasionante y progresivamente acepté que no podía aplicar mis referentes culturales ni convencionalismos para analizar nada de lo que a partir de entonces tendría el privilegio de testimoniar. Aunque una cosa es entenderlos y otra muy diferente es comportarse como ellos.

El sueño acababa diluyendo las conversaciones. La hora de dormir coincidía con la fase de descalzado, que a la vez solía ir precedida de las fragancias de la cena. En un vagón de ritmos monótonos como ese, cenar consistía en rituales como el de preparar la pasta deshidratada o la ingesta de productos envasados al vacío de dudosa calidad comprados horas antes en las tiendas de la estación. Daba igual si te subías al tren en Lanzhou, Chongqing o Xiamen, siempre ibas a encontrar la misma variedad y las mismas marcas. La reina de la fiesta era la pasta deshidratada, que iba acompañada de un sobrecillo de carne o verduras, otro con condimentos y un tercer envoltorio con un tipo de masa pastosa picante que solo probé una vez. Mi estómago

aún me agradece que solo fuera una. O quizá en realidad acabaron siendo tres y la memoria prefiera engañarme.

La fragancia tóxica de la cena se volvía especialmente intensa cuando los portadores de envases de pasta volvían a verter el agua hirviendo de los grandes depósitos de agua que había entre vagón y vagón.

También estaban los que abrían unos *songhuadan*, huevos podridos o fermentados muy populares como comida rápida. Patas de pollo picante o cuellos de pato también picantes completaban esas delicias para mí desconocidas hasta la fecha. Aromas que acababan fumados de tabaco en medio de los fallidos intentos de este ingenuo *laowai* que predicaba inútilmente y, en un chino de poca monta, que esas señales en las paredes del vagón decían que no estaba permitido fumar ahí dentro. Incluso los revisores habían desistido de esa misión imposible. Lo más normal, especialmente entre los hombres, era fumar, sin distinción entre interior y exterior, entre espacios públicos y privados.

En cada estación de nombre impronunciable, el pasaje se renovaba. Un retrato de la China más humilde y, cuanto más hacia el oeste avanzaba, también de la China más diversa. En ese primer viaje coincidí, por ejemplo, con gente de hasta tres etnias de tradición musulmana e improvisé rutas en toda Mongolia interior tras hacerme amigo primero de una mongola y después de una chica de origen manchú. Vibraba con cada pequeño descubrimiento.

Mis paradas duraban unos dos o tres días de media. Eran pequeñas excursiones para luego volver a subir al tren. Descubrí la fruta de Xinjiang e hice excursiones a caballo por Gansu como un turista chino más, durmiendo en una tienda junto a un grupo al que acababa de conocer y con el que compartí el dudoso honor de coger una buena trompa, mi primera derrota alcohólica frente al *baijiu*, el aguardiente de sorgo de alta gradación preferido por los chinos.

La llegada de un extranjero era todo un espectáculo. El turismo de masas aún no había hecho estragos y todo el mundo estaba tan pendiente de ti que acababas acostumbrándote a ello. Con el tiempo, eso me desbordaría, pero en ese primer momento agradecía especialmente las muestras de atención y

hospitalidad, por no hablar de que nunca tuve una sensación de peligro o de que viajar por según dónde fuera inseguro. Dormía en pensiones roñosas con lavabos infames o directamente en las salas de espera de las estaciones, hasta que me despertaba algún cambio repentino de temperatura, la escoba que el personal de la limpieza pasaba por debajo del banco que me servía de cama o el sonido de los altavoces de las mujeres que por la mañana se reunían puntualmente en la plaza de la estación para hacer ejercicios y bailes matinales.

Combinaba el tren con autobuses ataúd. Los llamo así porque, en su interior, no hay butacas, sino literas de estructura metálica para aprovechar el espacio horizontalmente. El estado de los vehículos, las horas de carretera que acumulan los conductores y la perspectiva de un accidente con toda esa chatarra dentro, me llevaron a descartar progresivamente ese medio de transporte. Un transporte al más allá, pensaba. De hecho, en algunas estaciones de autobús chinas se mostraban fotos explícitas de siniestros con muertos, con autobuses totalmente desbaratados tras salirse de una sinuosa carretera y caer por un precipicio. Era como si, para mejorar la seguridad en la carretera, trasladaran la responsabilidad a los propios pasajeros, que más bien rogaban que no les tocara a ellos.

En pocas semanas perfeccioné mi capacidad de responder a mis compañeros de viaje. Me inventaba ejercicios de memorización de vocabulario, como cuando a cada nuevo encuentro decía que era de un lugar diferente:

—Vengo de Alemania.

—Ah... Alemania. Buenos coches.

O bien:

—Vengo de Suiza.

—Ah... Suiza. Buenos relojes.

Aprendidos los más fáciles, me atrevía con países como Israel, Bulgaria... y recuerdo haber probado también con algún país africano.

—Vengo de Nigeria.

—Ah... Nigeria... ¿En qué continente está?

—África.

—Ah.

—En realidad soy negro, pero llevo demasiado tiempo sin ver el sol.

—¿Eh?

—Un poco como Michael Jackson, ya sabes.

—¿Quién?

Extraordinario. Su mundo, sus referentes, su sentido del humor... no tenían nada que ver con los míos. Aunque alguno acabó sonriendo cuando le dije que había pasado de ser negro a blanco.

En otra ocasión, mientras escribía notas para retener el alud de nuevos estímulos que me invadía, noté el aliento de alguien en mi nuca. Al darme la vuelta, había un grupo de niños que me miraban curiosos y sonreían al ver de cerca mi gran nariz y mi espesa barba, de una semana como mínimo. Comentaban lo difícil que era el inglés, porque un *laowai* necesariamente tenía que escribir en inglés, la lengua de todos y cada uno de los *laowais*. De nada servía intentar explicarles que era otra lengua. La brecha cultural era y sigue siendo muy grande, la misma por la que la mayoría de los occidentales son incapaces de distinguir entre chinos y japoneses o coreanos, y sus respectivas lenguas.

Tras ese primer viaje hice otro por el este y por el sur del país que completarían una primera inmersión en toda regla. Eso no era un país, era todo un continente con realidades apasionantes.

En esa época, la interacción con otros occidentales fue esporádica. De vez en cuando me encontraba con alguno en los lugares a los que viajaba. Es verdad que enseguida se producía el contacto visual y un tipo de empatía o sentimiento de pertenencia, puesto que la distancia cultural con China te ofrecía un vínculo natural. Pero a la vez me empeñaba en no alargar mucho la interacción. Era querido. Intuía que mi estancia en China sería a largo plazo y estaba dispuesto a integrarme, aunque todo resultase un poco forzado. Empecé a priorizar el contacto con la gente de los lugares que visitaba, antes que con otros extranjeros, y curiosamente eso me llevó a conocer a extranjeros que compartían cierta voluntad de integración.

Cuando aún no hacía medio año que había llegado a China, la pregunta «¿qué diablos hago aquí?» no tenía una respuesta simple. De hecho, nunca la

tuvo durante más de doce años. Con el tiempo, sin embargo, creo haber entendido que la propia incertidumbre y la incomprensión del país me llevaron a quedarme de forma indefinida. Mientras quedaran historias por contar, tendría motivos para quedarme.

2

LA DIMENSIÓN DEL MUNDO SE HABÍA ALTERADO

—¿Cuántos hermanos y hermanas tenéis?

La pregunta a mis alumnos de primaria era fácil y la respuesta previsible. «La mayoría me dirá que no tiene hermanos», presuponía convencido como estaba de que tenía enfrente a una generación de «pequeños emperadores». Pero estaba claro que no iban a ponérmelo fácil.

—¡Cinco!

—¡Cuatro!

—¡Siete!

No habían entendido algo.

—A ver, escuchadme bien: ¿cuántos «her-ma-nos» y «her-ma-nas» tenéis?

—¡Nueve!

—¡Seis!

Era desesperante.

Hasta que intervino otro maestro de la escuela no entendí que los chinos nacidos a partir de los ochenta, ya en plena aplicación de la política del hijo único, hablan de hermanos tanto si se refieren a hermanos de verdad como si se refieren a primos. Puesto que la mayoría no tienen hermanos de un mismo padre y madre, toda una generación adaptó la compleja variedad de palabras que en chino describen las relaciones familiares. De forma que *gege*

(hermano mayor), *didi* (hermano pequeño), *jiejie* (hermana mayor) y *meiei* (hermana pequeña) pasaron también a referirse a los primos, hombres o mujeres, mayores o menores. Si ya era de por sí enrevesado, para el recién llegado era confusión segura.

Cuando, a finales de los setenta, Pekín aprobó el paquete de medidas y sanciones de control de la natalidad, lo hizo convencida de que era la única forma de evitar un desastre demográfico. De incentivar la natalidad en pleno maoísmo, cuando el índice de mortalidad infantil aún era alto, había pasado a limitarla y estaba dispuesta a aplicar esos límites hasta las últimas consecuencias, como contaré más adelante. Entendían que o bien detenían la máquina de hacer hijos o bien no iban a caber.

Conviene matizar que, si bien posteriormente el Gobierno chino ha hablado en alguna ocasión de un «ahorro» de centenares de millones de personas gracias a esta medida, la versión oficial también ha sido discutida.

Pienso en Liang Zhongtang, el demógrafo que me rompió todos los esquemas cuando lo entrevisté en su casa de Shanghái y me dijo, lisa y llanamente, que la política del hijo único no había servido para nada. Él fue quien impulsó el experimento secreto de Yicheng, donde se permitió a las familias que tuvieran dos hijos si el primero había nacido seis años antes que el segundo como mínimo. Dos décadas después de la prueba, cuando finalmente se hizo pública, Liang explicó que en Yicheng el incremento de población había sido incluso inferior que en el resto del país. Ante mi perplejidad, me puso otros ejemplos de países donde caía el índice de fertilidad a medida que se desarrollaban, ya sea porque las mujeres que se incorporan con normalidad al mercado de trabajo tienen los hijos a edades más avanzadas o porque mantener a un hijo se considera costoso, por ejemplo. Liang demostró que no porque hubiera una imposición las familias dejaban de tener más hijos. Y seguramente porque los resultados fueron tan reveladores, el experimento de Yicheng no se publicitó demasiado. No vaya a ser que en todo el país todos los que habían sufrido la peor cara de la política del hijo único pusieran en entredicho, así de golpe, que ese estricto esfuerzo colectivo hubiera sido realmente útil.

Otro matiz importante es que, además del experimento puntual de

Yicheng, se aplicaron excepciones en múltiples casos. Ya desde el principio se permitió a las familias agricultoras tener un segundo hijo si el primero era una hija. O, en los últimos años de la abolición de la ley, también podían tenerse dos hijos cuando los dos padres eran ellos mismos hijos únicos. Las minorías étnicas o los discapacitados también estaban exentos, por ejemplo. Y, obviamente, quienes tuvieran gemelos de dos, tres o los que fueran, también se libraban de la restricción.

Tuviera o no sentido pasar de la supernatalidad a una natalidad estrictamente controlada, en China sigue habiendo mucha gente. Con una cifra próxima a los 1.400 millones de habitantes, siguen sin caber. Pekín, más de 21 millones de personas; Shanghái, más de 24 millones; Chongqing, 30 millones. Números urbanos que superan de largo el total de habitantes de países europeos enteros, como Portugal, Suecia o Hungría.

Decir que China es un país superpoblado es una obviedad. Pero conviene recordar qué implica esta condición. Cuanta más gente, menos espacio, menos recursos, menos oportunidades, más competencia y más lo que sea per cápita.

Siempre recordaré la desorientación que sentí el primer día que pisé Pekín. De repente, se había alterado la dimensión del mundo, las proporciones de los edificios y las calles empequeñecían la escala humana. Me sentía insignificante, como un escupitajo en medio de un océano.

Me costó acostumbrarme a que todo el mundo invadiera mi burbuja personal. Por narices, tuve que sacrificar parte de mi espacio de intimidad. Costaba deshacerse de prejuicios y de patrones de conducta adquiridos y pasar a hacer lo que hacían ellos, ignorar las constantes fricciones de los peatones en la calle o los pasajeros del transporte público, por ejemplo. Hasta un día me oí chasqueando la lengua en señal de protesta y, viendo que absolutamente todo el mundo me ignoraba, me sentí realmente ridículo.

Creo que esta saturación en la ocupación del espacio hace que tengan menos manías. Nadie se molesta, es lo más normal del mundo. Incluso en las ocasiones en las que la invasión del espacio personal es más evidente, normalmente lo resuelven apartándose, no discutiendo. Al fin y al cabo, no tiene sentido desesperarse frente a la agobiante fuerza de la masa. Siempre y

cuando la invasión no sea exageradamente flagrante o inequívocamente expresa, como los tocamientos en el metro o cuando le quise dar dos besos en la mejilla a una chica por primera vez y se apartó atemorizada. Con el tiempo, es verdad que en algunas cosas me he vuelto un poco chino y, pensándolo bien, darle dos besos a un desconocido —especialmente si te pone los morros y restos de baba— puede ser una experiencia traumática.

Con la intención de huir de las ciudades superpobladas, uno de mis primeros viajes fue a Changbaishan, el volcán sagrado que los coreanos denominan monte Paektu, justo en la frontera entre China y Corea del Norte. Lo que tenía que ser una experiencia liberadora en un entorno idílico, silencioso y tranquilo, acabó siendo totalmente decepcionante. Se llegaba a la cumbre tras recorrer un camino cimentado con tramos intermitentes de escaleras para salvar los desniveles. Por todas partes había grupos de turistas liderados por guías que, con una banderita en una mano y un altavoz en la otra, los animaban a sacarse fotos y a gritar tan fuerte como pudieran al llegar al punto más alto. Hoy en día es complicado perderse por el mundo sin que alguien te toque las narices, y más aún desde la popularización de las guías de viajes, con las que todo el mundo acaba haciendo los mismos itinerarios y visitando los mismos lugares recomendados. Pero en China diría que es casi imposible. Y con el tiempo la cosa ha ido empeorando.

De todas esas experiencias de invasión del espacio desconcertantes, una de las que me quedó incómodamente grabada en la memoria fue cuando, en un club nocturno de la ciudad de Taiyuán, entré en un lavabo totalmente diáfano. El lugar tenía unos cuantos váteres de esos de agujero, sin taza, pero lo que realmente lo diferenciaba para mí era que no habían levantado ningún tabique o pared entre agujero y agujero. Algunos de los hombres que en ese momento defecaban mientras leían una revista o daban caladas a un pitillo para parecer ocupados, acabaron levantando la vista, un poco ofendidos, para fijarse en ese extranjero que los observaba con estupefacción, ahí de pie como un pasmarote, sin poder reaccionar y sin hacer lo que se suponía que había ido a hacer ahí. Si ya cuesta en la intimidad, imagínense hacerlo en compañía.

En los entramados de calles conocidos como *hutongs* de Pekín, hasta no

hace mucho la mayoría de los vecinos compartían lavabos públicos donde, como mucho, había unas simples paredes de un metro de altura para separar cada puesto. Dado que eran pocos los que contaban con lavabo propio, era normal encontrarse a otro vecino haciendo sus necesidades en cuclillas. Todo ello lo convertía en un espacio ideal para estar de cháchara. Dicen quienes lo vivieron que el hedor de las deposiciones, y las moscas en verano, tampoco aconsejaban que la conversación se alargara más de la cuenta.

Por suerte para quienes somos incapaces de hacer nada de lo que se supone que se hace en un WC con la simple presencia de otro individuo cerca, hoy no solo se puede descansar sobre una taza sino que todo está más compartimentado, en un país que ha avanzado en muchísimos aspectos, incluso este, progreso que —por cierto— un año le mereció el honor de organizar el Congreso Mundial de los Váteres.

Seguramente se trata de anécdotas más relacionadas con el desarrollo que con la superpoblación. Pero sí reflejan esa sorprendente capacidad de ignorarse que aún conservan los chinos, cuando lo necesitan. Sin manías. Igual que, si deben dormir, comer o cortarse las uñas en el lugar de trabajo, no tienen ningún problema en mostrar su versión más desinhibida.

La masificación también explica que los espacios de privacidad se paguen muy por encima de lo que la mayoría de la gente puede pagar e incluso por encima de lo que costarían en otros lugares del mundo. Los reservados, los espacios VIP, la pertenencia a clubes y todo lo que suponga cierta exclusividad y diferenciación de la «masa» se han ido multiplicando al mismo ritmo que el número de millonarios y nuevos millonarios que han ido apareciendo en el país durante los años de grandes tirones de la economía china.

Pekín y otras ciudades chinas parecían grandes la primera vez que las visité, pero el crecimiento que han experimentado durante la década larga que viví ahí fue espectacular. A medida que millones de personas emigraban del campo a los centros urbanos, las ciudades se expandían en horizontal y en vertical. He visto derribar y hacer crecer barrios enteros en menos de un año, expropiar en tiempo récord todas las casas por donde tenían que pasar nuevas avenidas, trasladar poblaciones enteras, y también las reticencias y

resistencias de la población cuando todo eso sucedía de forma injusta. En paralelo, China ha pasado de tener la mayor parte de la población en entornos rurales a tenerla en centros urbanos. Y eso significa mucha gente trasladándose del campo a la ciudad, pero también que grandes extensiones de suelo acaban urbanizándose o reinventándose para acomodar las necesidades, comodidades y deseos de una sociedad en constante mutación. Todo ha ido, en efecto, a cámara rápida.

3

TAIYUÁN

Después de las primeras semanas en mi nueva normalidad como profesor de inglés, me di cuenta de que tal vez la elección de ciudad había sido un poco precipitada. Mientras que algunos celebraban vivir en lugares como Chengdu, Kunming o Xiamen, Taiyuán era polvorienta y prescindible. La provincia, Shanxi, presumía de lugares históricos como el templo del monte sagrado de Wutaishan, los budas esculpidos en las cuevas de Datong o la ciudad amurallada de Pingyao, cuna de la banca china. Imbatibles son los fideos y la pasta de Shanxi, y dicen que su vinagre es el motivo por el que las chicas de esta zona tienen la piel tan fina. Pero, sobre todo, sobre todo, si Shanxi es notoria por algo es por sus abundantes yacimientos de carbón.

La escuela era un oasis de conocimiento en medio de una zona apartada de la ciudad. A dos calles estaba la cárcel de Taiyuán. Las calles estaban llenas de baches y parches inconexos de asfalto gastado por el paso de incontables camiones de la construcción y triciclos humeantes. Los conducían hombres con abrigos gruesos y decolorados y gorras forradas que llevaban siempre un poco torcidas. A cada sacudida, las orejeras iban dando saltitos mientras los conductores se agarraban al manillar de los triciclos y te dedicaban una sonrisa al pasar.

A la hora de entrar o salir de la escuela, el *xiaomaibu* o pequeña tienda de productos básicos se llenaba de niños. Justo enfrente aparcaba su triciclo de

pedales la vendedora de *mantou*, unos panecillos al vapor que eran lo más parecido al pan que podías encontrar allí. Los sacaba de la misma estructura de cinco o seis niveles de bandejas en la que los preparaba, que soltaba una humareda cada vez que la abría para servir a algún cliente. Muy cerca de ahí también el reparador de bicicletas había conquistado su trozo de calle. Me dejaba utilizar gratis su bomba siempre que se lo pedía. Y uno de los establecimientos al que prácticamente iba todos los días era el de una pareja que preparaba *doubing*, un tipo de panecillos planos rellenos de pasta de legumbres verdes o rojas. El rojo tenía un punto más dulce. Me lo comía o bien de camino a clase, si iba con prisa, o bien ahí mismo sentado en uno de los taburetes de plástico minúsculos de esa tienda también minúscula con paredes sin pintar y donde el único mobiliario era la propia estufa de carbón donde preparaban los *doubing*.

La escuela me dio un apartamento con baño propio. A los occidentales nos trataban mucho mejor que a los profesores chinos, que en el mejor de los casos tenían una casa por familia y a menudo tenían que compartir lavabos comunitarios, como en los dormitorios de los alumnos.

Me hice amigo de Greg, el único de los otros profesores extranjeros de la escuela que no formaba parte de un grupo de mormones llegados en misión evangelizadora. Con él exploramos la ciudad y aprendimos a sobrevivir el aburrimiento y la mediocridad de una ciudad deshumanizada y sin oferta cultural. Comprábamos por pocos yuanes decenas de VCD —una versión más sencilla del DVD— en las tiendas de copias ilegales. Cambiábamos de tienda hasta que encontrábamos una donde tuvieran copias de mejor calidad. El mercado negro estaba lleno de copias grabadas directamente con una cámara en el cine, con sombras y comentarios de espectadores incluidos, o bien pelis con el audio y el vídeo desincronizados. En todos los años que estuve en China, nunca encontré una tienda donde vendieran copias legales.

En las mismas tiendas pedíamos los CD de los grupos y cantantes de moda para memorizar después alguna canción que pudiéramos cantar para impresionar a alguien en una fiesta o en un karaoke.

Nos gastábamos gran parte de nuestros escasos ingresos como maestros en la comida de los restaurantes de los alrededores de la escuela e incluso

entrábamos en la cocina para enseñarles cómo preparar un huevo frito o patatas fritas, mientras recordábamos que los precios que pagábamos en esa ciudad eran irrisorios en comparación con lo que nos costaría en Ohio o Barcelona. Como si intentáramos convencernos a nosotros mismos de que vivir ahí tenía ventajas. Nos hicimos amigos de las chicas de un local de masajes y yo llegué a probar suerte en una escuela de *wushu*, donde el maestro disfrutaba más llevándome a cenar que transmitiéndome el saber que en teoría su familia había preservado durante generaciones. *Wushu*, por cierto, es lo que en Occidente conocemos como kung-fu por la influencia del cantonés, aunque el *kungfu* o el *gongfu* (en mandarín) se refiere a un concepto más amplio de tener arte o tener maestría en alguna disciplina, ya sea el arte de la defensa personal o el arte de servir el té, por ejemplo.

Por un camino que cruzaba las vías del tren y estaba rodeado de antiguas tumbas de campesinos, se llegaba a la universidad. Ahí había más opciones de conocer a chicas guapas y tener conversaciones más interesantes. Ahí conocí a mi amigo Xü Zhiyong, el sexto hijo de una familia pobre de cerca de Datong, y ya por entonces era evidente que, además de ser un brillante estudiante de física, le gustaban más los chicos que las chicas, aunque él aún no lo sabía. Nos presentó a su maestro, que a su vez era el padre de una novia de Greg, cuando se enteró de que yo era de Barcelona. Y es que a su alumno modélico lo habían becado para estudiar en Barcelona, donde terminaría saliendo del armario. Cuando años más tarde conocí a su familia aprovechando una visita a Datong para escribir una historia sobre minas de carbón, la madre me preguntó si su hijo ya tenía novia. Le dije que no se preocupase, que tenía que estar orgullosa porque tenía un hijo con un futuro prometedor.

En Taiyuán había basura por todas partes y la falta de higiene llegaba a extremos inaceptables, aunque hacía tiempo que había rebajado mis estándares para que fuera más llevadero. Una vez, en una barraca de al lado de la escuela donde se suponía que cocinaban unos buenos *jiaozi*, me tuve que levantar de la mesa cuando todavía estaban preparándolos delante de mí. Mientras amasaba, el cocinero había apartado un momento la nariz para estornudar y con el delantal se había enjuagado la mucosidad, que después

empezó a gotear. No creo que entendiera que ya no me apetecían, o eso es lo que intenté decirle con mi mandarín precario mientras aún se secaba la mano en ese delantal con rastros de múltiples batallas.

La vocación de descubrimiento seguía intacta, porque los chinos son gente muy atenta y siempre intentan ayudarte. Pero la comunicación podía resultar desesperante cuando se pasaban al exceso de atención y a una curiosidad mal entendida. Debía oír un mínimo de cincuenta veces al día ese *hello!*, pronunciado «halou» con altisonancia. No exagero. Te señalaban y emitían ese intento de saludo tan simpático el primer día, pero tan irritable con el tiempo.

Cumplí con honor y responsabilidad con mi trabajo de educador hasta que me di cuenta de que en realidad lo único que les importaba de mí en esa escuela era mi cara de extranjero, e intenté distraerme probando cosas que nunca había hecho. Me compré una moto y disfruté de unas semanas de diversión hasta que el invierno heló las calles. Aproveché que vivía entre maestros para perfeccionar mi chino con lecciones gratuitas e incluso me atreví con clases de piano del maestro de música. También descubrí la acupuntura después de lesionarme la rodilla. Le conté al médico que me trataba que no me sentía totalmente cómodo con la idea de que me perforara con unas agujas que previamente habían probado la sangre de otros pacientes, por mucho que las desinfectara. A la siguiente sesión había comprado un juego nuevo, solo para mí.

Hacía menos de un año que había dejado un buen trabajo en la delegación de Televisión Española en Sant Cugat en busca de estímulos vitales y convencido de que China acabaría siendo noticiable. Pero, con los meses, empecé a sentir que tenía demasiadas cosas que contar. Lo hice con mi propia página web sobre China un tiempo antes de que empezara la moda de los *blogs* y, como si el destino me lo hubiera preparado a medida, estalló la crisis de la epidemia asiática, el SARS, con el espíritu periodístico desbocado. Justo en ese momento llegó la llamada de Martí Anglada, entonces jefe de Internacional de TV3, a quien le había ofrecido enviarle crónicas de televisión en medio de esa crisis mundial que llevaba días abriendo informativos de todo el mundo.

—Si puedes grabar, montar y enviar, adelante, Sergi —me dijo.

Le dije que sí a todo sin estar totalmente seguro de poder hacerlo. Eso es algo muy chino. Me podían las ganas. Mientras muchos corresponsales se tomaban unas vacaciones en sus países de origen por miedo a un contagio de esa epidemia con un alto índice de mortalidad, yo me encontraba en un epicentro informativo y quería demostrar que estaba preparado para el reto, que era lo que en realidad quería hacer.

El profesor Zhang, responsable del aula de informática, con quien el verano anterior nos habíamos emborrachado juntos en una fiesta con sus amigos en un karaoke de la ciudad, me dio permiso para que sus asistentes me ayudaran a montar los primeros vídeos.

Zhang también me facilitó el contacto de una empresa que grababa bodas e hice las primeras crónicas con una chica que apenas sabía que el botón rojo era para grabar y la palanquita para hacer *zoom in* y *zoom out*. Me hacía todos los planos en movimiento y tuve que hacer un trabajo de narices para poder montar todo ese material.

—Es mejorable, Sergi, pero es cojonudo que podamos tener a alguien allí cuando no sabemos exactamente qué está pasando —me animó un día Carles Solà, entonces jefe de Sociedad y responsable de los temas de Salud que trataba el telediario de TV3.

Poco imaginaba, sin embargo, que la tarea más desesperante acabaría siendo el envío. Envié los primeros archivos por la lentísima línea de internet de la escuela. El archivo con mi primera crónica para TV3 pesaba unas 80 MB y tardó en enviarse ocho o nueve horas, hasta la mañana del día siguiente, con múltiples interrupciones por la inestabilidad de la conexión.

Si hasta entonces los chinos no sabían casi nada del SARS porque el Departamento de Sanidad les había escondido la gravedad de la situación, cuando la epidemia se extendió peligrosamente el Gobierno tuvo que sensibilizar a la población para prevenirla y la información comenzó a circular como un alud. El miedo al contagio hizo que la escuela decidiera aislarse, una especie de cuarentena voluntaria. Así pues, a partir de entonces tuve que saltar la puerta de entrada cada vez que quería salir a grabar.

Cuando hacía tres días que los guardias de seguridad me increpaban por

saltarme la valla y sus normas, un grupo de profesores me abordó y me manifestó su preocupación:

—¿Y si por tu culpa dejamos que el virus del SARS entre en la escuela?

Era hora de largarse. Me fui después de que un amigo me dejara mil euros que me sirvieron para comprar la Handycam de SONY que, a partir de entonces, me acompañaría en unos cuantos desplazamientos. Creo, visto en perspectiva, que ha sido una de las mejores herramientas de trabajo que jamás haya tenido. Como era solo un poco más grande que la palma de mi mano, podía llevarla tanto en un bolso pequeño como en el bolsillo y me dotaba de una discreción absoluta. Pasaba como turista. Todo ello en una época en la que ya existía algún teléfono móvil con cámara, pero no con la calidad suficiente para grabar vídeos que pudieran emitirse por televisión.

De Taiyuán me trasladé en tren a Pekín e incluso aproveché el trayecto para hacer una crónica. Si el día hubiese durado 30 horas, habría trabajado 30 horas.

4

LA GRAN BRECHA

Mis primeros meses en el Pekín preolímpico pasaron muy deprisa. Había vivido más de medio año en una ciudad gris de provincias y, en el *jing*, la capital, todo me parecía moderno, atractivo y fácil. Desbordaba optimismo y sentía que tenía por delante un largo camino por recorrer. Pensaba que, a diferencia de otros extranjeros que habían optado por un itinerario más cómodo —primero aclimatarse en ciudades como Pekín, Shanghái, Shenzhen o Xiamen, para luego descubrir la China profunda—, la experiencia de haber empezado por la parte menos amable me proveía de una coraza que me volvía inmune a algunos de los habituales desafíos de adaptación con los que se encuentra todo recién llegado.

En el plano profesional había abierto la primera corresponsalía de una televisión de España con presencia permanente en Pekín. No tenía ni oficina ni el equipo humano que normalmente acompaña a un corresponsal, ni nadie entendía muy bien qué hacía allí una televisión de un lugar tan desconocido como Cataluña.

—¿Qué televisión? —solían preguntarme.

—Televisión de Cataluña.

—Ah, Televisión de California.

—No, Cataluña —insistía yo.

—¿Cataluña?

—Sí... ¿Conoces Barcelona?
—Ah... ¡España! Toros, Samaranch...
—Eh...
—Sí. Ah, muy bien. ¡España! ¡Televisión Española!
—No, Televisión de Ca-ta-lu-ña.
—¡Ah! ¡Televisión de California en España!
—Da igual.

Aunque «Cataluña» sonara igual de exótico que la mayoría de los topónimos chinos a oídos de la población de mi país, ese pequeño gran logro me daba cierta credibilidad entre periodistas, diplomáticos y otros conocidos, un entorno enormemente más estimulante que el de Taiyuán. Miraba más hacia delante que hacia atrás. Por no hablar de que la avalancha de pequeños o grandes descubrimientos aún por explicar me permitía pensar que no me faltarían nunca historias. Me sentía como un explorador que se adentraba en una jungla virgen y frondosa sin saber qué tesoros iba a encontrar. En parte, así fue.

Pekín es una ciudad muy grande. En tiempos del emperador mongol Kublai Khan y durante la dinastía Yuan se sentaron las bases que definirían el entramado urbano que aún perdura: un asentamiento en perfecta armonía con los puntos cardinales. Como el Ensanche de Barcelona, tiene las calles dispuestas en forma de red, pero las simetrías que genera pueden llegar a desconcertar en vez de orientar. Todo se parece demasiado y todo está más o menos a distancias similares debido a esa simetría. Sobre todo si ese día no se ve el sol y no sabes dónde está el norte. Hasta que un buen día alguien te cuenta que todos los rótulos de calles son a la vez informativos y orientativos: los paralelos al ecuador son blancos con letras verdes, mientras que los meridianos (de este a oeste) son verdes con letras blancas. Todos incorporan en los extremos los caracteres correspondientes: norte (*bei*), sur (*nan*), este (*dong*) y oeste (*xi*). Tenía que empezar a acostumbrarme a ello.

Bárbara, una amiga italiana que me ayudó con el montaje de los primeros vídeos hasta que me compré mi primer portátil, me recomendó una habitación en un *hutong* que había quedado libre. Estaba cerca de la Torre del Tambor, en la ciudad antigua.

Apenas me instalé me monté un plan diario de pequeños descubrimientos, siempre por dentro del segundo anillo de circunvalación, la autopista que más o menos sigue el trazado de la antigua muralla, derribada en época maoísta.

Caminaba por donde me llevara el instinto con la curiosidad intacta, hasta que me compré una bicicleta *feige* (paloma voladora) y expandí mi radio de acción. Más tarde llegaron una moto eléctrica y una de gasolina para ir, en cada caso, un poco más lejos. Exploraba una ciudad en plena transformación pero aún atractiva, poco antes de que la fiebre de los Juegos, el turismo y la capitalidad de la potencia emergente la convirtieran en un lugar cada vez más moderno, cómodo y fácil, pero inevitablemente más globalizado e impersonal. Veía, literalmente, como destruían *hutongs* enteros borrando para siempre entramados de calles que habían persistido intactos durante siglos. En pocos meses levantaban edificios imponentes, grandes estructuras de acero y hormigón. No paraban, día y noche.

Recuerdo que, justo antes de los Juegos Olímpicos de Pekín (2008), nos trasladamos a un piso situado cerca del Estadio de los Trabajadores. Estábamos en la sexta planta, el piso más alto de esos edificios de altura discreta. Al lado estaban levantando un gran complejo de apartamentos que, por comparación, empequeñecía el nuestro de forma insultante. Una obra descomunal que nunca descansaba. Desde casa, y con las ventanas cerradas, oías en todo momento el chirriar de las grúas y de vez en cuando el impacto de placas y vigas que resonaba por todo el vecindario. Unos años más tarde acabamos trasladándonos a ese inmenso edificio. También elegiríamos el piso más alto. Con la diferencia de que, allí, el piso más alto era la planta 27, con unas imponentes vistas de un *skyline* de luces, cemento y grúas.

Eran años en los que a los extranjeros nos trataban con una gran generosidad, incluso excesiva. No sé muy bien por qué. Seguramente eran las ganas incondicionales de abrirse y de ser comprendidos y reconocidos como un lugar hospitalario, por mucho que los extranjeros no siempre les correspondiéramos con la misma amabilidad, generosidad y humildad.

La labor periodística forzaba muchas tensiones incómodas con las autoridades, pero en las cuestiones prácticas de la rutina diaria, los extranjeros disfrutábamos de una gran sensación de libertad.

Como esa vez que iba con la moto de gasolina y me paró la policía en un control:

—¿Hablas nuestra lengua?

—Eh... No mucho —mentí.

—Documentación.

—No llevo —dije—. ¿Se necesita documentación para conducir este vehículo?

—¿Esta moto es eléctrica o de gas?

—Eléctrica —volví a mentir.

El policía fingió que no oía el sonido del motor en ralentí y, cuando me hizo el gesto de que pasara —más bien un «va, lárgate de aquí antes de que cambie de idea»—, di gas tan suavemente como pude para que no se notara el tirón ni saliera la humareda del tubo de escape. Como dirían los chinos, tenía que darle al policía «un poco de cara», no podía hacerle quedar mal y menos aún después de que me hubiera indultado.

—¡Y cómprate un casco! —me advirtió mientras yo asentía con la cabeza al tiempo que él se alejaba.

Sin casco y sin papeles. En realidad, tenía carné de coche chino y unos años antes me había sacado el carné para conducir motos incluso de mayor cilindrada que esa. Pero prefería no enseñárselo; había caducado y seguía sin renovarlo porque era raro que lo pidieran.

El carné de moto me lo había sacado en Taiyuán durante el primer año en China. Me había presentado al examen con una amiga que me acompañó en todo momento. En la prueba teórica, la dejaron sentarse a mi lado para que me fuera traduciendo todo lo que ponía el cuestionario, que solo tenían en chino. Cuando nos dimos cuenta de que no íbamos a conseguirlo, porque ni ella era capaz de traducírmelo al inglés con exactitud ni mi chino daba para más, sacamos el manual de conducción con el que se suponía que tenía que haber preparado la prueba y lo dejamos sobre la mesa para poder consultarlo. Los examinadores hicieron la vista gorda. Uno de los que estaban sentados a nuestro lado también para examinarse se quedó estupefacto. Alguien sonreía. Pero nadie censuró lo que, descaradamente, comportaba fusilar el examen respuesta por respuesta. Nadie se quejó. Los extranjeros lo teníamos

prácticamente todo permitido.

En la preceptiva revisión médica, no tuve problemas a la hora de superar las pruebas hasta que la doctora me preguntó qué número veía entre los puntos de colores que aparecían por el visor de un aparato. Una prueba que, ni allí ni en Barcelona, he superado nunca porque soy daltónico.

—¿Qué número ves? —preguntó la voz de la mujer con bata.

—No veo nada.

—¿Qué número? —dijo impaciente.

—No veo ningún número —insistí.

—¿Uno, dos, tres...? ¿Qué número? —se empeñó.

Mi silencio y el atasco que iba formándose en la cola debieron impacientarla.

—¿Alguien habla inglés? —preguntó mientras volvía la cabeza a otros compañeros del centro de examinación.

—No, si yo ya la entiendo. No hace falta que me traduzcan. Pero es que... no veo ningún número.

Ignoro si aquel era un test obligado. En cualquier caso, la mujer, ya rendida e impasible, actuó como si allí no hubiera pasado nada. Firmó el papel y llamó al siguiente paciente.

En Pekín, circular sobre dos ruedas me dio libertad. La ciudad no se acababa nunca. Cuando era necesario, taxi. Eran muy baratos. La mayoría de los trayectos te salían por uno o dos euros.

Te perdieras por donde te perdieras, todo estaba sometido a un implacable proceso de transformación urbanística que fue dejando paso a una ciudad completamente nueva. Si en Barcelona, de pequeño, había vivido como un proceso extraordinario que el paseo de la Vall d'Hebron de cerca de casa se convirtiese en la Ronda de Dalt o la desaparición de los chiringuitos de la Barceloneta unos años antes de Barcelona 92, el trepidante cambio de fisonomía que sufrió la capital china aquellos años era descomunal, casi de otro mundo. Las obras formaban parte del paisaje. Todo estaba patas arriba y todo era susceptible de desaparecer o aparecer de un día para otro. Por debajo, construían el metro, cableaban el barrio y mejoraban el alcantarillado. Por arriba, demolían barrios enteros para ensanchar las avenidas y

trasladaban o destruían *hutongs* céntricos para multiplicar el suelo de oficinas y viviendas.

En poco más de una década, China pasó de ser un país mayoritariamente rural a ser un país mayoritariamente urbano. Una urbanización que acompaña al *jingji fazhan*, el desarrollo económico, concepto elevado a dogma que me cansé de oír durante mis viajes pagados por gobiernos provinciales y autonómicos. Eran visitas perfectamente agendadas y con todos los gastos cubiertos. Está claro que buscaban dar buena imagen porque solo tenía cabida el relato oficial, pero a mí y a otros periodistas nos fueron de gran ayuda para empezar a entender y explicar China sin ir del todo perdidos. Hacían recepciones en las que sentaban a los periodistas extranjeros en cómodos sofás mientras azafatas vestidas con *qipao* servían té en amplias salas enmoquetadas y con cuadros de acuarelas que ocupaban media pared de amplísimas salas de edificios sobredimensionados. Las comidas y cenas en mesas giratorias incluían tantas delicias de las gastronomías regionales que ni siquiera tenías tiempo de retener su nombre. Era la época en la que los políticos y otros representantes locales presumían de PIB de doble dígito como quien compite para tenerla más grande. El PIB era un mantra que todo el mundo memorizaba y repetía con insistencia.

La construcción de la nueva China urbana no habría sido posible sin un elemento clave: una fuente inagotable de mano de obra, un verdadero ejército de obreros heroicamente sacrificados y disciplinados. Cuando menos te lo esperabas, habían colonizado un solar disponible y habían instalado en tiempo récord los barracones prefabricados donde se quedarían hasta que acabasen la obra. Durante los meses que durara, esa sería su microciudad dentro de la ciudad. También había constructoras que preferían no tenerlos durmiendo en el centro y los trasladaban amontonados en autobuses destartados desde barracones de la periferia, custodiados por guardias y cámaras de seguridad que los tenían bien controlados. Una vez al mes, tenían un día libre que aprovechaban para descubrir Pekín o las otras grandes megápolis donde trabajaban.

Tan alta era la demanda que enviaban a los pueblos de provincias interiores misiones para reclutar mano de obra. Les contaban que tendrían

comida, colchón y un sueldo mucho más alto de lo que cobraban como agricultores.

El factor de la productividad se imponía por encima del factor humano. Muchos constructores se permitían retrasarles semanas o meses el jornal bien porque podrían reinvertir o especular con ese dinero, bien para forzar jornadas y ritmos de trabajo más duros que los volvieran más competitivos, o bien para asegurarse de que se quedaran hasta que la obra estuviera finalizada. Cuando llegaban las vacaciones del Año Nuevo Chino y los obreros estaban a punto de volver al pueblo para compartir un dinero que no siempre habían ahorrado, la policía iniciaba campañas de «golpear fuerte» dirigidas a ese colectivo, al que responsabilizaba sin miramientos de hurtos, robos e incluso violaciones.

La industria y la construcción absorbieron enormes bolsas de población. La China rural fue despoblándose y, tanto en las capitales en plena fiebre urbanizadora como en los cinturones industriales de Shanghái o Guangdong, había trabajadores de casi todas las provincias de China.

Con los años, la población flotante fue echando raíces en las ciudades de acogida. Los que llegaban para probar suerte enlazaban un trabajo con el siguiente. Además de los trabajadores de cuello azul, los de la industria, la economía urbana iba diversificándose con nuevos servicios que empleaban a los trabajadores de cuello blanco, los oficinistas.

Las ciudades iban creciendo. Los propietarios de los pisos más baratos los compartimentaban con tabiques sencillos para crear el máximo número de habitaciones posible y sacar así más dinero de los alquileres. El criterio para considerarlo una «habitación» era que cupiera una cama. Daba igual si no tenía ninguna abertura que ventilara el espacio, por ejemplo. También los antiguos refugios de los sótanos de muchos complejos residenciales en ciudades como Pekín tuvieron una segunda vida reconvertidos en una especie de hormigueros humanos. No es casual que durante la pasada década aparecieran neologismos para referirse a la población flotante. *Yizu*, la «tribu de las hormigas», se usa para referirse a los estudiantes y graduados de provincias que comparten viviendas hipercompartimentadas, donde apenas cabe una cama y una mesita o un pequeño armario. *Shuzu* es la «tribu de las

ratas», por toda esa gente que duerme literalmente bajo tierra, en cuartos igualmente minúsculos de sótanos o antiguos refugios nucleares donde suele compartirse un mismo baño o una misma cocinita en el pasillo.

Hasta bien entrada la década de los años noventa, los chinos no lo tenían nada fácil para trasladarse de un lugar a otro. Si lo hacían, solía ser por obligación, como durante la Revolución Cultural, con la imposición a la población urbana de pasar largas estancias en el campo y compartir y entender el sacrificio de trabajar la tierra. A diferencia de esa época de excesos y absurdos ideológicos, ahora en la ciudad necesitaban a todos esos obreros.

Necesitarlos implicaba aceptarlos sin demasiadas condiciones. Pero el impacto sociodemográfico abrió la brecha y multiplicó la estigmatización. Así es como, por mucho que con el tiempo haya intentado adecuarse su significado, hablar de *nongmingong* (obrero de origen campesino) o de *waidi ren* (persona que viene de provincias) tiene todavía una connotación negativa y despectiva, solo suavizada cuando el forastero destaca por su talento o tiene éxito económico, y entonces deja de ser visto como un inconveniente.

Durante esos años acabó de gestarse una doble brecha que tardará tiempo en cerrarse. De entrada, se abrió una brecha territorial, con ciudades como Shanghái que crecían imparables y se distanciaban de las áreas rurales, donde todo iba más lento y donde se perdía población activa.

Junto con eso, el éxodo del campo a la ciudad se cobró el alto precio del desarraigo. Por mucho que se mezclaran con la gente de la calle, esos obreros seguirían siendo *waidi*, forasteros, en oposición a los *bendi*, los locales. Unos y otros se comportaban de forma diferente, comían de forma diferente, vestían de forma diferente. Los *bendi*, a la moda y con todo el tiempo del mundo para disfrutar de su ocio. Los *waidi*, quemados por el sol y con esa americana que se ponían para trabajar, normalmente sucia en los codos. Parecía que no se la hubieran sacado desde el día en que se la compraron. Incluso se dejaban la etiqueta de la manga que llevaba de fábrica. Nunca entendí por qué llevaban americana y no un mono de trabajo. Quizá alguien había creado tendencia y los demás simplemente lo habían seguido. Era la misma americana que se ponían el día en que descansaban, una vez al mes.

Unos y otros difícilmente se relacionaban. Había un abismo entre ellos. Hasta el punto de que los migrantes se convirtieron en ciudadanos de segunda. Aparte de los comentarios de desprecio por su acento demasiado provinciano, demasiado cutre, y de atribuirles buena parte de la culpa de los males del momento («antes nadie cerraba la puerta de casa», oigo de vez en cuando en cenas con mi familia china), las diferencias de clase se han evidenciado en los agravios que provoca el sistema de *hukou* o unidades familiares.

El *hukou* es una especie de libro de familia que no solo certifica el parentesco, sino también la procedencia. Querer vivir en una ciudad y tener un *hukou* de fuera te excluye de derechos o beneficios sociales en ese municipio. Desde puntuación para acceder a una escuela hasta trámites para legalizar un contrato de trabajo y poder cotizar para una pensión. Tampoco te será fácil conseguir una hipoteca o un crédito del banco. El origen, el lugar de nacimiento, es particularmente condicionante y estigmatizador. Y lo peor de todo es que, aunque tú hayas nacido en esa ciudad, si el *hukou* de tus padres es rural, heredas esa condición.

—Mi amiga se casa con un chico que tiene *hukou* de fuera. Pero es un buen chico —me dijo un día mi mujer.

Y es que, para una chica de Pekín, su *hukou* podríamos decir que es tanpreciado como quizá lo fuera la dote. O sea, un hombre que se case con una chica de Pekín no solo tendrá que poner la casa y, como mínimo, convencer a los padres de la novia de que tiene un trabajo estable y, a poder ser, con futuro, sino que a la vez él y su esposa tendrán que lidiar con este tipo de comentarios hasta que algún día todo el mundo se olvide de que su familia vino de fuera.

Y aunque con el tiempo las distinciones territoriales pierden importancia, los habitantes de Pekín y Shanghái todavía tienen cierta preferencia por encontrar pareja de su misma ciudad. Denota, ciertamente, una diferencia de clase y, por eso hay mucha gente que quiere vivir en esas capitales y a la larga conseguir su *hukou*.

Por reducir esa brecha es, precisamente, por lo que luchaba Zhang Haite, una activista adolescente que, a pesar de ser brillante en los estudios, no

podía acceder al instituto de Shanghái donde quería estudiar. Llevaba años viviendo en Shanghái, pero pesaba más que el *hukou* decía que era de Jiangxi. Con tan solo quince años, Zhang Haite tenía un discurso más parecido al de una activista. Utilizaba un vocabulario que, por variado y erudito, me costaba seguir.

Por una protesta de baja intensidad en un parque de Shanghái, la policía detuvo unos días a su padre y, tras cruzar esa línea, ya no salieron tanto en los periódicos oficiales, que poco antes habían explicado su caso como ejemplo de lo que la mayoría consideraba injusto.

En la última etapa del tándem en el liderazgo chino formado por Hu Jintao y Wen Jiabao, el Gobierno se había apropiado el discurso sensibilizador para cerrar la brecha entre la población local y la población inmigrada. El acceso igualitario a la enseñanza llegó a estar entre los temas más destacados en las sesiones de la Asamblea Popular Nacional. En esa época comenzaron a relajarse algunas restricciones porque el país entendió que no podía exigir a un sector tan grande de la población tantas obligaciones y sacrificios a cambio de nada.

Hoy en día sigue siendo un asunto delicado y el Gobierno chino ha ido ensanchando el número de trabajadores migrantes con derecho a *hukou* de la ciudad de residencia. Pero, en paralelo, son ahora las familias locales, los pequineses o shanghaineses de siempre, las que se sienten perjudicadas. «¿Por qué deben tener ellos los mismos derechos que nosotros?», argumentan. Más gente engordando el grupo de población con igualdad de derechos significa más presión o competencia para acceder a las escuelas o universidades, según su punto de vista. Más presión para salvar la carrera de obstáculos que supone la escolarización y que fuerza a millones de familias a participar en un sistema perverso...

Me explico. La regla no escrita, y lo que nadie admitirá en público, es que para entrar en las escuelas mejor consideradas hay que desembolsar una buena suma de dinero. Además de la cuota de preinscripción, hay que lisonjear al director del centro o a algún maestro con cierta influencia. Les llevan sobres rojos, que en China es la manera educada de darle dinero en metálico a alguien. No hay registro, nadie te lo exige, pero se acepta que, en

circunstancias así, nadie mueva un dedo por ti a no ser que se lo compenses económicamente. Ese «favor» será determinante, aunque en el curso anterior hayas hecho reserva de plaza por el canal oficial. No está escrito en ningún sitio, pero todo el mundo sabe que, sin sobre, no hay plaza. Si, encima, tus hijos nacieron en años de *baby boom* por el efecto del horóscopo (el Dragón y la Serpiente son auspiciosos, la Cabra no), tendrás que pelearte con todavía más familias de lo habitual para entrar en tu guardería de preferencia.

Y esa no es una cuestión menor. Por lo que supone en cuanto al nivel del profesorado, a la calidad y los recursos educativos y las conexiones personales que facilitan ciertos ambientes selectos, entrar en una buena guardería condiciona toda la ruta educativa y, por extensión, toda la ruta vital. El acceso al centro de educación infantil condicionará la entrada a una buena escuela de primaria, de ahí a secundaria y de ahí a las mejores universidades. Una locura competitiva de la que nadie se atreve a escapar por miedo a quedarse aún más al margen.

El traslado gradual pero masivo del campo a la ciudad ha transformado China y ha profundizado la doble brecha de desarraigo y desigualdades territoriales. Problemas que, en 2003, vi a cámara rápida con la inauguración de la presa de las Tres Gargantas.

Habían pasado dos meses desde que empecé a hacer crónicas para Televisión de Cataluña cuando convencí a mis jefes para cubrir uno de los traslados de población más masivos de la historia, el que acompañó la construcción de esa espectacular obra de ingeniería.

Pensada para regular el caudal del calamitoso río Yangtsé, para que fuera más navegable y para generar electricidad en esta etapa histórica de gran crecimiento, la monumental presa se inició a mediados de los noventa y no se finalizó del todo hasta muy entrada la década de 2010. Pero si la obra en sí misma ya era de una gran complejidad, lo que realmente suponía un desafío extraordinario era el efecto de la inundación de la presa hacia arriba, es decir, el agua que quedaría acumulada al levantar un muro inmenso ahí en medio. El nivel del río pasaría de 110 a 175 metros sobre el nivel del mar. Alterar el flujo de uno de los principales sistemas fluviales del mundo suponía adaptar infraestructuras y trasladar ciudades enteras más allá de la presa y montaña

arriba.

De Yichang a Chongqing, el área afectada, el río serpentea recorriendo más de seiscientos kilómetros. Mi ruta empezaba en la presa y seguía el curso del río a contracorriente, de este a oeste. Visité la zona en la fase de más intensidad, justo después de que hubiesen cortado el paso del agua, que empezó a acumularse río arriba. Más de 1,2 millones de personas tuvieron que ser trasladadas por la inundación de centenares de poblaciones.

Mi empresa tampoco era sencilla. Moverse por las Tres Gargantas en plena fase de inundación requería desplazarse en múltiples medios de transporte debido a una orografía caprichosa y al efecto de una navegabilidad cambiante por la crecida del río. Lo más habitual era hacer los recorridos largos en *feichuan*, el barco volador, y recorrer las etapas cortas por carretera. El *feichuan* costaba más que el ferri convencional, pero este podía tardar horas en ir de puerto en puerto, mientras que el rápido te transportaba en trayectos de media hora cada uno.

Siguiendo el Yangtsé, atravesé ciudades de nueva planta pensadas para acoger a millones de habitantes. La mayoría ya estaban instalados, pero aún iban llegando muchos más, a medida que el agua crecía y se tragaba las antiguas ciudades y todo lo que quedaba en esa franja del valle, desde templos milenarios o yacimientos arqueológicos que solo habían podido trasladarse parcialmente, hasta cementerios donde nadie volvería a enterrar a un muerto. Cuanto más adentro, más altas eran las montañas y más impresionante resultaba todo cuando alguien te contaba que ese descomunal puente que veías tan arriba, a más de sesenta o setenta metros del barco, quedaría solo un poco por encima del río cuando se hubiera completado el proyecto, y todo el espacio por donde entonces navegaba pasaría a estar sumergido.

Como si fueran las figurillas de un pesebre, familias de campesinos se movían en la lejanía en medio de campos que habían labrado hasta el último día. El ferri dejó atrás a una mujer que observaba desde el portal de casa como el agua empezaba a cubrir una plantación de maíz. Mientras las olas de las barcas acariciaban mazorcas que no habían tenido suficiente tiempo para acabar de germinar, el resto de la familia cubría con un plástico los últimos

muebles que habían salvado de la casa y que habían amontonado encima de un vehículo destartado que escupía humo negro.

El ferri llegó a la pasarela de placas metálicas que, provisionalmente, servían de muelle flotante para nuevas ciudades como Badong o Zigong. Zigong Nuevo quedaba justo a unos kilómetros más al oeste y montaña arriba de Zigong Viejo, víctima del progreso. El agua estaba turbia. En la orilla del muelle se acumulaban peces muertos, aceites de talleres e industrias, y todo tipo de desechos que flotaban en la superficie. El pasaje saltó a tierra con la ayuda del personal del ferri, que enseguida volvería a contar billetes y llenar la nave hacia un nuevo puerto. De repente se me acercaron cinco *bangbang*.

—¡*Bang bang!* —repetían como si fuera un ritual de bienvenida.

Los *bangbang* son porteadores que cargan decenas de kilos de peso al hombro gracias a un tronco de bambú con ganchos en los extremos. Es habitual encontrarlos en la montañosa provincia de Sichuan, con ciudades llenas de rampas y pendientes.

Señalaban la bolsa y reducían la conversación a monosílabos para ponérselo fácil a este *laowai*. Pero decliné con una sonrisa. Iba bastante ligero y me gustaba tener mis cosas a mano.

Alguien me señaló el camino hacia la nueva ciudad. Levanté la cabeza y vi una inacabable escalinata de cemento que salvaba el trecho entre lo que servía entonces de muelle y el lugar en el que iba a detenerse la crecida del río.

Me pasé el día grabando en la ciudad nueva y, cuando fue suficiente, regateé con un motorista para que me llevara de vuelta a Zigong Viejo. Ahí localicé una pensión y, tras mucho buscar, encontré a la encargada.

—Una noche —precisé.

—Es la última noche —dijo mientras señalaba un calendario mal colgado—. El viernes ya estará todo inundado.

Me cobró 15 o 20 yuanes por adelantado, unos dos euros, la propina final de un negocio que, nunca mejor dicho, tenía los días contados. Dormí en un catre de sábanas con olor a humedad en una habitación de paredes amarillentas, telarañas de todos los tamaños y un armario que ya no servía ni para quemar madera.

Miré el móvil y comprobé que en ese rincón de la habitación no tenía cobertura para llamar a nadie. Me dormí rápido.

A la mañana siguiente, el aspecto del lugar era todavía más desolador. Guardé mis cosas en la mochila y dejé la llave en recepción sin que nadie me pidiera explicaciones. Ni rastro de la recepcionista. Era como si hubiera dejado su puesto de trabajo antes de que lo hiciera su último cliente. Una vez en la calle, tuve la tentación de entrar y cotillear en una comisaría de policía abandonada, pero finalmente pasé de largo. En un futuro no muy distante me daría un atracón de pisar comisarías como esa. Me distrajo el oleaje del Yangtsé, que, como quien no quiere la cosa, iba llenando silenciosamente ese espectacular valle.

Las Tres Gargantas fue una prueba de la capacidad del Gobierno chino para movilizar de forma más o menos coordinada grandes volúmenes de población en un periodo muy corto de tiempo. Hubo denuncias de corrupción y no todo el mundo estaba plenamente satisfecho, pero mi percepción es que, en general, fue recibido mayoritariamente como una mejora en sus vidas.

Pero, sobre todo, esa fue una gran operación de urbanización de la zona. Las nuevas ciudades eran más grandes y podían acoger a más población. Muchos pasaron de ser población rural a convertirse en urbanitas, con lo cual también se había producido un cambio radical de estilo de vida.

En el plano personal, las Tres Gargantas fue la confirmación de que tenía futuro como periodista en China y una prueba de lo que iba a vivir a partir de entonces: muchos viajes en espacios de tiempo muy cortos, desplazamientos largos, reporterismo de subsistencia y sospechas de gente a quien no le hacía ningún tipo de gracia que un extranjero les pusiera una cámara delante, pero también con incontables muestras de generosidad de espíritu de gente dispuesta a echar una mano. Pero quizá tenga que contar antes cómo me convertí en un reportero que la gente empezaba a reconocer, algo que todavía hoy algunas personas me comentan cuando recuerdan de qué les suena mi cara.

5

ADAPTACIÓN

Nunca he acabado de tener claro quién llega a China por necesidad y quién lo hace por curiosidad o atracción. Seguramente hay un poco de todo y las motivaciones se entrecruzan. También he comprobado que no existe una división clara entre los expatriados que aceptan la realidad y la sociedad china tal como son, y los que se rebelan. Más bien solemos funcionar por fases: primero China nos deslumbra y nos fascina, después llegan las dudas, más adelante las contradicciones y, por último, solemos madurar y razonamos o tenemos más o menos claro qué no soportamos y qué nos encanta del país y su gente.

En cambio, sí creo que hay una gran diferencia entre los inadaptados y los que aprenden a adaptarse. Incluso cuando no están del todo contentos con su opción de vida en ese país, los que se adaptan desarrollan una gran capacidad de aceptación y resiliencia y, si es necesario, de conformismo, conscientes de que su capacidad de incidir en su entorno es muy limitada, por no decir nula. Para los occidentales no suele ser un país fácil.

Cuando se habla de diferencias culturales, esta dificultad de adaptación suele atribuirse a que los occidentales estamos educados en la libertad individual, mientras que en Asia Oriental se piensa más en el grupo, más colectivamente. Nosotros valoramos más el espacio personal, la privacidad y nos socializamos de forma más selectiva. Ellos lo hacen más abiertamente y

enseguida se toman más confianzas.

—¡Eh, amigo extranjero! —me dijeron en numerosas ocasiones desconocidos que sentían curiosidad por ese extranjero solitario en algún restaurante de algún pueblo remoto durante mis primeros años en China.

—No soy tu amigo —respondía yo secamente. Mira que era cretino en días como ese...

Con las amistades hechas, son más cuidadosos a la hora de mantenerlas. Recuerdo que mi amigo Ma Hui, a quien ayudé a tramitar su visado español de estudios, me regaló poco después una pluma con un estuche muy bonito.

—¿Qué, cómo te va la pluma? —me preguntó al cabo de un tiempo.

—Ah, esa pluma... Lo siento, pero la perdí. Siempre llevo bolis y siempre los pierdo.

—Pero, Sergi, era una Montblanc...

Ni yo esperaba que me regalara nada cuando decidí ayudarle ni él nunca entendería que yo no valorara ese gesto simbólico para devolverme el favor, porque desde mi punto de vista los favores son incondicionales y la mejor gratificación es el simple hecho de ayudar a alguien. Para más inri, no encontré una vía menos directa de comunicarle la pérdida de la pluma Montblanc que la burda verdad. Otro error, pues confesar que la había perdido y que no me importaba demasiado era especialmente ofensivo. «Sois demasiado directos los occidentales.» ¿Cuántas veces he oído esa frase?

Es evidente que, después de todo un ciclo de doce años (llegué durante un año del Caballo y me fui en el siguiente año del Caballo) y después de mucha prueba y error en mi socialización en China, me siento parte de los adaptados. Sin esta capacidad de adaptación, nada de lo que hice habría sido posible personal y profesionalmente, a diferencia de lo que les ocurrió a muchos de los extranjeros a los que conocí. Tampoco es casualidad que empatice más con quienes siguieron procesos similares al mío.

Adaptarse no significa aceptar China tal como es, es aprender a convivir con ello. Tuve crisis importantes, ese recurrente «¿qué diablos hago aquí?», e incluso me pregunté por qué no elegí otro país como Japón, Corea o la India. Pero debo decir que, lejos de entrar en un proceso depresivo o envejecer gruñón, creo que China me convirtió en mejor persona, simplemente

aceptando que no todo sale siempre como quieres.

Supongo que algo debí aprender de esa gente. Si destaco una virtud de los chinos es que no le dan más vueltas a las cosas de lo que es realmente necesario. Le dan dos, tres o cuatro vueltas, si es necesario, pero no eternizan debates, no están para monsergas. Tal vez actúen tácticamente escondiendo sus intenciones —en los negocios, en la política, en el amor— y tal vez discrepen absolutamente de lo que les haya tocado afrontar, pero en todo caso lo afrontarán con una actitud práctica y no insistirán en una discusión o un estado de ánimo que saben que no los llevará a ninguna parte.

Quizá lo aprendiera con los años, pero creo que me di cuenta durante una sesión con mi médico de masaje terapéutico, el doctor Man, quien, me doliera lo que me doliera, siempre acertaba.

—No tienes el hígado demasiado bien. Estás preocupado —me dijo el doctor Man mientras intentaba desentumecerme alguna parte del cuerpo que no recuerdo si era el propio hígado o algún punto de la planta del pie.

—Puede ser.

—Mmm... —respiró Man, mientras continuaba manipulándome.

—En casa —le confesé, al fin—. Últimamente discutimos por dinero.

—¿Y qué puedes hacer?

—No lo sé. Pensamos diferente.

—Si no puedes hacer nada, no te preocupes. Las preocupaciones no te ayudan a pensar con claridad.

Probablemente Man no lo dijera exactamente así, pero es como recuerdo la conversación. Intentaba decirme que era normal que en casa tuviéramos problemas. ¿Quién no los tiene? Que era normal que dos personas que viven juntas tengan criterios diferentes y discutan. Pero que, solo si estás dispuesto a hacer algo al respecto y puedes realmente hacerlo, podrás intervenir en el problema. Quizá el problema acabe arreglándolo alguien, desde fuera. Ahora bien, si no hay nada que puedas hacer, si no cambia nada, no tiene mucho sentido lamentarse o profundizar en lo que produce el malestar. No tiene sentido perpetuarlo. Puedes convivir con ello. Puedes intentar solucionarlo. Puedes ir a un lugar como el suyo a que te den un masaje y mitigar sus efectos. Puedes distraerte y pensar en otra cosa. Pero si, por lo que sea, el

problema debe persistir, es desaconsejable dejar de ver más allá, porque entonces acabas somatizándolo.

Es probable que este conocimiento milenario sobre la relación entre el cuerpo y la mente que tanto me fascina de la medicina tradicional lleve a los chinos a interpretar mucho mejor lo que les pasa. En nuestro país implica discusiones interminables, engaños para la mente y, en los casos más extremos, adicción a medicamentos que generan problemas peores que los originales. Pero supongo que también tiene algo que ver con el hecho de que China viene de una etapa más reciente marcada por la supervivencia. Cuando no tienes nada, cuando todo cuesta mucho más, aprendes a valorar mejor las pequeñas cosas y a relativizar la sensación de pérdida.

El caso más evidente fue la muerte de mis abuelos y la de mi tío. Todos ellos murieron durante los años en que viví en China, dejándome con esa doble sensación de no poder compartir el duelo y de no haber podido despedirme de ellos debidamente, una sensación casi de abandono. El fallecimiento de mi abuelo paterno, por ser el primero, fue probablemente el más duro, aunque en realidad era el más previsible y más comprensible pues vivió noventa y seis años.

«No quiero morirme», me contó mi tía que le había oído decir alguna vez, cuando ya no se podía mover de la cama y aún era más o menos consciente de lo que decía y reconocía a sus hijos y su mujer. Una frase que, en pleno duelo a miles de kilómetros de distancia, empeoraba la aceptación de la pérdida.

Lo que nunca nadie me había enseñado es que tendemos a resistirnos a una verdad irrefutable: somos mortales. Cuando Wang Can se acercó para consolarme y me dijo «piensa que ya no sufrirá más», primero gesté inconscientemente un impulso de rechazo hacia esas palabras, pero después las abracé y tuvieron un efecto terapéutico.

De hecho, en China aún lo celebran cuando alguien muere con más de sesenta años. He asistido a velatorios que parecían más una fiesta que un funeral, porque celebraban que el difunto hubiera superado lo que no hace demasiado tanto tiempo se consideraba la esperanza de vida probable. Dice mucho de cómo se vive y cómo se explica la muerte. Incluso llegué a hacer

un reportaje sobre una plañidera profesional que actúa por encargo con una tropa que canta, baila, cuenta chistes y tiene algún número ligero de ropa, trabajo que en nuestro país sería impensable en la actualidad. Que mi abuelo falleciera a los noventa y seis años de edad tendría que hacerme sentir orgullo por el simple hecho de haber podido compartir tanto tiempo con él. Quizá hoy le habría llegado a montar una fiesta de despedida.

Volviendo a lo de no darle más vueltas a las cosas de las realmente necesarias, admiro el hecho de que en Asia Oriental, en general, sean más comprensivos con el comportamiento del otro. Es verdad, existe un bienestar de grupo por encima del bienestar individual que contribuye a que la sociedad tenga menos manías.

Recuerdo que, al cabo de unos años de haberme instalado en China y cuando ya estaba bastante adaptado, una vez volví a Barcelona por Navidades. Un día crucé la calle con la cabeza a saber dónde, demasiado relajado, sin mirar bien a ambos lados, igual que lo hubiera hecho en China, donde el tráfico puede llegar a ser caótico, pero los vehículos están más acostumbrados a esquivarte si interfieres en su trayectoria, salvo cuando no acaban de calcularlo bien y directamente te atropellan.

Ese día en Barcelona cruzaba distraído la calle cuando de repente sonó ruidosamente un claxon y a cámara lenta me pasó una moto muy cerca. Como si pasara la imagen fotograma a fotograma, puedo ver todavía la cara del motorista poseída por la ira y oír un gemido monstruoso distorsionado por el efecto de cámara lenta. Me sorprendió que, en lugar de reaccionar con vergüenza o, peor aún, de gritarle de vuelta, sonreí, como tantas veces había visto a los chinos sonreír cuando yo me había encontrado en la piel del motorista. En vez de indignarse, dan entender que no pasa nada porque al final nadie se ha hecho daño y no vale la pena discutir. También me prometí que no volvería a quejarme cuando un coche no me cediera el paso. Entre otras cosas, porque detrás de él vendrían otros quinientos y yo solo no podía cambiarlos a todos. Al menos no en esta vida.

6

LLENAR LA BARRIGA

Me cuenta mi suegro que, cuando era joven, en los años ochenta, cogía la bicicleta para ir a trabajar a una zona rural de las afueras de Pekín. Cerca de allí habían instalado algunas de las primeras granjas privadas. Cuenta que saltaba la valla de una granja, entraba en los gallineros y robaba algunos huevos. Luego rehacía el camino a casa, unas horas pedaleando con cuidado, con la camiseta un poco remangada por la parte de la barriga para proteger los huevos, como si fuera un marsupio, no fuera a ser que se rompieran con los baches del camino. Lo hacía para que en casa tuvieran algo más de comer que el cuenco de arroz y las verduras habituales. Pasaban hambre.

Lo cuenta cuando le interrogo sobre esa época o quizá porque ha salido Corea del Norte en la conversación y compara la situación en el país vecino con cómo vivían ellos entonces, cuando todavía vestían todos igual y todo el mundo se movía en bicicleta.

Lo narra con gracia expresiva y sin nostalgia, en una cena en la que, veinte o treinta años después, no falta de nada. No es en absoluto la historia de una familia que ha hecho fortuna y ahora puede permitirse excesos. Es la historia de gran parte de la sociedad china urbana y rural. China ha sacado a centenares de millones de personas del hambre en las últimas décadas y sigue ensanchando la base del bienestar cuantificable. Lo reconocen desde Naciones Unidas hasta el Banco Mundial. De hecho, España dejó de incluir a

China como beneficiario de los fondos para el desarrollo a mediados de la década de los 2000, cuando ya no pudo justificar darle dinero a un país que obviamente ya no lo necesitaba.

En tiempo récord, en toda China muchos han pasado de la escasez a la abundancia y al mismo concepto de progreso que durante toda una vida habían envidiado del mundo desarrollado. Pero también podríamos decir que no han tenido tiempo de digerir este cambio. Imagínense mentalmente la elipsis. De mesas donde se servía siempre lo mismo a comidas en las que no falta de nada. De calles llenas de bicicletas a calles llenas de coches. De edificios de cinco o seis plantas a edificios de no menos de quince niveles. De colas para los primeros establecimientos de comida rápida, por la que se pagaba una fortuna, a la comida servida en casa, rápida y barata. De los *xiaomaibu* (pequeñas tiendas de víveres) con dos marcas por tipo de producto como máximo a Walmarts o Carrefours con una oferta inacabable y variada. Del pesado papeleo del monopolio postal para enviar cualquier paquete a la eclosión del comercio electrónico y la rápida popularización de los pagos mediante el móvil.

Siempre digo que los chinos han tardado menos tiempo en dar múltiples saltos generacionales que nosotros en dar uno solo. El salto económico es el más evidente, pero también ha ocurrido en el plano social, y no ha sucedido, en cambio, en el plano político, que va más lento.

Como sugiere el título de este libro, todo ello se ha producido a cámara rápida en tan solo dos décadas y creo sinceramente que la gestión acelerada de esta evolución, con todos sus defectos, ha sido espectacular. Soy crítico, y no me cansaré de destacar en estas páginas todo lo que considero claramente mejorable, pero es justo decir que la percepción de la mayoría de los chinos es que su vida ha pasado de ser precaria a ser cómoda o mínimamente acomodada.

Hoy en día, la rutina diaria de esta población urbana probablemente se parezca mucho a la del lector. Levantarse, encender algunos interruptores, ducharse, ajustar la calefacción, pasar por la cocina para preparar el desayuno y decidir qué elegir de lo que hay en la nevera y que habrá que comprar hoy para volver a llenarla, coger el medio de transporte habitual, planificar

adónde ir de vacaciones... La mayoría de los puntos de esta lista estaban solo al alcance de unos privilegiados cuando llegué a China a principios de los 2000, pero hoy ya forma parte de las vidas de una clase media que ya no envidia nuestro estilo de vida.

Es más, mientras nosotros parece que tocamos techo y tendemos a contener el gasto y a no consumir más de lo que necesitamos, ellos todavía están, en general, en una tendencia consumista creciente. Lo que quiere decir que no han llegado al límite de lo que pueden llegar a querer o necesitar, como país. Que los chinos tengan más hambre, más sed y más ganas de viajar o comprar activos en el extranjero —pero, sobre todo, que lo puedan pagar— tiene repercusiones a escala planetaria, con efectos que van desde un impacto en el precio de las materias primas a un cambio del peso de Pekín en la política internacional.

Visto con perspectiva, es de vértigo. Crítico, pues se trata de un país superpoblado...

—No hay agua caliente.

—¿Eh?

—Sergi, los chinos no nos duchamos tan a menudo como vosotros.

—¿Qué quieres decir, que no tenéis agua caliente?

—No.

—Eh... Vale, me ducharé con agua fría.

La anécdota es de hace unos diez años en casa de los padres de un amigo mío, Shaanxi. Le daré la razón a quien diga que los asiáticos desprenden mucho menos olor corporal que los occidentales, pero pensemos por un momento qué significa que cada vez más chinos consideren que hay que ducharse más a menudo. Mucha agua tratada, mucha agua calentada, mucha agua vertida. Es fácil entender que, si nosotros ya tenemos problemas con la capacidad de los embalses cuando no llueve lo suficiente, en un territorio con muchísima más gente que tiende a consumir más, el problema se agrava.

Lo mismo ocurre con el agua de consumo humano. Me costó aceptar que en China es muy difícil encontrar agua mineral de verdad. La mayoría de las marcas son de agua potable tratada o, a lo sumo, mineralizada. Mucho más tarde, ya entrada la década de 2010, vi por primera vez una marca de agua del

Tíbet que sí que, efectivamente, procedía de un manantial de la meseta. No es tan descaradamente cara como las marcas francesas de importación, pero no es barata y queda fuera del alcance de la mayoría de los consumidores, que elegirán las marcas de agua tratada porque eso es precisamente lo que el mercado puede ofrecerles. No hay suficiente agua mineral para todos. Y, si un día todos pueden pagarla, el impacto en las ya escasas reservas mundiales será serio.

En mis primeros viajes por todo el país, me llamó la atención que en las puertas de los váteres públicos hubiera vendedoras que te ofrecieran, por pocos *maos*, no paquetes de pañuelos de papel, sino pañuelos de papel individuales. También me fijé en el hecho de que, antes de ir al váter, la gente sacaba el rollo de papel higiénico de la bolsa y recortaba tan solo un par de trocitos de los que delimitan las líneas agujereadas. Como los lavabos públicos no solían tener papel higiénico, todo el mundo lo llevaba siempre en el bolso por si acaso. Pensemos ahora cuánto papel se necesita si, en vez de dos trocitos, la mayoría de los chinos utilizan el doble, por ejemplo. ¿Cuántas toneladas de papel mensuales solo para cubrir esa diferencia? Lo mismo es aplicable a cualquier otra materia prima.

La gestión del paso de una economía de subsistencia a una de consumo, equiparable a la nuestra pero en una escala muy superior, es de una gran complejidad. A modo de ejemplo, de poco han servido las campañas de sensibilización para que los clientes de restaurantes lleven sus propios palillos para coger la comida y abandonen los desechables, hechos de madera o bambú. Se consumen 130 millones de palillos cada día, 45.000 millones cada año, una cifra que da vértigo, con un impacto innegable en forma de deforestación.

Sin olvidar la impagable contribución para la humanidad de Yuan Longping, el padre del superarroz, con quien tuve el honor de hablar en dos ocasiones. A partir de los años sesenta, este ingeniero agrónomo empezó a cruzar diferentes variedades de arroz y llegó a desarrollar una variedad muy resistente y productiva que ha conseguido mitigar los efectos del hambre no solo en China, sino también en todo el mundo. Su técnica se convirtió, a finales de los setenta, en el primer ejemplo de transferencia de derechos de

propiedad intelectual de la República Popular de China a Estados Unidos.

Cuando visité una de las plantaciones experimentales que coordina en la provincia de Hunan, me dijo que perseguía cosechas de quince toneladas de arroz por hectárea. Fue una de las pocas ocasiones en las que este octogenario se dejaba ver en público, rodeado de una multitud que quería tocarlo o acercarse a él. Todo el mundo lo miraba con una gran admiración. China ha sido capaz de llenar la barriga de su población y, para seguir haciéndolo, ya compra grandes extensiones de tierra fértil en otros países, desde Latinoamérica a África. Es una cuestión de estabilidad alimentaria y de seguridad nacional.

Yendo por una ciudad, a veces me quedaba todo un trayecto en coche con la vista clavada en el exterior, por donde pasaban una sucesión de hormigueros de cemento. Intentaba imaginarme las pequeñas historias de cada una de las ventanas de los edificios por los que pasábamos e imaginaba a amigos o conocidos con sus respectivas familias. Intentaba reproducir la imagen de mi familia china durante las fiestas, cuando todo el mundo coincide en un solo espacio. Reuniones multitudinarias con mesas llenas de platos a rebosar de comida y creativas maneras de sentarse en el sofá para que quepa todo el mundo.

No nos olvidemos de las bodas. Fui a más bodas en China que en mi propio país y, en ellas, siempre presencié una imagen que, a ojos del recién llegado, era bastante grotesca. Pongámonos en situación. Las bodas chinas se acaban cuando todo el mundo ya ha comido. En realidad, el espectáculo ya suele adecuarse al tiempo que se supone que tardan los invitados para quedar bien servidos. Ni se te ocurra esperar que esa desbordante ingesta alcohólica con medio día por delante te sirva para desinhibirte en un baile en el que a saber con quién te enrollarás o en el que a saber qué harás que no harías en condiciones normales y en el que todo el mundo finge que no ha visto nada. No es que no se lo pasen bien, pero el orden de las cosas y el lugar son diferentes a lo que normalmente hacemos aquí. La desinhibición se deja para la sesión de karaoke de después o para una fiesta a la que acuden los que realmente quieren alargar la celebración. Durante la ceremonia, los invitados son más bien espectadores pasivos del rito, una especie de espectáculo que

conduce un animador. Los asistentes solo se levantan de su mesa para ir a brindar con los novios o con sus padres. Las mesas redondas giratorias de diez plazas acaban totalmente colapsadas de platos que el servicio intenta retirar mientras se apresura a traer los nuevos. Las botellas de refrescos y *baijiu* van vaciándose. No hay agua para beber. Demasiado vulgar. A lo sumo, refrescos para los niños. Los ceniceros acaban llenos de colillas, cáscaras y envoltorios de todo tipo que también colonizan otros espacios de la mesa y el suelo. Para los invitados, es importante amortizar la cifra que han abonado a los novios. Es verdad, vas a la boda porque es una celebración y lo más importante es compartir felicidad, pero los novios no pueden permitir que en la comida falte de nada; si no, quedarían muy mal, perderían *mianzi*, perderían «cara». Si vas a una boda, primero tendrás que entregar el sobre rojo, pues aquí no hay lista de boda, sino dinero en metálico dentro de un sobre del color de la felicidad. Después puedes largarte cuando te dé la gana. Y es en el momento de la desbandada general cuando los más hábiles, o los más desesperados, pillan lo que pueden. Suelen tener cierta edad. Hay quien comprueba si queda *baijiu* y recoge cigarrillos con los que se llena los bolsillos de la chaqueta. Hay quien pide a los camareros bolsas de plástico que dejan sobre la mesa para ir llenándolas de comida. Una persona sostiene la bolsa y otra, con la ayuda de los camareros, va vaciando las bandejas con restos de comida aprovechables. Intentan que no caigan líquidos por aquello de que no se derramen durante la vuelta a casa. Entonces piden unos cuantos contenedores de Porexpan porque hay alguien que sí quiere aprovechar el jugo agridulce tan rico de ese pescado mandarín tan crujiente.

Todo eso está cambiando mucho y cada vez son más numerosos los que consideran que llevarse los restos de la comida es más una molestia que un ahorro real. Es notable el contraste en pocos años de diferencia o entre generaciones de mayores y jóvenes. Conviven la China que pasó hambre y la que, como tiene dinero, quiere demostrar que procura que no falte de nada. Pero más notable aún es el contraste entre los que poseen y los que no. Entre aquellos a quienes les sobra de todo y quienes aprovechan las sobras de los otros para reintroducirlas en una cadena de «desperdicio cero».

Uno de mis reportajes más curiosos fue un encargo para el desaparecido

programa *El Medi Ambient* de TV3, una historia sobre reciclaje que centré en un vertedero de las afueras de Pekín. Era descriptivo, no había ningún gran titular, pero la fuerza de esas imágenes lo hubieran vuelto viral si en esa época hubiese contado con una herramienta tan útil como las redes sociales.

Fue uno de los últimos años en los que pudo accederse libremente a ese tipo de recintos sin pasar ningún control. Uno o dos años después ya habían restringido el acceso completamente.

Lo visité con una de las primeras ayudantes que tuve. No en taxi, como era habitual, sino con un coche normal para no despertar sospechas. Nos pusimos detrás de un camión de las decenas que iban entrando y saliendo sin descanso a primera hora de la mañana por una carretera polvorienta que, al cruzar el umbral del recinto, serpenteaba por los desniveles de las diferentes capas de residuos que las apisonadoras iban aplastando.

El conductor bajó la ventanilla mientras intentaba taparse la nariz con la otra mano y hacía equilibrios para dirigir el volante. Encendió un cigarrillo. Me quedé callado. Detesto el tabaco y aún más a quienes, en un espacio cerrado, ni siquiera te preguntan si te importa que te ensucien el ambiente, pero hay momentos en los que el humo de un cigarrillo es mejor que el aire que circula, sobre todo si el aire es putrefacto.

Llegamos al núcleo, al punto en el que se detenían todos los camiones. Los recibían hombres con palos muy largos que primero pensé que eran operarios. Me miré los zapatos como quien dice el último adiós, e hice un ejercicio mental que acabaría convirtiéndose en ritual: «Sergi, lo importante es retratar este momento, tú eres un accesorio, olvídate de los elementos, olvídate ahora del mal olor».

Salí del coche. El suelo estaba blando y cada huella hacía brotar un líquido marrón y pegajoso. Hacía días que había nevado. Nieve primavera. Primavera putrefacta. Los charcos donde había habido nieve eran charcos de mierda líquida. Y suerte que el frío en parte frenaba la descomposición. Al levantar la vista, entendí que los que parecían operarios y extrañamente aceptaban nuestra presencia con indiferencia, en realidad, eran buscadores de restos aprovechables. Estaban demasiado ocupados. Llevaban palos muy largos con un gancho en el extremo, que, gracias a un sencillo mecanismo y

un cable, les permitía remover los desechos a distancia y pescar las piezas que les parecían recuperables. En la espalda llevaban colgando un cesto o un saco de lona grande. Cuando lo llenaban del todo con los tesoros capturados, lo vaciaban en sus triciclos motorizados, aparcados en las proximidades. Y así iban repitiendo la secuencia en esa hora de máxima actividad.

—¿Qué buscáis? —pregunté.

—Cualquier cosa. Todo lo que pueda aprovecharse.

A preguntas obvias, respuestas obvias.

Mi ayudante salió un momento del coche y con ella una nube de humo de cigarrillo. El contraste olfativo le provocó una mueca y se tapó la boca con la mano antes de hablar.

—Tendríamos que ir tirando. Ha venido un vigilante a preguntarme qué hacíamos.

—De acuerdo. Esperemos un poco más hasta que nos echen. Tampoco estamos haciendo nada demasiado sensible —respondí.

Para montar el vídeo ya había grabado planos generales, detalles de los guantes descabezados y roñosos, de los extremos de los palos, y también bastantes secuencias completas de todo el proceso, pero quería tener algo más de material para elegir con comodidad. Uno de los traperos ya tenía su triciclo lleno de botellas de plástico vacías y las ataba con cordeles antes de irse. El que buscaba piezas de electrodomésticos iba más lento.

En la mente de un periodista a menudo hay una agenda marcada por los hechos más inmediatos, pero también hay un mapa mental de historias que acabará relacionando entre sí, trazando líneas imaginarias que, cuando tienen suficiente consistencia unas con otras, tal vez tomen sentido. Las considero una especie de agenda a corto plazo y una agenda a medio o largo plazo. En este sentido, la historia del vertedero de Pekín me proporcionó elementos que más tarde acabaría relacionando...

Uno de los traperos no recogía ni plásticos ni chatarra. Sacaba materia orgánica. Llenaba cubos de restos de comida. No acababa de entender qué criterio seguía para identificar que fuera realmente materia orgánica, así que salí de dudas preguntádoselo directamente:

—¿Qué harás con eso?

—¡Es para los cerdos! —soltó con una carcajada.

Esa masa, que había convivido con baterías, aceites industriales y desechos de hospitales, volvía a la cadena alimentaria.

Recuerdo que lo destaqué en mi historia, pero no acabé de entender la dimensión del problema hasta que, años más tarde, la agenda a largo plazo tomó sentido cuando estalló el escándalo del aceite de desagüe, el *digouyou*. Se lo llamó así porque consistía en filtrar el aceite de los restos orgánicos. El beneficio era evidente. Los restos de comida de los restaurantes iban a parar a talleres clandestinos donde los prensaban para filtrar la parte líquida, que se mezclaba con aceite de uso habitual a conveniencia, hasta encontrar la proporción adecuada para que, a simple vista, pareciera de nuevo un aceite cualquiera. Si un litro de marca blanca costaba, por ejemplo, 40 yuanes, el asqueroso sucedáneo costaba no más de 7 u 8 yuanes, y se podía vender por no más de 20 yuanes, a mitad de precio del de los competidores.

Quienes más participaban en la operación eran los restaurantes grandes, que claramente se ahorraban mucho dinero con el intercambio y, probablemente, muchos de ellos participarían en el negocio también como proveedores.

Ignoro a quién se le ocurrió primero la idea de devolver los residuos orgánicos a la cadena alimentaria, pero debió correr como la pólvora porque, cuando los inspectores de sanidad destaparon el engaño, salieron casos de restaurantes implicados por todas partes.

A algún falso druida se le debería ir la mano o la codicia cuando demasiados clientes acabaron en el hospital con problemas de estómago. Cuando la prensa empezó a sacar casos de *digouyou*, el Ministerio de Sanidad se puso serio e incluso clausuraron algunos establecimientos de zonas como Guijie, la calle de los farolillos rojos donde tantas veces habíamos ido a altas horas de la madrugada al salir de bares y discotecas, una zona muy popular entre locales y turistas cerca del Templo de los Lamas de Pekín. Yo mismo había relativizado un escándalo anterior, el de los restaurantes que utilizaban opio entre los ingredientes del *huoguo*, la olla mongola, para narcofidelizar a sus clientes.

El escándalo del aceite pasaba de castaño oscuro. Diría que fue a partir de

entonces cuando inicié un largo periplo de precauciones, decepciones y desconfianza hacia los restaurantes chinos. Lo que cuento a amigos y conocidos es que, para mí, la cultura gastronómica china es probablemente la más variada y exquisita del mundo, pero, por desgracia, no me fío de las prácticas de la mayoría de los restaurantes chinos. Es una lástima.

El escándalo del *digouyou* duró tanto tiempo como la prensa consideró necesario. Parecía que ya se habían tomado las precauciones necesarias, pero el negocio era demasiado lucrativo como para rendirse. Las mafias agudizaron el ingenio. Solo había que encontrar la manera de no ser detectados. Y, puesto que Sanidad enviaba muestras de aceite al laboratorio para comprobar que no fuera fraudulento, contrataron a expertos. Los nuevos alquimistas tenían estudios. Combinando ingredientes, encontraron la manera de cambiar la estructura molecular del *digouyou*, de forma que no era detectable con las pruebas básicas de los inspectores. *Voilà!* Los billetes rosas de 100 yuanes volverían a circular a puñados.

Nada iba a detener esa máquina de hacer dinero. Tanto es así que recuerdo una noticia de una protesta de los trabajadores de la limpieza de Zhengzhou, Henan. Se negaban a recoger la basura de la zona de los restaurantes más populares porque matones contratados por las mafias se lo impedían con amenazas y ya habían llegado a agredir a alguien.

Mi héroe particular en toda esta historia es el profesor He Yujian, de la Universidad de Ciencias de China, que me contó cómo desarrollaron él y su equipo un nuevo sistema de detección. Estaba frustrado, porque tenía la solución —un kit muy sencillo y portátil—, pero no los apoyos necesarios para aplicarla a gran escala. Cuando me fui de China le perdí la pista, pero espero que tarde o temprano reciba el impulso necesario. Más que nada porque la descripción de los perjuicios del *digouyou* es estremecedora: alergias, dolores de cabeza, hongos, diarrea, cáncer e incluso la muerte en el peor de los casos. Calculaba que alrededor de una décima parte de los aceites que se utilizaban en China eran aceites de desagüe.

Por desgracia, es tan solo un caso de una larga lista de prácticas igual de temerarias y asquerosas. Reviso uno de mis *blogs* preferidos sobre historias chinas, *Shanghaiist*, para citar algunos de los titulares más desagradables:

«Falso arroz hecho con plástico se esparce por toda Asia» (mayo de 2015); «Encuentran en Guangdong arroz falso hecho de papel» (septiembre de 2015); «Funcionarios alertan de que no es sano comer sal de carretera después de una nevada en la que desapareció en grandes cantidades» (enero de 2016); «La policía desarticula una banda que vendió diez toneladas de falsa carne de medusa hecha con materiales sintéticos» (mayo de 2016); «Pescaderos pillados mientras recogían gambas de la cloaca de un mercado de Wuhan» (junio de 2016), o «La NFL alerta de que comer mucha carne china puede dar positivo en las pruebas antiesteroides» (mayo de 2016), que recuerda a un titular similar que durante los juegos de Pekín de 2008 causó gran preocupación entre los deportistas olímpicos, muchos de los cuales viajaban con su propio cocinero y comida. Algunos lectores quizá también recuerden la historia de las misteriosas sandías que explotaban antes de que pudieran recolectarlas. Después se acabó entendiendo que estallaban por un exceso de fertilizantes.

Por eso no me sorprendió cuando un amigo canadiense me contó que, después de comer *chuan'r*, las brochetas de carne de cordero que venden en la calle, acabó en la sala de urgencias de un hospital de Shanghái.

—Le pregunté al médico qué había comido realmente.

—No me digas que era gato —me aventuré a decir recordando una noticia similar.

—Peor. El médico bajó la vista y me dijo: «Siento decirle que lo que comió era carne de rata». Arghhh... —dijo mientras los dos poníamos cara de asco, pero enseguida siguió—: Espera, espera... «Disculpe, pero es que no solo era carne de rata, sino que también era carne de rata muerta y ya en estado de putrefacción.»

—¡¡¡Arghhhhhhhh!!!

—«Y siento añadir que el motivo de la muerte de la rata es que había sido envenenada. Tiene suerte de que le hayamos podido hacer un lavado de estómago a tiempo.»

Cierto, ese fue un caso muy extremo. Podría seguir, pero supongo que el lector ya se hace a la idea. Aceptaré cualquier crítica por dedicar tanto tiempo al repertorio de despropósitos que dejan en evidencia la seguridad alimentaria

en China. De hecho, yo mismo trataba de histéricos a unos estadounidenses con quienes coincidí durante mi primer año en China cuando me contaban que les habían advertido de que los *chuan'r* que hacen en los puestos de la calle eran potenciales portadores de hepatitis.

Aun así, el cúmulo de irresponsabilidades a gran escala me han llevado a entender que China tiene un serio problema de falta de garantías y de valores. Un problema que no se resuelve solo con inspectores de sanidad y que complica aún más el ya de por sí difícil reparto de los recursos de un país superpoblado. Hablo de la falta de escrúpulos de quienes se aprovechan de las carencias para lucrarse a cualquier coste, con la connivencia de aquellos que se supone que deberían vigilar y castigar.

Quedó demostrado con lo que ocurrió a raíz del escándalo de la melamina. La melamina es un producto habitual en procesos industriales (por ejemplo, para fabricar desinfectantes) que, por inexplicable que parezca, empezó a utilizarse en la industria alimentaria cuando los productores de leche en polvo para bebés comprobaron que mejoraba las pruebas de contenido proteico. El objetivo era perverso: si los test de calidad daban un contenido proteico más alto, podían vender la leche a precios más altos. Su uso ilegal se popularizó y provocó que murieran al menos una docena de bebés y que decenas de miles acabaran en el hospital con piedras en el riñón.

El escándalo estalló poco después de los Juegos Olímpicos de 2008. Sanidad incautó toneladas de leche en polvo en la principal fábrica afectada, una planta del grupo Sanlu situada en la ciudad de Shijiazhuang. La revisión al aire libre de camiones con cajas y cajas de leche en polvo se convirtió en un circo mediático del que nosotros éramos la comparsa.

Parecía que China asumía la gravedad de una crisis que la propia Organización Mundial de la Salud consideraba la más grave de los últimos años. Dejar trabajar a la prensa era, en parte, un ejercicio de transparencia que todos celebramos.

Pero cambiaron las tornas cuando los padres afectados no se conformaron con indemnizaciones de circunstancias. A Zhao Lianhai lo conocí en su casa pocas semanas después y ya entonces había adoptado un papel de liderazgo. Organizaba conversaciones por Skype con otras familias afectadas.

Convocaba protestas para presionar a las autoridades con el objetivo de que ellos recibieran compensaciones justas y de que se juzgara a los responsables de la trama de la melamina. Las pruebas médicas gratuitas para niños afectados no podían realizarlas porque los hospitales tenían centenares de miles de peticiones. Estaba indignado con las sanciones de mínimos que habían recibido Sanlu y otros grupos lácteos importantes. Pero enseguida le censuraron la web y lo sometieron a vigilancia en cuanto empezó a poner en entredicho la independencia del sistema judicial.

—Desde el escándalo, creo que el Gobierno ha aprendido alguna lección. Por eso ha sacado una ley sobre seguridad alimentaria. Me alegro. Pero, por desgracia, ya hemos visto que en este país muchas leyes acaban siendo una mera formalidad —me dijo cuando lo entrevisté en 2009, al año siguiente del escándalo.

Más adelante, Zhao empezó a hablar de derechos humanos y se encontró con las visitas de policías de paisano y amenazas que fueron creciendo frente a su insistencia. Se había convertido en activista y, unos meses más tarde, lo detuvieron. En paralelo, China ejecutó a dos de los acusados por el caso de la melamina y dio el caso por cerrado.

En 2010 condenaron a Zhao Lianhai a dos años y medio de cárcel por incitar al desorden social concediendo entrevistas a periodistas y mostrando carteles de protesta frente a un juzgado. Acabó haciendo huelga de hambre y lo liberaron antes de que completara su condena. Desde entonces sigue agitando la red desde su casa ya como activista contra el sistema, no solo como padre afectado por un escándalo alimentario.

Es verdad que el hecho de que unos llevaran el lucro al extremo y decidieran sin escrúpulos mezclar un producto para bebés con melamina podría haber pasado en cualquier otro país. Pero decidir que un padre que lleva su queja al extremo es una amenaza para el sistema, y simpatizar con esta criminalización de la víctima, es lo que siempre me ha costado más aceptar. Para la mayoría de los chinos que he conocido —y especialmente para aquellos que no han tenido problemas serios—, la respuesta vendría a ser el terco y conformista *mei banfa*: «No hay nada que hacer». O bien el *Zhongguo ren tai duo le*: «En China hay demasiada gente».

«¡Que venga Obama a darle comida a cada chino!», saltaba exaltado mi tío político en una explosión patriótica durante una cena en la que acabamos hablando de política.

Es cierto que el hecho de que 1.300 millones de personas puedan llenarse el estómago es una heroicidad. No lo convencí, sin embargo, de que dicha heroicidad no debería ser incompatible con un sistema más equilibrado. Ejecutar a quienes han cometido el crimen no resolverá el problema de fondo: una falta de valores y escrúpulos. Tras ellos, vendrán otros. Tras ese escándalo, se les ocurrirá una nueva temeridad. Se precisan mecanismos complementarios, como que los afectados o los consumidores puedan organizarse y sean escuchados o que la prensa pueda exponer libremente sus casos, para empezar.

Desde la ventanilla del coche por la que observo el paisaje de edificios grises, y tras haberme imaginado la vida en ese gran hormiguero humano, vuelvo a la realidad.

Incluso alguien como yo, convencido del valor del conjunto de acciones individuales que inciden en el futuro, tenía que admitir que la realidad china es desbordante y que, solo dando testimonio de ella, seguramente ya podía darme por satisfecho.

LA DETENCIÓN MÁS LARGA

Por más que sin cesar haga mentalmente *rewind* y *fast forward*, me cuesta llenar los agujeros que va dejando la memoria. Suerte de los *emails*, los *blogs* que escribí en fases intermitentes y los pedacitos de textos aquí y allá que me ayudan a reconstruir la memoria traidora.

Por uno de estos tesoros reencontrados en archivos copiados y recopiados en sucesivas migraciones entre discos duros y con vaciados de ordenadores obsoletos, sé que lo que relataré a continuación pasó exactamente el domingo 13 de noviembre de 2005 en la provincia de Liaoning.

Fui a esa provincia que los chinos llaman *Dongbei* y nosotros *Manchuria* sin tener muy claro qué iba a encontrarme. Aún más importante, fui sin el permiso que, en esos años, siempre tenías que pedir en la Oficina de Asuntos Exteriores de cada provincia china que quisieras pisar. En esa ocasión, la noticia era un brote de gripe aviar que reactivó los fantasmas del SARS, la epidemia que dos años antes había paralizado medio país. En la zona de Tai'an había informaciones de sacrificios masivos de pollos y controles de temperatura a los ciudadanos en las estaciones de tren y autobús, así como puestos de control para desinfectar las ruedas de los coches por todas partes. Todo para evitar que el virus se propagara.

El tren de medianoche llegaba de madrugada a la estación de Jinzhou, desde donde cogí un autobús hasta el distrito de Tai'an y desde ahí un taxi

que me llevó a la zona de granjas que había salido en las noticias. Estuve unas horas esquivando controles y preguntando a diferentes agricultores y entre los que no querían que los grabara, los que respondían con monosílabos y los que directamente no entendía por su fuerte dialecto, me invadió una sensación de fracaso. Todo llevaba a pensar que sería una de esas veces en que tendría que volver a Pekín con las manos demasiado vacías para armar una crónica mínimamente interesante. Decepcionado, me dispuse a concluir mi visita relámpago.

También estaba preocupado porque, en mi segundo año como corresponsal, había acumulado varias detenciones policiales y esta visita tenía toda la pinta de que acabaría igual. Por más que lo intentaba, no conseguía anticipar ese riesgo. Podía forzar la máquina y exponerme a que viniera la policía y acabaran reteniéndome por no tener permiso. O podía darme por servido e intentar hacer algo con un material audiovisual muy justito.

Cuando íbamos en busca de noticias mínimamente sensibles, ni yo ni la mayoría de las televisiones foráneas pedíamos permiso. Si lo pedías, no solo te lo denegaban con excusas del tipo «tendrías que habérselo dicho antes, que ahora tenemos mucho trabajo», sino que también alertabas a las autoridades provinciales de tus intenciones. Así podían estar prevenidos, identificarte cuando llegabas a la zona o, directamente, disuadir antes a las fuentes con las que querías contactar.

Así pues, si te pillaban, tenían la excusa perfecta para acusarte de estar cometiendo una ilegalidad y presionarte. Tanto es así que el Club de Corresponsales de Prensa de Pekín llegó a elaborar un informe anual de incidencias que reflejaba que las detenciones rutinarias o el acoso eran prácticas habituales. La presión de ese *lobby* contribuyó a que, un año antes de los Juegos Olímpicos, el Gobierno chino modificara la normativa para prensa extranjera y eliminara el requisito de «pedir permiso» antes de ir a cubrir cualquier información fuera de Pekín.

El invierno de Dongbei es frío de narices. Así que, además de la inquietud por si me encontraba la pasma, tenía unas ganas locas de largarme y llegar a la estación para ablandar mis extremidades semicongeladas con el calor del vagón de vuelta a Pekín. Pero ya se sabe. Los periodistas somos un poco

pesados. Necesitaba entrar en una granja cualquiera para, como mínimo, registrar unas imágenes de aves.

—¡Disculpe! —le grité a un hombre que salió a recibirme—. Mire, estoy haciendo una historia sobre animales. ¿Me dejaría entrar a grabar?

El hombre se metió las manos desnudas en los bolsillos, lanzó un escupitajo a un lado y me miró medio desconcertado, medio desconfiado.

—¿Qué quieres grabar? —preguntó.

—Las gallinas... Unas imágenes... Estoy haciendo una historia.

El hombre me dijo con un gesto que entrase y yo se lo agradecí mientras me abría paso.

—¿Dónde tiene las gallinas?

Me condujo con paso perezoso hasta una especie de invernadero. Abrió la puerta y me dijo que grabara desde allí.

—No te acerques demasiado. Hay gripe aviar. ¿Sabes?

—Sí, sí, lo sé.

Mientras el vapor de mi aliento se disipaba en el aire frío, se fijó en la pequeña cámara de mano que yo utilizaba entonces y me miró de arriba abajo. En esa época aún era habitual que a los periodistas extranjeros nos vieran con mucha desconfianza, solo un nivel por debajo de los malvados espías occidentales. Y aunque yo no tenía demasiada pinta de periodista con esa mierdecilla de cámara, bastaba con conectar los puntos: gripe aviar, granja de gallinas, extranjero que hace preguntas, cámara.

—¿Tienes permiso para grabar?

—¿Permiso?

—Sí, permiso del gobierno —insistió el hombre.

—Eh... —me resultaba muy difícil mentirle a alguien que, aunque pudiera delatarme, me había abierto la puerta de su casa—. No. ¿Necesito permiso?

Mientras respondía iba grabando tanto como podía y calculé cuántos segundos de crónica podría montar con ese material. Cuando me pareció suficiente, di por buena la captura de imágenes. Prioridades. Era hora de largarse.

Me despedí del hombre sin que se notase demasiado que me inquietaba su desconfianza. Dentro del coche le dije al conductor que volviera a la estación

de bus de Tai'an, desde donde enseguida encontré pasaje para Jinzhou en la línea regular. Media hora después, ya lejos de Tai'an, me relajé pensando que, si me seguían, ya me habrían perdido la pista. Cuando finalmente llegué a la estación de tren, compré un billete de primera clase para poder acceder a la sala VIP. Exclusividad significaba menos gente y, por lo tanto, discreción. Cuanta menos gente me viera, menos me exponía a que la policía me encontrara.

Cuando ya empezaba a echar una cabezadita y creía haber superado la manía persecutoria, aparecieron dos agentes de policía de paisano y dos más uniformados.

—¡Ahí está! —dijo el que mandaba.

Era la primera vez que me interceptaban como si fuera un vulgar delincuente. Se acercaron como si esperaran que echase a correr o a saber qué. La escena era un poco cómica.

Sabían perfectamente que yo era yo. Que el extranjero que había estado en Tai'an era yo y no otro extranjero. Entre otras cosas porque, en un lugar como ese, no se perdían muchos *laowai*. Me pidieron la documentación y tuve que enseñársela. Pasaporte y carné de prensa. Me sorprendió que se hubieran tomado la molestia de recorrer la hora —o quizá dos horas— por carretera que separaba Tai'an de Jinzhou. Y aún más desconcertante era que me persiguieran precisamente a mí, que apenas tenía material para vestir la noticia. Me preguntaron qué había estado haciendo y les dije la verdad, que estaba grabando una historia, sin matices. Una explicación bastante honesta y a la vez poco comprometedora. Son mucho mejores las mil maneras de contar la verdad que soltar una mentira.

Esperando que, con el pésimo material que había en la cámara, no tendrían ningún motivo para buscarme las cosquillas y dejarían que me marchara enseguida, accedí a mostrarles lo que tenía. Me llevaron al despacho del jefe de estación, que me miraba como si fuera el enemigo. Si de él dependiera, probablemente me habrían metido en el calabozo.

Visionamos rápido la cinta y de vez en cuando la ponía a velocidad normal para que tuvieran una idea de la clase de imágenes que había sacado, intentando evitar los rostros de la gente a la que había entrevistado para no

comprometerla. Busqué un trozo donde no salía nadie y, al oír una voz de fondo, se pusieron en tensión y comenzaron a discutir entre ellos.

Me pidieron que los acompañara fuera de la estación y me hicieron entrar en su coche, desde donde, primero, fuimos a la comisaría central de Jinzhou. Ahí pasamos una media hora hasta que determinaron que teníamos que volver a Tai'an para esclarecer las circunstancias de mi «delito».

—¿Cómo? ¿Tenemos que volver?

—Sí. Suba al coche.

Parte de mí maldecía los huesos de esos hombres, porque en algún rincón de mi mente ya sonaba el traqueteo de las vías de tren que me acompañaba de vuelta a casa. Admito, sin embargo, que otra parte de mí sentía curiosidad por saber cómo acabaría toda la historia.

Hice algunas llamadas. Primero a Martí Anglada, mi jefe, para ponerlo al corriente. También llamé a compañeros periodistas como Rafael Poch (*La Vanguardia*) o José Reinoso (*El País*) para que supieran dónde estaba, por si pasaba algo. Más tarde me llamó Gregorio Laso, consejero de Información de la Embajada española en Pekín, quien me dijo que no creía que fuera a tener ningún problema grave. Matizó que, si ellos denunciaban la retención frente al Ministerio de Exteriores, entonces la situación se convertiría automáticamente en una detención y tendrían derecho a retenerme 48 horas. Aconsejaba no forzar la situación por un caso menor como ese. Todo era muy desconcertante.

Cuando por fin llegamos a la comisaría de Tai'an, llevábamos ya tres horas entre una cosa y otra. Lo que nunca me habría imaginado es que iba a romper mi récord de horas detenido por la policía china.

Primero me sentaron en una sala donde empezaron a hacerme preguntas. Me ofrecían cigarrillos, el principal rompehielos de un país donde se suponía que todos los hombres tenían que fumar. Iban rellenando formularios. De vez en cuando salían para comentar la jugada entre ellos. Alguno de ellos intentaba ser amable y me preguntaba dónde había aprendido chino. Yo, mientras tanto, me fingía ofendido y respondía con desidia. La cosa empezó a ser aburrida y recordé que llevaba una novela negra en la cartera. La abrí por el punto donde la había dejado y me concentré en la lectura para demostrarles

que no tenía prisa.

A media lectura les dije que quería ir al baño y un par de ellos me acompañaron. Quizá pensaran que, como en las películas, destruiría o escondería alguna prueba o intentaría huir por la ventana, porque entraron conmigo hasta el interior del lavabo. El más alto me siguió hasta el inodoro que había elegido y se quedó plantado delante de la puerta, sin que pudiera terminar de cerrarla.

Con media bragueta bajada, lo miré de reojo y sonreí. Todo aquello era ridículo. Con una mano en el pantalón, acerqué la otra para ajustar la puerta, pero el hombre hizo un gesto para intentar impedírmelo.

—¡Heeeei! —dije a la pequinuesa, alargando un poco la e de esta interjección exclamativa.

—No cierres —dijo.

—Por supuesto que cerraré —insistí yo, dispuesto a cualquier cosa por defender ese último reducto de intimidad, sabiendo que el siguiente comentario le parecería particularmente ofensivo—: ¿Qué pasa, me quieres ver la polla?

—¡¿Pero qué dices?!

Y ahí se quedó su intento. Retrocedió unos pasos cargados de masculinidad, yo cerré la puerta y él se conformó con oír el sonido del chorro en el agua del inodoro y las gotitas del final.

Cuando volvimos a la sala, la amabilidad fue convirtiéndose en hostilidad testosterónica. Me pidieron las cintas de la cámara y les dije que no podía dárselas. El tira y afloja fue largo, hasta que accedí a mostrarles de nuevo las imágenes comprometedoras, que volvieron a generar revuelo.

Uno de ellos se preparó una taza de pasta deshidratada y, con toda la amabilidad del mundo, me preguntó si quería uno. Pero yo me empeñé en mostrar mi peor cara. Le respondí que lo que estaba tragándose era muy poco recomendable para la salud y que por nada del mundo aceptaría uno.

Se añadieron a la fiesta los de la Oficina de Asuntos Exteriores local, que adoptaron una posición más dialogante pero igualmente intransigente. El policía que más mandaba ya se había irritado un par de veces con mi falta de respeto hacia la autoridad.

También los de Exteriores me pidieron que firmase una declaración de mi falta (no haber pedido permiso) y que les entregara la cinta. También me negué. Sobre todo por lo de la cinta. Era una cuestión de principios. No podía admitir que hubiera hecho nada ofensivo, ilegal o éticamente cuestionable o inmoral... Tampoco podía permitirme entregar ese material y exponer a las personas que habían accedido a hablar conmigo, sobre todo cuando era evidente que en esa cinta había algo que no gustaba a la policía y podría ponerlos en un aprieto.

Las horas fueron cayendo. Empezaba a estar cansado y me hice a la idea de que tal vez no llegaría a tiempo a la estación para coger el último tren.

En TV3 estaban nerviosos. Martí Anglada me dio a entender que los policías usaban la táctica del agotamiento y que, si eso iba a suponerme un problema, lo mejor era darles la cinta o relajar mi posición.

—¿Puede llamar al otro policía, por favor?

—¿El otro?

—Sí, el «jefe».

Poco después entró el que mandaba y me miró fijamente con ojos escrutadores. Iba a decirle que estaba dispuesto a darles la cinta con dos simples condiciones. La primera era que me facilitaran el horario de trenes y me comprasen el billete de vuelta a Pekín. La segunda era que, una vez hubieran revisado la cinta, se comprometieran a devolvérmela por correo o mensajería, pues la necesitaba para trabajar. Era una petición ingenua, pero tampoco quería regalar nada. Sabía que, una vez entregada, harían con ella lo que les diera la gana y seguramente lo último que querrían sería quedar bien con ese *laowai* que tantos dolores de cabeza les había dado.

—Si quieren la cinta, tengo dos condiciones —empecé.

—Diga.

—Primera, que me faciliten la lista de horarios de tren a Pekín y que me aseguren un billete, pues me han hecho perder el tren.

—De acuerdo. ¿La segunda?

—Segunda, que... —la llamada de José Reinoso, el corresponsal de *El País*, me interrumpió y me lo tomé con calma—. Espere un momento, por favor.

El hombre respiró hondo y le pidió a alguien que buscara el horario de trenes mientras yo atendía la llamada de mi colega español.

—Oye, Sergi, ¿estás bien?

—Sí, llevo aquí no sé cuántas horas, pero no me han tratado mal. Estoy leyendo un libro y tal...

—Nada, que solo quería recordarte que Hu Jintao llega mañana a Madrid en visita oficial.

—Es verdad. Ya ni me acordaba.

—Sí, ya sabes que se va a reunir con el Rey y con Zapatero. A ver si vas a salir en todas partes... ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

Esa llamada fue determinante. Cuando colgué, el orden de fuerzas se había invertido, de modo que cambié el guión de la película con ese buen hombre que esperaba la segunda condición.

—Tome, este es el horario de trenes.

—Ah, muy bien —se lo agradecí, recogiendo la hoja. Uno salía hacia las 20.00, otro hacia las 20.30 y el último dejaba Jinzhou a las 22.00.

Miré al hombre y al resto de los policías y funcionarios expectantes y reanudé mi carta a los reyes:

—La segunda condición es que me comprometo a darles la cinta una vez esté en Pekín y ya haya podido dar mi noticia.

—Sabes que eso no es posible. Lo que has hecho hoy no es legal... —y siguió con la misma cantinela que ya llevaba casi ocho horas escuchando.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Sí. De acuerdo... Si no dejan que me vaya, pongamos que máximo dentro de media hora, quiero que sepan que mañana, cuando Hu Jintao llegue a Madrid, capital de España, todos los periódicos españoles explicarán que me tienen aquí detenido y probablemente ustedes tengan un problema muy gordo.

De repente, sus caras relajadas, que esperaban una resolución fácil a ocho horas de *impasse*, comenzaron a desencajarse.

—¡Qué tontería! —saltó el policía, el malo—. ¿Piensas que puedes

decirnos lo que tenemos que hacer? —dijo fuera de sí.

—Pregunten, pregunten hacia dónde está volando, ahora mismo, el presidente Hu. Y recuerden que mis colegas periodistas y la embajada española saben que estoy aquí.

El poli se fue visiblemente irritado y refunfuñando. Si lo que decía ese extranjero era cierto y mantenían la detención, Hu tendría una «pérdida de cara» en forma de conflicto diplomático con un país con el que tenía buena relación. No tenía ganas de convertirme en el centro de atención, pero tampoco estaba dispuesto a renunciar a una carta tan buena como esa. Si cumplían mi ultimátum, aún me quedaba el tren de las 22.00.

Entonces entró un nuevo interlocutor. Las preguntas fueron las mismas. Mis respuestas también. Me había crecido y ellos lo notaban. Tenía el partido donde quería. Estaba dispuesto a ir hasta el final, con todas las consecuencias. El nuevo interlocutor también se fue con cara de desesperación. Pero al cabo de un rato volvió y me invitó a pasar a otra sala, donde también estaba el policía.

En lugar de evidenciar posturas irreconciliables, empezaron a regatear, a ceder.

—Muy bien. Puedes irte. España y China son países amigos y tú eres amigo de los chinos. Puedes irte con tu cinta. Pero debes entender que tenemos que pedirte algunas cosas.

Su amable petición era que borrara de la cinta una frase del audio grabada cuando una mujer siguió charlando ya fuera de cámara. Tuve que avanzar y rebobinar la cinta varias veces para entender qué decía exactamente la mujer:

«¡El Gobierno *dxjlaxsa kjxdkj hkdle!* El Gobierno *qkxwm dknxdjn njxdaj.*»

«¡El Gobierno no nos ha *lrxmsm wkls sxwj!* El Gobierno no da *rtsxfa gxahe.*»

Otra vez.

Otra vez.

«¡El Gobierno no *hdjghjs* ayudas ni nada! El Gobierno no *sdghjfg* vacunas.»

Acabé descifrando, más por contexto y por el lío que se había montado,

que la mujer decía eso, pues poco antes yo le había preguntado qué había hecho el Gobierno, pero no había querido decírmelo a cámara para no mojarse y luego se había desahogado a gusto, cuando vio que ya no grababa. Cuando les pregunté si realmente la mujer estaba diciendo lo que yo creía entender, los de la Oficina de Exteriores me miraron desconcertados.

Tal vez maldecían que una frase que ese periodista ni siquiera era capaz de entender fuera el absurdo detonante de una situación ridícula por la que esa noche llegarían tardísimo a casa. O quizá pensaran que aún los estaba chuleando o tomando el pelo. Confieso que no supe hasta entonces que eso fuera tan comprometedor. En esa época los gobiernos locales tenían pánico de que un periodista extranjero los dejase en evidencia y la situación llegara a oídos de algún superior, que probablemente les pediría explicaciones y quizá les impondría un castigo. Dos años antes, la mala gestión de la crisis del SARS había hecho caer al propio ministro de Sanidad.

El lío que se había montado ese día reveló una crítica que, informativamente, podía utilizar en mi historia. Pero, bien mirado, ese plano movido con una voz de fondo de alguien que no quería salir a cámara, no podría utilizarlo en el montaje de mi vídeo. De modo que accedí a eliminar ese trozo inservible.

La segunda petición era que firmara un documento para certificar que había estado ahí. Entramos en un regateo por el que los allí presentes volvieron a resoplar. Yo solo quería admitir que había estado en Tai'an. Ellos querían que añadiera que no había pedido autorización a la provincia y que había estado grabando. Después del regateo, como ya había conseguido lo más importante —quedarme la cinta—, cedí a la primera parte de la frase (no estaba autorizado), pero me negué a decir que había grabado, a admitir que eso fuera una irregularidad.

Entonces dieron paso a un chico y una chica jóvenes.

—Son de la televisión local. Quieren hacer una copia de la cinta.

Ahora era yo el que estaba un poco desconcertado. Aunque eso no formaba parte del pacto, tampoco era incompatible. Mientras pensaba qué fragmentos les daría para que se quedaran satisfechos sin comprometer a nadie, examinaron la cámara de arriba abajo, pero no encontraron la entrada

del cable que necesitaban para pinchar la señal de aparato a aparato. Como las dos cámaras eran incompatibles, acabaron marchándose. Me quedé más tranquilo.

Debían ser ya las ocho y media de la noche cuando nos sentamos a la mesa para escribir mi declaración, que redacté en inglés con la atenta supervisión de los de la Oficina de Exteriores local, que iban traduciéndoselo a los demás.

Cuando me disponía a redactar el último párrafo de la confesión, vi algo de reojo. Entre la multitud expectante y exhausta que llenaba la pared de la puerta de la sala, se ocultaba el chico periodista, que había encontrado un agujero discreto para grabar con su cámara y que, al ver que lo había detectado, intentó esconderse detrás del grupo. Dejé caer el bolígrafo sobre la mesa y salté:

—¿¡Qué está haciendo!?! ¿Han estado grabándolo todo el rato?

Nadie se atrevió a decir nada. El periodista no sabía hacia dónde mirar y bajó el cabezal de la cámara, como un niño que sabe que ha hecho una travesura, pero que se resiste a reconocerlo.

—Me da igual tener que pasar la noche aquí. O el periodista me deja ver qué ha grabado o yo no firmo nada.

Alguien murmuró algo. El de Exteriores me dedicó un gesto amable, de disculpa.

—Dáselo, dáselo —le ordenó al periodista, que obedeció mientras le bajaba una gota de sudor por la mejilla. O, al menos, así me gusta recordarlo.

Cogí la cámara, encontré el punto de la cinta donde aparecía yo en ese momento de gloria e hice un *fast forward* inacabable. Tenía cinco minutos largos de captura del extranjero. Creo que en ese momento me atreví a decirle que si me volvía a grabar denunciaría, aunque todos sabíamos que eso no tenía ningún sentido. Finalmente, encontré el punto de inicio y apreté REC para borrar esa parte de la cinta, tal como yo había hecho antes con el trozo que no les gustaba de mi grabación. La sala se quedó en un incómodo silencio hasta que el fragmento con «la firma de la confesión de Sergi Vicente» se quedó bien tapado de negro. Me imaginaba que, de no haberme dado cuenta, esa noche habría abierto algún telediario chino. Luego cogí el

papel, firmé como quien cierra un armisticio o un contrato millonario, y miré a todos con la cabeza bien alta para escenificar la clausura. Solo faltaba que alguien aplaudiera de la emoción.

—Muy bien, muy bien, amigo —dijo el de Exteriores—. Ahora te invitamos a cenar. No queremos que pienses que los chinos no somos atentos.

—¿A cenar? Lo que quiero es coger el último tren a Pekín. A cenar... —dije enfatizando la indignación.

—Ah, sí, sí, no hay problema. Lo entendemos. Todos estamos muy cansados y todo el mundo tiene ganas de irse a casa.

Al cabo de los años, a esa muestra de amabilidad que tan desafortunada y fuera de lugar me pareció entonces habría respondido con una deferencia equiparable. Tengo que decir que incluso me avergüenzan este tipo de reacciones tan desconsideradas. No solo estaba rechazando una invitación, sino que lo hacía de malas maneras, lo cual, como ya he explicado, era especialmente ofensivo. Pero entonces no lo sabía y simplemente me mostraba ofendido y orgulloso ante alguien que, por mucho que entonces yo pensara que era desagradable y despreciable, solo estaba haciendo su trabajo. Aunque me hubiese privado de mi libertad, me había tratado de forma impecable. No me habría costado nada dar las gracias, y mi actitud había contribuido a que todo se eternizara.

Lo que vino después fue una carrera contrarreloj hasta la estación. Me llevó uno de los de Exteriores. Como sabía que teníamos el tiempo muy justo, conducía muy rápido. «Solo falta que ahora nos despeñemos por esta carretera de mierda», pensaba yo por dentro. Cuando llegamos, le di unas escuetas gracias y corrí por los pasillos de la estación hasta la puerta de acceso al andén, sin pasar por taquilla. Faltaban dos o tres minutos para que saliera el tren. Justo en ese momento, una revisora acababa de cerrar el acceso.

—El tren ya sale. No puede pasar —dijo con el desinterés de quien ha repetido esa frase cientos de veces.

—No, por favor, tengo que coger este tren. Ya no hay más trenes a Pekín hasta mañana —supliqué.

—¿Billete?

Justo en ese momento, apareció el de Exteriores y le contó a la revisora que estaba conmigo y que me dejara pasar. La mujer lo hizo un poco a regañadientes, pero debía verme tan desesperado que abrió la puerta lo suficiente para que pudiera pasar en un instante.

Se lo agradecí y me volví para mirar a los ojos al hombre de Exteriores que me había llevado hasta allí y me acababa de salvar.

—Gracias.

—No pasa nada. Corre, corre, que sale enseguida.

Sonreí y bajé las escaleras del andén como un poseso. Tuve el tiempo justo para saltar al primer vagón que encontré segundos antes de que cerraran las puertas y el tren empezara a moverse. Ya en el tren, le compré un billete al revisor y, aunque no encontré asiento, pude relajarme. Entre una cosa y otra, la detención había durado más de diez horas.

8

LOS OBREROS DEL MUNDO

Justo después de que el piloto anunciara que iniciábamos el descenso, intenté quedarme en alfa, ese estado semiconsciente de cuando no te has despertado del todo. Servía de transición. No quería despertarme de golpe y me iba bien para empezar el día relajado y ordenar mentalmente todo lo que iba a hacer cuando saliera del avión. Solía hacerlo en cada desplazamiento largo. La rutina previa de organizar prioridades me ordenaba el disco duro de la cabeza. «Cogerás un taxi e irás directamente a la estación de tren», me propuse, aún en ese silencio que moriría pronto con los primeros pasajeros inquietos. «No, así no. Cogerás un taxi y le dirás que te lleve al hotel más próximo a la estación, te registrarás tan rápido como puedas y lo dejarás todo en la habitación para salir enseguida ligero, solo con la cámara y una cartera con el micro y las baterías. Nada de cargar trípode con toda aquella multitud de por medio».

Cuando, en febrero de 2008, la Sección de Internacional de TV3 me pidió que fuera a Cantón para cubrir el lío que se armó en la estación de tren en plena operación salida por las vacaciones del Año Nuevo chino, me invadió un sentimiento contradictorio. Para un reportero, la noticia es vida. Pero sabía que iba a meterme en la boca del lobo. El problema no era llegar. El problema era, una vez ahí, salir, que era lo que millones de personas querían hacer sin éxito. Todos a la vez.

A medida que el avión se aproximaba a la pista y que el resto de los pasajeros empezaba a incorporarse en su asiento, a bostezar e iniciar nuevas conversaciones con el de al lado, abrí los ojos y miré a través de la ventanilla para observar el inacabable mosaico de tejados azules de las naves industriales. No se terminaban. Como si fuera un vídeo de una secuencia que se iba repitiendo en bucle, y con los tejados cada vez más cerca. Hipnótico.

Mientras el capitán recitaba el protocolo habitual, una azafata tuvo que llamar la atención a un pasajero que se había levantado antes de tiempo y había abierto la portezuela del estante de arriba para coger una bolsa. Cuando pasó la azafata, cerré los párpados para olfatear por última vez su perfume fresco y limpio, uno de los pocos que son realmente agradables y estimulan la imaginación. Tan pronto como el aparato tocó tierra, empezaron a oírse las primeras hebillas de los cinturones de seguridad y, poco después, las primeras alarmas de mensajes de móvil. A diferencia de mis primeros años en China, ya no deseaba que el piloto diera un frenazo repentino para que se empotraran contra el asiento delantero y aprendieran que eso era una inconsciencia que ponía en peligro la seguridad de todo el mundo. Que hicieran lo que quisieran.

Las Fiestas de Primavera, el Año Nuevo chino, eran los diez o quince únicos días de vacaciones que tendrían en todo un año los que normalmente trabajaban en Guangdong y otras áreas industriales de China. Un paréntesis en medio del frenético ritmo fabril.

Pero unas nevadas intensas y nada habituales en todo el país habían inutilizado las infraestructuras eléctricas y habían colapsado algunas de las principales líneas ferroviarias, especialmente las del sur, menos preparadas para resistir el frío extremo. Millones de personas que estaban a punto de cogerse unas vacaciones se habían quedado colgadas.

Las imágenes de las aglomeraciones alrededor de la estación de tren de Cantón dieron la vuelta al mundo. La policía y el ejército se movilizaron para intentar calmar los ánimos. Pero los trenes no salían. Decenas de miles de pasajeros iban acumulándose alrededor de estaciones de tren como esa. Por su condición de capital de provincia y nudo de transporte en el sur del país, Cantón se había convertido en un inmenso cuello de botella. Tuvieron que

pasar dos semanas para que se desatascara todo y la red ferroviaria volviera a funcionar con normalidad.

Cuando le dije al taxista que me llevara a cualquier hotel próximo a la estación, puso cara de susto e intentó decirme que me lo repensara. Lo convencí y le aclaré que no iba a coger ningún tren. Me servía que me dejara en cualquier hotel cercano a la estación.

Tras probar suerte en un par de hoteles que estaban al completo, encontré habitación en el tercero y, ya de noche, salí hacia la estación.

En condiciones normales, durante las horas previas a coger el tren, la gente descansa donde puede, se echa en el suelo con el equipaje como almohada, mata las horas jugando a las cartas o se toma una taza de pasta deshidratada para cenar. Pero esa noche era diferente. La estación estaba rodeada por un inmenso tapón humano. Corrían para intentar encontrar una rendija que les permitiera acercarse a la estación y, con un poco de suerte, entrar y buscar un camino hasta el andén, sin saber exactamente si podrían coger el tren con el billete que habían comprado semanas antes o si, por el contrario, tendrían que cambiarlo en taquilla. Cualquiera de esas acciones era una aventura colosal. Avanzar unos metros, fuera en la dirección que fuera, era complicadísimo.

Los puentes, los cruces de calles y los accesos se habían convertido en vías sin salida en los que se amontonaba la gente. Conseguí tomar un atajo a través de un centro comercial que abría por la noche. Desde ahí salí a la terraza de un Kentucky Fried Chicken y de ahí salté a un puente desde donde se veía toda la multitud. Pude grabar imágenes de lejos, las mejores vistas posibles dadas las circunstancias. Resultaba imposible avanzar más. Policías con altavoces pedían con voz monótona y cansada que nadie se detuviera en los lugares de paso.

Miraras donde miraras, veías un hormiguero inmenso. Los pasajeros atrapados podrían haber llenado tres campos de fútbol. De fondo, se oía un clamor humano constante, como si todo el mundo gritase al mismo tiempo. Era un murmullo de voces más o menos uniforme, que subía de intensidad cada vez que alguien empujaba a la gente a la que los antidisturbios cerraban el paso. Aplastados por uno y otro lado. Un murmullo que de vez en cuando

interrumpían las sirenas y las llamadas al orden que salían de los altavoces.

El ejército había abierto un claro en medio de un laberinto de vallas metálicas. El claro separaba aquellos que llevaban el billete en la mano y se suponía que tenían salida inminente de quienes iban a marcharse algo más tarde. Todo el mundo estaba atento a los altavoces por si había novedades.

Una mujer había muerto asfixiada. De vez en cuando los servicios médicos atendían a alguien que se desvanecía por el cansancio. En casos extremos, quienes necesitaban atención urgente de los servicios médicos eran catapultados por encima de la multitud. Los cogían entre todos. La masa los empujaba hasta los puntos donde se veían ambulancias, como si se tratara de cantantes de rock que se dejan llevar por el público enloquecido en un concierto. También las típicas bolsas de tela plastificada de talla grande que suelen cargar los trabajadores migrantes —bien cargadas para volver al pueblo de vacaciones— se elevaban de vez en cuando como puntitos en ese paisaje de cabezas de pelo negro. Tan pronto como los cordones de seguridad se abrían y la multitud de cabezas se ponía en movimiento, las bolsas se levantaban y avanzaban como si flotasen por encima de la muchedumbre. Hasta que el cordón verde y azul marino de los uniformes militares y policiales volvía a cerrarse y las bolsas volvían a sumergirse entre la multitud. En la tensa y larga espera, las bolsas servían de sillón o de almohada.

El caos en todo el país, que en Cantón tomó dimensiones desbordantes, tenía un efecto multiplicador. A la incertidumbre causada por el temporal de nieve y las heladas, había que añadir el componente emocional, pues se trataba de la reunión familiar más importante del año. Eran los únicos días de vacaciones que tenían en todo un año. Prisas, empujones, angustia... El caos de la multitud fue noticia mundial y en Occidente sirvió para recordar la dimensión de la fuerza laboral de la China industrial.

El «milagro económico» chino se debe, sobre todo, a la apuesta estratégica que hicieron sus líderes a finales del maoísmo. Entendían que, después de décadas de aislamiento, la prosperidad pasaba por abrir puertas. La política de reforma y apertura impulsada por Deng Xiaoping a partir de los años ochenta dio vía libre a la iniciativa privada, al concepto de mercado

y a la inversión exterior, con una entrada creciente de capital que ha servido para levantar la gran cadena de montaje china. Son condiciones que activaron el proceso de industrialización más rápido de la historia de la humanidad y que cambiaron para siempre la fisonomía del territorio y la sociedad chinas, sobre todo en las zonas pensadas como trampolines para la exportación, como Guangdong.

—Para entender lo que ha ocurrido en China tienes que ir a Shenzhen —me dijo, muy al principio, Joan Cornet, que a finales de los años setenta se fue a trabajar a Pekín como profesor de español en la universidad y acabó quedándose para siempre y formando una familia allí.

—¿Shenzhen? —entonces aún me sonaba todo más o menos igual.

—¿No conoces Shenzhen? —sonrió Cornet—. Shenzhen está justo al otro lado de la frontera con Hong Kong. Está tan cerca que coges el metro y en media hora te plantas en Kowloon, el centro de Hong Kong. Es un lugar muy interesante. Ahí donde ahora hay rascacielos y una gran ciudad, antes solo había un pueblo de pescadores y campos.

Deng Xiaoping eligió Shenzhen para experimentar con el capitalismo y designó como «zona económica especial» este punto fronterizo y entonces inadvertido de la provincia de Guangdong. Un experimento controlado, un cojín entre la China continental y Hong Kong, en la que se inspiraba, puesto que la entonces colonia británica, que Londres iba a devolver a China en 1997, era el principal punto de contacto con el mundo.

En la escena inicial de la película *Tian Mi Mi* (en inglés: *Comrades: Almost a Love Story*), el personaje que interpreta Leon Lai coge por primera vez ese metro en su sueño de emigrante a Occidente vía Hong Kong, donde inicia una historia de amor con el personaje, también una emigrante, que interpreta Maggie Cheung. Al final de esa bonita película, un *flashback* revela que ambos habían hecho ese primer viaje en metro en el mismo vagón, a una cortísima distancia el uno del otro, cuando aún no se habían conocido, una metáfora del destino caprichoso a partir de un cruce de caminos en la frontera entre la China continental y Hong Kong, dos mundos muy próximos pero a la vez muy alejados por todo lo que representaban.

Desde 1980, siempre a la sombra de Hong Kong, Shenzhen ha pasado de

ser un «pueblo» de 30.000 habitantes a convertirse en una vibrante megápolis de diez millones de almas. Es uno de los principales nudos comerciales y financieros de la región, tiene bolsa de valores y uno de los puertos de contenedores más grandes del mundo. Levantada en tiempo récord y poblada con gente de acentos y orígenes diversos, la ciudad es uno de los escaparates de la China del desarrollo imparable. Más recientemente se ha convertido en cuartel general de algunos de los gigantes tecnológicos chinos, como Huawei, ZTE o Tencent. Shenzhen sirve tanto de nexo con el mundo exterior como de puerta de entrada para los occidentales que buscan su particular sueño chino. Un camino inverso al que retrataba la película, esta vez de Occidente a Oriente, con aventuras empresariales potencialmente tan provechosas como arriesgadas, llenas de visitas a fábricas de la zona donde alguien encontrará el contrato con el que se enriquecerá o se hundirá. Historias de desarraigo, de éxito, de fracaso, de supervivencia, y relaciones de sexo, amor y desamor iguales de frágiles que en esa cinta de ficción.

Shenzhen es una ciudad que aún está en formación, un imán para todos aquellos que buscan su oportunidad. La ciudad destila vértigo, pero también una especie de provisionalidad, como si vivir allí fuera solo un estado transitorio marcado por los caprichos del destino, como si todo fuera susceptible de evaporarse fácilmente. Como cuando la crisis económica mundial hizo que cayeran en picado los pedidos de Norteamérica y Europa, lo que evidenció la dependencia del comercio globalizado.

A Guangdong acabé yendo no menos de dos o tres veces al año. La provincia me gustaba por su dinamismo y apertura, pero esas crónicas sobre la «fábrica del mundo» también acababan siendo redundantes y monótonas. Como desde el aire, a pie de carretera la sensación era de una interminable cadena de polígonos industriales. A menudo ni siquiera te dabas cuenta de que habías cambiado de municipio porque prácticamente todo está conectado. No es casual que algunos llamen a esta zona el Manchester del siglo XXI. Con la particularidad de que cada población tiene su especialización, como si las diferentes áreas se organizaran por gremios. He visitado fábricas de cerámica en Foshan, fábricas de plástico y juguetes en Shantou, y plantas de calzado deportivo y electrónica en Dongguan.

Cuando te adentras en cualquiera de los complejos fabriles, descubres verdaderos submundos de actividad frenética. Tomemos una empresa mediana. A un lado, las naves diáfanas con las cadenas de montaje, normalmente organizadas en diferentes niveles para separar procesos de actividad y para un mejor aprovechamiento en vertical del suelo. Al otro lado, los bloques con los dormitorios, alineados a lo largo de pasillos y con las duchas y los baños en un extremo. Hombres y mujeres separados. En los balcones, vaqueros y ropa más bien llamativa, ropa de jóvenes. Entre bloque y bloque suele haber un patio que sirve de punto de encuentro y que da acceso a las oficinas, la cantina y quizá algún espacio recreativo.

Tal vez acabé por acostumbrarme y luego ya no le prestaba tanta atención, pero recuerdo que las primeras veces que grabé el interior de una fábrica no sabía ni por dónde empezar. Todos eran detalles interesantes. Acababa emborrachándome de imágenes.

Lo primero era buscar un lugar bastante elevado para captar la dimensión de tanta mano de obra produciendo a la vez. Normalmente era grande. Pero, si se trataba de una empresa de cierta dimensión, la imagen de los talleres se perdía en la profundidad de campo. También buscaba representar el concepto de homogeneización de todos los operarios uniformados trabajando al mismo tiempo, con una hilera de rostros muy parecidos concentrados cada uno de ellos en su labor, formando parte de un todo muy engrasado. Era importante transmitir bien el taylorismo y la mecanización, esa imagen de procesos repetitivos, rutinas que se sucedían cada veinte o treinta segundos, porque así la vivía en las visitas a las fábricas.

Me recordaba a *Tiempos modernos*, de Chaplin. Incluso a mí, que durante unos meses trabajé los fines de semana en una cadena de tubos catódicos de la Zona Franca de Barcelona para ganarme un sueldo cuando estudiaba en la universidad, esa imagen me parecía alienante. Había algo diferente. La concentración era máxima. No veías a ningún capataz amonestando a nadie, pero te imaginabas que no hacían demasiadas concesiones porque nadie parecía dispuesto a distraerse ni a perder los incentivos de productividad. Los talleres, grandes zonas diáfanas, carecían de cualquier elemento de individualidad, como un cartel de un ídolo musical, un equipo de fútbol o un

lugar paradisíaco. Y todo ello con el necesario toque o «característica china», los grandes eslóganes motivacionales con palabras como *progreso*, *desarrollo* o *eficiencia* escritos en las paredes. «Lo primero es la seguridad», decía otro eslogan recurrente. Al final de las cadenas, el último operario comprobaba que el producto era válido y lo tiraba sobre un montón, donde lo terminarían antes de empaquetarlo y transportarlo a los grandes centros de distribución. Y de ahí a los camiones, las tiendas y las casas de los consumidores. De la fábrica al mundo.

Admito que me invadía una primera impresión superficial; lo fácil era pensar que esos obreros eran desgraciados. Después tocaban las entrevistas y, en la mayoría de los casos, los trabajadores coincidían en una misma lectura acerca de su condición. Tenían muy claro que su situación era precaria, con jornadas que a veces llegaban a las catorce horas diarias o más. De hecho, te contaban que les interesaba trabajar cuantas horas más mejor porque, sencillamente, así cobraban más. El sueldo de esos trabajos superaba con creces sus ingresos en el campo. Gastaban lo mínimo y enviaban dinero a casa. Los ahorros de un año trabajando en Guangdong, Jiangsu o Zhejiang les permitirían volver por Año Nuevo a Sichuan, Shaanxi, Guangxi o cualquier otra provincia rural, con los bolsillos llenos. Al mismo tiempo, garantizaban la estabilidad familiar y su futuro. Lo que desde fuera podía parecer únicamente una dramática opción de vida, para ellos era, sobre todo, el primer paso para montar un negocio o emanciparse, que en China significa comprar vivienda y crear una familia.

Los chinos tienen una expresión para describir esta capacidad de sacrificio: *chiku*, que literalmente quiere decir «comer amargo». Es sacrificio, es perseverancia y es también asumir que, con la competencia de un país superpoblado, son una pieza prescindible de una maquinaria que puede implacablemente conseguir tantos recambios como quiera. Sí, existe una buena dosis de conformismo en la aceptación de ese papel. *Mei banfa*, «no hay nada que hacer», dicen ellos. Es un conformismo condicionado a un objetivo de estabilidad personal y familiar, muy habitual entre la población rural y las clases menos favorecidas.

Detrás hay un plan de vida muy convencional, pero también muy realista,

que consiste en trabajar y ahorrar. Con el recuerdo de las peores adversidades de su historia reciente, los chinos planifican mucho más que nosotros lo que harán durante su vida. Para muchos, los ingresos precarios son una garantía que antes no tenían. Otros muchos lo ven como un estado intermedio y, simplemente, esperan el momento para mejorar su vida sin darle mucha importancia a esa precariedad transitoria.

Desde nuestro punto de vista, las condiciones laborales de los trabajadores chinos son duras, pero sería injusto presentarlos como un simple ejército de obreros obedientes y conformistas. También ha habido avances. La aprobación de una Ley de Contratación Laboral introdujo aspectos tan básicos como la obligatoriedad de contrato, setenta euros de salario mensual mínimo, cinco días de trabajo a la semana con dos de descanso, ocho horas de jornada laboral y pago aparte de las horas extra. Y aunque su cumplimiento sea muy discutible, ha desempeñado un papel clave en la activación de cierta conciencia de clase.

Uno de los casos icónicos fue el de los trabajadores de una fábrica de Honda en Guangdong, donde un grupo de trabajadores jóvenes consiguieron, con la presión de las huelgas, que les permitieran escoger con libertad a los representantes sindicales. Esto representó, para esa y otras marcas de automóviles, importantes pérdidas: los compradores del mundo occidental tuvieron que esperar un poco más de tiempo para estrenar coche nuevo. Cuando la cadena de montaje de la fábrica del mundo se detiene, el mundo también se paraliza.

En términos de protección laboral, los trabajadores chinos disfrutan de un marco comparable al del tardofranquismo. En España había sindicatos verticales, en China existe la Federación Nacional de Sindicatos de China. Con 280 millones de afiliados, viene a ser un modelo similar al que aquí recordamos en blanco y negro. Replica las estructuras y conexiones de poder que emanan del Partido Comunista, que es exactamente lo mismo que sucede en otras muchas áreas del paraguas de poder. Partidos políticos, religiones u organizaciones de defensa de causas varias también tienen que estar bajo el paraguas. Al margen de esa actividad sindical tutelada, muchos trabajadores han sido capaces de organizarse para rebelarse frente a prácticas abusivas. En

paralelo, están aquellos que realizan una importantísima labor de sensibilización y mediación, que contribuyen a sensibilizar la opinión pública o a introducir cambios legislativos. Normalmente son personajes discretos, como el apreciado profesor Liu Kaiming, que amablemente accedió siempre a que lo entrevistase y que a la vez, también muy amablemente, declinó que lo siguiera cuando se reunía con trabajadores para intentar mediar en plena huelga, por ejemplo. Como Liu, muchos entienden que sobrepasar determinadas líneas les cerraría muchas puertas. Las autoridades permiten cierta actividad en paralelo, siempre que no las ponga en un compromiso y, sobre todo, que no condicione la estabilidad social, para ellas una auténtica obsesión. Siempre y cuando no entiendan que, más que cierta porosidad, lo que hacen provoca una grieta en el sistema.

Sea discreta o complementaria, la labor de sensibilización implica el alto riesgo de incordiar a aquellos que se benefician de condiciones laborales laxas. Llegué a entrevistar a un activista al que las mafias le rompieron la cara porque había repartido octavillas sobre la nueva ley de contratación en la puerta de las fábricas de Guangdong. Y no es metafórico. El hombre aún estaba convaleciente en la cama del hospital, totalmente vendado, y necesitaba que una amiga tradujera todo lo que farfullaba entre gemidos de dolor.

Le ocurrió algo parecido a Xiao Qingshan, a quien conocí en 2009. Lo recuerdo pegado al teléfono, también en el preciso momento en el que me lo presentaron e intentaba darle la mano.

—¡Estoy con el periodista extranjero! Ven, que te entrevistará... — gritaba con un acento de provincias lo bastante fuerte como para que la camarera del restaurante dejase de sonreírme para mirarme con cierta desconfianza.

Desde ese momento, la experiencia con él fue intensa, de esas que en parte deseas que se termine por lo desbordante que resulta, pero no tan intensa como la vida de ese activista.

Xiao, campesino de Jiangxi, llegó a Guangdong en 1990, en pleno auge industrial. Trabajó en una fábrica eléctrica y, aunque ni siquiera había acabado el bachillerato, se puso a estudiar leyes cuando creyó que ya estaba

harto de trabajos sin contrato, impagos, horas extra mal contadas, ningún día de descanso... En 2005 montó su propio chiringuito de asesoría legal en el distrito de Chang'an de Dongguan para dar consejo a los trabajadores y armarla muy gorda siempre que pudiese.

Lo conocí justo en el momento en el que los juzgados pasaron de lidiar con decenas de disputas laborales a tener que resolver un alud de casos a raíz de una mayor sensibilización sobre los derechos de los trabajadores.

Mientras Xiao sorbía el café de tres euros que había pedido, ya frío de tanto rato que llevaba hablando por el móvil, en la recepción del hotel unos empresarios locales recibían a varios hombres de negocios extranjeros. «Pronto se los llevarán de putas», sospeché mientras esperaba que Xiao colgara de una puñetera vez.

Xiao era uno de esos activistas de perfil chillón. Y no solo porque hablaba muy alto, sino porque había protagonizado acciones como plantarse con una camiseta con inscripciones de denuncia en lugares como Luohu (la estación de Shenzhen, desde donde se coge el metro que va a Hong Kong) o en la misma plaza de Tiananmén de Pekín. También escribía artículos críticos en algunas publicaciones subversivas.

Poco antes de conocerlo, una quincena de desconocidos entraron en su despacho y se llevaron todo lo que pudieron. «Barra libre», debía ser la consigna, puesto que incluso le birlaron dos de los cuatro móviles que llevaba para despistar a las autoridades.

—Ahora solo guardo estos dos —dijo señalando los cachivaches—. ¡Los peores! No los cogieron porque son los más baratos. ¡Sabían perfectamente lo que se llevaban! —remató revelando la enormidad de su dentadura manchada de tabaco.

Le robaron unos 10.000 euros en efectivo, el ordenador, el fax y, lo más importante, unos seiscientos archivos de trabajadores a los que estaba ayudando. También volaron las 200.000 octavillas que había impreso. Y lo peor es que mientras le desmontaban el tenderete, alguien le alertó y pudo llamar al 110, el número de la policía. «No podemos hacer nada», le respondieron.

A partir de entonces, algunos de sus ayudantes prefirieron mantenerse al

margen. Xiao se quedó solo y aún tuvo el valor de encontrarse con los del Buró de Seguridad Pública (la poli), que lo invitaron a marcharse a Hong Kong como exiliado para sacárselo de encima.

—«Nosotros te lo facilitaremos todo, no te preocupes» —me contó que le dijeron con una de sus sonrisas torcidas—. Piensan que estoy loco.

«No les falta razón», interrumpí yo mentalmente mientras el hombre seguía. A Xiao le ofrecieron dinero para que lo dejara todo. Lo aceptó. Pero, en vez de obedecer, lo utilizó para ayudar a más trabajadores. «Qué temerario», pensé mientras me lo contaba. Xiao explica que, unos días antes, unos desconocidos le pusieron una capucha en la cabeza, lo metieron dentro de un vehículo y lo dejaron caer en una acequia de Dongguan por si aún no había entendido el mensaje.

Xiao no hablaba para nada el mismo lenguaje, porque siguió interviniendo con un sobreactuado dramatismo y llamando la atención tanto como pudo. Lo último que supe de Xiao Qingshan es que, después de una protesta, le dieron tal paliza que lo dejaron en una silla de ruedas.

Año tras año, China actualiza sus derechos laborales, pero para que estén realmente protegidos creo que aún tendrán que pasar unas décadas. Para que su sindicalismo se parezca a lo que nosotros entendemos como tal, son necesarios cambios fundamentales que permitan, para empezar, la libre organización, lo cual hoy por hoy sigue pareciéndome improbable en un sistema que prioriza la concentración del poder.

PAISAJE *BLADE RUNNER*

Si nunca se ha vivido en una ciudad con niveles escandalosos de polución, es difícil imaginarse cómo es. Cuando después de doce años y medio en China volví a Barcelona, me sorprendió que la prensa de aquí hablara de episodios de contaminación en días con cielos que en China serían considerados azules. Al llegar a mi ciudad natal, me pasaba el rato mirando el cielo por placer. Disfrutaba con la variedad de tonalidades y volumetrías de los cielos, tanto si hacía sol como si estaba nublado.

Durante mucho tiempo, Pekín me había privado de ese espectáculo. Los cielos realmente azules son efímeros en otoño, cuando el viento sopla con fuerza, o con las lluvias de verano, cuando el agua se lo lleva todo en una especie de espejismo que, cuando para de llover y el cielo queda despejado, hace que la gente salga masivamente a la calle para oxigenarse con una actitud casi festiva.

La percepción moldea el estado de ánimo, que también acaba manchado de gris. Pero la contaminación atmosférica es, por encima de todo, un riesgo para la salud. Siempre pienso que quizá tardase demasiado en tomar precauciones y que posiblemente un día los pulmones me pasen factura, como a un fumador que ya no está a tiempo. Cada vez que me ofrecían un pitillo, intentaba tomármelo con humor:

—No, gracias. Con el aire de Pekín, ya me he fumado todo lo que me

tocaba.

De unos primeros años de inconsciencia y de intentar relativizar el problema, acabé pasando al otro extremo y me volví especialmente pesado cuando nació mi primer hijo. Compramos uno de los mejores filtros de aire del mercado y todos los modelos disponibles de mascarillas, y evitábamos salir de casa cuando se alcanzaban límites alarmantes. El niño se pasó semanas enteras sin ir al jardín de infancia. Si la *ayi*, la mujer de la limpieza, se dejaba por error una ventana abierta, le montaba un buen pollo para que le quedara muy claro que una rendija abierta significaba que por ahí entraba toda la mierda de fuera y entonces de nada servía tener filtros de aire. Era como tirar el aire limpio por la ventana, directamente. Al fin y al cabo, el interior de la casa y el de la oficina eran los únicos espacios donde más o menos podía controlar qué respiraba. Oasis de aire respirable. Pobre *ayi*. Tampoco era culpa suya.

Los episodios de polución grave solían tener lugar por la mañana, cuando las centrales térmicas y las fábricas de las afueras de Pekín funcionaban a pleno rendimiento. Un buen día te levantabas y, al mirar por la ventana, veías que todo había quedado difuminado, cubierto por una nube grisácea. Los edificios un poco lejanos, que en condiciones normales verías muy definidos, habían desaparecido en medio de la nebulosa. Y los de media distancia apenas los vislumbrabas. Pero lo más dramático es que al día siguiente todo estaba igual o peor. Y también al tercer día. Y así podías pasarte un mes entero, cuando la buena noticia tal vez era que «hoy ha mejorado un poco» y celebrabas que podías salir sin la mascarilla puesta. Te autosugestionabas para que, aunque fuera un día malditamente contaminado, pareciera un día mejor en comparación con los días escandalosamente contaminados. La vista teñida de partículas en suspensión formaba (y sigue formando) parte de la normalidad o la previsibilidad. De día reducía los colores a matices de gris: gris verdoso, gris azulado, gris rojizo... De noche se confundía con la luz de neones, rótulos luminosos y lámparas. Todo ello generaba un aire de misterio.

A mi hermano, que también trabaja en Pekín y también hace televisión, un día Euskal Telebista le pidió que no usara filtro de cámara porque las

imágenes quedaban demasiado planas y con poco color. En realidad, solo reproducía el color original de lo que veía, tan espeso que los técnicos de ETB pensaban que era un efecto buscado.

Con los años, más que la contaminación, que ha ido a peor, lo que mejoró fue el sistema de información. Un buen día, Gobierno y medios de comunicación chinos (oficiales) aparcaron los eufemismos y dejaron de hablar de «niebla» para decir «*smog*» o directamente «episodios de contaminación». Si eran episodios graves, implicaban alertas y recomendaciones. Era preferible, por ejemplo, que niños y personas mayores no salieran de casa. De repente, todo el mundo empezó a tomar conciencia de las implicaciones y a preguntarse si se merecían vivir en una ciudad irrespirable.

Cuando entrabas en fases de días contaminados, instintivamente cogías el móvil y comprobabas a qué nivel estabas. El nivel *beyond limit* era especialmente crítico. Cuando todos incorporamos el *smartphone* a nuestras vidas, Beijing Air era la *app* que ofrecía con precisión los niveles de polución de referencia a la mayoría de los expatriados. La elaboraban con registros de la Administración local combinados con los de la embajada estadounidense, que solían estar más actualizados. Y ese *beyond limit* quería decir que se habían superado las 600 partículas inferiores a 2,5 microgramos por metro cúbico (600 $\mu\text{g}/\text{m}^3$), una auténtica barbaridad. Porque 600 era el registro máximo que los aparatos podían recoger, pero los límites de la propia regulación china —mucho más laxa que la europea— son de 75 $\mu\text{g}/\text{m}^3$ de media anual. El conocido como índice PM2.5 pasó a formar parte de nuestras vidas y en Pekín era más comentado que el tráfico, condenado a un atasco permanente, o el tiempo, igualmente previsible. El PM2.5 se refiere a partículas minúsculas, las que más fácilmente se inhalan y, por lo tanto, las más peligrosas porque favorecen las enfermedades cardiorrespiratorias, entre otras cosas.

Compré mi mascarilla Totobobo en el supermercado con productos de importación del barrio. Tuve suerte, pues con la ola de sensibilización de repente iban muy buscadas. Tenía un molde de plástico transparente flexible y unas aberturas con un sistema para pinzarle unos filtros de algodón

redondos, que tenías que ir sustituyendo cuando cambiaban de color. En episodios de contaminación atmosférica intensa, un filtro de mascarilla podía durar menos de una semana. El algodón quedaba muy oscuro.

El uso de mascarillas se popularizó y empezabas a ver mascarillas de todo tipo. Incluidas las que no servían para nada: mascarillas de tela con diseños divertidos, mascarillas que tapaban la boca pero no la nariz, mascarillas quirúrgicas, que filtran virus pero no partículas. De vez en cuando también veías a algún loco con máscara de gas.

Recuerdo que, al principio, cuando firmaba crónicas sobre contaminación, me quitaba la mascarilla cuando me grababa. Salía al balcón para hacer mi aparición en cámara, mi *stand-up*, y me disponía a inhalar conscientemente toda esa vaharada solo para que se me oyera bien. Tampoco quería que el espectador se fijara en detalles innecesarios que le desviasen la atención. Como cuando se desaconseja a presentadores o reporteros llevar joyas o colgantes que distraigan. Hasta que un buen día me harté y decidí que reduciría mi exposición al aire contaminado al mínimo absoluto. A partir de entonces hablaría a cámara con la mascarilla puesta. Me daba igual que alguien pensara que sobreactuaba o que la mascarilla distrajera al espectador. Si en condiciones normales tomaba todo tipo de precauciones y en exteriores la llevaba siempre puesta, ¿qué sentido tenía que me tragara aire sucio en el momento de grabar el *stand-up*?

Es una de las imágenes que la audiencia de TV3 más me ha comentado. Por impactante. Con el tiempo, creo que reflejaba de forma realista la problemática. Si ese día precisamente hablaba de contaminación, además aportaba información o contexto.

Seguramente los periodistas extranjeros acabamos siendo muy plastas quejándonos sin parar de nuestra miserable existencia en esa atmósfera *Blade Runner*. Parecía que compitiéramos a ver quién tenía los filtros de la mascarilla más sucios. Llegamos a ser tan insoportables que alimentamos cierta antipatía entre los chinos, que no solo tenían que sufrir esa realidad igual que nosotros, sino que encima tenían que oír constantemente comentarios sobre la mierda de ciudad que tenían. No es de extrañar que el sensacionalismo británico lo tuviera fácil cuando en 2014, mi último año en

China, cantó bingo con una foto de un amanecer en una inmensa pantalla LED en la plaza de Tiananmén. «China empieza a televisar la salida del sol en pantallas gigantes porque Pekín está tapada por el *smog*», tituló de manera oportunista el *Daily Mail*. El fotógrafo simplemente había captado esa instantánea de unos segundos de imágenes de un sol imponente que aparecían en un anuncio promocional de la provincia de Shandong y que se proyectaba en bucle en esa pantalla. Ni el Gobierno pretendía hacer una tontería como la que aseguraba el titular ni ningún ciudadano chino habría sido tan imbécil como para plantarse frente a una pantalla para ver el amanecer en vídeo. Pero aún más lamentable fue el hecho de que medios de comunicación de todo el mundo, España incluida, replicaran ese goloso titular, una patética muestra de desinformación.

La contaminación atmosférica en China ha crecido a niveles preocupantes como incómoda consecuencia del milagro económico. «A vosotros también os pasó lo mismo», nos recuerdan los chinos, que al fin y al cabo reclaman poder ensuciar tanto como lo hicimos nosotros mientras nos industrializábamos, décadas atrás.

En las últimas cumbres del cambio climático, China, principal emisora de gases de efecto invernadero, se ha comprometido a reducirlos, pero con un calendario progresivo, calculando la curva de madurez de su proceso de industrialización para que el compromiso sea viable, puesto que implica una compleja reconversión. Y así lo está haciendo, diversificando su generación de energía con planes hidroeléctricos, nucleares y también de fuentes renovables.

Pero el propio impulso económico hace que la reconversión no pueda realizarse de la noche a la mañana. La máquina del crecimiento hay que ir poniéndola en marcha, no puede detenerse de un día para otro. Por no hablar de que cambiar repentinamente el sistema energético implicaría, a corto plazo, una pérdida de puestos de trabajo que generaría inestabilidad, lo que, como ya he explicado, les preocupa mucho. Huelga decir que no es un paso exclusivo de los chinos. La mayor parte de los países no están dispuestos a priorizar el medio ambiente por delante del crecimiento económico. Y eso significa que el compromiso chino de reducción de emisiones es un «ya lo

haré cuando pueda». No se espera que en China dejen de respirar aire sucio hasta finales de la década de 2020.

Por culpa de tanta contaminación, con los años mi olfato se volvió especialmente sensible. Hoy en día, por ejemplo, detesto la mayor parte de las colonias y perfumes, que me parecen tan ofensivos como quien fuma en un espacio público. Si ya por sí misma la mezcla de sudor y fragancias químicas me parece asquerosa, con un sentido olfativo hiperdesarrollado me resulta vomitiva. Sancionaría a los vecinos que se rocían con colonia y convierten bajar en el ascensor en una tortura. Aunque, bien mirado, también podría haberme ocurrido lo contrario, que se me atrofiara o perdiera el olfato.

Curiosamente, desarrollé una especial habilidad olfativa para detectar la tan característica combustión del carbón, la principal causante de los altos niveles de partículas en suspensión en todo el norte de China. Cuando el avión aterrizaba en Pekín, se acoplaba al *finger* de la terminal y se abría la puerta, sabía que había llegado porque mi nariz se sentía como en casa con el rastro del carbón.

Dos terceras partes de la electricidad de China son generadas por plantas que queman carbón. El sistema energético chino depende del carbón porque así se diseñó desde el principio. Y así se diseñó sencillamente porque el carbón era el combustible que tenían más a mano.

En el relato sobre mi etapa en Taiyuán hablé de cómo el carbón teñía el paisaje de la ciudad y el resto de la provincia de Shanxi, una zona que, después de esos primeros nueve meses en los que trabajé como maestro en una escuela, volví a visitar más adelante ya como periodista. En una ocasión visité algunas minas pequeñas, las típicas que a mediados de los años 2000 el Gobierno clausuraría en masa —miles de cierres— en el marco de una gran operación de reconversión del sector. Muchas de ellas no tenían ni permiso para operar, pero se habían multiplicado por los crecientes picos de demanda de hulla que acompañaban el imparable crecimiento. ¡Más madera! ¡Más carbón! Todo el mundo hacía la vista gorda. Había mucho dinero de por medio. Trenes a reborar de carbón salían de ciudades como Datong hacia zonas industriales a los cuatro vientos.

De los camiones que recorrían la ruta de la mina a la estación, igual de

lentos, caían de vez en cuando rocas que la población local después recogía en grandes sacos de tela plastificada para venderlas o utilizarlas como combustible casero. En el exterior de las casas no había montones de leña, sino montones de rocas de carbón o de carbón prensado con el que encendían las estufas para calentarse.

El cierre de minas pequeñas fue especialmente urgente cuando, en plena fiebre del carbón, se dispararon los derrumbamientos y accidentes laborales. Todas las semanas los periódicos llevaban noticias de accidentes en minas, normalmente con decenas de muertos. Los accidentes con pocos muertos ya ni aparecían. Como la mayoría de los mineros no estaban asegurados y el Gobierno tenía que buscar cabezas de turco cuando pasaba algo gordo, los dueños de las minas tenían que negociar con las familias una buena indemnización para que el escándalo no se difundiera y acabaran por multarlos o cerrarles el negocio. No solo se jugaban la cabeza, sino también auténticas fortunas que amasaban gracias al negocio del oro negro.

Cuando había un accidente, muchos periodistas, sabedores de lo que se jugaban los dueños y con tan pocos escrúpulos como ellos, acababan haciendo cola para recoger sobres con dinero a cambio de su silencio, de no publicar la historia. Colas donde llegaron a mezclarse periodistas reales y oportunistas que chapucestamente se habían falsificado un carné de cualquier periódico. No es de extrañar que, cuando la cola se volvió demasiado larga, descubrieran a alguno de estos pícaros, que acabaron entre rejas o en una acequia, asesinados.

La perversa trama de las indemnizaciones dio pie a la historia de la película *Manjing* («Pozo ciego»), de Li Yang, una descripción brillante de ese submundo que no superó el filtro de la censura, pero que se encontraba fácilmente en las tiendas de copias ilegales de DVD.

A Shanxi volví años más tarde, a propósito del reportaje *Els fums de la Xina* («Los humos de China») para el programa *30 Minuts*, gracias al cual trabajé con dos de los mejores profesionales con los que jamás haya coincidido: la realizadora Mireia Pigrau y el cámara Ferran Prat. Con ellos descubrimos Linfén, que elegimos para nuestro reportaje porque había obtenido el dudoso honor de liderar la lista de ciudades más contaminadas del

mundo.

Xiao Zhang —siguiendo con los elogios, la mejor ayudante que jamás haya tenido— consiguió autorización para grabar en Linfén, donde el Gobierno local se esforzó más por tenernos bien vigilados que por garantizarnos acceso a minas y fábricas. Ya se sabe que en televisión tienes que enseñar, más que mencionar, por lo que encontrar buenas localizaciones es esencial, así como que te dejen tiempo suficiente y espacio para trabajar.

«La bonita Linfén le da la bienvenida», rezaba una valla propagandística que grabó Ferran en un acceso a la ciudad. La feísima (adjetivo más apropiado) Linfén yacía sobre grandes bolsas de carbón que le habían aportado esa especie de prosperidad que solo tiene en cuenta indicadores de crecimiento económico. Era más bien una maldición para los habitantes de la zona, que malvivían en la ciudad que les daba trabajo. Todo el mundo en Linfén sabe que las reservas de carbón se agotarán y que llegará un día en el que no habrá nada más para taladrar. Pero, mientras tanto, nadie quiere renunciar a lo que genera dinero a corto plazo.

En el reportaje también tratamos la otra gran desgracia medioambiental que sufre este país: la contaminación del agua. Cerca de Linfén nos reunimos con los campesinos del pueblo de Beilu, que estaban en pie de guerra por la contaminación de un polígono industrial que dañaba cosechas de trigo y había disparado los casos de cáncer y otros problemas de salud entre la población local. Compartimos con ellos unos días de rodaje y fuimos testigos de una asamblea masiva al aire libre en la que los campesinos votaron a mano alzada si intensificaban la protesta, convocatoria que también aprovecharon unos vendedores de dudosos medicamentos, probablemente para estafar a tantos vecinos como pudiesen. Medio pueblo se abalanzó sobre ellos para comprar unos medicamentos de oferta que se suponía que les curarían las dolencias que sufrían, y nunca comprobé si eran auténticos fármacos o azúcar.

El Gobierno de Linfén negaba que allí hubiera contaminación y nuestra insistencia en recoger esa versión de la historia hizo que nos acabaran siguiendo por todas partes. A medio camino de un rodaje con los indignados líderes del pueblo, el conductor nos advirtió de que el coche de los de la

oficina de información de Linfén nos seguía. Bajé del coche y me acerqué al otro vehículo.

—Perdonen, pero... ¿por qué nos siguen? —pregunté visiblemente irritado.

—Eh... Debemos ocuparnos de su seguridad —respondió, tirando de manual, una mujer del Gobierno local con quien Xiao Zhang había hablado en numerosas ocasiones y a la que ya conocíamos porque era la que nos conseguía entrevistas con representantes de la ciudad.

—A ver... —empecé—. Agradecemos mucho las atenciones y que se preocupen por nuestra seguridad, pero nosotros tenemos que poder hacer nuestro trabajo con tranquilidad. Por favor, no nos sigan, no es nada agradable. Tenemos que poder entrevistar a quien queramos. Si están todo el rato encima de nosotros, nadie nos contará nada. Y así no podemos trabajar.

Era antes de los Juegos Olímpicos de Pekín 2008, cuando acababan de relajar las condiciones para los informadores extranjeros y nosotros éramos lo bastante ingenuos como para creer que sería un punto de inflexión en la práctica periodística en un país que, necesariamente, tenía que ir abriéndose.

El Gobierno de Linfén se tomaba muy en serio la imagen que transmitía y creo que tenía pánico de que alguien de más arriba pudiera reprenderlos por lo que saliera en nuestro reportaje. Al mismo tiempo, les fastidiaba que nos fijáramos más en aspectos negativos que en los positivos, y costaba mucho que entendieran que no hacíamos esa distinción voluntariamente, sino que en cada caso intentábamos contar lo que considerábamos notorio, y que incluso si no compartían ese punto de vista, la prensa tenía que poder elegir dónde ponía el foco. Fue una discusión recurrente durante todos esos años, si bien finalmente llegué a la conclusión de que yo no iba a cambiar nada y era inútil justificarse.

Ese día acabamos perdiendo el coche de vista. Desistieron o quizá fueran más discretos y siguieron vigilándonos a mayor distancia.

Nos reunimos de nuevo con los agricultores porque esta vez nos alertaron de que una planta farmacéutica acababa de verter aguas contaminadas al río. Se emocionaron tanto enumerándonos todas sus quejas que decidieron llevarnos hasta la puerta de la fábrica para que fuéramos testigos de cómo

pedían explicaciones al empresario.

En un giro inesperado, después de charlar brevemente con el guardia de seguridad, entraron hasta las oficinas. Puesto que los acompañaba un equipo de televisión y la indignación les daba impulso, ni el guardia ni nadie se atrevió a detenernos.

Entramos todos en las oficinas y nos dijeron que nos sentáramos. El encargado repartió cigarrillos e intentó calmar los ánimos de los agricultores, liderados por Zhang Xinming, que tenía una especial habilidad para la oratoria. Zhang iba moviéndose y gesticulaba mientras hablaba, como si se hubiera aprendido el papel de una obra de teatro que de forma imprevista le daba sentido narrativo y dramatismo al reportaje.

—Antes de entrar por la puerta de la fábrica, la chimenea humeaba y se oía el ruido de las máquinas —dijo Zhang, mientras reforzaba sus palabras moviendo la misma mano con la que sostenía el cigarrillo que le acababan de dar—. En cuanto hemos entrado en el edificio, el humo ha desaparecido y las máquinas también han parado. Suerte que antes hemos grabado las aguas contaminadas.

—Estamos probando un nuevo producto —respondió el encargado—. No estamos produciendo nada. Eso que dice no existe —el encargado vio que Ferran estaba grabándolo e hizo un gesto con la mano—. A ver, no filmen. Después beberemos y charlaremos de todo esto.

Ferran siguió grabando sin perderse detalle. Tenía la intuición innata de seguir la conversación, aunque no hablara ni entendiera el chino. Toda la secuencia tenía un gran valor documental. Estuvimos un buen rato allí dentro.

El encargado estaba acorralado y probó la vieja táctica del enemigo exterior...

—Escuchen, si fueran periodistas de aquí, podríamos hablar de ello abiertamente. Pero son periodistas extranjeros y ya saben...

—Queremos que nos dé una fecha para solucionarlo —sentenció otro campesino.

Zhang y el resto de los habitantes de Beilu estaban hartos de falsas promesas y de que el Gobierno local negara la evidencia.

Al cabo de un buen rato, el encargado accedió a darnos el teléfono del

dueño, con quien Xiao Zhang estuvo hablando otro largo rato. Por fin, el empresario accedió a cenar con nosotros y con la gente del Gobierno de Linfén.

Cuando pides algo en China, tienes que hacerlo sobre la base de una relación de confianza. Es importante aclarar de parte de quién vienes, pero también hacer un poco de ritual previo, dar a entender que tus intenciones son razonables, que te conozcan un poco y ganarte su confianza.

Así pues, apenas unas horas después de haber reprendido a los de la oficina de información, cambiaron las tornas y ahora los necesitábamos. Dejamos la vergüenza de lado por un momento para pedirles que propiciaran una cena con el empresario. Ir a cenar podía ser algo habitual a la hora de hacer negocios, pero no lo era tanto entre los periodistas extranjeros, a los que, más bien, nos incomodaba que nos trataran tan bien y nos invitaran a deliciosos banquetes a costa de las arcas públicas. En Linfén, si pretendía obtener algo útil, tenía que ganármelo. Y ese algo útil, una entrevista con el empresario que contaminaba y al que tenía que intentar convencer de que nos diera su versión de los hechos, tenía un precio que estaba dispuesto a pagar.

En una sala privada del mejor restaurante de Linfén, la gente de la oficina de información local nos presentó a su jefe y también hizo las presentaciones con el empresario, con quien ya habíamos hablado por teléfono. El hombre estaba incómodo, pero tampoco quería quedar mal con las autoridades, que a su vez no querían quedar mal con los periodistas extranjeros, que supongo que debería decir que no queríamos ni quedar bien ni dejar de hacerlo, pero en esa ocasión por lo menos teníamos que fingirlo. Tras el intercambio de tarjetas personales, nos sentamos en una mesa donde ya habían servido algunos platos típicos.

—Camarera, tráigame una botella de Fenjiu —dijo el responsable de la oficina de información cuando recién empezábamos a comer los platos fríos. Esos aún eran años de poco escrutinio de las cuentas públicas, y gastarse dinero en banquetes o alcohol era lo más normal del mundo.

—¿Fenjiu? —pregunté.

—Sí, nuestro aguardiente. *Jiu* de *baijiu* y *fen* de Linfén.

La camarera trajo una botella blanca y repartió tantos vasitos como

comensales había en la mesa.

—Yo no beberé nada, ¿eh? —quiso aclarar Mireia. Ferran también hizo un gesto con las manos con el que daba a entender que tampoco sería cómplice de mi temeridad.

—De acuerdo. Ella no beberá, él no puede beber y a Xiao Zhang le dejaremos probar un poco, pero le prometí a sus padres que la cuidaría —les dije en chino a los Linfénese. Lo de Xiao Zhang era mentira, pero siempre pensé que tenía que mantenerla al margen de mis imprudencias tanto como pudiera.

Sin darle demasiada importancia, el señor del Gobierno local fue llenando vasitos: el mío, el de las dos mujeres de su oficina, el del empresario y finalmente el suyo. La secretaria del empresario también se excusó y él le dedicó una sonrisa comprensiva. Tal vez fuera su amante, además de su secretaria, elucubré. O tal vez ha tenido que llamar a su marido para decirle que le vuelve a tocar hacer el numerito del aguardiente, pero esta vez con un extranjero.

—En Linfén tenemos una tradición —soltó el empresario.

—¿Ah, sí? —dije con un falso ademán de misterio para seguirle el juego, consciente de que había llegado el momento de enseñar quién la tenía más grande, quién tenía más resistencia al alcohol, aunque confieso que lo que me contó a continuación me dejó totalmente descolocado:

—¡Sí! —continuó el de la oficina local, mientras sus compañeras de trabajo acompañaban su comentario con sonrisas y gestos afirmativos, con los ojos bien abiertos.

—¿Qué tradición? —insistí.

—Por cada vaso de Fenjiu que tomamos, nuestro huésped tiene que tomarse tres.

—¡Tres! —exclamé mientras Xiao Zhang se lo traducía a los catalanes, que respiraron tranquilos al haberse abstenido desde el principio.

Me volví hacia ellos y cambié al catalán:

—Esto puede acabar muy mal.

A partir de entonces comenzó un festival de ingesta alcohólica que a duras penas pude mitigar con la comida. A diferencia de los asiáticos, que

asimilan mejor el alcohol con el estómago vacío, para los occidentales es mejor llenarse la tripa para no coger una trompa antes de tiempo. Sabía que eso, en efecto, acabaría muy mal, pero tenía que cerrar el pacto con el empresario antes de que fuera demasiado tarde. Una entrevista a cambio de maltratarme el hígado.

—Sobre lo de hoy en su fábrica, siento que haya tenido que enterarse por teléfono. Los agricultores han entrado y no acabábamos de entender nada — dije yo cuando ya había perdido la cuenta de cuantas rondas de tres vasos llevábamos y ya empezaba a tener los ojos vidriosos.

—No pasa nada —respondió el empresario con ánimo conciliador.

—Supongo que mañana podrá explicárnoslo todo tranquilamente — añadí, dando por hecho que ya había hablado con los de la oficina de información, que iban turnándose para que siempre tuviera el vasito de *fenjiu* lleno a rebosar.

Cuando el hombre del Gobierno local pidió la tercera botella de Fenjiu, ya se había autoexcluido de la competición ética y nos había dejado solos al empresario y a mí. ¡Qué duelo! No sé si fue el sentido de la responsabilidad o qué exactamente, pero aguanté como un campeón. «TV3... ¡Qué digo, TV3! ¡Toda Cataluña tendría que estar orgullosa de mí!», retumbaba la parte más ególatra de mi subconsciente. Y aunque yo había bebido tres veces más que el otro, ambos estábamos igual de mal cuando salimos de allí.

—Nos vemos mañana sin falta a primera hora de la tarde —le recordé al empresario cuando nos despedíamos en un estado que mis compañeros, con generosidad, solo definieron como lamentable.

Al llegar al hotel, Xiao Zhang me preguntó si me encontraba bien. Quise abrazarla, no sabría decir si por impulso afectivo o para celebrar que habíamos cerrado la entrevista, pero recuerdo perfectamente que se apartó con un gesto contrariado, como si fuera a acosarla, y solo me ofreció la mano para evitar que cayera. El resto del pasillo hasta mi habitación pareció eterno. Lo recuerdo como una carrera de obstáculos haciendo eses y chocando contra pared y pared. Cuando finalmente acerté a poner la llave en la cerradura y abrí la puerta, llamé a Wang Can y le dije que la quería o alguna cursilada similar. Probablemente pensaba que no tendría más ocasión para decírselo.

No sé ni si llegó a entender esa voz que resonaba entre las paredes de la taza del váter.

La mañana siguiente no existió, porque cuando vinieron a despertarme ya era la hora de la entrevista y todo el mundo llevaba medio día de rodaje sin mí. Habían dejado que me recuperara. La resaca era intensa. De hecho, tardé dos o tres días en reponerme del todo.

De nuevo en la fábrica, grabamos una de las entrevistas más extrañas que jamás haya hecho. El empresario escurría el bulto constantemente. Era evidente que las aguas turbias salían de su planta, pero buscaba maneras de no reconocer la evidencia. Visiblemente incómodo, iba poniéndose rojo por momentos. Como si su ingesta de alcohol, una tercera parte de la mía, hubiera tenido peores consecuencias a pesar de todo.

Cuando ya no pudo más, dio por terminada la entrevista...

—Nuestra fábrica ha parado la producción, ya se lo he dicho. La producción se detuvo el año pasado. Ahora bien, si hay aguas residuales podría tratarse de aguas domésticas o alguna otra cosa —se quedó en silencio y, cuando le iba a hacer una nueva pregunta, prosiguió—: Bueno, creo que deberíamos dejar la entrevista aquí. ¿De acuerdo? —e insistió—: ¿De acuerdo?

—Pero... —quería decirle algo pero no me salió nada, más desconcertado por su falta de solidaridad con el compañero alcoholizado que por la entrevista en sí misma.

Y ahí lo dejó. Nos despedimos y le expresé mi contrariedad, pero se apresuró a echarnos tan rápido como pudo de la fábrica. Cuando en Barcelona debatimos cómo encajar todas esas piezas, quise dejar el final de la entrevista tal como era, sin cortes, que se viera como él la daba por finalizada. Tal vez no se encontrara bien del todo porque todos habíamos bebido de más, pero estaba claro que en algún momento del encuentro debió arrepentirse de haber accedido y avergonzar a todo un país.

La contaminación mata a mucha gente en todas partes. En nuestro país no tenemos, precisamente, unos acuíferos libres de nitratos, por ejemplo, ni pescado libre de mercurio. Pero en China, por dimensión y por intensidad, todo es un poco más grave. La factura ambiental de la industrialización es

angustiosa y he comprobado las consecuencias en visitas a los «pueblos del cáncer» de todo el país.

Las estadísticas estatales siguen diciendo que la mayor parte de los acuíferos chinos no son aptos para el consumo y ni siquiera para el contacto humano. Metales pesados procedentes de procesos industriales y componentes utilizados como fungicidas en la agricultura son enemigos invisibles que matan lentamente.

Por más planes de choque que el país ponga en marcha, la realidad acaba siendo devastadora. Y, por acumulación, la situación empeora en lugar de mejorar. La contaminación forma parte de un paisaje maltratado que tardará mucho tiempo en reponerse.

Y por si fuera poco, China tiene un problema añadido, que es la falta de agua. Las reservas de agua están mal repartidas, con zonas ricas en recursos hidrográficos, como el altiplano tibetano o las provincias costeras del sur, y una gran parte del territorio donde el agua escasea, sobre todo las zonas áridas del norte y las llanuras centrales.

De todas las zonas áridas del norte, tengo un recuerdo muy especial de la meseta de la Tierra Amarilla, que abarca parte de las provincias de Shaanxi, Shanxi y Ningxia, en el límite de las tierras cultivables antes del desierto de Gobi, al norte de China.

Es un paisaje extremo, adaptado a la dureza del clima y del terreno. Lo visitamos durante la primavera de 2007 con Xiao Zhang y Rafael Poch, veterano periodista de *La Vanguardia* con quien compartí muchos viajes y del que admiraba la habilidad para convertir documentación, consultas, datos, historias personales y el acercamiento al terreno en verdaderas joyas periodísticas, que recogió en *La actualidad de China*, una exhaustiva radiografía del país y testimonio de sus años como corresponsal en Pekín.

Con él y un grupo de estudiantes japoneses que llevaban a cabo un proyecto medioambiental universitario, pasamos unos días mágicos en ese entorno. De lejos, la meseta de la Tierra Amarilla es casi del color del desierto de Gobi, pero cuando te acercas un poco te das cuenta de que está llena de matices. La tierra está, más que nada, gastada. El paisaje polvoriento está decorado por templos solitarios escondidos entre las montañas, familias

enteras sobre motos de marca china o en carros tirados por mulas, y campesinos que trabajan la tierra con tercios bueyes que se resisten a labrar en trozos de terreno recortados en la montaña y de pendientes imposibles. Por todas partes, un entramado de caminos que se entrecruzan y un mosaico de *yaodong*, las cuevas o casas tradicionales excavadas dentro de la montaña y cubiertas por una simple fachada con puerta y dos ventanas. Dormimos en una de ellas una noche en la que, además de aprender mis primeras frases en japonés, acabé bailando alrededor de un fuego al son de un tipo de flauta de sonido muy parecido al de las chirimías.

En ese escenario único conocimos a Lao Zhu, casi un héroe local que había implementado una técnica para frenar la desertización. Este hombre, que debía rozar los ochenta, nos recibió en una especie de oasis que servía de laboratorio y escaparate de sus avances en ingeniería agrónoma. La vegetación frondosa de alrededor de su cuartel general era el fruto de un trabajo de décadas, con el que ponía a prueba la eficiencia de técnicas y especies para frenar la desafortunada desertización. Mientras el desierto de Gobi iba tragándose tierra fértil, él había logrado construir un inmenso cinturón verde con la plantación de arbustos resistentes.

—Esto es la piel de la tierra —dijo Zhu mientras la deshacía entre las yemas de sus dedos.

—¿La piel?

—La piel protege al arbusto cuando está creciendo. Cuando se intenta reforestar una zona, suele removerse toda la tierra. Eso es un error. Dejar la piel permitirá que el arbusto crezca bien y que no se muera en el primer año, como suele ocurrir.

Tan sencillo como eso. Con sus experimentos, Lao Zhu, el viejo Zhu, había creado una barrera verde que frenaba el desierto de Gobi y contribuía a mitigar los efectos de las tormentas de arena, que no solían faltar a la cita primaveral para teñir de amarillo la capital china y que, como comprobé con el tiempo, iban perdiendo intensidad.

En general, China nos brinda al resto del planeta una especie de alerta roja. Es un buen espejo de un futuro no muy lejano de equilibrios frágiles a los que más vale que nos vayamos acostumbrando y que tenemos que

resolver con audacia. Por el mismo motivo, su acción medioambiental en condiciones tan extremas sirve de termómetro de nuestra capacidad para gestionar a escala planetaria problemas que irán en aumento. Por eso nos interesa que a ellos les vaya bien, porque nosotros también llegaremos pronto a límites extremos con falta de recursos suficientes para nuestra población.

En este sentido, es esperanzador que China haya liderado sectores como el de los vehículos eléctricos y haya hecho una apuesta importante por las energías renovables. Sin embargo, la factura de la contaminación es alta y provoca protestas masivas allí donde más se hace notar. No es casual que quienes pueden permitírselo prefieran emigrar a países donde tendrán una mejor calidad de vida, interés que han sabido aprovechar muchos países occidentales ofreciendo visados de residencia a cambio de la compra de un inmueble.

Nosotros no fuimos una excepción. La contaminación, y especialmente la atmosférica, terminó pesando mucho en nuestra decisión de dejar China. Y, si bien la idea de irnos hacía tiempo que me pasaba por la cabeza, mi búsqueda de alternativas se intensificó cuando, después del primer hijo, supimos que vendría un segundo. Sobre todo después de que en mi entorno se volvieran frecuentes los casos de bronquitis, asma u otras afecciones respiratorias. Acabó siendo el aspecto de la vida de allí que más me obsesionaba y fue determinante cuando surgió la ocasión, nunca mejor dicho, de cambiar de aires.

10

ADOPCIONES

El conductor me despertó con prisas, intentando decirme algo mientras yo le maldecía los huesos por no dejarme descansar.

—¡Estoy durmiendo! —mascullé.

Volví a oír su molesta vocecita, pero lo que me despertó del todo fue notar que el vehículo estaba parado y el motor, apagado. Al incorporarme, vi que el hombre tenía la ventanilla bajada y que hablaba con alguien. Miré enfrente y vi otro vehículo parado que nos cerraba el paso.

Bajamos del coche y, tras interrogar brevemente a mi conductor, el otro hombre se me acercó y me sondeó.

—¿Habla chino?

—¿Qué ocurre?

—Somos de la Oficina de Seguridad Pública de Changning. ¿Es usted periodista?

Afirmé con la cabeza.

—¿Lleva alguna identificación?

—Ningún problema. Yo le enseño la mía y usted la suya, ¿de acuerdo? — le dije intentando aparentar normalidad.

Me acostumbré a que me detuviera la policía cada vez que hacía alguna historia delicada, algo que pasaba a menudo. Te hacían sentir como si hubieras hecho alguna fechoría, pero dejarme intimidar equivalía a darles la

razón.

Después de ese breve intercambio, accedió a enseñarme su acreditación y yo aguanté la mía con las dos manos para que pudiera verla, pero a la vez la retuve para que no pudiera llevársela. Manías. Él hizo lo que hacían todos los policías con quienes tenía el gusto de coincidir en el lugar y el momento equivocados, que era apuntarse los datos y sacar una foto del carné de prensa.

Antes de dejar que nos fuéramos, me preguntó qué habíamos estado haciendo y le dije que diferentes historias, algo absolutamente cierto, puesto que normalmente aprovechaba cada desplazamiento fuera de Pekín para grabar suficiente material para al menos dos o más crónicas.

Estaba claro que alguien les había advertido de mi presencia. Hacía un rato había entrevistado a los Duan, una familia juzgada por tráfico de niños. Barbara Demick, de *Los Angeles Times*, que había seguido el caso antes que yo, me había pasado su contacto.

Lo más difícil de una entrevista televisiva es conseguir que lo que alguien te cuenta con total naturalidad quede grabado sin que se note demasiado la presencia de la cámara, sin que inhiba a los entrevistados y, en definitiva, haga que tu presencia distorsione la realidad. Cuando vas solo y no te acompaña un cámara que vaya grabando mientras tú tienes tiempo de empezar una conversación tranquila, el momento más difícil es sacar el aparato de la cartera sin que se note demasiado, con naturalidad —sin que parezca que tienes que robar una imagen prohibida—, pero también con determinación y confianza. Una vez se ha explicado que has venido para grabarlos y ya tienes su consentimiento, debes intentar centrar la atención en la historia. Cuando eso ocurre, como con los Duan, nada tiene tanta fuerza como una conversación sincera frente a la cámara.

—Primero sobran niños en el orfanato de Qidong y los traían al de aquí, Changning. Pero llegó un momento en el que no había suficientes niños ni aquí ni allí, y nos pidieron que se los buscáramos.

Los orfanatos a los que se refería Duan Yuelin eran algunos de los centros implicados en una red de tráfico de niños que la policía desarticuló en 2006. Estaban implicados en ella responsables de orfanatos, funcionarios y también intermediarios, como los seis miembros de la familia Duan, que ese mismo

año fueron condenados a penas de cárcel. Duan Yuelin era el único de los seis que había podido salir de la cárcel en 2010, ya que el juez había valorado como atenuante el hecho de que su madre, Chen Zhijin, no tuviera a nadie más que pudiera cuidarla.

Para entender por qué participaron en esa actividad y por qué se convirtió en un negocio, hay que remontarse algo más atrás...

La política del hijo único había alterado la tradición china de tener siempre unos cuantos hijos, niños o niñas, con la expectativa de que, cuando se hicieran mayores, los hombres pasaran a cuidar de los padres y las mujeres priorizaran la familia de sus respectivos maridos. Tradicionalmente, y aún es así en muchos lugares de China, cuando una mujer se casa pasa a formar parte de la familia del hombre.

A esta tradición cultural sexista se añadía ahora un imperativo legal, y las multas y restricciones que a ello iban asociadas. Sin otra opción que tener un solo hijo —o dos si el primero era una niña—, muchos de los que en el momento del parto comprobaban que habían tenido una niña, no un niño, decidían abandonarla. Puesto que las ecografías también estaban prohibidas, había quienes sobornaban a los médicos para hacerlas y, si lo veían claro, abortaban durante los primeros meses del embarazo. Desde su punto de vista, temían quedar desatendidos cuando envejecieran. No hay que olvidar que en China no existe una red asistencial universal para la tercera edad.

Los años noventa fueron especialmente duros. Las oficinas de planificación familiar de cada ciudad, pueblo o distrito se convirtieron en los brazos ejecutores de la normativa. En las provincias más pobladas, como Hunan, Shandong o Henan, los funcionarios fueron especialmente activos porque recibían más presión del Gobierno para ajustarse a las cifras oficiales de natalidad. La vía más habitual consistía en cobrar las multas asignadas a cada territorio, pero asegurarse también de que las familias infractoras quedaran excluidas del funcionariado o de algunos beneficios sociales. Uno de los casos más sonados fueron las campañas de esterilización forzosa de Shandong, denunciadas por Chen Guangcheng, el activista ciego que años más tarde se exilió a Estados Unidos.

Como relataba Duan Yuelin, del exceso se pasó a la falta de niños. Fue

durante el auge de las adopciones internacionales de gran parte de la década de los 2000 cuando, en Nueva York, Cataluña y otras regiones del mundo, China se popularizó como destino entre las familias que querían adoptar. En parte, el impacto del documental de Channel Four *The Dying Rooms* («Las habitaciones de la muerte»), emitido en todo el mundo a mediados de los años noventa, desempeñó un papel clave. La cinta, tildada de manipulación por las autoridades chinas, denunciaba la práctica de los orfanatos chinos de dejar morir a las criaturas, mayoritariamente niñas, que tenían discapacidades. El documental venía a decir que, puesto que no era legal matarlas pero sí que murieran por negligencia, la práctica se había extendido por todo el país porque resolvía la saturación de los centros. En la película podían verse niños atados en sillas a los que abandonaban en cuartos oscuros, donde morían de hambre o de sed.

Durante todos esos años, China también lo ponía fácil, si se quería adoptar. Los trámites eran relativamente sencillos y, *a priori*, ofrecían bastantes garantías legales. Las familias podían viajar hasta el propio orfanato a recoger a las niñas (también había algún niño) e incluso se les facilitaba un servicio de traducción que los acompañaba en todo momento, como también es habitual en otros países.

Pero cuando la popularidad de las adopciones en China llegó a su punto más alto, eso, que tan bien funcionaba y que surgía de una innegable muestra de solidaridad, alimentó, sin querer, una demanda de niños que supieron aprovechar quienes menos escrúpulos tenían.

Puesto que las familias adoptantes pagaban unos 4.000 o 5.000 euros en concepto de donativo para cada orfanato (lo llamaban donativo, pero en realidad era un trámite obligado), más de uno vio la posibilidad de ganar dinero. Cuando un orfanato se quedaba sin niñas para adoptar, ¿por qué no ir a buscarlas a otros sitios? Y, como en todo intercambio, cuando hay más demanda que oferta, los precios suben.

Así fue como Duan Yuelin contactó con una amiga de Guangdong, la provincia de al lado, que pese a ser analfabeta tenía una gran habilidad para proveerle niñas. A la intermediaria le pagaba una cantidad de dinero y la familia Duan transportaba las niñas en tren, como si fueran sus propias hijas.

Luego las tenían en casa tanto tiempo como fuera necesario, hasta que los orfanatos hubieran preparado el papeleo. Chen Zhijin, la madre, me enseñó algunos pijamas de bebé que aún conservaba, así como alguna cuna, biberones y sonajeros.

El negocio fue creciendo hasta que se produjo la intervención policial.

—No hacíamos nada que no hicieran otras familias —me dijo Chen Zhijin.

No creían que las penas de cárcel fueran justas, porque operaban directamente con los orfanatos, instituciones de los gobiernos locales, y se suponía que eso ya era suficiente garantía como para que fuera aceptado. Este es un matiz importante. Porque una cosa es la legalidad y otra cosa lo que la gente cree que se puede hacer o no. Cuando determinados comportamientos —que sobre el papel son ilegales— son promovidos desde estructuras que en teoría defienden la legalidad e incluso la representan, no es de extrañar que, por más perversos que sean, vayan instalándose en la normalidad sin que nadie crea que esté haciendo nada malo, como les ocurrió a los Duan, que me lo relataban de forma directa, sin esconderse en absoluto.

Esta práctica llegó a estar tan aceptada que familias como esa llegaron a ganar cerca de 3.000 euros al mes, una fortuna para una familia rural en esa época. Aunque, si bien se mira, el margen que les quedaba a los otros intermediarios del total del donativo era especialmente lucrativo.

Alguien podría llegar a pensar que, puesto que son niñas que fueron abandonadas y luego las llevaron de un orfanato a otro, tal vez no fuera para tanto, si al fin y al cabo sus madres ya se habían desprendido de ellas.

El problema era que fomentaba otra práctica aún más perversa: los secuestros. El caso de la familia Duan sacudió muchas conciencias en un país donde cada año desaparecen decenas de miles de niños y niñas, y también ponía en evidencia que el sistema era de todo menos transparente.

En el Pekín olímpico presencié una protesta de padres de niños desaparecidos. Recuerdo que habían citado a algunos periodistas en un hostel de un barrio discreto, al que enseguida llegó también la policía. Fue una de esas escenas absurdas en las que periodistas, manifestantes y policía se graban unos a otros. Los manifestantes llevaban grandes pancartas con los

nombres, edades y fotografías de sus niños o niñas, robados por criminales sin piedad con la intención de obtener un rendimiento económico vendiéndoselos a familias que no pueden tener hijos o a mafias que los utilizarán como mendigos.

Seguí algunos de estos casos hasta la provincia de Guangdong, donde la actividad de las tríadas y la fragilidad de la población inmigrante daban lugar a un elevado número de secuestros. Muchos trabajadores inmigrantes dejaban que los niños jugaran en la calle, frente a sus negocios o el lugar en que vivían. Es lo que les ocurrió a Peng Gaofeng y su mujer. Cuando los entrevisté, seguían buscando a su hijo Lele. En las imágenes de la cámara de videovigilancia se veía claramente que un desconocido se llevaba a su hijo de la manita, caminando calle abajo. Una secuencia que hacía estremecer de impotencia y donde podía verse claramente la cara del secuestrador. Peng había recorrido el país colgando carteles de recompensa. Su locutorio en un barrio de Shenzhen estaba también lleno de carteles con imágenes del niño, teléfonos de contacto y detalles de la historia. La prensa china habló del caso, pero nunca lo presentó como un problema de grandes dimensiones y de alcance nacional.

Si tengo que ser sincero, admito que en ese momento sentía lástima por Peng. Lo seguí hasta Shenzhen porque era una buena historia que ilustraba una problemática seria y, aunque sentía empatía por su caso, era incapaz de decirle: «No te preocupes, que seguro que vas a encontrarlo». No creía que fuera posible y no quería soltar una frase vacía solo para consolar a alguien. Pensaba que escucharlo ya era mucho. Peng había pasado de una primera fase de desesperación a una fase más tranquila, aunque eso no significaba que se rindiera en absoluto. Al contrario...

Cuando, tres años después de ese encuentro, vi su nombre en una noticia, me levanté de la silla de un salto. En la imagen, Peng Gaofeng se abrazaba a un Lele que había crecido casi dos palmos. ¡Lo habían encontrado! Fue gracias a una campaña por internet del profesor Yu Jiangrong, que había hecho un llamamiento para que los ciudadanos sacaran fotos de niños mendigos con el fin de crear una base de datos de libre consulta. Deng Fei, periodista con muchos seguidores en las redes sociales, colgó el caso de Peng

Gaofeng en su perfil y, al fin, alguien identificó a su hijo, Lele, en la provincia de Jiangsu, a más de mil kilómetros de distancia, donde se reencontraron. El de Peng era un final feliz de los millares que la policía ha podido resolver en sucesivas operaciones contra las mafias de tráfico de personas. Por desgracia, contrasta con miles de casos sin resolver y que nunca se resolverán.

Precisamente porque establecía un vínculo demostrable entre el tráfico de personas y las adopciones internacionales, la emisión de mi crónica sobre los Duan abrió una pequeña crisis en la redacción de TV3. Preocupaba tanto el impacto que esa noticia podía tener en Cataluña, con miles de niñas adoptadas en provincias chinas, que lo recuerdo como un debate con posiciones muy enfrentadas. Desde mi punto de vista, había que emitir la noticia tal como era. Desde el punto de vista de otros profesionales con más responsabilidad editorial, había que contextualizarla. Propuse que se emitiera y después se buscaran reacciones y se contrastara tanto como se quisiera, pero finalmente se impuso un criterio más prudente y mi pieza se emitió junto con un vídeo de familias adoptantes en Cataluña y un comentario de la Consejería de Bienestar Social que venía a decir que adoptar en China ofrecía todo tipo de garantías y todo el mundo podía quedarse tranquilo. Eran mensajes contradictorios y admito que estuve unos días cabreado. Como me recordaba una amiga, países como Alemania nunca regularizaron las adopciones en China precisamente por la negativa del Gobierno chino a que expertos de esos países accedieran a todo el proceso y pudieran realizar su seguimiento. Respeto la decisión editorial que se tomó en ese momento, pero creo que fue una oportunidad perdida para abordar un debate que tarde o temprano tendremos que afrontar. Entiendo que hay una pregunta que probablemente muchos de los lectores estén haciéndose ahora mismo: ¿las niñas catalanas originalmente adoptadas en China fueron niñas traficadas? La respuesta es que no lo sé o, si me lo permiten, no sé hasta qué extremo. Intuyo (y solo intuyo) que podría existir un porcentaje significativo que no me atrevo a cuantificar. El caso que condenó a los Duan está documentado con un expediente de centenares de páginas, y no es un ejemplo aislado. La propia prensa china ha sacado a relucir otros casos similares.

La pista del tráfico de niños, de hecho, la empecé a seguir cuando un funcionario del consulado español en Pekín me insinuó irregularidades.

—No puedo darte detalles porque podría caerme el pelo. Pero hazte esta pregunta: ¿por qué las niñas de familias que tramitan adopciones en Pekín acaban yendo a orfanatos del sur de China y por qué Shanghái tramita adopciones de provincias del norte? —me dijo, dando a entender que los trámites se hacían desde los lugares más alejados posibles al territorio donde se iba a adoptar para limitar al máximo su trazabilidad.

Después de Changning, localicé a Júlia, que estaba acabando una tesis precisamente sobre adopciones para una universidad catalana. Había pisado decenas de orfanatos de todo el país y la convencí para que me acompañase a un centro de Anhui, donde pudimos consultar registros de entradas y salidas de niños.

—¿Ves esta lista? —me preguntó mientras hojeaba el libro de entradas y salidas—. Fíjate en que todos los nombres de los bebés se parecen y está escrita con el mismo boli y la misma letra, de una misma persona.

—¿O sea que los escribieron de un tirón?

—Ajá.

—¿Entonces quieres decir que se inventaron los datos? —le pregunté.

—Podría ser.

En otra ocasión sacamos en el telediario de TV3 la historia de Zhou Chengqi, de la provincia de Guangdong, a quien la oficina de planificación familiar de su pueblo literalmente le había quitado a su segunda hija. Aprovecharon que su mujer tenía problemas mentales y había huido para retener a la pequeña. Al enterarse, Zhou estuvo pidiendo explicaciones durante meses hasta que, en una de las visitas a la oficina de planificación familiar, le dijeron que podía olvidarse de ella pues la niña había sido dada en adopción y ya estaba en Norteamérica. Para compensarlo, le ofrecieron que se llevara a cualquier otra niña de otro orfanato. «Escoge la que quieras.» Una vuelta de deshumanización más.

Poco después de que se emitiera alguna de estas noticias en TV3, recibí algún comentario de familias adoptantes. Eran positivos. Supongo que las personas a las que no les había hecho ninguna gracia especular con esta

posibilidad prefirieron no decirme nada. Y tienen todo el derecho a poner el freno donde quieran porque tampoco hicieron nada de lo que deban sentirse culpables.

Pero siempre que pienso en este tema me acuerdo de mi amigo Greg, el estadounidense con el que coincidí en Taiyuán. Greg nació en Hong Kong, adonde fueron a buscarlo sus padres adoptivos. Me contaba que ya de pequeño entendía que, por diferencias étnicas obvias, su identidad lo había enfrentado a todo tipo de comentarios y a diferentes actitudes de aceptación social. Un debate existencial. No era casual que hubiera acabado en China. Como tampoco que, durante su estancia en el país, viajase expresamente a Hong Kong para visitar su orfanato y reencontrarse con las cuidadoras, alguna de las cuales aún se acordaba de él. Conocer nuestros orígenes forma parte de nuestra condición. Incluso si en alguna etapa de nuestra vida nos alejamos de esta idea, siempre habrá dudas que necesitaremos resolver.

Y por eso siempre he creído que, igual que hay padres que han preferido ser honestos con sus hijas adoptadas y contarles los detalles sobre cómo o cuándo fueron a China, también llegará un día en el que algunas de ellas van a querer saber más. Las preguntas sin respuesta, la búsqueda de la propia identidad, tarde o temprano surgen.

En este sentido, hace años que se llevan a cabo iniciativas para cruzar el ADN de las familias de desaparecidas con el de niñas adoptadas. Las pruebas de ADN permiten hacer comprobaciones con quince, veinte o treinta años de diferencia, cuando esas niñas ya no pueden ser reconocidas por sus padres biológicos. No se trata de cambiar nada de todo lo que ya es irreversible, se trata de resolver interrogantes, de honrar la verdad. Sin miedo, sin vergüenza.

Pekín, 1984. Tras apurar unos cuantos cigarrillos en los pasillos del Hospital Número 6 de Pekín, la enfermera se le acercó y le dijo:

—Sr. Wang, su mujer ha tenido una niña.

Cuando se enteró de que su mujer había tenido una hija, y no un hijo,

apagó el último pitillo y se largó del hospital cabreado. Su hermano había tenido un niño y él tenía que conformarse con una niña. No le cabía en la cabeza. No apareció hasta muy entrada la noche y después de haberse ido con sus amigos a ahogar las penas con *baijiu*. El señor Wang es mi suegro. Con los años, acabó estando muy contento de tener una hija, por lo cual le estaré eternamente agradecido.

CRECER O MORIR

El tópico del «gigante asiático» es uno de los más sobreexplotados en la historia del periodismo moderno. «Gigante asiático», «gigante asiático», «gigante asiático»... A menudo imagino que lo repito sin parar a ver si se deshace el hechizo y dejan de utilizarlo de una puñetera vez.

Durante muchos años, los informadores estuvimos haciendo previsiones sobre este o aquel otro indicador para intentar explicar la dimensión, el ritmo y la proporción del crecimiento que estaba experimentando China. «El gigante asiático será el mercado más grande de dicho sector dentro de tantos años.» Más tarde, no sé muy bien en qué momento preciso, todos los que llevábamos años diciendo que China iba muy embalada, dejamos de especular y empezamos, simplemente, a constatar una realidad.

Todo se había acelerado a partir de los años noventa, en la época de Jiang Zemin, el periodo de liberalización posterior a la reforma y apertura de Deng Xiaoping. Una élite del Partido y de su órbita (aquellos con *guanxi*, buenas conexiones personales) se benefició del periodo de grandes privatizaciones, gasto público e inversión directa del exterior.

Con el cambio de milenio, constructores, empresarios del carbón, fabricantes de coches o juguetes que se beneficiaron de lucrativas conexiones dentro del partido, así como aquellos que supieron emprender e interpretar cómo evolucionaba el mercado, formaban un grupo muy acomodado, ya con

un nivel de vida muy por encima del resto. Tal como anticipó Deng, un grupo enriquecido abría camino y arrastraba al resto hacia la creación de una clase media sólida en la China urbana. De repente, pasamos de hacer previsiones sobre el número de chinos que según los expertos acabarían consumiendo aceite de oliva mediterráneo o visitando Barcelona, a simplemente contarlos en una tendencia creciente que aún no se ha detenido.

Si a mediados de los años 2000 hablábamos de una incipiente clase media y nos sorprendíamos de las diferencias económicas entre la gran mayoría de chinos y una minoría de ricos con un nivel de vida muy por encima de los demás, a finales de la misma década ya habíamos perdido la cuenta de cuántos multimillonarios había en el país.

Curiosamente, mientras los turistas chinos empezaban a hacer cola en las tiendas de lujo del paseo de Gracia de Barcelona y del centro de otras ciudades de renombre de todo el mundo, los turistas occidentales continuaban llegando en rebaño al Mercado de la Seda o el centro comercial Yashow, bazares populares en las rutas por Pekín.

Es peculiar este ritual de pasar por los centros de las falsificaciones, que no dista mucho de otros comportamientos turísticos absurdos donde vendedor y comprador parecen necesitarse mutuamente o retroalimentarse. En Pekín, los rebaños de turistas extranjeros venían en autocar y los soltaban para que cada uno se perdiera por el edificio y probara eso tan ficticio que es el arte del regateo. Consiste en un desesperante intercambio en el que nunca ganas, aunque siempre acabes convencido de que has encontrado una ganga. Acababan más pendientes de lo que creían que se habían ahorrado que de lo que realmente se habían gastado, y celebraban que muchas dependientas no solo tuvieran un inglés fluido, sino que también chapurreaban alemán, italiano o español, idiomas que probablemente algún otro turista les había enseñado semanas antes y que repetían sin vergüenza: «Amigo, cuarenta, venga, no seas tacaño».

Cuando dos o tres horas después volvían al autocar, lo hacían sonrientes y compitiendo por ver quién había conseguido reventar más los precios. O eso creían. Volvían con grandes maletas que habían comprado allí mismo, cargadas de la ropa, los bolsos o el calzado falsificado de cualquier marca de

moda que habían podido pescar. Una práctica obligada durante su estancia en Pekín o Shanghái que acababa siendo enfermiza y que los vendedores chinos —tú dirás— supieron rentabilizar.

Los chinos no acaban de entender qué hacen tantos turistas extranjeros en esos circos experienciales. No es que ellos no compren falsificaciones, pero normalmente solo se gastarían el dinero en marcas falsificadas. Piensan que gastarse 15 euros en una camisa falsificada o 30 euros por un bolso falsificado no sale a cuenta. Es demasiado caro. Si un chino tiene dinero, por el original estará dispuesto a pagar lo que sea, si realmente le apetece. Si tiene dinero, quiere gastárselo, por la moda, por la calidad del producto o para que todo el mundo lo sepa, porque cree que eso le da estatus social. Claro que algunos pueden llevar prendas de marcas copiadas, pero ya hablamos de otra cosa. Dudo que aquellos que de vez en cuando ves por la calle con camisetas Koppa, polos Vesrace y zapatillas Asidas sepan que alguien se inspiró en marcas de nombres que no se escriben exactamente igual.

La propia evolución del Mercado de la Seda dice mucho de hasta qué punto ha cambiado el país. Cuando aterricé en Pekín parecía más bien un mercadillo de pueblo. Había aparecido en la zona de las embajadas y de los recintos diplomáticos, que también alojaron las primeras delegaciones de medios de comunicación extranjeros.

En la época de ese Mercadillo de la Seda (para diferenciarlo del actual), el país tenía un doble sistema monetario: el oficial y el extraoficial, el de los puestos del mercado negro que usaban los chinos para comprar bienes importados y también los extranjeros que querían comprarse una cerveza o *souvenirs* sin tener que pasar por el banco. En el banco es donde en teoría tenían que canjear la moneda de sus países por certificados de cambio de divisa, ya que en teoría los extranjeros tenían prohibido tener *renminbi* (la moneda del pueblo). Un sistema que la propia dinámica del intercambio informal fue deshaciendo hasta que se unificaron los dos cambios en uno solo más equilibrado y ya accesible a todo el mundo. Todo eso ocurría poco antes de mi llegada a China y, poco después de conocer los puestos del Mercado de la Seda, un buen día los derribaron para dar paso a un edificio de cuatro o cinco plantas con aparcamiento para autocares, en plena transformación

urbanística preolímpica que cambió la ciudad para siempre.

Entre nuestra situación y la de los chinos, todo se ha ido igualando e incluso invirtiendo de forma sorprendente. Es como si pudiera ver un gráfico con una línea azul descendente (nosotros) y una línea roja ascendente (ellos) que en algún momento se cruzaron para intercambiar posiciones.

Mientras en España aún se debatía por dónde pasaría el AVE, en China lo construían. Y no solo lo construían, sino que lo construían por todas partes. Trayectos que antes recorría en nueve horas ahora se hacían tranquilamente en tres horas. Y no hablo de una línea aquí y otra allí, sino del despliegue de una red que va de norte a sur y de este a oeste para cubrir la mayor parte del territorio, y especialmente el más poblado. El tren empequeñecía el país, clave para su dinamismo y para reducir desigualdades territoriales, a la vez que las grandes ciudades crecían imparables.

Mientras yo me peleaba con sucesivos propietarios de los pisos que iba alquilando porque siempre querían subir el alquiler cuando finalizaba el contrato, los amigos de mi esposa compraban con los ahorros familiares pisos que yo nunca podría pagar sin una hipoteca a cuarenta o cincuenta años.

Una vez conocí a un navarro que se había comprado un piso justo cuando el Gobierno comenzó a permitirselo a los extranjeros. En pocos años, su valor original se había multiplicado por tres o cuatro. Así que yo quise hacer lo mismo. Era poco antes de los Juegos Olímpicos, cuando ya me había casado, pero ni tenía dinero ni tenía a nadie que pudiera dejármelo. Fue frustrante comprobar que, dos o tres años más tarde, los pisos en ese mismo edificio donde yo no pude comprar nada ya costaban el doble.

Mientras tanto, los precios de los alquileres iban subiendo y, con ellos, crecía la presión por encontrar una vivienda decente en el centro de Pekín. En 2004 pagaba menos de 300 euros por mi apartamento de una sola habitación. Diez años después, ese mismo apartamento ya lo alquilaban por casi 1.000 euros.

Recuerdo que durante los primeros años, puesto que cobrábamos bastante menos que los fijos, TV3 decidió pagar a los corresponsales *freelance* un dinero que nos sirviera de base para que no dependiéramos solo de lo que recibíamos a tanto la pieza. Decidieron que a los corresponsales de Londres y

París les pagarían el doble que a los de Rabat y Pekín. Hoy esa clasificación se habría quedado totalmente obsoleta: la capital china es una de las ciudades más caras del mundo para expatriados.

Mientras Occidente se empobrecía con los efectos de la crisis económica, China iba escalando posiciones en la lista de economías mundiales, hasta situarse solo por debajo de Estados Unidos y del conjunto de la Unión Europea. La crisis se notó, pero la solidez de los años de crecimiento acumulado y los cortafuegos puestos para mitigar los bandazos de la economía globalizada hicieron que en China tuviera efectos menos traumáticos.

—Pero, a ver, ¿son comunistas o capitalistas? No acabo de entenderlo... —me han preguntado en diferentes ocasiones personas de todo tipo descolocadas por esta clasificación ideológica.

«China no es una economía de mercado. Es una economía con mercado», me explicó Xulio Ríos, director del Observatorio de Política China y uno de los autores que durante más tiempo ha seguido la evolución política, económica y social del país.

Ríos hace hincapié en la preposición *con* porque es verdad que China ha incorporado el mercado a las normas de su juego económico sobre una base comunista, sin renunciar a controlar lo que considera estratégico. A través de los grandes conglomerados públicos o empresas de propiedad estatal, Pekín ejerce un control directo sobre sectores críticos como la agricultura, la energía o las telecomunicaciones para proteger desde el precio del grano hasta ofertas de adquisiciones hostiles. Igual ocurre con un sistema bancario tutelado y controlado por el Banco Central de China, que tanto es capaz de abrir o cerrar a conveniencia el grifo del crédito como de anclar al dólar, la divisa de referencia, el yuan o *renminbi* a fin de ajustar su valor internacional en función de si quiere priorizar la inversión exterior directa, el comercio exterior chino o el consumo interno. La misma lógica sigue el mercado de valores. Es un casino, sí, pero no juega con otros casinos, y permanece más protegido frente a la impredecibilidad de la especulación global, del tipo de conexiones y operaciones que en medio mundo provocaron la crisis de las hipotecas *subprime*.

Visto de otro modo, podríamos decir que, a diferencia de Occidente, donde la oligarquía económica controla la política, en China es la oligarquía política la que controla la economía. Hay una evolución de un estado a otro, pero esa oligarquía, por encima de la etiqueta de «comunista», ha sabido adaptarse y evolucionar para legitimar su misión de guía del pueblo.

Más tarde, esta oligarquía entendió que, una vez conseguida la fase más difícil de la reforma, había que ir un poco más allá con la entrada en la Organización Mundial del Comercio, una oportunidad para dar un nuevo salto hacia la mejora del nivel de vida de sus ciudadanos. Así analizaba la Brookings Institution lo que suponía para los líderes del Partido:

Aunque los líderes chinos han mantenido un encendido debate sobre los detalles de la reforma económica, parece que existe la visión casi unánime de que el crecimiento económico es motivo *sine qua non* para mantenerse en el poder. Las discrepancias de tipo ideológico, tan características de la era maoísta, hace tiempo que desaparecieron. Las discrepancias de tipo nacionalista se han incrementado, pero son secundarias frente a las llamadas al interés económico. En este contexto, diferentes factores sugieren que el liderazgo ha aceptado las rígidas demandas de la comunidad internacional en un intento de mantener su habilidad de proveer a la población un nivel de vida creciente.

Casi dos décadas después de esa lectura, es evidente que ha sido China quien más se ha beneficiado de la decisión. La entrada en 2001 en la Organización Mundial del Comercio convenció a los más dogmáticos, pero eso no supuso, en contra de lo que muchos en Occidente pensaban —y también lo que temía el ala más «ideológica» del Partido—, una aceptación obediente de las normas del juego. Por el contrario, China ha salido ampliamente beneficiada. La aceptación de condiciones rígidas —sobre todo el relajamiento de aranceles a determinados productos— ha quedado en segundo término frente al dominio exportador de los productos fabricados en China, un país que hoy tiene balanzas comerciales claramente favorables con la mayoría de sus socios.

A medida que China ha ido convirtiéndose en el «banquero del mundo», ha ido reforzándose frente a disputas con países que antes no la trataban de igual a igual. Al mismo tiempo, su progresiva participación en unas normas del juego comunes la han obligado a corresponder y a ceder en algunos

frentes.

Por ejemplo, mientras China no tuvo que defender su propiedad intelectual en todo el mundo no se tomó en serio la vulneración de los derechos de la propiedad intelectual en su propio territorio, una reclamación histórica de las empresas occidentales que fabrican en China.

En una visita a la planta de Nutrexpá en Tianjin, el director de la planta, Lluís Ballell, me mostró todo un armario lleno de falsificaciones del Cola-Cao, desde las versiones más chapuceras hasta los botes que eran prácticamente iguales a los originales. Y es que las empresas foráneas pudieron entrar en China y beneficiarse de sus facilidades productivas, pero tampoco lo han tenido nada fácil. En la mayoría de los casos han tenido que crear *joint ventures* con socios locales para poder funcionar. También han sufrido una doble vara de medir en aspectos como las políticas laborales o medioambientales. Como una empresa textil catalana que deslocalizó su producción hacia la provincia de Jiangsu, en la zona del Delta del Yangtsé, cerca de Shanghái...

—A nosotros nos piden cumplir estrictamente con la ley de contratación laboral y nos exigen la mejor ISO posible en materia de medio ambiente. Y cuando ves que en la planta de al lado vierten aguas contaminantes, te invade una gran frustración e impotencia —me confesaba el responsable de esa fábrica.

La Organización Mundial del Comercio no ha terminado con las falsificaciones, ni probablemente lo hará nunca, pero ha establecido un marco legal y garantías con las que antes directamente no se contaba.

La receta económica mixta de comunismo con mercado ha permitido controlar el tempo de un crecimiento que me atrevería a decir que también ha sabido vender muy bien. China vendía la idea de que se abría, cuando en realidad solo lo hacía en parte.

A quienes veíamos desfilar numerosas delegaciones y puentes comerciales nos sorprendió que, durante toda la década de los 2000, empresarios y políticos de nuestro país pensaran que harían su particular pelotazo, como si China pusiera todo tipo de facilidades solo para atraer esas inversiones. Los que finalmente se inclinaban por invertir o trasladar su

producción a China daban cuenta de que todo era mucho más complicado de lo que parecía. Porque, además de poner facilidades, China hizo lo que sabe hacer mejor: observar, aprender y controlar.

Conocí a unos cuantos diplomáticos occidentales en mi etapa en ese país y casi todos coincidían en interpretar que el Partido Comunista chino tiene una ventaja innegable con respecto a nuestras democracias.

—Aunque suene muy mal, ellos tienen mucho margen de maniobra para planificar a largo plazo, algo que nosotros no tenemos porque siempre caemos en intereses partidistas y lógicas electorales. Pero negaré que te lo haya dicho.

Mientras que en países como España cuesta horrores hacer grandes pactos de país y el calendario político está vinculado a la legislatura, los planes quinquenales del Gobierno chino tienen un marcado carácter práctico y una visión largoplacista.

Planificar a largo plazo es justamente lo que hizo Pekín cuando adivinó que el modelo de desarrollo económico que posibilitó el «milagro» no duraría eternamente y había que prever el siguiente estadio para irse ajustando. Una vez industrializado el cinturón litoral y otras zonas de vanguardia, había que actualizar su modelo de producción. El país quería aspirar a formar parte del mundo avanzado y, además de producir, también comprar y disfrutar de un bienestar equiparable al del resto del mundo desarrollado. Había que producir con más valor añadido, aumentar el poder adquisitivo de los ciudadanos, mejorar la calidad de vida, incluyendo una buena oferta educativa, más acceso a la sanidad y controles más estrictos de la contaminación.

La mano de obra menos cualificada se desplazaría hacia las provincias del interior, donde se iniciaba una nueva fase de urbanización que ayudaría a mitigar la creciente brecha entre campo y ciudad. Todo lo que dejara una huella social y medioambiental perjudicial sería rechazado y el capital acabaría produciéndolo en Bangladesh, Vietnam, Sri Lanka o cualquier otro país de la periferia.

Sobre el papel, la visión es acertada. Pero aplicar un plan como ese en un país tan grande como todo el continente europeo implica un profundo y gradual cambio estructural. Es evidente que de un día para otro no puedes

convertir obreros que repiten procesos sencillos y repetitivos en personal especializado, por no decir en oficinistas, emprendedores o expertos con capacidad analítica.

Sin olvidar que la nueva fase de reformas económicas también afecta a las empresas de propiedad estatal, tótems de sectores tradicionalmente estratégicos que han dejado de ser intocables para someterse a criterios de rendimiento y, en muchos casos, a planes de privatización o internacionalización. Con grandes plantillas acostumbradas a la estabilidad y a mejores beneficios sociales, los cambios son aquí especialmente traumáticos, no tan solo por dimensión, sino porque, al perder la protección, hacen tambalear una base importante de lealtad hacia el Partido. De hecho, siempre he pensado que quienes más críticos se muestran con el Partido Comunista chino son los que de repente se sienten abandonados después de toda una vida de haberlo defendido mientras se beneficiaban de su protección.

Para unos y otros, la transición de modelo plantea un reto capital. ¿Resolverá China la gran contradicción? La que presume de ser una de las primeras economías del mundo es aún uno de los países con más desigualdades. Para consumir su cambio de modelo necesita desprenderse de lo que genera seguridad y beneficios a corto plazo, y la adaptación implicará, probablemente, inestabilidad.

Como me explicó una vez el respetado profesor Wen Tiejun, de la Universidad del Pueblo, las grandes crisis de China han coincidido con crisis económicas, con indicadores de impacto evidente, como una inflación elevada. Un componente muy presente en la última de ellas, la revuelta de Tiananmén, que habría sido tanto o más importante que la llamada a la apertura democrática o la desintegración del bloque soviético.

En los últimos años, el incremento de protestas laborales ha mantenido vivo ese temor. Si las cifras de inflación y paro crecen escandalosamente, puede que las tensiones se desborden y las cosas vayan a peor. Si, por el contrario, las recetas funcionan y mejora lo suficiente el nivel de vida para contener las desigualdades, China probablemente habrá completado con éxito el cambio de modelo y quién sabe si habrá allanado el camino para

convertirse definitivamente en la primera economía del mundo.

12

EL CUELLO DE MAO

En una de mis últimas visitas a Macao, me reencontré con Dani Madrid, un amigo catalán con el que había coincidido en TV3. Él acababa de instalarse en Hong Kong y cogió el ferri para venir a saludar y, de paso, conocer la otra excolonia del delta del río de la Perla.

Hong Kong estuvo durante un siglo y medio bajo control británico, mientras que Macao pasó un siglo largo bajo el control de otra potencia colonial, Portugal. Y aunque la impronta lusa en Macao no es tan evidente como la influencia británica en Hong Kong, ese punto de proximidad cultural —en la arquitectura, en la gastronomía, en los topónimos— siempre hizo que me pareciera muy acogedor. Sin olvidar que fueron los portugueses quienes, con la legalización del juego a finales del siglo XIX, pusieron las bases para que este enclave acabara convirtiéndose en el «Monte Carlo de Oriente», motivo por el cual quienes acuden a Macao siempre lo hacen por algo relacionado con el juego.

Cuando en 2001 el Gobierno de Macao liberalizó el sector y puso fin a los cuarenta años de monopolio del magnate de las apuestas Stanley Ho, el pequeño territorio se convirtió en una de las mecas mundiales del juego. Con grúas y excavadoras que vertieron toneladas de hormigón y tierra al mar para ensanchar la franja de Cotai, Macao ganó espacio para levantar nuevos y flamantes supercasinos.

En solo seis años, Macao superaría Las Vegas en ingresos procedentes del juego, en una carrera de locos en la que quien quisiera gastarse dinero no tenía ninguna excusa para no hacerlo. La ruleta, el *blackjack* y las máquinas tragaperras se llenaron de chinos de todo el país que cruzaban a pie la frontera entre la ciudad de Zhuhai y la excolonia. El paso que separaba este territorio de administración especial y la China continental, donde el juego era considerado contrarrevolucionario por el maoísmo y donde aún hoy está fuertemente regulado, pasó a ser una mera formalidad. Los que iban a ver por primera vez un casino llegaban en autocar o en ferri. Los más ricos lo hacían directamente en helicóptero. Macao ganaba su particular *jackpot* al ritmo que la economía china despegaba, fiebre que solo se vio un poco frenada cuando el Gobierno chino puso límites a los viajes a Macao consciente de que se había convertido en una gran lavadora de fortunas dudosamente amasadas. Para cientos de funcionarios corruptos, Macao ha sido un inmenso tablero de Monopoly.

Después de ponernos al día de TV3, política china y cosas menos serias, le propuse a Dani que viniera conmigo esa noche, cuando terminara la historia que estaba haciendo. Estaba preparando un par de reportajes sobre la experiencia de los grandes casinos de Macao justo en el momento en el que el Gobierno catalán intentaba seducir a Sheldon Adelson —uno de los magnates de Las Vegas y también de Macao— para que se instalara en unos terrenos cerca de Barcelona. Tras un día y medio arriba y abajo del Venetian, una réplica de la Venecia italiana con un canal real y góndolas y gondoleros que recorren un centro comercial donde el cielo está pintado en el techo, necesitaba un respiro. Quedamos con un amigo macaense, un tipo de mi edad al que conocí durante una gira asiática del Barça y con quien enseguida conectamos.

Como yo, el amigo macaense trabajó de periodista en la televisión local, aunque de periodista ya le quedaba muy poco. Enseguida lo ficharon para el área de relaciones públicas primero del Sands y luego del Venetian, dos de los casinos del imperio de Adelson, y más tarde del Galaxy, un supercasino de la competencia.

El taxi nos dejó en la planta baja de un altísimo bloque de apartamentos

de lujo. Como si hubiéramos llegado a un hotel de cinco estrellas, nos recibió un hombre uniformado con una especie de capa y un sombrero de copa. La última vez que había estado en Macao, tres o cuatro años antes, dormí en el sofá de su apartamento de soltero, que estaba en un barrio mucho más humilde. Pulsamos el número veintitantos del ascensor y, cuando finalmente abrió la puerta de su apartamento, lo vi cambiado. Estaba más gordo y más seguro de sí mismo.

—Pasad, pasad. Mi mujer no está, se ha ido a Hong Kong con sus amigas. He pensado que abriría esto. Me lo regalaron el otro día —dijo levantando una botella de champán francés mientras abría la puerta con la otra mano.

Nos sentamos y, tras la segunda copa de champán, no pude contenerme.

—Oye... llegamos y nos recibe un mayordomo, vives en un apartamento de lujo y te regalan champán francés... ¿Te veré pronto como director del casino?

Se puso a reír y pensó un rato...

—El otro día calculé por cuánto he multiplicado mi sueldo en los últimos años. Cuando trabajaba como reportero en la televisión, cobraba 4.500 patacas al mes, mientras que en el segundo casino ya cobraba 85.000. Mi sueldo se ha multiplicado por 18 —dijo mientras mi amigo catalán casi se atragantaba con el champán.

De eso ya hace también unos años. «Ahora gano bastante más», me dijo cuando hablé con él por última vez.

El caso de mi amigo macaense y de la propia Macao, con un influjo de dinero casi obsceno y donde muchos estudiantes dejan la carrera universitaria porque tienen mejores perspectivas haciendo dinero fácil como crupieres que estudiando, es ciertamente extraordinario. Y aunque el caso de Macao es excepcional y por lo tanto no es extrapolable al resto de China, sí da una idea de hasta qué punto la competitividad, el éxito profesional y la ostentación a veces parece que ahí no tengan techo. Culturalmente, la china es una sociedad adicta al dinero.

Cuando llegué a China, circulaban aún billetes y monedas de 5, 2 y 1 fen, los de menos valor que haya tenido en las manos. Si el yuan (o *kuai* en lenguaje oral) es la unidad, un jiao (o *mao* en lenguaje oral) es una décima

parte. El fen es una décima parte de un jiao, por lo que 5 fen venían a ser unos 0,006 euros dependiendo del cambio.

En esa época los usaban aún para servicios postales, que ajustaban mucho el precio en función del peso del paquete que se mandaba. O en los bancos cuando cambiabas euros por yuanes y te devolvían el cambio exacto, así que te ibas a casa con monedas que ya prácticamente nadie usaba y que en pocos años se convertirían en una simpática anécdota del pasado.

El dinero lo cuentan, físicamente, de cien en cien, y, mental o virtualmente, con unos cuantos ceros más. La primera vez que vi cómo los cuentan me quedé fascinado. Cogen un fajo de billetes de 100 yuanes con las dos manos, doblándolos hacia fuera y coordinando los pulgares y los índices de cada mano a un ritmo imperceptible para el ojo humano. Siempre es mejor hacerlo con las manos porque tocas el dinero, tienes más la sensación de poseerlo. Pero si tienes demasiados billetes y no tienes tiempo de contarlos, también están las máquinas cuentabilletes, que te muestran un número en la pantallita digital. Hay modelos que incluso cantan la cifra al final de cada recuento o cuando detectan un ejemplar falso.

En parte, hay una fascinación adictiva y, en parte, una especie de relación muy natural con el dinero. No acabas de adaptarte a China hasta que has aprendido a contar el dinero como lo hacen ellos y a manosear los billetes para comprobar si alguno es falso. Incluso si te fías de quien te lo ha dado, nadie se ofenderá si lo miras de arriba abajo y lo estrujas tanto como quieras. Es un ritual. Uno de los pasos infalibles es frotar el cuello o la solapa de Mao Zedong, representado en toda la gama de billetes, cuyo aspecto solo varía por la cifra y el color. Si es auténtico, tendrá un entramado y el papel será rugoso en ese medio centímetro cuadrado del cuello. Pasar la yema del pulgar por el relieve del cuello de la chaqueta le otorga un carácter especial a la acción, de respeto, de elegancia. El hombre que en 1949 pretendía eliminar la dictadura del poder social y económico ha acabado siendo venerado tanto por pobres como por millonarios.

Frotar el cuello de Mao es precisamente lo que no hice el día que más imbécil me sentí de entre todas las veces que me han estafado. Fue en la estación de Luohu, en Shenzhen. Un hombre me convenció de coger un taxi

«negro». Así llaman a los conductores sin licencia. Y todo por mi maldita tozudez de no querer hacer la larguísima cola que había en la parada de taxis de la estación de tren, que al fin y al cabo no me hubiera comportado más de media hora de espera.

Pacté con ese intermediario que la carrera al centro de la ciudad me costaría unos 20 o 30 yuanes. Acepté y renegué cuando el hombre me obligó a caminar un buen rato.

—¿Dónde me llevas? —le pregunté, molesto por tener que desplazarme tanto y ya arrepintiéndome de no haberme quedado en la cola.

—Ahora viene el conductor, que ha aparcado ahí para que no nos viera la policía.

El conductor finalmente llegó al lugar indicado y me hizo subir deprisa, instintivamente echando un vistazo a ambos lados.

Después de avanzar por un par de calles un rato, desde su lugar de copiloto el intermediario me pidió que le pagara por adelantado para evitar hacer el intercambio en el lugar de llegada y ser detectado por un policía. Le di un billete de cincuenta y se lo quedó mirando un rato.

El copiloto le gruñó algo en dialecto al piloto, que estrujó el billete mientras aguantaba el volante como podía, y me dijo algo que no entendí. Gritaban mucho, típico del sur.

El intermediario se volvió hacia mí, se inclinó hacia el asiento de atrás, donde iba yo, y articuló mejor para que se entendiera bien lo que decía.

—Disculpa, no podemos aceptar tu billete. Este billete no es bueno.

—¿Cómo que no...?

—Será mejor que bajes aquí, no queremos problemas, amigo extranjero —dijo el intermediario a la vez que me devolvía el billete de cincuenta.

—Sí, me paro un momento y baja rápido, ¿eh? —añadió el conductor.

Todo fue muy rápido. No me dieron tiempo de reaccionar. En ese preciso momento no pensaba tanto en el billete de cincuenta, sino en si con la distracción querían mangarme la cartera, donde estaban mi cámara y mi ordenador, que, como siempre, llevaba conmigo, siempre bien cerca. Me concentré demasiado en mis pertenencias y bajé la guardia con el resto.

Poco después, al pie de una calle perdida de Shenzhen y con el billete en

la mano, até cabos. Rehíce la secuencia de los hechos. El billete que tenía en la mano ya no era «mi» billete, sino uno innegablemente falso, por textura y aspecto. Incluso la marca de agua era obra de un aficionado. En el momento en el que el intermediario se lo había pasado al conductor, se había producido la sustitución del auténtico por la falsificación. «Me cago en la p...».

Estaba cabreado conmigo mismo por haberme dejado engañar de esa manera y por haber perdido el tiempo que inicialmente quería ahorrarme. Si hubiera tenido al hombre delante, seguramente no habría podido controlar el impulso de agredirlo. Más tarde, empecé a sonreír cada vez que lo pensaba. Eran unos auténticos profesionales. Había sido un pardillo, pero tendría otra historia más para contar en las cenas de amigos.

En una posterior visita a Shenzhen, busqué a mi estafador preferido y estuve a punto de presentar una denuncia en la comisaría de la estación. Estaba convencido de que era un tipo que, como mínimo, se le parecía mucho. Empecé a gritarle cuando lo identifiqué. Pero su resistencia me invadió de dudas y, cuando un policía me preguntó si estaba totalmente seguro, tuve que reconocer que no, que no lo estaba al cien por cien. Fue una segunda humillación y, en definitiva, una lección de humildad. Con el tiempo, acabé por admitir la derrota, por mucho que me hubiera herido el orgullo. Los cincuenta yuanes se los habían ganado bien con ese numerito tan convincente.

A un buen tocador de billetes también le apasiona completar el ritual: poner el billete brevemente a contraluz para ver la marca de agua, ponerlo de perfil para comprobar el cambio de color del número de la esquina y, a continuación, estirarlo y tensionarlo para ver si no se rompe porque es auténtico o se desgarrar porque es falso. Y, si no te basta con eso, siempre puedes comprar en las tiendas especializadas los láseres violetas que revelan las marcas de agua, que en el caso de los billetes chinos son, cómo no, la efigie de Mao.

Mao es una figura de consenso mayoritario, con estatus de semidiós. Muchos pueblos y familias chinas todavía lo adoran con estatuas y retratos que ocupan un lugar destacado en el comedor de casa, sin olvidar los que le reservan un rincón en sus tocadores o estantes que sirven de altares, cuando

por ejemplo queman incienso para recordar a los familiares muertos.

Los chinos no pierden el tiempo preguntándose si eso es una ironía del destino. No solo están enamorados del dinero, sino que admiran —más que envidian— a quienes hacen fortuna, y el valor de un producto, un servicio, un conocimiento... suele estar muy relacionado con un criterio de rentabilidad. E incluso aquellos que no se obsesionan del todo con el dinero, entienden que su sociedad funciona así y lo aceptan.

Nadie cuestionará tu capacidad y esfuerzo para ganar dinero, igual que nadie discutirá tu capacidad de retenerlo y pagar siempre lo que se considera justo, tanto si es mucho como si es poco. De entrada, los chinos no dan propinas porque sencillamente no entienden que a alguien que haya cobrado por un servicio se le tenga que pagar dos veces. Si considera justo o no lo que le pagan por ese servicio, ya es otra historia. Aunque también es verdad que la influencia extranjera ha ido introduciendo la idea de la propina y cada vez son menos quienes le hacen aspavientos, entiendan o no por qué alguien se la ha dado. Ahora bien, difícilmente se ve a un chino dejando propina en un restaurante, por ejemplo.

Cuando conocí a mi mujer, muy al principio de mi estancia en China, ella pasó cierta vergüenza cuando fui a buscarla con mi bicicleta de segunda mano. A sus amigas las llevaban en coches espaciosos chicos de familias no especialmente adineradas, pero que mostraban mucho más poder adquisitivo que el de ese miserable extranjero que se desplazaba en bici. Supongo que solo el enamoramiento, no la razón, me permitió convencerla de que el nuestro era un paseo infinitamente más romántico que lo de ir en coche y, en mi ciudad, Barcelona, el coche estaba cada vez más mal visto, mientras que ir en bici estaba poniéndose de moda. Con todo, no pudo evitar quejarse cada vez que la barra del cuadro se le clavaba en el trasero.

Cuando me invitó a pasar el Año Nuevo chino con su familia y finalmente conocí a mi suegro, lo primero que me preguntó fue:

—¿Cómo te llamas?

Y lo segundo o tercero:

—¿Cuánto cobras?

No es que el hombre haya demostrado nunca una codicia ofensiva. Solo

procuraba el bien de su hija. En un momento en el que todo el mundo ganaba dinero con facilidad, lo más normal era que quisiera tener una mínima garantía de que ese *laowai* no fuera un pelagatos.

—Unos diez mil yuanes —le dije, rebajando sensiblemente la cifra real para evitar que, si alguna vez cobraba menos, acabara pidiéndome explicaciones.

Ese mismo día también vi por primera vez la práctica de regalar sobres rojos a los más pequeños de la casa. Es un intercambio festivo de sobres rojos entre familias. Los adultos se los dan a los pequeños durante las fiestas o bodas y los pequeños aprenden a contarlos. Como yo era un recién llegado, tenía excusa para no repartir sobres rojos entre los niños, pero en posteriores ocasiones acabé participando año tras año en ese culto al dinero vestido de acto de comunión familiar.

Más entrañable fue el primer encuentro con mi futura suegra. Mi entonces novia nos citó en un restaurante cerca de su casa. La mujer vino toda arreglada y se sentó a la mesa mientras un camarero esperaba pacientemente para tomar el pedido. Se excusó diciendo que ya había cenado y yo intenté romper el hielo.

—Su hija siempre habla mucho de usted —sí, ya lo sé, maldita sea, un topicazo. Tenía que decir algo.

La mujer me miró y se le escapó una sonrisa.

—Mamá, di algo —le pidió su hija.

No podía. De la sonrisa pasó a una risa contenida. La risa se apoderó del habla y ya no pudo parar. Mientras ella se echaba a reír, yo no sabía dónde mirar y también me puse a reír porque no entendía nada. Suerte que en el restaurante había mucho alboroto, porque, si no, me habría costado pasar desapercibido. Cuanto más la interrogaba, más reía ella. Era tan contagioso que también su hija, que se había armado de valor para presentarle a su novio extranjero —ocasión normalmente reservada para cuando la cosa va en serio y se adivina boda, y no era el caso—, también terminó partiéndose de risa. Y ahí estábamos, los tres sin poder decir nada. Más adelante entendí que todo era una cuestión de vergüenza. Era la primera vez que mi futura suegra hablaba con un extranjero, que encima le hablaba en un chino con un acento

rarísimo.

Cuando llegó la cuenta, hice lo que ya me había acostumbrado a hacer: disponerme a pagar, sin esperar a que lo hicieran ellas. La madre cogió la factura y convenció a la camarera de que le cobrara a ella, y no a mí. Y yo fingí insistir. «Pago yo», «no, que ya pago yo», «por favor, que tendría que pagar yo», y ya se sabe el resto. Creo que ella quería pagar para dejar claro que no me debía nada, porque al principio realmente pensaba que dejaría a su hija cuando ya me hubiera divertido bastante. Pero, si no fuera por ese detalle, me habría tocado pagar a mí. Antes de que el lector saque conclusiones, quiero aclarar que en este caso no se trataba de una cuestión de dinero, sino de códigos sociales. Si yo había convocado ese encuentro, yo pagaba. Si era el hombre, yo pagaba. Qué sociedad más machista, pensará. Sí, pero tampoco estaba dispuesto a pelearme con todo un país y menos aún en pleno ritual de cortejo.

En las parejas mixtas en que cada uno proviene de contextos tan diferentes, siempre hay cosas que son más difíciles de digerir que otras. Entre ellas, admito que la distinción de roles respecto a la economía de pareja y familiar fue una parte complicada, especialmente para alguien como yo, que fui educado en valores como la igualdad de género y, en general, poco tradicionales. Con mi mujer me costó, sobre todo, aceptar que la responsabilidad económica recaería principalmente en mí, aunque también conozco a muchas parejas en las que este patrón no se da ni se ha dado nunca.

Por principios, no renunciaba a convencerla de que ambicionase más autosuficiencia. No renunciaba a que en algún momento fuera ella quien ganara más que yo. Al fin y al cabo, no sabíamos cuánto tiempo íbamos a durar, y yo, a diferencia de lo que observaba en parejas chinas, no tenía ningún tipo de ambición de poseerla y, menos aún, de ganármela mediante una cena, un coche o una casa.

Esa reflexión era un esfuerzo inútil. Ella, educada en valores tradicionales que décadas de maoísmo fueron incapaces de erradicar, no aspiraba a tener un hombre con dinero. Lo importante era que, dentro de la familia, el rol del hombre y el de la mujer son diferentes: el hombre provee y la mujer gestiona. De hecho, si yo hubiera sido chino, ella habría podido ofenderse por el simple

hecho de insinuarlo, porque su percepción habría sido que, si renunciaba a mi papel económicamente dominante, huía de la responsabilidad que se me presuponía y, por lo tanto, no tenía ganas de comprometerme. En fin, que eso habría querido decir que no la quería.

Con todo, nunca llegó a molestarse porque siempre relativizó esas diferencias culturales con un desacuerdo comprensivo, por decirlo de algún modo. Al contrario, fui yo el más pesado con el tema, hasta que simplemente acepté que así eran las cosas y que, del mismo modo, podían cambiar y podríamos volver a adaptarnos cuando fuera conveniente.

De todas las cuestiones que reducimos al concepto de «choque cultural», esta fue una de las más difíciles de encajar. Tanto para mí como para ella.

Igual que yo tenía que intentar transmitir a mi entorno más cercano que respetaba este pacto implícito entre nosotros, también ella tenía que disipar dudas entre su propio círculo familiar y de amistades, que le aseguraban que mi aparente falta de compromiso —no ocultaba que la idea de casarnos me producía vértigo— era una muestra de que los extranjeros estábamos demasiado liberados y éramos poco fiables, y que probablemente la dejaría tirada cuando me cansara o cuando se quedase embarazada.

Costó encontrar el equilibrio, entre otras cosas porque yo nunca acabé de ser económicamente responsable hasta que tuvimos hijos. Tanto tenía, tanto gastaba. Lo cual entraba directamente en contradicción con algo tan imperativo para los chinos como es el ahorro. Nada.

El día que nos casamos me recordó que, de haber estado con un chino, los padres nunca habrían autorizado un enlace que no implicara que el novio comprase la casa, garantía de estabilidad. «Tienes mucha suerte, ¿sabes?», me dijo ella el día de la boda, cuando sus padres escenificaron la huida de su *guiniü*, la hija preciosa, con una sonrisa que ocultaba cierta contradicción. Creo que, además de la duda de si realmente estaría en un entorno seguro, les preocupaba el abismo de un futuro sin su hija tan cerca como hasta entonces la habían tenido.

Trabajar como periodista *freelance* implicaba no tener nunca ingresos estables, de modo que, cuando llegaba dinero y restaba gastos y retrasos, normalmente me quedaba muy poco para mí y aún menos para ahorrar. Ella

se enfadaba y a mí me fastidiaba que ella se enfadase cuando creía que era yo quien, en todo caso, tenía motivos para reclamarle que tuviera un trabajo con unos ingresos similares a los míos si quería que no nos preocupáramos por el dinero.

El tiempo diluyó los miedos iniciales y yo acabé aceptando que no tenía sentido forzar nada, que su libertad pasaba por la elección, aunque esa elección no encajara para nada con mi guión de vida. Hoy me siento afortunado de que, en aspectos como la educación de los hijos y otras responsabilidades familiares, ella tenga a menudo mejor criterio que el mío. «Aceptar es perpetuar», me dirán probablemente desde el feminismo. Pero, para nosotros, no es una cuestión de género, es una cuestión de cómo es y qué le va bien hacer a cada uno. No es un equilibrio perfecto, pero nos sirve y eso es lo que cuenta.

Cuando digo que me siento afortunado, lo digo porque mi mujer no se casó conmigo por dinero porque, sencillamente, nunca lo he tenido. Ella siempre me recuerda que, si esa fuera su ambición, podría haber apuntado mucho más alto y no irse con ese *laowai* que la llevaba a casa en bicicleta y no llegaba a fin de mes.

Nuestro caso conlleva una adaptación voluntaria que no responde a los parámetros socialmente aceptados. Ni a un país, ni al otro. Y, como todas las parejas, hemos tenido nuestros altibajos, pero el dinero nunca fue un problema sin remedio. Incluso si algún día no seguimos juntos, tampoco lo será, porque nunca ha sido moneda de cambio de nada ni ha dado lugar a dominio o sumisión del uno hacia el otro.

Pero, volviendo a un ámbito menos personal, sí que en una sociedad donde se impone la regla de que todo puede comprarse con dinero, este es un terreno abonado para dependencias en que las mujeres normalmente salen perdiendo.

Pienso en muchos casos de parejas conocidas en las que el dinero ha acabado siendo una barrera insalvable y, superadas las pasiones y la curiosidad inicial, todo se ha precipitado violentamente, contribuyendo a que hoy el número de divorcios sea más o menos similar al de bodas registradas.

O pienso en amigas y conocidas de mi mujer que aceptaban relaciones

con hombres que les doblaban la edad no porque les gustaran más maduritos, sino porque les compraban el último modelo de iPhone, las llevaban en coche todos los días adonde quisieran, o estaban dispuestos a pagar el alquiler de su apartamento. En un caso concreto, ni siquiera tuvieron relaciones sexuales, aunque está claro que el hecho de que él la «dejara» al cuarto o quinto mes no parecía responder al desamor, sino a una expectativa carnal no satisfecha. En otro caso, el sexo era parte del intercambio y el nivel de los regalos era espectacular: bolsas de marcas de lujo, joyas, móviles de última generación, un perro de raza...

El problema llegaba cuando ya no eran tan jóvenes ni tan guapas y se volvían prescindibles. Ellos siempre podían conocer a nuevas mujeres en los *yezonghui*, una especie de clubes nocturnos con intermediarios que ponían en contacto a hombres y mujeres con intereses coincidentes y que no hay que confundir con la relación que puedan mantener una prostituta y su cliente.

Y más extremos eran los casos, excepcionales y ampliamente publicitados en las redes sociales y los medios de comunicación, de chicas que subastaban su virginidad a cambio de un *smartphone* o regalos no mucho más exclusivos.

Las chicas jóvenes más guapas que estaban dispuestas a este tipo de pactos vivían su particular sueño materialista. En el Estadio de los Trabajadores, muy cerca de casa, se veían Ferraris, Porsche, Lamborghini o Maserati conducidos por *fuerdai*, que fardaban de coche frente a chicas que buscaban precisamente ser sus presas sexuales y, con un poco de suerte, convertirse en sus novias, aunque solo fuera durante una temporada.

La expresión *fuerdai* se refiere a los chinos adinerados de segunda generación, los hijos de nuevos ricos que hicieron fortuna en la época de apertura económica, incluidos los descendientes de la élite del Partido Comunista chino. Consentidos, formados en las mejores universidades de Estados Unidos o Australia, con los coches más caros y la indumentaria más exclusiva de las marcas de lujo... Los hijos de millonarios son herederos de imperios empresariales que gestionan con la ligereza de quien ya no necesita más dinero porque tiene tanto que ya no sabe ni cómo gastárselo.

En una mezcla de admiración, envidia y odio, la sociedad china ha

consentido el fenómeno *fuerdai* a un coste moral muy alto. Su irresponsabilidad suele ser inversamente proporcional a su nivel de riqueza, que exhiben sin vergüenza. En un país con crecientes desigualdades precisamente porque los ricos cada vez lo son más y en el que la corrupción es año tras año una de las principales preocupaciones de la gente, las fotos de *fuerdai* mostrando fajos de billetes, fichas de casino por valor de millones de euros o extractos bancarios en los que no hay espacio para más ceros, han incendiado las redes sociales, donde, por indignación y a la vez fascinación, han acabado volviéndose famosos.

La exhibición de fortunas de dudosa procedencia puede generar envidia y sospechas, pero cuando determinadas actitudes de los jóvenes millonarios afectan a otra gente, todo se vuelve indignación. Especialmente si el dinero se mezcla con la velocidad y/o el sexo.

En las redes se han publicado casos de orgías desenfrenadas en las que algunas chicas se convirtieron en juguetes al alcance de cualquiera. O de jóvenes ebrios sin carné que atropellaron a ciclistas o peatones y los policías dejaron que se marcharan cuando los amenazaron con el «tú no sabes quién es mi padre». El caso más sonado fue el de un Ferrari que se despeñó en el anillo de circunvalación de Pekín en 2012 y murieron dos chicas. El conductor, que se salvó, era el hijo de un protegido del expresidente Hu Jintao. El escándalo fue mayúsculo cuando se supo que los ocupantes del vehículo iban medio desnudos. La historia terminó con órdenes disciplinarias contra el político en cuestión.

En este complejo entramado en que las relaciones familiares, el poder y el dinero se mezclan peligrosamente, también conocí casos en los que quien tenía dinero era la mujer. Pero, a diferencia de lo que ocurría a la inversa, el hombre era menos prescindible e incluso en este caso ellas salían más perjudicadas cuando el equilibrio en la relación se rompía. Los dos casos que conocí muy de cerca eran similares. Ellas habían heredado pisos y activos familiares y se habían casado con maridos que eran auténticas sanguijuelas: lograban hábilmente poner las propiedades a su nombre y chupar tanto dinero como podían, para más adelante hacer una vida totalmente al margen de la familia, eludiendo responsabilidades como la atención de sus hijas. Ambas

tienen niñas que apenas han compartido experiencias con sus respectivos padres. No sé describir la incomodidad que sentí cuando celebramos la fiesta de cumpleaños de la niña en un lujoso restaurante y el padre, que supuestamente quería reconciliarse con la madre, se presentó con unas chicas que todo el mundo daba por hecho que eran algo más que amigas.

En una sociedad tradicionalmente machista que antes de la revolución tenía institucionalizado el concubinato, no es de extrañar que en estos tiempos de excesos lo haya readaptado a conveniencia. Que media China engaña a la otra mitad es tan evidente como que media España engaña a la otra, pero en un país donde el poder económico normalmente está en manos de los hombres, en cuestión de amantes la cosa tampoco está del todo equilibrada.

Aunque nadie vaya proclamándolo a los cuatro vientos, tener una *xiaosan* o una *ernai* es hoy bastante habitual entre los hombres chinos. Ambos conceptos significan «amantes», pero hay un matiz. *Xiaosan* es la «pequeña tercera». La tercera en discordia. Suele referirse a una amante, normalmente más joven que la esposa, que el hombre mantiene con regalos, el alquiler de un piso y otras exigencias del pacto que puedan tener entre ellos. Acepta su condición de tercera y normalmente no aspira a nada más. En cambio, una *ernai* es, literalmente, la segunda mujer, un concepto más próximo al de las antiguas concubinas, que a todos los efectos eran casi esposas y compartían casa con las otras, aunque con menos derechos que la primera. Muchas *ernai* acababan convirtiéndose en esposas, ya legalmente casadas, de los maridos que se han divorciado de las primeras, rupturas que desde el principio conspiran para consumir y, cómo no, siempre a conveniencia del hombre.

En uno y otro caso, todo se desarrolla en un plano discreto, a no ser que haya alguna revelación inesperada o sospecha que lo provoque. Como el grupo de mujeres de Xi'an que conocí en una ocasión: crearon una asociación de esposas desatendidas por los maridos y se dedicaban a espiarlos hasta que tenían suficientes pruebas para denunciarlos. En algunos casos llegaron a meterse en el apartamento de las amantes y provocaban, o bien que el marido renunciara a su nido de amor, o bien un litigio en los tribunales en que quedara probada su infidelidad. Sin esas pruebas seguían condenadas a una

relación de dependencia y sumisión que las consumía, sin otra salida que un divorcio con deshonor que equivalía a una total desprotección económica. Por un lado, sentía lástima y respeto por ellas. Por el otro, sentía una lástima similar hacia unos hombres que, en cierto modo, también eran incapaces de romper con las apariencias sociales que los empujaban a mantener a unas mujeres con las que ya se sentían extraños.

Cuando ese grupo de mujeres de Xi'an caza a los infractores *in fraganti* o cuando, en vídeos de rápida viralización en internet, mujeres traicionadas confrontan a gritos y en medio de la calle a sus maridos en una humillante e inmensa «pérdida de cara», la queja no se centra tanto en la infidelidad en sí misma como en la irresponsabilidad de haber desestabilizado la familia. Si quieren divertirse, que lo hagan, pero que eso no suponga tirar de los intocables ahorros familiares o transmitir, de cara a los demás, la fragilidad de la pareja.

En el contrato matrimonial, la desprotección de la mujer es flagrante. Particularmente execrable fue lo que hizo el padre de la prima de mi mujer, que fue sustituyendo mujeres para encontrar una que le pariera un hijo, no una niña. La tía (y la prima) fueron las primeras. Después el hombre volvió a casarse, pero la segunda mujer también tuvo una niña. Volvió a probarlo con una tercera esposa, que no sé si era consciente de esta perversión, y que parió... (repicar de tambores)... ¡otra niña! La cuarta boda creo que fue la definitiva, pero ya no tuvieron descendencia. Como las tres hijas y exmujeres nunca le costaron un solo fen, quizá alguien le hiciera ver en algún momento cuánto daño había hecho por el camino.

Conviene recordar que mis años en China y las historias recogidas aquí corresponden a una época en la que todo el mundo intenta encontrar su lugar en el mundo, en esa foto desenfocada de la que hablaba al principio del libro. Tan solo dos décadas antes, los chinos no tenían ni propiedades ni tierras (técnicamente, la tierra es del Estado, pero puede tenerse el derecho de uso), ni podían disponer de tanto dinero como fueran capaces de generar. De repente, todo eso estaba a su alcance y el mundo se volvió loco. No había límite.

En mi propia familia política, hoy los hermanos se pelean por quién se

quedará la casa de la abuela. Y eso que solo es un apartamento de apenas setenta metros cuadrados. Algo impensable en esos otros tiempos en los que tal vez eran más pobres, pero también más humildes y generosos.

En parte, los chinos han acabado pareciéndose más a nosotros y a nuestras miserias individualistas. Pero, en parte, el cambio ha sido tan brusco, tan en *fast forward*, que parece que hayan perdido algo por el camino.

Tal vez uno de los signos más alarmantes es una creciente indiferencia hacia los dramas que no afectan al círculo más próximo de familiares y amigos. Una indiferencia de ciudadanos cada vez más individualistas y materialistas de una China en crisis de valores y preocupantemente deshumanizada. Porque China se escandaliza cuando en las redes sociales se viralizan vídeos especialmente crueles en que se ve a personas atropelladas u otras injusticias flagrantes frente a la pasividad de los peatones, pero no reacciona y, en general, permite que vuelva a ocurrir.

El caso más abominable que recuerdo ocurrió en 2011: el atropello en la ciudad de Foshan de la pequeña Yueyue, de tan solo dos años. Dos furgonetas le pasaron por encima mientras un circuito de videovigilancia lo registraba todo por casualidad. Ni los conductores ni los dieciocho peatones que pasaron por su lado se detuvieron a atender a la pequeña, que se quedó tendida en el suelo hasta que una mujer que revolvía entre la basura la llevó al hospital. Al cabo de unos días, Yueyue murió a causa de las lesiones cerebrales del atropello.

Para alguien acostumbrado al filtro de la cámara y a distanciarse de las emociones que desconcentran al trabajar, montar esas imágenes fue un trabajo difícil. Se me rompía el corazón. Revisando esa historia, hoy me confieso incapaz de volver a visionar el vídeo.

Cuando intenta encontrarse una explicación lógica a este y otros casos en los que nadie ha querido ayudar a las víctimas, suele decirse que los indiferentes peatones temen que los afectados o sus familiares se aprovechen de la situación para pedirles una indemnización. Se dice que, en un país donde no hay sanidad universal, le echan la culpa al primero que pasaba por ahí, lo que probablemente haya pasado en más de una ocasión. Es una explicación que no deja de ser vergonzosa, porque en sí misma revela el poco

convencimiento y la poca confianza de la población en valores como la ética, la empatía o la solidaridad frente al sufrimiento y la desprotección de víctimas inocentes.

EFECTOS COLATERALES

Imaginemos que un buen día la casa donde siempre hemos vivido queda afectada por un plan urbanístico y, aunque los constructores están dispuestos a indemnizarnos, no nos conviene y decidimos oponernos al plan. Y, por más que nos digan que no nos darán nada más, vemos que la ley está de nuestro lado y tienen la obligación de pagarnos una cantidad acordada.

Imaginemos que, mientras nosotros resistimos, el resto de los vecinos con los que habíamos convivido toda la vida deciden que no vale la pena oponerse más de la cuenta porque, aunque la indemnización no dé para mucho, quizá ya puedan salir adelante con un pisito en el extrarradio de la ciudad. Justito, pero un piso al fin y al cabo. Se ahorran ir a juicio y no saben nada de abogados. Tampoco quieren problemas.

E imaginemos que, convencidos de que es cuestión de justicia, decidimos encarar los problemas a cualquier coste, problemas que comienzan cuando la constructora deja de ofrecer indemnizaciones y pasa a la acción. Y de qué manera. Tienen el apoyo del Gobierno local, que probablemente tenga prisa para allanar los terrenos y visibilizar con nuevos proyectos el influjo de inversiones en la ciudad. Pienso para el relato pastoso del crecimiento. Y como tienen el visto bueno oficial, tienen las herramientas para ejercer presión sobre aquellos que «ya empiezan a molestar demasiado»: nosotros.

Imaginemos, ahora sí, que un buen día aparecen las excavadoras y

derriban las casas que formaban el vecindario. Todas menos la nuestra y alguna más, porque, claro, aún vivimos dentro. En ese momento nuestra casa se convierte en un *dingzi hu*, una «casa clavo», como un clavo mal puesto en una tabla de madera plana que ha quedado desatendido, rebelde.

Imaginemos que —hablando claro— más que un clavo nos hemos convertido en el grano en el culo de quien tenía jugosos planes para ese pedazo de tierra. Los derechos, y sobre todo las prisas, del constructor en connivencia con el Gobierno entran entonces en conflicto con nuestros derechos.

Y, finalmente, imaginemos que llegamos a ser tan escandalosamente irreductibles que acaban por cansarse de nosotros y deciden, literalmente, echarnos como sea, de una vez por todas.

En los años de expansión urbanizadora, llegué a perder la cuenta de los casos de familias que resistían en sus respectivos *dingzi hu* y que merecieron algunas de las crónicas que más me han sacudido la conciencia. Por extremas, porque reflejaban un aspecto tan duro como la desesperación de quien, por desgracia del destino, acababa salvando la dignidad a un precio muy alto.

Cuando a las constructoras se les acababa la paciencia, ciertamente, pasaban a la acción. Pura lógica de mercado. Cuanto más tiempo pasara, más dinero perdían y más incertidumbre generaban en la inversión. ¿Iba a aguarles la fiesta una maldita familia de agricultores aprovechados que ya habían rechazado tres o cuatro generosas ofertas de indemnización? Venga ya...

La acción podía ejercerse de muchas maneras, pero solía empezar con una coacción descaradamente mafiosa. Lo más habitual era que los matones llegaran de noche y rompieran primero algunos cristales a modo de advertencia. Si eso no servía para atemorizar a los vecinos rebeldes, podía darse el caso de que alguien apareciera con un arma y disparara algún tiro para dejar constancia de que estaban dispuestos a llegar hasta el final, como me comentó una familia de Qingdao en los años anteriores a convertirse en subsele olímpica de vela. Si eso no servía de nada, podían llegar al extremo de escarmentar o zurrar a alguien, preferiblemente al líder de los vecinos

rebeldes. De manual.

Pero si todo eso no servía podían esperar a tener suficiente base legal para ejercer su derecho de propiedad sobre ese terreno. Y, en este caso, la acción significaba que enviaban a los *chengguan*, un sucedáneo de cuerpo policial pensado para intervenciones rápidas, una unidad de medio pelo y mal pagada que permite a las autoridades locales subcontratar el trabajo sucio, sin que la policía tenga que mancharse las manos. *Cheng* de «ciudad» y *guan* de quien se ocupa de algo. Uniformados con camisas grises de tallas que nunca son correctas —o demasiado pequeñas o demasiado grandes— y con identificaciones de escudos pseudopoliciales cosidas en la manga, los *chengguan* aparecían en masa en los lugares del conflicto. Eran como esa división de soldados prescindibles que siempre abren camino en las batallas bélicas. De hecho, los recuerdo con cara de poco convencimiento. «Me pagan y he venido aquí a echar a esta gente, pero más vale que la cosa no se complique, que entonces no sé qué tengo que hacer.»

Cuando los *chengguan* hacían acto de presencia frente a un *dingzi hu*, lo más habitual era que fueran acompañados de excavadoras y estuvieran dispuestos a reducir y evacuar a las familias que se resistían a ser expropiadas.

Uno de estos casos lo seguí en Wuhan, la capital de la provincia de Hubei. La ciudad crecía en horizontal y en vertical, y estaba comiéndose un barrio de casas antiguas que no habían podido terminar de derribar del todo porque algunas familias se empeñaban en seguir viviendo allí. El carácter *chai*, «derribo», decoraba las paredes que aún no habían sido derribadas y entre ellas destacaba más o menos intacto un *dingzi hu* rebelde.

Les habían cortado el agua, que ahora sacaban de pozos o fuentes públicas y cargaban con cubos. También los habían dejado sin luz. A diferencia de otros escenarios donde la presencia de un periodista extranjero podía ser recibida con desconfianza, las familias afectadas que conocí siempre me recibían con simpatía. No porque creyeran que pudiera servir de solución a su caso desesperado. Creo que era más por el hecho de que estuviera dispuesto a escucharlas.

Enfilé hacia un camino por una zona de escombros de lo que quizá había

sido un patio o una calle y me agaché para superar una especie de obstáculo donde tendría que haber una puerta, mientras la dueña retenía con el collar a un perro rabioso que no paraba de ladrar.

Estuvimos charlando un rato. Me contaron que hacía poco habían venido los *chengguan* con las excavadoras, pero que habían podido repeler el ataque.

—¿Vosotros solos?

—Sí, y algunos amigos y familiares que vinieron a ayudarnos.

—¿Y lo habéis conseguido?

El propietario me indicó con un gesto que subiéramos al piso de arriba y avanzamos por unas escaleras de madera que crujían en cada escalón. Una vez arriba, señaló una bombona de gas.

—Estamos preparados —dijo el hombre con ademán de indiferencia.

La mujer también subió y se puso a ordenar unas botellas que tenía en el suelo. Era una sala oscura. Me acerqué y comprobé que no eran unas botellas cualesquiera. Tenían una especie de funda hecha con bolsas de plástico para proteger el contenido: combustible. ¡Eran cócteles molotov!

Le pedí que me enseñara el resto del arsenal y si podía mostrármelo en un lugar donde hubiera más luz. Tenía que grabarlo bien. Apartó una persianilla que hacía de puerta de la terraza y ambos, como si repitieran una rutina bien aprendida, empezaron a colocar las bombonas, los cócteles molotov y una especie de bombas de mano caseras hechas con envases de yogur o vasos de plástico, que llevaban metralla dentro y un agujero con una mecha en la parte de arriba. No me lo podía creer. Había visto varias formas de resistencia, pero eso era ir un poco demasiado lejos. Tenían que estar muy desesperados para que no les importaran las consecuencias que implicaba utilizar recursos tan extremos.

Vi que el hombre, mientras manipulaba todo ese material altamente inflamable, sostenía un cigarrillo encendido con una mano. Engañé a la parte racional de mi mente intentando mirar hacia otro lado para transmitirle que el riesgo de saltar por los aires no era inminente, aunque alguna otra parte del cerebro se resistía a aceptarlo. Antes de que una y otra parte empezaran a pelearse, el hombre se puso en cuclillas para explicarme cómo proceder con cada proyectil.

—Le ponemos la mecha, la encendemos y tiramos la botella —me dijo el hombre mirando a cámara, mientras sostenía uno de los cócteles molotov en una mano con la misma tranquilidad de quien prepara un plato en la cocina.

Luego intervino la mujer cuando le pregunté qué pensaban hacer con la bombona.

—Giramos la manivela y ya la tenemos a punto —dijo ella, dando a entender que ya se encargarían de que el gas entrara en contacto con alguna llama.

—¿Y eso?

—Granadas que he hecho yo misma. Si el Gobierno viene a echarme, defenderé esta casa con mi vida. No tengo más remedio.

Episodios como este han ido ocurriendo en cientos de lugares de toda China de forma intermitente. Todavía hoy, de vez en cuando, en internet circulan vídeos de vecinos particularmente desesperados que, ante la presión de los *chengguan*, la policía y las excavadoras, acaban tirando todo tipo de artefactos o, directamente, rociándose con gasolina e inmolándose. Horas después de publicarse y en plena viralización, la policía de internet ya se encargará de que el vídeo desaparezca.

—Derriban nuestras casas para construir las suyas. Durante estos años la actividad de derribos es desenfrenada —me dijo durante mi viaje a Wuhan el abogado Zhang Hua, que, después de sufrir en carne propia un caso similar, había estudiado derecho y asesoraba a familias en disputas legales similares.

Distinguir entre «nuestras casas» y «sus casas» delata una conciencia de clase que define muy bien esta brecha. Dos formas de entender el problema, que en el caso de los más pobres acaba siendo de pura supervivencia. Y no es que los más desfavorecidos estuvieran en contra del desarrollo. Es, sencillamente, que se sentían excluidos o marginados.

Si la acción coordinada de gobiernos locales y constructores para expropiar terrenos suponía una resistencia tan desesperada, imagínense qué pasaba cuando, en lugar de una casa, lo que estaba en juego era la tierra.

Desde la época maoísta, la tierra es propiedad del pueblo, del Estado. La ley determina que, si un municipio decide cambiar sus usos, es necesario un aval en forma de asamblea local. Algo que no se había producido en la

mayoría de los casos que terminaron en conflicto.

Cuando los agricultores se enteran de que las tierras que siempre han trabajado serán ocupadas por un polígono industrial, una planta incineradora o residencias para ricos, y eso implicará que se queden sin tierra y, por lo tanto, sin trabajo y sin lo que les garantizaba la subsistencia y todo un estilo de vida, no es de extrañar que estén dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias.

Es lo que ocurrió en 2005 en Shengyou, en la provincia de Hebei, no demasiado lejos de Pekín, donde intenté entrar después de ver unas imágenes publicadas por el *Washington Post* que parecían más sacadas de una guerra que de un conflicto entre Gobierno y campesinos.

En rechazo a los planes de construir una central eléctrica, un grupo de agricultores se había plantado, literalmente, en las tierras afectadas para evitar que entraran excavadoras y operarios. Resistían en tiendas e incluso habían cavado trincheras en previsión de una ofensiva de las autoridades, a las que acusaban de corrupción.

La resistencia se volvió caos cuando cientos de hombres armados con escopetas, palos y tubos de la construcción irrumpieron en el campamento, en medio de gritos de desesperación, un estruendo de fuego real y explosiones de balas de humo. El incidente terminó con media docena de muertos y un centenar de heridos, y también un bloqueo informativo absoluto.

Después de conducir unos 150 kilómetros desde Pekín, una unidad de paisano me interceptó en el peaje de Baoding y no pude completar los cincuenta kilómetros que me faltaban para llegar a Shengyou. Tras comprobar que era periodista, me dijeron que no podía avanzar y su vehículo me acompañó de vuelta casi hasta la capital.

Supongo que las frustraciones que este tipo de intercepciones me provocaban también afianzaron mi determinación. Porque ese mismo año se produjo un incidente similar en Dongzhou, en la provincia de Guangdong. También tenía su origen en los planes del Gobierno local de recalificar unos terrenos para construir una planta térmica. En este caso, el Gobierno no había enviado a matones armados, sino directamente a la policía paramilitar, que abrió fuego y causó un número indeterminado de muertos y heridos.

Como Shengyou, Dongzhou también estaba sometida a un bloqueo informativo, lo que hizo que las noticias no llegaran a Pekín ni al resto del mundo hasta días después de los hechos. El corresponsal del diario *ABC*, Pablo Díez, había llegado a China recientemente y me preguntó si pensaba ir.

—Sí, pero no sé si podré entrar.

—¿Vamos juntos?

—Mmm... —la duda era razonable, porque dos *laowais* cantan aún más que uno solo—. Vale, pero lo más probable es que no podamos entrar.

—Bueno, no pasa nada. Luego voy a la cumbre de la OMC en Hong Kong y aprovecho el mismo viaje.

Así que nos fuimos ambos a Guangdong con la duda de si, como en ese peaje de Hebei, alguien nos interceptaría tarde o temprano. Ya en el distrito de Shanwei, al que pertenece Dongzhou, esa noche cogimos un mapa y valoramos cuál era la mejor ruta.

—Mira, este sitio está en una especie de desembocadura. Podemos intentar cruzar el río en barca por aquí y esquivar los controles de carretera —propuse.

—¿Seguro que se puede cruzar?— dijo Pablo.

—Podemos intentarlo. Lo que está claro es que los accesos principales están bloqueados.

—Hoy han localizado a un periodista del *International Herald Tribune* en un control.

A la mañana siguiente, un taxi nos llevó al punto que habíamos visto en el mapa, donde enseguida nos explicaron que en esa época del año el mar de fondo era demasiado fuerte y restringían el cruce por el río.

Decidimos que lo mejor era avanzar a pie por una serie de carreteras secundarias. Haríamos un trayecto más largo, pero evitaríamos los principales controles que bloqueaban la ruta habitual. Por esos caminos remotos pasamos por una comisaría de policía y unos niños advirtieron nuestra presencia.

—*Hello! Hello!* —gritaban eufóricos los niños.

La escena era bastante cómica, sobre todo porque Pablo llevaba una maleta grande, de esas que facturas en el aeropuerto.

—Somos la sensación del pueblo —bromeé, intentando desdramatizar la

situación pero en parte temeroso de que la maleta de las narices pudiera delatarnos.

Poco después nos encontramos con una furgoneta de mercancías reconvertida en medio de transporte rural. Iban en la misma dirección que nosotros y negociamos un precio. Dentro era imposible encontrarle la lógica a esa escena surrealista. Dos occidentales que parecía que se habían perdido, uno con una maleta inmensa, destacaban en medio de rostros quemados por el sol, sombreros de paja y jaulas de mimbre con patos dentro.

Al cabo de un rato, la furgoneta nos dejó en una carretera en medio de una ciénaga y el conductor y los pasajeros nos despidieron como si fuéramos estrellas de rock. Era la carretera que llevaba a Dongzhou y ahí encontramos dos taximotoristas que accedieron a llevarnos. Era una suerte, en este caso, que China sea un país tan poblado y que haya tantos y tan diversos medios de transporte, como los motoristas que cogen pasaje para trayectos cortos. Cuando Pablo ya se había subido a la moto, le eché una mano con la maleta.

—¿Podrás con ella?

—Sí, me la pondré así, de lado.

Con los motoristas hicimos el penúltimo tramo. A medida que nos acercábamos a Dongzhou, el ir y venir de vehículos policiales y militares se volvió más intenso. Se respiraba ese ambiente enrarecido de excitación, habitual en los lugares donde ha ocurrido algo grave.

Como si intuyeran qué íbamos a hacer a Dongzhou, los motoristas cruzaron un control policial sin detenerse. Tampoco ningún agente esperaba que periodistas extranjeros pudieran llegar en mototaxis locales. La maleta de Pablo era tan grande que le tapaba la cara por completo y los policías del control ni debieron verlo. La maleta de las narices nos había salvado. Y yo me había abrazado tanto como pude a mi conductor para que nadie me viera la cara.

Las motos llegaron cerca de Dongzhou y ahí cambiamos a un taxi tan rápido como pudimos.

—Métete rápido en el taxi, Pablo. Que ponga él la maleta en el maletero, que tu cantas demasiado ahí de pie —le dije, tenso y temeroso de que cualquier chivato pudiera delatarnos.

Ya entrando en Dongzhou, el taxi pasó al lado de una dotación de la policía paramilitar: soldados ataviados con casco, protecciones, porras y algún escudo transparente. El conductor se acojonó y paró a poca distancia de ellos, dentro de su campo de visión, justo en el lugar más céntrico de Dongzhou.

—¿Qué haces?! —le reprendí desesperado.

—No puedo llevaros. Bajad aquí.

El hombre bajó del coche y le convencí de que nos llevara un callejón más allá. A regañadientes, accedió y volvió a su asiento. Un trozo más allá y ya al resguardo de la multitud y los controles, nos hizo bajar enseguida. Le pagué y vimos que muy cerca había un taller textil, de donde salieron algunos curiosos. Opté por decirles la verdad.

—Somos periodistas.

—¡Periodistas! —susurró alguien hacia el interior del taller y enseguida nos dijeron que entrásemos.

De ahí nos acompañaron a la casa de al lado, que, de pura casualidad, resultó ser la de Jiang Huangge, uno de los muertos en los enfrentamientos de la semana anterior.

Luego todo fue muy rápido. La viuda lloraba desesperadamente la muerte de su marido, que había caído con una bala en el cuello. Otros familiares nos enseñaron casquillos de bala, como prueba de que habían abierto fuego contra la población civil, algo que no consta que hubiera vuelto a pasar desde la masacre de Tiananmén, en 1989.

—Cuando llegué al hospital, tenía la cara llena de sangre, pero supe que era él por la ropa. Tenía las manos calientes. Le dije al médico que intentara reanimarlo —nos explicó Yan Shouli, la viuda.

Otro familiar nos mostró una foto del fallecido muy explícita. Aunque habían podido verlo en el depósito de cadáveres, las autoridades no quisieron entregarles el cuerpo a menos que firmaran una declaración que las exonerase.

—Me dijeron que si quería recuperar el cuerpo, tenía que firmar un papel que dijera que no era culpa del Gobierno —nos contó la viuda.

Si no les dejaban reconocer los cadáveres, nadie podía hacer un recuento.

Formaba parte del bloqueo informativo. Inicialmente las autoridades dijeron que había habido tres muertos, pero otras fuentes hablaban de más de veinte.

—La policía disparó gases lacrimógenos y, cuando alguien se agachó cubriéndose los ojos y quiso coger algo del suelo, debieron pensar que era un arma, dispararon y así empezó todo —explicó un familiar.

Versiones posteriores hablaban también del lanzamiento de cócteles molotov por parte de los manifestantes. Sea como fuere, la operación había sido chapucera. Utilizar armas en unos disturbios agrava el problema en lugar de controlarlo. Después de eso, hubo destituciones y las protestas se alargaron al menos un año más. Dongzhou era una prueba más de que China —o, mejor dicho, las diferentes «Chinas» dentro de China— no estaba preparada para absorber con equidad y justicia el ritmo frenético del desarrollo.

Si entrar en Dongzhou fue complicado, salir parecía misión imposible. Cuando ya habíamos hablado con la viuda y creíamos que teníamos suficiente material, nos ayudaron a esconder la foto del muerto y mi cinta en el forro de una de nuestras chaquetas, que los propios vecinos cosieron enseguida en el taller textil de al lado.

Uno de los familiares organizó nuestra salida de la zona cuando ya era de noche y nos dieron unas gorras con viseras largas para disimular que éramos extranjeros. Primero nos llevaron por un camino rural en un triciclo motorizado cubierto por una lona. De bache en bache, las luces de los faros de otros vehículos despertaban la sospecha del conductor y aceleraban nuestro ritmo cardíaco. Por ahí llegamos a un tramo asfaltado donde ya nos esperaba un taxista de confianza con el que habían contactado antes y que tendría que superar el último y definitivo obstáculo: el peaje para entrar en la autopista.

Cuando finalmente llegamos al peaje, el conductor nos alertó de que estaba lleno de agentes uniformados.

—Control policial.

—Si preguntan, di que no sabes nada. No te preocupes por nosotros —le dije.

Pablo y yo nos miramos, conscientes de que todo lo que habíamos hecho

hasta el momento no iba a servir de nada si la policía nos detectaba en ese último control.

—Finge que duermes —le dije, mientras yo hacía lo mismo con la cabeza contra la ventana y la cartera de almohada para que cubriera parte de mi cara y mi nariz de *laowai*.

Recuerdo ese paso por el peaje a cámara lenta. Tenía los ojos cerrados pero con una rendija abierta, como cuando los niños pequeños fingen que duermen pero no quieren perderse detalle de lo que ocurre. Un agente de la policía le ordenó frenar al conductor, que en ese momento debió pensar «estoy bien jodido».

Unos soldados se acercaron y nos deslumbraron con una linterna. Pablo levantó un momento la vista como si estuviese dormido. Por mi lado del coche, y a través de la rendija de visión que quedaba entre las pestañas de mis ojos, noté que la cara de un policía se acercaba a pocos centímetros al otro lado del cristal. Era evidente que nos habían visto, pero entonces ocurrió lo que menos esperábamos.

—De acuerdo, de acuerdo, que pasen —gritó alguien.

No quise levantar la vista, pero vi que el conductor actuaba con normalidad. Su sangre fría probablemente también nos había salvado. Mientras no llegamos a Shenzhen y de ahí a Hong Kong, no tuvimos la sensación de haberlo conseguido. Pablo y yo fuimos los únicos periodistas occidentales que entramos en Dongzhou. Supongo que el hecho de que entonces no hubiera redes sociales hizo que esa proeza solo la contaran nuestros respectivos medios.

Pocas horas después de haber salido de Dongzhou, en mi hotel de Hong Kong me envolvió una familiar sensación de contrariedad, que solía acompañarme cuando hacía crónicas sensibles y llenas de injusticias: tenía que volver a mi comodidad habitual y las víctimas citadas en mi historia seguirían ahí, con sus problemas. Para mí pasaban a ser personajes de una historia periodística, pero su vida continuaba con las mismas miserias.

Unos problemas que en Dongzhou se reprodujeron como mínimo durante todo el año siguiente y que en China han ido perpetuándose. Por ejemplo, el pueblo de Wukan, que estaba muy cerca, sería el escenario de una resistencia

colectiva similar que derivó en una de las principales crisis políticas y mediáticas de esos años, de la que hablaré más adelante.

LAS HERMANAS JIN

Tengo que reconocer que cuando conocí a las hermanas Jin no esperaba que su historia me llevase a ninguna parte. Se parecía demasiado a muchas otras historias. Tenían un problema más en un mar de problemas de un país inmenso.

Pero hice algo que confieso que no siempre he hecho, pero que todo periodista tendría que hacer: escuchar. Era tan sencillo como quedar en un lugar y a una hora de mi conveniencia y dedicarles quizá media hora para por lo menos atender lo que tenían que decir.

Encontramos un banco más o menos discreto y Jin Hanyan, que nunca supe si era la más joven o la mayor, sacó un buen fajo de documentos de una bolsa de plástico descolorida. Las Jin eran peticionarias.

Los peticionarios son la gente llegada de todas partes de China a la capital cuando ya han agotado las instancias inferiores para presentar sus quejas: primero a la Administración urbana de referencia (*xian*, el equivalente, por tamaño, a nuestras provincias), después a la provincial (*sheng*, equivalente a un Estado europeo) y luego a la capital del país, Pekín, que, si decimos que China es tan grande como Europa, sería como ir a Bruselas a presentar una queja de ámbito local. Este mecanismo administrativo tiene sus orígenes en la época imperial, cuando, con sonido de gongs, la población exponía sus penas ante el mandarín tras recorrer cientos de kilómetros desde la otra punta del

imperio. Un sistema que Pekín ha intentado reformar para evitar el colapso de las oficinas de quejas y peticiones, que para muchas de estas personas son la última esperanza de que se haga justicia.

Sentados en ese banco, revisamos el caso de las hermanas Jin y me esforcé por entender qué decían. Tenían un acento muy cerrado que, según me enteré después, era difícil de entender incluso para la gente de Pekín.

En su ciudad, Shiyan, en la provincia de Hubei, habían pagado un curso de formación que ofrecía la sucursal local de China Tobacco, el monopolio tabacalero chino. Les habían prometido que, al acabar el curso, tendrían asegurado un trabajo. Pero, viendo que finalmente el trabajo se lo daban a otros que hacía menos tiempo que habían empezado el mismo curso, gente con más conexiones o *guanxi*, empezaron a protestar.

La protesta se complicó cuando iniciaron su periplo de peticiones, hasta el punto de que la policía de Shiyan acabó fichándolas. La pasma local se desplazó en diferentes ocasiones hasta Pekín para devolverlas por la fuerza a su casa. Habían sufrido detenciones disuasorias de una o dos noches, las habían agredido y también habían acabado en una «cárcel negra», uno de los centros de detención temporal cuya existencia las autoridades no reconocen. Un agujero negro del sistema penitenciario. También me contaron que en un momento dado las habían detenido en un centro de trabajos forzados donde tuvieron que montar componentes para televisores y donde recibían todo tipo de castigos y malos tratos.

La historia era interesante, pero seguía teniendo el mismo problema: ni contaba con ningún material que demostrara las acusaciones ni tampoco quería presentar un caso tan personal como una historia merecedora de crónica.

Terminamos la reunión y se despidieron muy agradecidas, dirigiéndose a mí por el apellido chino, Wei.

—Muchas gracias, periodista Wei.

—De nada. Pero quiero que entiendan que no estoy seguro de que pueda acabar haciendo nada con todo lo que me han contado.

—No pasa nada, periodista Wei. Nosotras estamos contentas de que nos haya escuchado.

—Siento que hayan venido de tan lejos —poco antes me habían dicho que habían tardado hora y media para cruzar Pekín en transporte público.

—No pasa nada, no se preocupe.

—¿No han hablado con ningún abogado?

—Sí, pero nos pedía demasiado dinero. No se preocupe, periodista Wei.

Les di mi tarjeta y les dije que me llamaran cuando quisieran, sobre todo si podíamos probar lo del centro de trabajos forzados.

—¿Está muy lejos Shiyao de Wuhan? —pregunté.

—Nada, unas horas en tren —dijeron las hermanas Jin.

—¿Cinco horas? ¿Siete?

—Más o menos.

—Hombre, muy cerca tampoco está...

—No se preocupe, si viene, lo vamos a buscar a Wuhan, profesor Wei —había pasado de periodista a profesor y se me escapó una sonrisa.

La verdad es que, una vez revisamos con mi ayudante el fajo de documentos fotocopiados de su caso, llegamos a la misma conclusión: no había historia que pudiéramos grabar.

Muy poco me esperaba que «algo más» llegara en forma de llamada telefónica al cabo de unos meses.

—¡Hola, periodista Wei!

—¿Sí? ¿Quién es?

—Jin Hanyan. Peticionaria. ¿Se acuerda?

Me costó atar cabos, porque las Jin no eran las únicas peticionarias que de vez en cuando contactaban conmigo por teléfono. Entre los peticionarios, las tarjetas de periodistas extranjeros con quienes han coincidido alguna vez son como cromos de jugadores de fútbol, circulan rápido.

Cuando finalmente entendí quién era, me armé de paciencia, anticipando que no sacaríamos mucho provecho de todo eso.

—Ah, sí, una de las hermanas de esa ciudad de Hubei, ¿verdad? ¿Cómo está? —continué con cierto tono de rutina.

Lo que vino después no lo entendí. Necesité que se pusiera al teléfono mi ayudante, que estuvo tomando notas con mucha atención y haciendo muecas constantemente porque tampoco acababa de entender ese acento del sur. Mi

ayudante le pidió a Jin que esperara un momento para traducírmelo.

—Dice que han vuelto a detenerlas y que esta vez las han encerrado en un centro de salud mental —me dijo mi ayudante.

—¿Cómo?

—Sí, esos hospitales en los que encierran a los locos.

Primero me quedé estupefacto. Después reaccioné:

—Pero, si está encerrada en un manicomio, ¿cómo puede llamar por teléfono?

—Dice que ha podido entrar un móvil a escondidas.

Por un momento pensé que quizá sí estaba loca. Pero enseguida recordé la conversación que habíamos mantenido en el parque de Pekín. Recordé que eran mujeres vulnerables porque el sistema las había maltratado, pero no mujeres que no pudieran razonar o que se inventaran historias para llamar la atención.

—Pregúntale si cree que podría ir, si cree que podría grabar algo si me planto ahí.

Mi ayudante iba haciendo pausas y apartaba el teléfono de la oreja de vez en cuando para traducir.

—Parece que podríamos grabarla desde fuera, que podría sacar la cabeza por la ventana.

Pensé que el riesgo de hacer un viaje tan largo y volver con las manos vacías era altísimo. Era a finales de 2009 y en TV3 ya se notaban los efectos de la crisis. No habían cerrado el grifo presupuestario para desplazamientos, pero había menos dinero y todo se miraba con lupa. Pero, como con cualquier riesgo, había la posibilidad de hacer bingo. Como un perro detrás un hueso, un periodista se excita cuando huele una buena historia. Además, había una deuda moral. Ellas habían confiado en un reportero extranjero para explicar su caso sin esperar mucho más que comprensión. No me exigían nada más, un rato de mi vida.

Si meses antes había sido incapaz de convertir ese relato en una pieza para televisión, ahora tenía el deber moral de comprobar si eso tan gordo que relataban era cierto. Ese año se hablaba mucho de las «cárceles negras» y había rumores sobre la reclusión de peticionarios también en manicomios,

pero nadie había podido demostrarlo. Era una muy buena historia.

Reservé plaza en el primer vuelo disponible a Wuhan y desde ahí hice el larguísimo trayecto en tren hasta Shiyan. Opté por ir solo para tener más movilidad. Si algo ocurría, como los habituales e incómodos encuentros con la policía, era mejor que no me acompañase nadie. Ya lidiaría con ello yo solo, sin comprometer a ningún ayudante, que en casos como este suelen ser intimidados.

Al llegar a Shiyan me alojé en un hotel sencillo y, antes de ir a dormir, intenté hacer un guión mental de lo que había ido a buscar y cómo podía obtenerlo. Estaba claro que, si grababa alguna imagen de una de las hermanas asomándose por la ventana del manicomio, podría demostrar que las habían encerrado. Tenía que presentar el problema de los peticionarios y de las medidas extremas para silenciarlos, para quitárselos de encima. Asimismo, hiciera lo que hiciera, tendría que hacerlo sin perder demasiado tiempo. No podía alertar a las autoridades con pasos en falso que acabaran haciendo imposible todo el operativo.

Al día siguiente fui a una dirección que me habían dado y ahí me recibió su padre, un campesino tan alto y delgado como sus hijas. Si con ellas costaba comunicarse, con él era aún peor. La suerte fue que el viejo Jin ya sabía perfectamente lo que tenía que hacer y enseguida me acompañó al primero de los dos manicomios donde tenían encerradas a sus hijas.

Llevaba las dos cámaras en la mochila, la grande y la pequeña. Me cabían justitas. Entramos sin problemas en el recinto de la clínica y pasamos por una puerta discreta, donde nadie nos detuvo ni me pidió un registro. Enseguida fuimos a parar a una puerta con unos barrotes y una reja grandes, por donde vimos a Jin Hanyan, que nos saludó y le pidió a alguien que viniera. Apareció una mujer con bata blanca y, de un juego con decenas de llaves, eligió una para abrir ese acceso. Al ver a un extranjero, le comentó algo en voz baja al señor Jin y tomé la iniciativa.

—Buenos días, soy un amigo de la familia que pasaba por aquí y... he pensado que podría visitar a Jin Hanyan. Estaba tan cerca... —expliqué. Aunque, honestamente, la coartada no se aguantaba por ningún lado.

Parecía que mi corazón fuera a salir de la caja torácica. La mujer abrió la

pesada cerradura de la gran puerta metálica y nos condujo a los tres por un pasillo lleno de pacientes que deambulaban sin ánimo. Llegamos a la última habitación, donde Jin Hanyan nos invitó a entrar haciendo un gesto de complicidad, a la vez que la mujer con bata se excusaba porque tenía que atender otras urgencias.

Tenía poco tiempo. Quería evitar que alguien empezara a hacerse más preguntas de la cuenta. Hice un guion mental rápido del tipo de imágenes que necesitaba. La mejor manera de ayudarla era sacando suficiente material para explicar bien la historia, pero una vez tuviera lo que buscaba, lo mejor sería irse rápidamente.

Le pedí que se sentara en el borde de la cama mientras el padre esperaba en la puerta para avisarnos si venía alguien y apreté REC.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy en el Centro de Salud Mental de Shiyan, me han encerrado aquí por protestar. No tenemos derechos humanos. No tenemos libertad de expresión —dijo Jin, que hablaba como una autómatas, prácticamente sin alma.

—¿Cómo te tratan?

—Nos medican para tenernos atontados todo el día. Nos drogan con medicamentos e inyecciones.

Salieron cuatro planos mal hechos, pero suficientes para poder dar testimonio de la historia. Consciente de que con cada minuto me arriesgaba a ser descubierto y a ponerla a ella en peligro, le pedí que me enseñara el móvil desde el que me había llamado y dónde lo había escondido. Le pedí que también mostrara a cámara las sábanas de la cama para que quedara claro dónde estábamos. Señaló el nombre del bordado de la sábana, que indicaba que se trataba de un manicomio. Finalmente, hice unas imágenes de ella mirando a la nada a través de la reja de la ventana. El padre hizo de pronto un movimiento nervioso como advirtiéndome que venía alguien. Pude esconder la cámara justo antes de que otra enfermera sacara la cabeza para comprobar que todo iba bien. Fingí sorpresa intentando disimular la tensión con una de las sonrisas más forzadas que jamás me hayan salido, como un payaso en un número malo. Solo faltaban los gritos de los niños riendo y diciéndole a la

enfermera que escondía la cámara detrás de la espalda. La enfermera desapareció.

Estaba rígido por la tensión y la rabia me impedía pensar con claridad. Pero pudo más el instinto. Me di por satisfecho tras calcular que con todo lo grabado podría hacer un mínimo montaje para el minuto y medio que suelen durar las piezas de informativos. En esa ocasión importaba más tener unas imágenes cualesquiera que tener más y mejores imágenes pero arriesgarme a que me pillasen y acabar sin nada.

Cuando salimos del cuarto, Jin Hanyan me hizo un gesto con la mano para darme a entender que no había nadie. La seguí y aún tuve tiempo de hacer un plano del pasillo para situar dónde estaba, con el resto de los pacientes, que sí daba la sensación de que tenían problemas mentales.

Después de guardarlo todo en la mochila y una vez que nos reencontramos con la enfermera en la puerta de rejas, fingimos que nos íbamos tan cordialmente como habíamos entrado.

—No se olvide de visitar el monte Wudang —dijo la enfermera.

—¿Es bonito? —repliqué.

—Muy bonito.

Casi balbuceaba. Cuando aún no me había recuperado, con la adrenalina a niveles casi narcóticos, el viejo Jin volvió a ponerme a prueba.

—Vamos a ver a Jin Hanqing.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Sí, le dije que irías —parecía increíble que, después de entrar en un manicomio, se planteara entrar en un segundo internado como si fuera lo más normal del mundo.

A las hermanas las habían encerrado en centros separados, una medida doblemente cruel. Cogimos un taxi y, de camino, cambié la cinta y la escondí tan bien como pude.

Al entrar en la segunda clínica, seguimos el mismo procedimiento y nos atendió otra mujer igual de amable, con gafas.

Me sentía como si en un mismo día me hubiera tocado dos veces el gordo. Parecía como si toda esa estructura de poder implacable se hubiera relajado en el momento en el que se quitaron de encima a esas pesadas que no

dejaban de fastidiar.

—Ah... Un amigo extranjero —soltó con un aire de sospecha la mujer de bata y gafas.

—¡Hola! Soy un amigo de la familia y al saber que mi amiga Jin Hanqing estaba enferma pensé que podía visitarla, pues pasaba por aquí de camino al monte Wudang —había sofisticado la coartada, ahora que sabía que esa meca de peregrinación taoísta era una de las pocas atracciones turísticas de la zona.

—Puede ver a la señora Jin en la cantina, pero intenten estar en silencio, que hay otros pacientes y se alarman si hay jaleo.

—No se preocupe, solo hemos venido a saludarla —mentí—. Disculpen las molestias.

En este caso, solo pude pasar yo. Al entrar en la cantina, identifiqué con el rabillo del ojo una cámara de videovigilancia y me senté de espaldas a ella mientras esperaba a Jin Hanqing. Cuando llegó, nos dejaron solos y se le humedecieron los ojos.

Estuvo bien que nos pidieran no hacer demasiado ruido porque así podía susurrar sin despertar sospechas.

—Jin Hanqing, ahora voy a sacar la cámara. Tú háblame como en una conversación normal y no mires a cámara, ¿de acuerdo?

—Sí, lo entiendo —respondió ella mientras yo colocaba el pequeño aparato entre el borde de la mesa y mi cuerpo, con la pantallita LCD desplegada para ver que, aunque el ángulo era forzado, ella quedaba perfectamente encuadrada, con unos barrotes horizontales de fondo.

—¿Sois los únicos peticionarios a los que han encerrado en manicomios?

—No, aquí he contado hasta siete personas. De hecho, una de ellas, Guo Yuanrong, no estaba loca cuando la encerraron, pero ha acabado enloqueciendo tras pasar nueve años aquí.

Al escribir estas líneas, por mucho que intente controlar mis emociones, se me ponen los pelos de punta y se me humedecen los ojos. Parece mentira que ya hayan pasado varios años de este encuentro.

Había hecho lo más difícil. Había entrado en dos manicomios chinos y grabado imágenes de dos mujeres a las que conocía de antes y que sabía con certeza que no merecían estar allí. Conocía su historial de protestas

acompañadas de represalias, ahora más creíbles que nunca. Me hervía la sangre y tenía ganas de cogerla del brazo y sacarla de ahí corriendo. Pero asumía que, en esta y en cualquier otra ocasión, mi misión debía limitarse a dar testimonio y, con lo que había conseguido ese día, ya estaba haciendo mucho más de lo que se esperaba de mí.

Podría haberme dado por satisfecho, pero faltaba intentar una última cosa. Volví al hotel y escondí las cintas tan bien como pude. A continuación, me dirigí al monumental e impersonal edificio del Gobierno local y pregunté por la oficina de información en la taquilla de entrada.

Me dejaron entrar y me acompañaron hasta una sala de espera de paredes bien blancas, en la que el único mobiliario era una butaca negra. Me dijeron que me sentara y me sirvieron agua caliente en un vaso de plástico. Al cabo de poco apareció un hombre y me preguntó qué necesitaba. Le mostré mi acreditación de prensa y le dije que quería entrevistar a algún representante del Gobierno para hablar de la gestión del problema de los peticionarios.

El hombre me pidió que esperara y, un buen rato y tres vasos de agua caliente después, volvió acompañado de otro individuo. Entre los dos me explicaron que en esos momentos no podían darme información sobre esa cuestión. Cuando insistí, intentaron escurrir el bulto afirmando que era un problema demasiado complejo. Me preguntaron por qué estaba haciendo esa historia ahí en Shiyan si tenían grandes proyectos de automoción, infraestructuras y minerales en marcha que podían explicarme en una cena. No lo hice, pero aunque hubiera aceptado, habría sido incapaz de comer nada. Tenía un nudo en el estómago y ganas de marcharme y montar el material tan pronto como llegara a Pekín.

Volví caminando al hotel. Vi en un par de ocasiones el mismo coche policial. Me preguntaba si, además de despertar su curiosidad con mi visita sorpresa al Gobierno local, sabrían qué había hecho durante el resto del día.

Esa noche me costó dormir. Al día siguiente, me levanté temprano con un solo propósito: irme tan pronto como hubiera grabado un par de *stand-ups*. Opté por encarar el trípode a una distancia prudente del edificio del Gobierno local —no era cuestión de tocar las narices más de la cuenta— y allí hice la última parte de la historia. Grabé un par de versiones, para que la historia

podiera salir tanto en la edición del mediodía como en la de la noche. Las había ensayado bien. Primero, porque en este tipo de ocasiones no quieres perder demasiado tiempo. Segundo, porque siempre es una de las partes del reportaje que, si te sale mal, no podrás rehacer al cabo de unos días, cuando ya hayas viajado en avión a cientos de kilómetros de distancia. Tenían que ser unos buenos *stand-ups*.

La historia de Shiyan tuvo una gran repercusión. Todavía hoy, una década después, hay gente que me dice que la recuerda.

Quien quizá también la recuerde es el diputado de la Asamblea Nacional al que abordé cuando cubría la reunión plenaria anual en el Gran Palacio del Pueblo de la capital china. En los pasillos de ese complejo levantado poco después de la Revolución, entre la multitud de representantes del pueblo a los que la prensa perseguía entre sesión y sesión para preguntar sobre las últimas novedades del legislativo, vi que ese era un diputado de Hubei. Lo decía la acreditación roja que llevan todos colgando de la solapa.

Lo entrevisé sobre cuestiones genéricas y le hablé de Shiyan.

—Disculpe que lo moleste con esto, pero como he visto que era de Hubei, quisiera saber si le puedo pasar información sobre unos peticionarios de Shiyan a los que conocí hace unas semanas.

—Envíemelo a este correo electrónico y lo miraré —dijo el diputado mientras se sacaba una tarjeta personal con su nombre y todos sus cargos públicos.

—Lo haré, lo haré. Muchas gracias. Le enviaré un correo electrónico —dije yo, como si fuera un tema personal o estuviera haciéndome un favor a mí.

Le enviamos la información que las hermanas Jin me habían dado y le pedí a mi ayudante que le resumiera lo que había visto durante mi visita a los manicomios. La idea era que pudiera entenderlo, que estuviera lo suficientemente claro y resumido, y que, si quería, pudiéramos entregarle más adelante todos los detalles del caso.

No volví a saber nada del diputado y nunca sabré si lo que ocurrió después estuvo relacionado con ese abordaje en el Gran Palacio del Pueblo de Pekín. Pero las hermanas Jin están convencidas de que, sin nada de todo eso,

no habrían podido salir de sus kafkianos encierros forzosos.

Unos meses después de mi visita a Shiyan, las hermanas Jin nos llamaron para informarnos de que volvían a estar en libertad. Convencí a mis jefes de que me dejaran volar a la provincia de Hubei y volví a entrevistarlas.

La hermana pequeña estaba en tratamiento médico porque la fuerte e innecesaria medicación del manicomio le había destrozado el estómago. La mayor seguía dedicando su energía y determinación a conseguir justicia. O quizá fuera al revés, porque siempre me hice un lío y las confundía constantemente.

Me contaron que Danny Vincent, otro videoperiodista inglés, también consiguió entrar en el manicomio poco después de mí. Cuando conocí a este colega, pensé que aún había tenido más mérito, porque él es negro. En un país donde aún no están del todo acostumbrados, es evidente que llamaba la atención bastante más que yo. Si a los blancos nos señalan por la calle, los negros son como de otro planeta. Ya lejos de esa pesadilla, nos reímos con la anécdota cuando nos contamos nuestras experiencias.

Las Jin creían que sin nuestras visitas y las informaciones que unos y otros hicimos circular, no habrían recibido la visita de diferentes periodistas chinos unas semanas más tarde. Están convencidas de que eso acabó presionando a los políticos locales. Explican que los mismos que las habían puesto en la cárcel, un buen día las metieron dentro de un coche...

—Nos llevaron a una casa abandonada y allí nos tuvieron todo un día. Había un chico que nos vigilaba. Un policía le susurró algo al chico. Cuando se fue, pensábamos que se desharían de nosotras de una vez por todas.

En realidad, también el chico las dejó totalmente solas, hasta que, al no ver ningún movimiento, salieron de la casa. Una vez fuera, llamaron a amigos y familiares, que fueron a recogerlas.

La historia de Shiyan me llevó a investigar el estado de la legislación sobre salud mental en China. Como les había ocurrido a las hermanas Jin, la ley tenía lagunas importantes. Cualquiera podía ir a un hospital y decir que la persona a quien acompañaba estaba loca. Bastaba con que cubriera los gastos del internamiento; con una simple firma, fuera de quien fuera, el centro podía tener un paciente más que le generaba ingresos. El problema es que solo

podía sacarte de ahí la persona que te había llevado en primer lugar, certificándolo con una nueva firmita. ¡Eso sí que era una locura!

Gracias a las hermanas Jin, localizamos al señor Wang, un empresario al que su propio hermano encerró en otro manicomio de Hubei. Con él privado de libertad y credibilidad, el hermano se hizo con el control de la empresa.

Las propias hermanas Jin me acompañaron al manicomio. Pensé que entrar en un tercer manicomio con mi historial era apuntar demasiado alto, pero llegamos a recepción sin problema.

Ese centro tenía protocolos más estrictos y, aunque los convencimos de que nos dejaran ver al paciente Wang, me obligaron a dejar las bolsas en recepción. No tendría cámara.

Un enfermero nos abrió paso entre pacientes curiosos. Uno de ellos se acercó más de la cuenta y me quedé quieto pero en guardia. No sabía cómo iba a actuar. El enfermero se dio cuenta y le hizo una especie de finta con la cintura y un gesto de preagresión que hizo retroceder al paciente. Entramos en la habitación de Wang y cerraron la puerta detrás de nosotros. De un extremo del techo colgaba una cámara de videovigilancia a la que di la espalda. Entonces saqué lo único con lo que podía grabar, el teléfono móvil. No era como los *smartphones* de ahora, tenía una cámara de baja resolución, pero era mucho mejor que no tener ninguna imagen y valió la pena explicar su caso. También fue una historia muy comentada.

La última vez que vi a las Jin fue en una nueva visita a Pekín, como peticionarias. Me dijeron que su padre había fallecido y que ellas continuaban con su lucha para obtener justicia. Eran fechas sensibles, debía ser alguna efeméride importante y todo el mundo estaba muy vigilado.

Un rato después de que las viera, las detuvieron. Me supo mal que, esta vez, en lugar de ayudarlas, les hubiera complicado más la existencia. Pero cuando unos días después volvieron a ponerlas en libertad e intenté disculparme por teléfono, me regañaron con una carcajada, para darme a entender que yo no tenía nada que ver y que ellas siempre habían sido muy conscientes de los riesgos que corrían al reunirse con periodistas.

El último falso enfermo mental al que entrevisté fue Xü Wu, a quien también habían encerrado por protestar después de que lo echaran del trabajo.

Vivía escondido en un piso de la periferia de Pekín porque el Gobierno de su ciudad lo consideraba una amenaza y, como Wang, me contaba que lo habían maniatado a una barra que ondeaba del techo y le habían aplicado electrodos a modo de «terapia».

En esta ocasión, mi visita propició inequívocamente que lo localizaran y lo detuvieran. Cuando la gente que lo acogía nos llamó para contarnos que la policía había entrado por la fuerza en el piso, me sentí frustrado y, de nuevo, responsable de la situación. Explicarlo aquí es parte de la deuda moral que desde entonces tengo con Xü Wu.

MERCADO DE ALMAS

La República Popular que Mao Zedong proclamó desde el balcón de la Puerta de la Paz Celestial (Tiananmén) el 1 de octubre de 1949 era una república atea. La religión se consideraba feudal y, por lo tanto, ya superada con la revolución. «La religión es el opio del pueblo», dijo Karl Marx. En el caso de China, el opio llegó en el siglo XIX con los mismos que repartían biblias.

En un principio expulsaron a miles de misioneros católicos y protestantes, pero llegaron a tolerar la práctica religiosa de una sociedad muy ecléctica en la que, además de las tres grandes corrientes filosófico-espirituales (confucianismo, taoísmo y budismo), convivía un rico mosaico de tradiciones de las decenas de minorías étnicas repartidas por todo el territorio. Desde el bön tibetano hasta el chamanismo de los zhuang y los guías dongba de los naxi. No obstante, Mao no tardó en ver en la diversidad de cultos una potencial amenaza, especialmente en los territorios en los que las religiones dominantes iban asociadas a identidades nacionales, como el budismo lamaísta en el Tíbet o el islam en Xinjiang. En el caso del protestantismo y el catolicismo, más repartidos por todo el territorio, el peligro lo constituían — y, en parte, sigue siendo así— los vínculos de la comunidad cristiana con el exterior, en un momento en que el país prefería aislarse de la influencia occidental y con el precedente aún fresco de las misiones europeas impuestas

por las armas del colonialismo, en contraste con los ricos intercambios que Europa y China mantuvieron a partir del siglo XVI gracias a las misiones de jesuitas como Mateo Ricci, que gozaban de la confianza del emperador.

Tal vez haya que añadir que el maoísmo era, en sí mismo, una religión. Cuando la fe ciega en la doctrina maoísta y el culto dogmático a la personalidad de Mao eclosionaron, todas las deidades que compitieran con él estorbaban. Su carácter semidivino explica que hoy Mao siga siendo algo más que un mero icono de una etapa histórica.

La Revolución Cultural (1966-1971) radicalizó la veneración a Mao Zedong. Mao invitó al pueblo a revisar la revolución, a reeditarla para preservar su pureza, a limpiar China de revisionistas, de capitalistas burgueses, de tradiciones y de cultura. Desde las más altas esferas del poder —con purgas de figuras de primer nivel como Liu Shaoqi o Deng Xiaoping— hasta los lugares más remotos del país, los más creyentes se lo tomaron al pie de la letra, como si fuera un cheque en blanco. El grupo de radicales conocidos como la Banda de los Cuatro, que incluía a Jiang Qi, mujer de Mao, tomaron el poder efectivo mientras en todo el país se organizaban grupos de «guardias rojos» que interpretaban a conveniencia la misión que Mao les había encomendado. El país entró en un caos y una parálisis que no terminó de resolverse hasta la muerte de Mao.

Cuando mi suegra recuerda su época como guardia roja, lo hace con una mezcla de nostalgia y vergüenza.

Somos los guardias rojos del presidente Mao,
la vanguardia de la Revolución Cultural.
Unidos con las masas, nos lanzamos a la batalla
para ahuyentar todos los monstruos y demonios.

Tarareó esto de memoria el día en que le pregunté si se acordaba de esa época. Enseguida se echó a reír, probablemente pensando en lo absurdo de las palabras que acaba de pronunciar, aunque no me atreví a enfrentarla con su pasado de adolescente, época en la que, como todo el mundo a su alrededor, recitaba versos y replicaba conductas como un autómata.

Peor recuerdo guardan los que sufrieron la ignorancia, la revancha y la

arbitrariedad de ese capricho fundamentalista. Desde los que fueron separados de sus familias y obligados a pasar largas temporadas en el campo para aprender y compartir el sacrificio del campesinado, hasta los que fueron humillados en público, los que murieron en prisión o los que directamente fueron asesinados porque alguien los había señalado con el dedo de la sospecha, fueran o no culpables de nada.

Sospechosos habituales de esta locura colectiva fueron monjes, curas, chamanes y cualquiera que, por su actividad religiosa o posible servicio a las clases dominantes, pudiera ser acusado de poner en peligro la Revolución. Templos de todas las religiones fueron saqueados, destruidos o quemados, en acciones que hicieron desaparecer un precioso patrimonio de una civilización milenaria.

Como en la cultura, la educación o las ideas, también en la religión la radicalización de la Revolución Cultural encumbró la ignorancia y llevó a un absoluto desierto de espiritualidad. En cuestiones religiosas, hasta la década de 1990 no volvió una cierta normalidad dentro de los ya de por sí restrictivos márgenes de la estructura de poder y el oficialismo.

Que en China no hay libertad de culto es una obviedad. Pero, con perspectiva, creo que desde Occidente tendemos a dar un relato excesivamente simplificado de esa falta de libertad.

En la herencia de sospecha del maoísmo, la religión es una brecha de intrusión de fuerzas hostiles e incompatibles con un sistema que necesita tenerlo todo bajo control. La estructura de poder, invasiva por naturaleza, no tolera que áreas sensibles como la religión puedan quedar fuera de su supervisión.

La fórmula para tenerlas bajo el paraguas del oficialismo secular es crear subestructuras u organizaciones que las tutelen, como la Asociación Católica Patriótica, que responde al Partido, no al Vaticano. Por eso la prensa occidental habla de Iglesias o comunidades *underground* o clandestinas, por un lado, e Iglesia oficial, por el otro. La distinción entre lo que controla y lo que no controla la Asociación Patriótica.

Mi percepción es que la frontera entre un ámbito y otro es una línea borrosa en la que ambas comunidades a menudo se mezclan o se confunden,

con creyentes que participan en misas de uno y otro bando o diócesis donde la influencia oficial y clandestina durante los últimos años ha estado repartida. Curioso es el caso de Baoding, que tuvo un obispo ordenado por el Vaticano y que, si se me permite la broma, se pasó al lado oscuro. Francisco An Shuxin es hoy obispo con el consentimiento de Pekín aunque estuvo encarcelado durante diez años por haber oficiado una misa clandestina, una aparente contradicción que plantea la duda de si se sometió por pragmatismo o es simplemente un apóstata que ha renunciado a la fe verdadera, como dicen los críticos.

Un segundo elemento en contra de esta excesiva simplificación es lo que yo llamo el «gran mercado de almas». Así como la China que se abría en los años ochenta presentaba un horizonte de grandes oportunidades económicas porque estaba aún todo por hacer, la relativa normalización de la religión, el vacío de valores y el hecho de que hasta hace relativamente poco tiempo haya habido un «desierto» espiritual provoca que ahora existan grandes bolsas para la conversión a cualquier creencia. Un terreno abonado al proselitismo.

Durante mi primer año en la ciudad de Taiyuan conviví con un grupo de maestros, y enseguida me di cuenta de que pertenecían casi todos a una misma organización religiosa: ELIC, English Language Institute of China. Su misión era evangelizadora e introducían contenidos religiosos en el temario de las clases de inglés por las que los habían contratado. Recuerdo que me invitaron a cenar en la habitación de uno de ellos el Día de Acción de Gracias.

—¿Crees en Dios? —me preguntó la líder del grupo, mientras yo intentaba no atragantarme.

—Eh... —siempre me ha incomodado que me interroguen sobre mis creencias o ideología, pero esa vez decidí decir la verdad con la versión más suave del repertorio, para no ofender a mis anfitriones—: En la generación de mis abuelos son todos católicos, pero los de mi generación, en general, ya no lo somos —resolví.

Se produjo un silencio incómodo. Esos maestros se mantuvieron siempre a una prudente distancia de mí y de otros maestros que no formaban parte de su organización. Desconfiaban tanto que incluso intentaron que no diera clase

en determinados cursos que en teoría ellos controlaban.

ELIC tiene cientos de maestros en unas cincuenta escuelas ubicadas por toda China. En su web afirman que «desde 1981, ELIC ha colocado a cristianos apasionadamente comprometidos en plazas de maestro en Asia y Oriente Medio». Incluso tienen presencia en países como Corea del Norte.

El trabajo de grupos protestantes, mormones y católicos es especialmente activo en los sitios donde se ha producido un vacío de fe. Recuerdo la llanura rural de la provincia de Henan, una de las regiones más pobladas de China y escenario de dramas como los de los «pueblos del cáncer», afectados por la contaminación, o el caso de Wenlou, también conocido como el «pueblo del sida» desde que se produjo una infección masiva por transfusiones de sangre que no seguían los protocolos necesarios para prevenirla. En esos y otros casos, me sorprendió que la mayoría de familias a las que entrevistábamos fueran creyentes. Habían pasado de venerar el comunismo a sentirse totalmente desatendidos por el sistema. Habían abrazado una nueva fe que sustituía la otra.

Paralelamente a la creciente presencia de misiones disfrazadas de otras cosas, Pekín ha ido relajando las restricciones sobre los tres pilares de la tradición espiritual de China. Más evidente ha sido en el caso del confucianismo, rechazado décadas atrás como parte de la lucha contra la tradición y ahora rehabilitado como gran referente de las virtudes y la moral del individuo en un momento en el que todo el mundo percibe una tendencia a la deshumanización de la sociedad. Y es que la base filosófica del confucianismo ha alimentado sucesivas teorías de organización social y política a lo largo de la historia de China, más próximas al mundo terrenal que a la vocación trascendental.

También es el caso del budismo. En una tendencia creciente, durante tradiciones como el Año Nuevo Chino los templos budistas se llenan de ciudadanos que quizá solo los visiten esa vez en todo un año y que, más que rezar por convencimiento, buscan respuestas y referentes a cuestiones universales. La embestida de la Revolución Cultural no borró este sustrato o tradición cultural y milenaria, que ahora vuelve a cobrar vida. En muchas casas, como en la mía, la presencia de una talla de Guan Yin no responde

necesariamente al convencimiento de que, como dicen los sutras sagrados, ayudará a quienes recen por ella. Aunque, para ser totalmente sincero, siempre he intentado acercarme a ella con respeto para no dejar nada al azar.

Muy sintomático de esta progresiva normalización fue el Foro Budista Mundial, que en 2006 se celebró en las ciudades de Hangzhou y Zhongshán con un millar de participantes. Era la primera vez que un acontecimiento religioso de estas características se celebraba en China desde la fundación de la República Popular en 1949. Conferencias, debates y rituales generaron una gran expectativa y fuimos muchos los periodistas extranjeros que nos desplazamos para dar testimonio de ese insólito encuentro. Recuerdo esos días como un gran desfile de monjes y monjas, con sus respectivas indumentarias de colores distintivos pero poco más. No invitaron, por cierto, al dalái lama y sí, en cambio, al panchen lama elegido por Pekín, al que se ve poco en público y que en Hangzhou fue un discreto figurante más.

El Foro tenía poca profundidad de objetivos y, desde el punto de vista informativo, fue más bien llano. Pero fue una gran excusa para que budistas de todo el mundo —y especialmente de China— compartieran ratos de buen rollo. Fue en sí mismo una novedosa muestra de pluralidad y una señal de aceptación de las religiones que el Partido percibe oportuno tener a su favor, no en contra. De puertas afuera, no puede hacer lo mismo, por ejemplo, con el catolicismo, teniendo en cuenta que las relaciones con el Vaticano han sido casi inexistentes desde la década de 1950. Además, el budismo encajaba entonces con uno de los eslóganes del presidente Hu Jintao, la creación de una sociedad armoniosa, un concepto inspirado en el confucianismo y que vestía de discurso la voluntad del liderazgo chino de corregir los desequilibrios e injusticias derivados del rápido desarrollo económico.

Sinceramente, en todos esos años nunca acabé de estar del todo seguro de dónde se halla el equilibrio entre lo que se permite y lo que molesta, por mucho que acabase intuyéndolo. En cualquier caso, está claro que, en general, cuando la religión y particularmente el proselitismo suponen un problema, suele haber un preaviso. Entonces entra en juego la reacción de los afectados frente al aviso, pues es lo que determina si la resolución del conflicto será traumática o no. Si la intervención de la autoridad provoca una

resistencia u hostilidad significativa, probablemente la autoridad acabe alarmándose y el aviso le habrá servido para darse cuenta de la creciente influencia de un grupo o comunidad, así como para valorar si hay que actuar con contundencia o no. Es, sobre todo, una cuestión de control.

Es lo que le ocurrió a la iglesia protestante de Sanjiang, en Wenzhou, ciudad que a los grupos evangélicos estadounidenses y a parte de la prensa anglosajona les gusta llamar el *Jerusalén del Este* por su intensa actividad religiosa. Cuando circulas por las autopistas y carreteras de Zhejiang, llega un momento en el que pierdes la cuenta de cuántas iglesias con cruces gigantes has visto en el paisaje.

La iglesia aparecía imponente en una carretera secundaria: 58 metros de altura en su punto más alto, más que los campanarios de la catedral de Barcelona. No me atrevo siquiera a decir que fuera una iglesia clandestina, porque era imposible no verla si pasabas cerca de allí.

Gran parte de los cuatro o cinco millones de euros que costó este proyecto monumental provenían del exterior. Si le preguntas de dónde es a un chino que te encuentres en cualquier ciudad del sur de Europa, existe una altísima probabilidad de que te diga que es de Wenzhou. Esta ciudad situada al sur de Shanghái es uno de los grandes focos de la emigración china hacia el mundo. Son unas raíces con las que los emigrantes no solo no rompen el vínculo, sino que normalmente lo potencian. La emigración es un viaje de ida y vuelta: los emigrantes vuelven con dinero pero también con ideas y, en este caso, con una revelación de Dios que se convierte en misión.

Visité la zona poco después de que las excavadoras hubieran realizado un primer intento de demoler la construcción, aún inacabada. Me encontré con una compañera china, que me había conseguido los contactos e iba a ayudarme con algunas traducciones.

Según la parroquia, desde que se comenzó a diseñar el proyecto hacía diez años, intentaban tramitar todos los permisos, pero siempre les habían puesto alguna objeción. Si la edificación era ilegal, la cruz que lo coronaba, de cinco metros de altura, era ya un escándalo para las autoridades. El intento de demolición fue repelido por unos tres mil cristianos de la zona que llegaron a arrodillarse y rezar frente a las máquinas en el momento más

crítico.

A Sanjiang llegamos de noche, a tiempo para registrar algunas imágenes en previsión de lo que pudiera ocurrir al día siguiente. Siempre hay un punto de incertidumbre en las historias más bien volátiles. Y así fue, porque al día siguiente la policía hizo acto de presencia, probablemente alertada por algún chivato que se fijó en ese *laowai* que llevaba una cámara.

La gente de la iglesia me llevó por las instalaciones y pude sacar fotos desde todos los ángulos del edificio, así como de un anexo que servía de residencia para ancianos que no podían valerse por sí mismos. La comida la preparaban en una cocina improvisada en un espacio medio descubierto de esos pasillos inacabados. Por unas escaleras sin barandilla interminables, subí a la azotea, donde me contaron lo difícil que había sido colocar la enorme cruz en lo alto, con grúas y la ayuda de unos cuantos obreros.

—Esta cruz tenemos que protegerla como sea. Sin cruz, ¿en qué vamos a creer? La cruz es un símbolo —sentenció un hombre.

La palabra de Dios se propagaba casi tan rápido como la velocidad de los milagros...

—El día que vinieron a derribar la cruz llegó esta águila para protegernos. Nos la envió Dios —aseguraba otro hombre mientras me enseñaba una foto borrosa de la supuesta aparición divina que había hecho con su móvil.

Me contaron que habían empezado a construir la iglesia cinco años antes porque el anterior templo se les había quedado pequeño. Parecía mentira que esa gran masa de cemento, aún inacabada, estuviera sentenciada sin que, al menos, se intentase reconvertir el espacio con otros usos, para no desaprovechar el dinero gastado. Pero no era un problema de dinero.

A medio recorrido, la policía entró en el recinto interior y me preguntó si podía charlar con nosotros en la cantina. La gente de la iglesia propuso que desayunáramos juntos y allí estuvimos sentados un buen rato, intercambiando impresiones. Creo que no sabían muy bien qué hacer conmigo. Estaba claro que querían pasar informe de mi presencia, y yo los atendí tan amablemente como pude. Me gusta corresponder a quien me trata bien y, como he apuntado anteriormente, salvo algunas excepciones, el trato de la policía china ha sido muy amable las doce o quince veces que me han detenido. En

China nunca me han agredido, aunque no pueden decir lo mismo otros compañeros periodistas. No obstante, incluso en esos casos, difícilmente será un policía uniformado quien practique la violencia contra un extranjero que no muestre una actitud hostil. Sobre todo hay que cuidarse de los matones, de los que nadie se responsabiliza, por lo que no puedes demostrar que los hayan enviado las autoridades o alguien más, ya que siempre podrían haber actuado por iniciativa propia.

En esa situación nuevamente absurda que tantas veces había vivido, los policías intentaban transmitirme la idea de que se trataba de un problema menor. No recuerdo la conversación con exactitud, pero sí que era uno de esos intercambios más bien absurdos en los que te dicen de todo para no decirte nada.

—Pero... ¿Esta construcción es legal? —empecé yo.

—Tienen permiso, pero no el permiso que le corresponde.

—Entonces... es legal pero falta algo.

—Exacto.

—Pero, a ver... esta gente dice que ha intentado tramitar todos los permisos y no lo han conseguido.

—No está claro que los hayan pedido.

—¿Derribarán el edificio?

—Si tiene permisos, no tienen por qué derribarlo.

—¿Y la cruz? ¿Es legal?

—En China hay libertad de culto. Pero la normativa da instrucciones claras.

Continuamos desayunando y me siguieron de cerca durante todo el día, hasta que terminé mi trabajo y nos fuimos de la zona.

Al cabo de pocas semanas, mi ayudante me envió un vídeo. En las imágenes, los arcos apuntados del lateral de la iglesia de Sanjiang temblaban y se despegaban al ritmo del brazo de la máquina de demolición, hasta que caían levantando una gran nube de polvo. Finalmente, el Gobierno había derribado el edificio, como hizo con unas cuantas iglesias más durante esa cruzada contra la proliferación cristiana en Zhejiang.

En China, quienes sufren persecución por motivos religiosos tienen

muchos números de interpretar ese castigo de un modo que en nuestro país puede parecer exagerado. Un extremo provoca el otro y el caso de Sanjiang no era aislado.

En 2008, con una superpoblación de periodistas extranjeros acreditados debido a las olimpiadas, cuatro o cinco equipos de diferentes países coincidimos un domingo por la mañana en una iglesia clandestina de un barrio de inmigrantes de varias provincias chinas, en las afueras de Pekín. El pastor que oficiaba la misa en una sala minúscula, Fan Baolin, nos contó que en menos de seis meses habían cambiado tres veces de casa para huir de sendas persecuciones.

—En la oscuridad es donde hay más almas que buscan la salvación. Por eso los demonios nos tienen miedo. Los demonios quieren apropiarse de cuestiones como los derechos humanos, con apariencia de bondad, para en realidad asustarnos y perseguirnos. Pero no es que los derechos humanos o nuestros gobernantes sean malos en este país, solo son los demonios que están utilizándolos —señalaba Fan con un vocabulario más propio de siglos atrás.

Al pastor le pregunté con especial claridad si estaba dispuesto a que citáramos su nombre. Es importante que los entrevistados que al revelar su nombre quedan expuestos a represalias te lo den por convencimiento. Por mucho que a nosotros nos parezca de sentido común que lo que hacemos puede acabar en manos del Gobierno, no puede haber confusión sobre las posibles consecuencias de hablar para una televisión extranjera.

—Sí, podéis poner mi nombre.

Nos contaron que el Gobierno había intentado convencerlos de que fueran a las misas de la Iglesia oficial, pero no querían. Según ellos, unas semanas antes unos desconocidos habían interrumpido una misa para insultarlos y agredirlos.

—De nada sirvió que llamáramos al 110. La policía nunca llegó.

La mujer que había servido de contacto con la prensa se sinceró.

—Cuando me preguntasteis si podíais entrevistarnos, estaba preocupada por si podría traernos problemas. Tenía miedo de que, si lo llegaba a saber el Gobierno, me acusarían de hablar mal de China con los extranjeros. En

absoluto, yo nunca lo haría. Nací en China y amamos nuestro país y nuestros líderes. Por encima de todo, amamos a Dios.

Ese era precisamente el problema, que Dios no podía estar por encima de la patria, del Partido o de los líderes.

En el capítulo de creencias perseguidas, el caso más extremo probablemente sea el de Falun Gong, también conocida como Falun Dafa, prohibida y perseguida hasta la extenuación. De raíces budistas y taoístas, ha sido vendida en China y en todo el mundo como una espiritualidad alcanzada gracias a la práctica de ejercicios y meditaciones inspirados en el qigong, arte marcial practicado por millones de personas que originalmente no tenía nada ver con este grupo. Según los impulsores de Falun Gong, estos ejercicios promueven la honestidad, la compasión y la tolerancia.

No puedo asegurar, como dice el Gobierno chino, que se trate de una secta, pues en teoría no contempla una organización jerárquica y sus miembros aseguran que pertenecen a ella de forma voluntaria. Pero tampoco voy a ocultar que mis referencias más próximas no son precisamente demasiado positivas.

En los años noventa, a una tía de mi esposa le diagnosticaron un cáncer y se negó a aceptar ningún tratamiento de hospital, convencida de que solo con esos ejercicios que la tenían casi poseída acabaría por curarse. Cuando la familia quiso reaccionar, el cáncer ya era terminal.

Es el caso más cercano, pero no el único del que he tenido conocimiento. Tampoco ayuda la falta de transparencia de la organización ni su capacidad para contrarrestar el aparato propagandístico del Partido Comunista chino, con medios de comunicación propios y una compañía de danza internacional que le garantizan un músculo financiero propio de las grandes organizaciones.

Sea como fuere, la persecución de sus miembros ha sido implacable desde que en 1999 unos 10.000 seguidores acordonaran un recinto gubernamental en el centro de Pekín como protesta por su falta de libertad. Esa muestra de fuerza condujo a una guerra sin cuartel contra ellos. Nunca han podido probarse de forma convincente las acusaciones de tortura o tráfico masivo de órganos de miembros de Falun Gong encarcelados, pero lo que

está claro es que, de un modo u otro, Pekín ha logrado contrarrestar la influencia que en China quizá había llegado a tener, incluida una estrategia de desprestigio que, por ejemplo, lleva a los diplomáticos chinos a llamar a periodistas o responsables de medios de comunicación occidentales cada vez que Falun Gong organiza algún espectáculo o actividad y busca cobertura mediática.

En contra de la visión reduccionista que presenta el espacio religioso en China como un conflicto entre buenos y malos, creo que China es muy permeable a creencias y religiones, incluso con una estructura de poder que actúa con tanto celo. Al igual que Mateo Ricci en su época, cualquier iniciativa que rompa la lógica de poder en China estará condenada a la confrontación y, eventualmente, al fracaso. Pero está claro que, en este sentido, nada ocurrirá si no existe una relación de confianza.

Las señales de acercamiento hacia Pekín dadas por el papa Francisco, que en el verano de 2017 hizo un guiño a Pekín con unas buenas palabras, aparentemente van en esta línea. Está por ver si el Vaticano renunciará a las relaciones con Taiwán, un escollo político en las relaciones de Pekín con cualquier país que no considere la isla «rebelde» como «parte inseparable de China». Pero adoptando una vía dialogante, China podría estar dispuesta, como mínimo, a hablar con la Santa Sede, lo que supondría un paso importante hacia una mayor penetración de esas prédicas.

16

SICHUÁN

La primera noticia que tuve del terremoto de Sichuán del 12 de mayo de 2008 me pasó casi inadvertida. Estaba en Seúl terminando un reportaje sobre Corea para el programa *30 Minuts* y tenía que volver a Pekín al día siguiente.

Releyendo conversaciones guardadas en ese momento en el correo electrónico, compruebo que decía «ha ocurrido en la zona de Aba, poco poblada». Todo llevaba a pensar que sería uno de esos terremotos intensos pero con pocos muertos, previsión que, desgraciadamente, resultó ser del todo inexacta. El seísmo, de 8 grados en la escala Richter, se había extendido a otras muchas ciudades del noroeste de Sichuán. Entonces aún no lo sabíamos, pero se trataba de uno de los peores terremotos de la historia.

Precisamente el aislamiento y la difícil orografía de la zona fueron lo que provocó que los equipos de rescate tardaran mucho tiempo en llegar y hubiera poca información contrastada durante las primeras horas. Hasta la mañana siguiente no vi en las pantallas del aeropuerto coreano de Incheon las primeras imágenes del desastre. Los informativos empezaban a destacar la noticia y, horas más tarde, ya contaban los muertos por miles. Al cabo de unos días, los contaban por decenas de miles.

Como tuve que volver desde otro país y cruzar la frontera, y el aeropuerto más cercano al terremoto estuvo provisionalmente cerrado, perdí unas horas preciosas. Chengdú, la capital provincial de Sichuán, estaba a ochenta

kilómetros de la zona afectada y parecía que no tenía desperfectos importantes. Pero era una incógnita cuándo iban a reabrirlo. Otros periodistas optaron por volar a Chongqing, a cuatro horas y media por carretera.

Mientras Zhang Jialing, o «Xiao Zhang», mi ayudante de esa época, la mejor que nunca haya tenido, iba ordenando información, posibles rutas y logística de cobertura, desde TV3 consiguieron un vuelo de última hora que, con tanta incertidumbre, ni la propia compañía garantizaba que saliera a la hora prevista.

Después de diez horas de espera, ya a la mañana del día siguiente, me planté por fin en el aeropuerto de Chengdú.

Ahí me recibió mi amigo Sun Yu, un publicista al que conocí durante mi primer año en China.

—¿Adónde quieres ir?

—A la zona del terremoto, claro.

—¡La zona es muy grande! Mianyang, Beichuán, Hanwang, Dujiangyán, Wenchuán...

No sabía qué responder.

—¡Dujiangyán! ¡Vayamos a Dujiangyán! —decidió Sun Yu.

Como a millones de chinos entonces, a Sun Yu le movía un impulso muy humano. Quería hacer algo. Mientras las autoridades mostraban síntomas de descoordinación durante las primeras horas después del desastre, la gente se volcó masivamente a intentar ayudar y la carretera resultó más caótica que nunca. Dudas entre la cúpula militar hicieron que se perdiese un tiempo de oro en esas primeras horas críticas, que se eternizaron por la dificultad de acceder a esa zona montañosa. De todo el mundo llegaron ofertas para enviar equipos de rescate, pero Pekín tampoco tenía claro que los necesitara y no los aceptó hasta al cabo de unos días, probablemente porque desconfiaba de un acceso que pudiera comprometer la seguridad nacional.

A medida que nos alejábamos de Chengdú y nos acercábamos a Dujiangyán, el rastro del terremoto iba volviéndose cada vez más visible y dejábamos atrás cada vez más casas derruidas. Mucha gente recuperaba muebles y objetos personales de su interior. Otros trataban de acceder a vehículos atrapados por la caída de techos que habían cedido. La carretera era

un no parar de motos con tres o cuatro personas encima que iban dando saltitos con las sacudidas de un asfalto que, por el temblor de la tierra, ya no era plano, sino ondulado.

Habían pasado dos días desde el terremoto y habíamos perdido un tiempo precioso, pero en todo el mundo apenas empezaban a conocerse los detalles de ese gran desastre. Aún estábamos a tiempo de contarlo.

Por teléfono, Xiao Zhang me confirmó que vendría pronto, que había encontrado vuelo a Chengdú. También había localizado a un conductor no demasiado caro y dispuesto a quedarse con nosotros tantos días como fuera necesario.

Al llegar a Dujiangyán, tuvimos que aparcar justo al principio de la ciudad. El atasco era monumental. Sun Yu me dejó y acordamos que nos reencontraríamos más tarde. Hice a pie el trozo hasta la escuela secundaria Juyuán de Dujiangyán, que se había derrumbado con cientos de alumnos en su interior, justo cuando daban clase.

Solo cuando empecé a pisar libretas de deberes y placas metálicas con el número de aula por un suelo lleno de barro me di cuenta de que era el patio de la escuela. El edificio principal, cincuenta metros más allá, se había convertido en una montaña de escombros, ahora acordonada por el ejército y la policía, que impedían que se acercaran padres y madres impacientes.

El brazo de una gran grúa de construcción iba retirando lentamente bloques de cemento para dar espacio a los soldados, que sacaban con las manos piedras y todo lo que podían al ritmo que la seguridad permitía, para desesperación de los familiares.

Cada vez que los soldados retiraban en camilla un cuerpo, todo el mundo empujaba e intentaba fijarse en algún detalle visible que sobresaliera de la sábana que cubría el cuerpo, como una marca de zapatos o una pulsera en una muñeca, para saber si se trataba de su hijo o hija. Algunos se subían a los pupitres para poder ver mejor qué ocurría. Otros estaban rendidos de cansancio y desolación en las mismas sillas y pupitres que poco antes habían usado los niños.

En otro extremo de la pista habían habilitado una especie de espacio de velatorio, con cuatro palos que sostenían una lona de plástico, que de vez en

cuando algunos vecinos ayudaban a sostener para resguardarse de la lluvia intermitente.

Ahí dejaban, primero, los cuerpos que llegaban en camilla. Luego los equipos médicos tomaban el pulso a las víctimas y, en la mayoría de los casos, certificaban la muerte. Justo después, los familiares encendían un pequeño fuego donde plantaban palos de incienso y quemaban papeles de colores, que simbolizan ropa o dinero para el alma que cruza al más allá. Arrodillada junto al cadáver, una mujer tocaba una manta que cubría unas piernas inmóviles, como si quisiera protegerlo del frío. Los llantos de los familiares quedaban amortiguados cada vez que estallaban tracas de petardos. Según la tradición, alejan los malos espíritus.

Cuando aparecimos algunos periodistas y alguno se atrevió a preguntar algo, los padres explotaron. Impotentes, algunos se quejaban de la lentitud en los trabajos de rescate.

—Ayer no empezaron hasta las ocho. Esta mañana han vuelto a parar durante unas horas.

Otros apuntaban a la mala calidad de la construcción, que había hecho que la escuela, inaugurada hacía veinte años, se derrumbase en muy pocos segundos.

—La construcción es deficiente. ¡Es un proyecto corrupto! —gritaba otro.

De camino a Dujiangyán, Sun Yu ya me había contado que en internet circulaban muchas críticas por el mismo motivo. Había más escuelas que habían caído con facilidad. No era más que el principio de una larga lista de críticas similares que irían diluyéndose con el paso de los días. De hecho, en ese momento, la evidencia de que escuelas y otros edificios públicos no estaban preparados para resistir terremotos mientras que los edificios del Gobierno habían quedado prácticamente intactos, hizo que algunos alcaldes y secretarios locales del Partido llegaran a arrodillarse ante padres de alumnos muertos, una muestra tradicional de extrema disculpa. La imagen la captaron los fotógrafos y enseguida dio la vuelta al mundo. Parecía que acarrearía consecuencias. Finalizados tanto los trabajos de rescate como la atención a los damnificados y, más tarde, la reconstrucción, Pekín admitió defectos en muchas de las construcciones, pero pese a la avalancha de críticas por las

edificaciones demasiado blandas o «construcciones tofu», al final no responsabilizó ni condenó a nadie.

Ese primer día, Sun Yu me llevó de vuelta a Chengdú. En la capital de Sichuán mucha gente prefería dormir en tiendas montadas en la calle por miedo a las réplicas de un seísmo tan fuerte que incluso había hecho temblar los rascacielos de Hong Kong, a 1.400 kilómetros, y Pekín, 1.600 más al norte. Aun así, Chengdú había sufrido pocos desperfectos en comparación con la zona más próxima al epicentro y tenía las comunicaciones intactas.

En televisión, la cobertura de un desastre natural tiene un condicionante añadido a las muchas adversidades que de por sí ya presenta: las dificultades para enviar tu crónica o las imágenes a tu medio. En mi caso, a TV3. Hasta que no encontrara una alternativa, las enviaría por internet desde la habitación del hotel de Chengdú. Era el sistema habitual.

Con la idea de entrar en directo en el informativo, los productores de TV3 me informaron de que habían conseguido localizar una empresa que desplazaba un vehículo de enlace vía satélite. Pero no estaba claro si la empresa tenía los permisos para hacerlo, ni cuánto tardaría el vehículo en llegar o hasta dónde podría llegar.

La idea era acercarme tanto como fuera posible al epicentro, el pueblo de Wenchuán, al que se había tragado la tierra. Compañeros de la prensa escrita, que podían recitar la crónica por teléfono si lo necesitaban, ya se habían ido hacia lugares como Beichuán, la ciudad con más destrozos. Que todos esos corresponsales enviaran sus primeras crónicas desde la zona afectada me añadía urgencia.

Si no podía enviar desde ningún otro lugar que no fuera Chengdú, tendría que calcular muy bien cómo repartía el tiempo. Si cada día tenía que acercarme a la zona afectada y luego volver para enviar el vídeo desde el hotel, cuanto más me alejara de Chengdú más tardaría en volver y, por lo tanto, menos tiempo tendría para grabar durante el día y para enviar a tiempo la crónica para las noticias del mediodía en Cataluña. Si le añadíamos el colapso en las carreteras por la presencia de equipos de emergencia, del ejército, de ciudadanos que se movilizaban de un lugar a otro, de voluntarios, de periodistas y demás, tenía que calcular muy bien hasta qué punto

ampliábamos el radio.

Ya con Xiao Zhang y el conductor, al segundo día nos arriesgamos a ir a Mianyang, con el portaequipajes lleno de botellas de agua, barras energéticas y mascarillas.

En Mianyang, en unas dependencias del Gobierno regional donde a duras penas daban abasto, tramitamos un permiso de rodaje y un segundo permiso para que el vehículo pudiera circular por la zona de emergencia.

El polideportivo de Mianyang se había convertido en un inmenso centro de atención a los damnificados. Los paneles informativos del exterior estaban llenos de listas de muertos y supervivientes que iban actualizando a cada recuento y que familiares desconcertados repasaban desesperados con los dedos. Por todas partes había tiendas azules con el carácter *zai*, «desastre», que alojaban desde equipos médicos que habían acudido a ayudar para poner inyecciones o prescribir medicamentos hasta quienes repartían víveres o ropa. Las compañías de teléfono habían habilitado centros de recarga de teléfonos móviles. Empresas y asociaciones de todo el país movilizaron a sus afiliados para ayudar en todo lo que pudiesen. Facilitaban vehículos, se ofrecían para cargar material en camiones de reparto a la población afectada, participaban espontáneamente en la logística de emergencia... El terremoto de Sichuán provocó una modélica reacción de una sociedad civil que de pronto parecía recuperar la solidaridad que yo tanto echaba de menos en otras ocasiones. La gente fue sensible al sufrimiento de la población afectada y, también, muy consciente de su capacidad organizativa como complemento del aparato del Partido y del Estado.

El móvil sonó y en la pantallita apareció un teléfono de TV3 con el +34 delante.

—Sergi, el directo será desde un lugar que se llama Hanwang. H, A, N, W, A, N, G. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

En el primer control policial que llevaba a Hanwang, el permiso que habíamos tramitado en Mianyang para circular por la zona afectada no nos sirvió de nada. Era la primera vez que los agentes veían un documento como ese. Nadie les había dicho nada de ese tipo de permiso. Discutir con ellos fue

inútil. Tuvimos que recorrer el trozo hasta Hanwang por carreteras secundarias. Con atascos, carreteras cortadas y controles, perdíamos una eternidad de tiempo siempre que intentábamos ir de un sitio a otro, pero al final conseguimos entrar.

De entre las muchas imágenes icónicas que el terremoto había dejado, una que recuerdo con viveza es la de la torre del reloj en el centro de Hanwang. Esa estructura sí había resistido la sacudida y seguía intacta. Las agujas se habían detenido a la hora exacta del desastre: las dos y veintiocho minutos.

Graba que grabarás, enseguida se hizo de noche. Pero aún tuve tiempo de encontrarme con dos jóvenes que llevaban un cuerpo cubierto con una sábana en una especie de carretilla.

—¿Quién es? —pregunté.

—Mi padre.

—¿Adónde lo lleváis?

—No encontramos donde enterrarlo. Ahora vamos a ver si el Gobierno puede encargarse.

Desde Hanwang hicimos la mayoría de las conexiones en directo que vieron los espectadores de TV3. Unos enlaces que, por la diferencia horaria entre China y Europa, siempre eran de noche. Hacia las 21.30 horas para el informativo de mediodía y entre las tres y las cuatro de la mañana para poder entrar en el informativo de la noche.

Esa primera noche llegamos al punto de directo con suficiente tiempo para montar y enviar el vídeo del día. El coche servía de transporte, pero también de oficina y de habitación. Faltaban un par de horas para entrar en directo y decidimos descansar. Además del viaje a Sichuán, yo llevaba dos semanas ininterrumpidas de rodaje entre Corea del Norte y Corea del Sur, y notaba el cansancio.

El conductor y Xiao Zhang, delante, reclinaron sus asientos hacia atrás. Yo me tumbé en los asientos traseros. En el exterior, las máquinas también habían hecho una pausa y el silencio solo se rompía, de vez en cuando, por el estallido de las tracas. Cada sonido de petardos era un muerto más de una cifra que al día siguiente habría crecido unos cuantos miles más.

En medio de la oscuridad, una alarma mental se activó en alguna parte responsable de mi cerebro para rescatarme de un sueño profundo. Los tres, retorcidos en los espacios que permitía ese Volkswagen Jetta, nos habíamos quedado en estado semiletárgico. Me levanté de un salto y me puse la mano en el bolsillo. El móvil tenía varias llamadas perdidas que no había oído porque lo tenía silenciado. Mientras intentaba abrocharme los zapatos y ponerme bien la ropa para salir del coche, el aparato volvió a sonar. Descolgué.

—Sergi, ¿dónde estabas? Hace rato que te llamamos. Faltan dos minutos para entrar en directo —me dijo una voz desesperada.

—Estoy aquí, estoy aquí... —respondí con una voz ronca mal disimulada en un intento de suavizarla para transmitir tranquilidad.

A cuatro pasos, los de la productora de televisión iban despachando a periodistas de todo el mundo que desfilaban por ahí.

—*Hey, here you are! Are you ready?*

—*Yes, no problem* —respondí, mientras me colgaba el auricular del retorno en la oreja y me colocaba en el punto de directo para que me acabasen de iluminar y enfocar—. No os preocupéis —dije por el teléfono, sin tener muy claro qué diría durante la conexión. No me había preparado nada.

En alguna pantalla del control de realización de TV3, apareció mi imagen.

—¡Ya te vemos! De acuerdo, cuelgo. ¡Entras enseguida! —oí por el auricular.

Levanté el dedo pulgar mirando a cámara para que los del control de realización supieran que había entendido lo que me decían. Señalé el auricular para que llamaran y establecieran el audio-retorno de TV3, que permite recibir instrucciones y a la vez escuchar las preguntas que los presentadores te hacen en directo.

—Venga, te dejamos oír el informativo. Recuerda que hay retorno.

Lo que en argot televisivo llamamos «retorno» son esos cinco o diez segundos que tarda un reportero en responder a la pregunta de un presentador, y que da lugar a un silencio muy incómodo entretanto. Se

produce porque la señal sale del punto de conexión hacia el satélite y luego tiene que volver a la Tierra. En algunos casos, puede llegar a rebotar en diferentes puntos del planeta un par de veces hasta llegar a su destino.

Mientras los presentadores del informativo acababan de cantar los titulares del día, repasé mentalmente todo lo que había vivido durante las últimas horas. Cerré un instante los ojos y respiré profundamente para que no se me notara demasiado, hasta que oí la orden...

—¡Hablando! —gritaron desde realización.

Como no me había preparado nada, expliqué lo primero que me vino a la cabeza. No fue una conexión informativamente brillante. Quizá fueran solo dos minutos de actualidad, pero el trabajo de coordinación de todo un equipo nos había permitido salir en directo desde la zona afectada junto a otras grandes televisiones internacionales. Es importante contarlo: no es fácil y no sería posible sin la implicación de todo el mundo que participa en el proceso. En el caso de TV3, me sentía privilegiado de tener el apoyo de profesionales tan competentes. Como en tantas otras ocasiones de coberturas que realizan tantos compañeros, conseguirlo hace que todo haya valido la pena.

El esfuerzo de concentración y la subida de adrenalina que supone entrar en directo obligan al cuerpo y la mente a dejar que vuelva a bajar durante los quince o veinte minutos posteriores. Es lo que ocurre en conexiones que sabes que son de especial trascendencia. Pero eso no evitó que volviera directamente al calor del coche, donde el conductor, Xiao Zhang y yo aprovechamos las pocas horas de sueño que nos quedaban antes de comenzar una nueva jornada. Estábamos realmente agotados. Nadie se quejó de ese olor intenso que ya empezaba a impregnarlo todo, el hedor de los cuerpos en descomposición.

A la mañana siguiente, lo que me despertó no fue ninguna alarma mental, sino el ruido de las botas de marcha de un grupo de militares que acababan de pasar al lado del coche. *Wei Renmin fuwu*, «servir al pueblo», es la frase que desde su creación ha acompañado al Ejército Popular de Liberación. En el caso de Sichuán, doy fe de que así fue. Quizá no se movilizaran con suficiente rapidez, pero cuando finalmente el ejército chino desplazó a decenas de miles de soldados, su atención a los damnificados fue ejemplar.

Desde Hanwang fuimos cubriendo la zona como podíamos e íbamos durmiendo donde podíamos. Encontrar alojamiento era complicado, no solo porque todo el mundo buscaba lo mismo, sino porque la mayoría de los edificios que aún quedaban en pie tenían grietas. Teníamos ganas de dormir en una cama normal, y finalmente encontramos una especie de hostel donde nos alojamos una noche. Además, tenían conexión a internet. Lenta, pero suficiente para conocer más detalles del terremoto y enviar algunas imágenes.

Dormir ahí dentro fue una imprudencia. Un año más tarde, durante la cobertura de otro desastre en Sumatra (Indonesia), gente de Médicos Sin Fronteras nos contó que el protocolo les prohibía dormir entre cuatro paredes en zonas afectadas por un terremoto, por la falta de garantías de que el edificio no caiga con una réplica. A veces son igual o más peligrosas que los terremotos, porque actúan sobre lo que ya se ha agrietado.

Durante esa intensa semana en Sichuán, de todo lo que vivimos nada me impactó tanto como lo que vi en Beichuán. La mayoría de las aproximadamente 90.000 víctimas, entre muertos y desaparecidos, del gran terremoto de Sichuán eran de esta ciudad próxima al epicentro.

Los accesos por carretera estaban tan dañados que, cuando aún faltaban unos cuantos kilómetros para llegar a Beichuán, tuvimos que dejar el vehículo y seguir a pie. Los campos agrícolas habían ido llenándose paulatinamente de coches particulares, vehículos de emergencia y tiendas de vecinos reagrupados tras el caos del primer día. Necesitaban cobijo y alejarse de una Beichuán que había quedado llena de muertos.

Caminando sin pausa, necesitabas media hora hasta llegar a lo que quedaba de Beichuán. Los deslizamientos se habían comido tramos de la carretera. Rocas gigantes del tamaño de un camión grande habían rodado montaña abajo y ahora bloqueaban el paso. A traición, el destino había hecho que algunos de esos bloques de piedra se empotraran contra coches o edificios en el momento en el que la gente intentaba huir.

Uno de los primeros en llegar a Beichuán fue el videoperiodista madrileño Diego Herrero, que consiguió acceder a la ciudad el día después del terremoto con un equipo de la televisión finlandesa YLE. Aún en medio de un inmenso desconcierto, en un control de acceso a Beichuán la policía los

detuvo. Él se escondió y, tras un momento de confusión, vio que se llevaban en un vehículo a dos compañeras finlandesas y a la traductora china. Cuando vio la oportunidad, se alejó para adentrarse en el infierno de Beichuán.

Ya en medio de los escombros, estaba grabando las piernas de un cadáver que sobresalían de los escombros cuando oyó una vocecita.

—¿Hay alguien? —dijeron las piernas.

¡Esa persona aún estaba viva! Se agachó y empezó a excavar con las manos un rincón de arena, que enseguida cedió y creó un agujero hacia una especie de cueva que se había formado entre las piedras y las paredes del edificio.

Ahí dentro estaba un chico. Había quedado boca abajo, con medio cuerpo ahí metido y las piernas en el exterior. Le contó que era un camarero. Había intentado huir del restaurante donde trabajaba pero no tuvo tiempo. Herrero le reclinó la cabeza y le dio un poco de agua de una botellita que llevaba. El riego sanguíneo se le acumulaba en la cabeza. No podría estar así mucho tiempo. Intentó mover algunos bloques de cemento y piedras, pero era inútil.

—Espérate, que voy a pedir ayuda —le dijo Herrero al chico.

Cuando se puso a buscar desesperadamente a alguien que pudiera ayudarlo, de repente se encontró con otra chica, que también estaba atrapada entre las paredes de lo que había sido una casa. Estaba calmada, pero tenía el brazo completamente aplastado por un muro caído.

Se le acumulaba el trabajo. Salió de ahí con la intención de encontrar a alguien que pudiera ayudarlo cuando, de repente, apareció un pequeño destacamento de militares que probablemente habían llegado en helicóptero. Estaban desbordados, pero accedieron a acompañarlo. Llevaban herramientas como sierras eléctricas, cuerdas y palos para apuntalar. Al localizar a la chica, y con la ayuda de Herrero, lograron amputarle el brazo y la sacaron en camilla.

Herrero les rogó que atendieran al camarero atrapado en el restaurante y el militar de mayor rango accedió. Al llegar al punto donde estaba atrapado el chico, estudiaron la situación un buen rato, pero acabaron resignándose. Con esas herramientas era imposible mover aquella masa de cemento y piedra que había quedado inclinada y medio enterrada en el inestable terreno de

Beichuán. Tenían que pensar más con la cabeza que con el corazón. Sus órdenes eran atender primero a quienes aún podían salvarse. Su prioridad era una escuela que estaba cerca de ahí, de cuyo interior se habían oído gritos de ayuda de los alumnos.

Mientras los militares se alejaban, volvió a acercarse al chico y le dijo que buscaría ayuda. Dos horas después, encontró a un equipo de bomberos a los que llevó hasta ese punto. Era de noche, y ahí los dejó, con una brizna de esperanza de que pudieran terminar rescatándolo. Había estado ahí todo el día, no tenía donde dormir ni provisiones. Había ayudado tanto como había podido. Ahora tocaba contarle. Tenía que volver y reunirse con su equipo.

Cuando meses después volvió a la zona, supo, después de realizar una larga y compleja investigación con la ayuda de unos estudiantes universitarios, que el chico murió antes de que ninguna grúa pudiese entrar en ese terreno de acceso imposible y que, cuando finalmente sacaron el cuerpo, lo lanzaron a una fosa común. Las fosas no eran una solución deseada, pero el riesgo de epidemias era demasiado alto. La chica a la que habían sacado en camilla también falleció al cabo de poco. Sin un quirófano ni un entorno higiénico seguro para atenderla a tiempo, la amputación, aunque necesaria para sacarla de ahí, había sido fatal.

Al cabo de unas semanas, a la periodista que firmó esa historia, pero que no había podido entrar en Beichuán, le concedieron un premio nacional de periodismo por las imágenes que Herrero había grabado. Años más tarde, le dieron un cargo destacado en el departamento de comunicación del Gobierno. A Diego Herrero no le dieron ningún premio. Solo hizo su trabajo y lo que entonces hicieron miles de personas: intentar ayudar.

Los grandes terremotos pueden matar a mucha gente, pero también dejan algo peor, que son todas estas situaciones en las que alguien aún no está muerto pero sabe que probablemente morirá si no se produce un milagro. Bien porque se salvó gracias a una bolsa de aire que se agotará con los días. Bien porque le faltará agua y morirá deshidratado. Bien porque con las heridas graves acabará desangrándose. Bien porque se ha quedado tan atrapado que nadie oirá nunca sus gritos de ayuda.

Cuando empecé a bajar, la carretera en Beichuán serpenteaba montaña

abajo y se perdía en esos tramos en los que se la había tragado la tierra. Desde algunos puntos del recorrido podía contemplarse la dimensión de la catástrofe. Era como si hubieran sacudido el paisaje con la misma facilidad con la que se sacude el mantel de una mesa. En el núcleo urbano de Beichuán no quedaba ningún ángulo recto.

Asfalto agrietado, rocas esparcidas y árboles inclinados iban marcando el camino por esa procesión descendiente de equipos de rescate, médicos, soldados y periodistas. Solo la gente de la zona recorría el camino en ambos sentidos, hacia arriba y hacia abajo.

—Mascarilla. Pónganse mascarilla —avisó un vecino que subía en sentido contrario al nuestro.

Con las primeras casas, el hedor de los muertos fue volviéndose cada vez más intenso. Enfermeras y médicas destaparon unos recipientes de un bálsamo que se aplicaron alrededor de la nariz. Enseguida se volvieron a ajustar las mascarillas para que no quedara ningún resquicio de aire. Xiao Zhang les pidió un poco del ungüento y ellas le dieron todo un recipiente. A continuación hicimos lo mismo, nos embadurnamos la parte inferior de la nariz.

Delante de una fábrica, una plaza servía de mortuorio, con dos bomberos que justo en ese momento dejaban caer un nuevo cadáver junto a toda una hilera. Ese día acabé perdiendo la cuenta del número de cuerpos que había visto.

Cerca de allí, la escuela de Beichuán parecía el escenario de una película de ciencia ficción. Al ceder los pilares del edificio, las plantas se habían amontonado una sobre otra.

No se veía a los que habían quedado atrapados en el interior y que los bomberos aún esperaban rescatar. Habían llegado bomberos de toda China y también de otros países. Se repartían la búsqueda ahí donde los perros alertaban de que había supervivientes. Una vez, el jefe de un equipo de la Cruz Roja suiza me contó que llevan los perros a los extremos de los edificios caídos para que olfateen las rendijas entre las plantas de hormigón amontonadas. Por ese hilo de aire es como pueden llegar a detectar la respiración de supervivientes y ayudar a los equipos de rescate a localizar a

las personas por pisos, aunque hayan quedado unos encima de otros.

Constantemente aparecían los cadáveres de los que quizá intentaran huir sin éxito. Era terrible. Podías imaginarte la angustia que debían haber sentido.

Cuando quise grabar las imágenes de un alumno con medio cuerpo atrapado y medio cuerpo y brazos fuera, al que se le veía perfectamente la cara hinchada y morada, no pude sostener la cámara más de dos segundos. Quería dar testimonio, pero, pese al filtro que interponía el objetivo, era demasiado macabro. Era una falta de respeto. Me reprendí a mí mismo con un taco por haberlo intentado.

Habían pasado ya cuatro días desde el desastre y se desvanecían las esperanzas de encontrar supervivientes. Pero algunos padres iban a mantenerlas intactas hasta que la búsqueda se diera oficialmente por concluida. De hecho, se encontraron supervivientes incluso más de una semana después del gran seísmo.

Ya en pleno casco urbano de Beichuán, la vía principal seguía hasta el centro de la ciudad y un desvío conducía al otro lado del río. A ambos lados quedaban pocos edificios enteros. Cuanto más avanzábamos, más devastación.

Continuamos hacia el centro del pueblo, pero tuvimos que parar al comprobar que, para avanzar, teníamos que meternos por una rendija entre dos edificios que se aguantaban el uno al otro de tan inclinados que estaban. Era demasiado peligroso.

—Xiao Zhang, yo sigo adelante. Tú quédate aquí.

—¿Seguro?

—Si te pasara algo, tus padres nunca me lo perdonarían —le dije con una sonrisa.

—De acuerdo. ¿Tienes agua?

—Sí, en la mochila. Agua, barritas de chocolate, mascarillas... —repasé—. Nos encontramos aquí dentro de una o dos horas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Te esperaré por aquí.

A partir de ese punto, era prácticamente imposible seguir el recorrido original de las calles, ahora bloqueadas por la caída de edificios enteros, la mayoría de más de diez plantas. La vida se había paralizado en Beichuán, con

coches que seguían en el mismo sitio donde todo había sucedido y cuerpos aquí y allá.

El hedor se volvió mucho más intenso al llegar a un mercado. Ahí parecía que los muertos reprodujeran inmóviles una escena cotidiana de un día cualquiera. Entré para grabar. Una vendedora tenía la cabeza inclinada hacia atrás y, al pasar por su lado, revolotearon las moscas. La fetidez era insoportable. La fruta y otros alimentos se pudrían. La estructura metálica del mercado seguía más o menos intacta y me preguntaba qué había matado exactamente a esa mujer y otras dos personas a las que parecía que no les hubiera quedado tiempo para atender al último cliente. Quizá había sido algún cable u objeto de todos los que había esparcidos por ahí y que debían haber volado caóticamente durante casi dos minutos.

Al cabo de medio año, cuando volví por primera vez a Beichuán después de todo aquello, vi una foto de cómo se habían levantado las baldosas del suelo, a más de dos metros de altura, como si alguien las elevara por arte de magia. La sacudida había sido de una fuerza extraordinaria.

Salí del mercado tan rápido como había entrado y hablé con un hombre que pasaba por ahí.

—¿Es de Beichuán?

—Sí.

—¿Qué hace aquí?

—Espero que vengan los equipos de rescate. Por mi mujer, que se ha quedado atrapada.

—¿Sigue viva?

—No... Está ahí —el hombre señaló un agujero de medio metro de diámetro por donde se veía una bolsa de aire y la cabeza de la mujer, inmóvil.

Me quedé helado. Lo único que el hombre quería era sacarla de ahí para que descansara en paz.

—¿No vendrán?

—Dicen que ahora buscan supervivientes.

—¿Ha muerto mucha gente?

—Todo está lleno de cuerpos.

—Sí, he visto los del mercado.

—Están por todas partes. Mire este... —de repente, retiró una puerta que habían colocado en el suelo, en medio del camino que permitía avanzar por la montaña de escombros. Debajo apareció un cadáver con la cara descubierta que parecía que sostuviera el peso de la puerta con las manos. Aparté la vista al instante—. Y este... —retiró una lona de plástico y apareció otro cuerpo—. Y ahí hay más.

Un escalofrío me recorrió el espinazo. El hedor de cadáver empezaba a metérseme por las paredes interiores de la nariz y el ungüento que nos había dado el equipo médico empezaba a perder efecto. Le deseé suerte al hombre y seguí montaña de escombros arriba, donde encontré a unos bomberos de la provincia de Jiangsu.

Esos bomberos acababan de llegar. Tenían el uniforme limpio. La lluvia intermitente, el barro y las horas de trabajo contrarreloj en medio de los escombros no tardarían en manchárselos.

A esa zona solo podía accederse a pie. Sin grúas ni vehículos, el silencio era inquietante. Beichuán era, todo él, un gran sepulcro que enterró a miles de cuerpos que nunca pudieron recuperarse. Las conversaciones con *walkie-talkie* entre diferentes equipos de rescate se confundían con el paso esporádico de helicópteros militares.

Estuve un buen rato con ellos hasta que calculé que ya debía hacer rato que Xiao Zhang me esperaba. Lo más prudente era salir de Beichuán con algunas horas de margen, ya que para volver a Hanwang, donde teníamos el enlace, probablemente necesitaríamos tiempo.

Llevaba buen calzado y me movía con relativa facilidad entre los escombros. Pero también iba con cuidado para no clavarme ningún hierro. Uno de los principales riesgos en zonas de desastres naturales son los cortes, las infecciones y el contagio de epidemias por el elevado número de víctimas.

Cuando finalmente esquivé el paso donde se encontraban los dos edificios inclinados, me sentí aliviado. Y aún más cuando vi que Xiao Zhang se había portado bien y ahí seguía. Le pedí que cogiera la cámara para grabar mi *stand-up*, ya que habíamos dejado el trípode en el coche.

Pulsó el botón rojo y, cuando apenas hacía unos segundos que había empezado a hablar mirando a cámara, un militar pasó por nuestro lado y

empezó a gritarnos.

—¡Corred!

—¿Eh? —no entendía nada.

—¡La presa está a punto de desbordarse! —gritó el militar.

Sin prácticamente darnos cuenta, de repente todo el mundo corría como un poseso hacia las zonas más elevadas. El terremoto había alterado el curso del río y el agua se había acumulado en diferentes tramos formando lagos o embalses que, de tanta presión, estaban a punto de ceder.

El paso de los helicópteros se intensificó. La riada de gente que corría montaña arriba para ganar altura gritaba a la vez que perdía el aliento. Me imaginé, como si fuera a cámara lenta, que el agua de esos pantanos estaba bajando muy cerca de la otra punta de Beichuán y que nos arrastraría a todos, ahogándonos, hacia dentro de lo que quedaba de la ciudad.

Mirando a cámara, improvisé y dije lo que veía: «Parece que nos piden que desalojemos la zona...». Di por bueno el *stand-up*, le cogí la cámara a Xiao Zhang e hicimos caso al militar, que seguía pidiendo a todo el mundo que se fuera tan rápido como pudiera. Unos cien metros más arriba, me detuve un momento para sacar más imágenes y le dije a Xiao Zhang que no me esperara, que siguiera corriendo. Un soldado llevaba a una anciana a hombros. También estaban sacando a los perros de los equipos de rescate. Personal médico, vecinos, periodistas... Todo el mundo corría, sin excepción. Parecía mentira que la gente que hacía tan solo unos días había sufrido un terremoto tuviera que revivir momentos de tanta desesperación.

Intenté buscar a Xiao Zhang en medio de toda esa multitud desbocada, pero no había manera. La había perdido. Empecé a preocuparme. Quizá había caído. Dudé un momento si debía bajar y rehacer el camino, pero pensé que, incluso si había tenido algún tropiezo, alguien la habría ayudado. No las tenía todas conmigo.

Me detenía cuando podía para sacar unos segundos más de imágenes desde diferentes ángulos y también para recuperar fuerzas. Estaba cansado y me costaba recuperar el aire. Cogí un atajo por un barranco fangoso por el que todo el mundo resbalaba cada vez que intentaba pasar, como un soldado que sostenía una especie de estandarte.

Adelanté a dos soldados más que aguantaban a un tercero para ayudarlo a caminar y, cuando me disponía a grabarlos, el cojo se deshizo de los otros para caminar solo. Supongo que no debía querer mostrar debilidad frente a un periodista occidental. Enseguida le dije que no grababa, que no pretendía mostrar la debilidad, sino el hecho de que estuvieran ayudándose. Me supo mal que pensarán que quería dejarlos mal. Pero no era momento para conversaciones, sino de huir de ahí como fuera.

Cuando llegamos a cierta altura, la gente empezó a relajarse y aminorar el paso. Hasta mucho más allá de la carretera, en la explanada donde habíamos dejado el coche, no me reencontré con Xiao Zhang. Ambos estábamos aliviados, pero el corazón todavía latía muy fuerte.

Al cabo de unas horas, volvíamos a entrar en directo.

—...huían corriendo de la población de Beichuán cuando las autoridades han empezado a aconsejar evacuar la zona. Sergi Vicente no está ahora en Beichuán, sino en Hanwang, donde le preguntamos, Sergi, si también hay riesgo de inundación —me preguntaba en directo Joan Carles Peris, entonces presentador del informativo, cuando mi imagen apareció por el *videowall*.

En esa conexión describí lo que habíamos vivido y expliqué que el riesgo de inundación se extendía por toda el área afectada. Si esos lagos acababan cediendo, el agua inundaría toda la zona y se acabarían las opciones de encontrar con vida a más supervivientes, que morirían ahogados. Acabé la conexión contando que, por prudencia, nos alejaríamos del lugar. Explicarlo en vivo fue transformándome el gesto, claramente de preocupación en el momento de despedir la conexión.

Si todo ese tiempo en China me ha pasado en *fast forward*, a cámara rápida, en el caso de la cobertura del terremoto de Sichuán es como si parte de las imágenes se hubieran borrado para reducir la insoportable carga emocional que me comportó. A mí y a todos los que allí estuvimos.

No es casualidad, por ejemplo, que el Club de Corresponsales de Prensa de China facilitara ayuda psicológica para los que volvían «tocados» de Sichuán.

Cuando finalmente llegué a Pekín, todo me pareció extrañamente en orden. Ya en casa, intenté responder con normalidad cada vez que Wang Can

intentaba darme conversación. Solo podía articular monosílabos. Esa noche nos metimos en la cama e intenté cerrar los ojos. Estaba agotado. Al cabo de un rato, los muertos me llamaron en sueños y empecé a hablar sin sentido. Las pesadillas me despertaron y me levanté intentando apartar de mi mente los fantasmas de Sichuán. Cuando ella me vio y se acercó, un llanto estrangulado me salió de las entrañas y las lágrimas me rodaron por las mejillas. Me abrazó y me tocó la cabeza, como si fuera un niño que tiene miedo de la oscuridad. Cuando me calmé, volvimos a dormir.

A la zona afectada volví dos o tres veces más para seguir los trabajos de reconstrucción y las efemérides de esa herida aún reciente.

Cuando los padres de escolares fallecidos superaron el luto y comenzaron a organizarse, las autoridades locales acabaron amenazándolos. El tiempo lo había relativizado todo. Ahora eran una molestia. En una ocasión me encontré con uno de ellos y nos vinieron a recibir unos matones adolescentes que estaba claro que buscaban pelea y que venían por encargo de algún político corrupto con algo que ocultar. Cuando apareció la policía, entre unos y otros consiguieron que ese padre desapareciera asustado, mientras que a mí y al adolescente nos llevaron a comisaría.

—¿Cuánto dinero te pagan? —le pregunté al adolescente, claramente indignado, frente al policía que en comisaría nos tomaba declaración.

Al cabo de un tiempo, el artista y activista Ai Weiwei me enseñó en su estudio las listas de escolares fallecidos en ese desastre. Según su recuento sobre el terreno, más de cinco mil niños habían muerto después de que siete mil aulas quedaran destruidas. Cuando publicó en internet el resultado de su investigación, Pekín le cerró el blog. Eso sí, Beichuán es hoy un museo del terremoto y un gran cementerio donde se realizan todo tipo de homenajes.

En Sichuan murió mucha gente, pero también conciencias e ilusiones... Feng Xiang, a quien habían nombrado jefe de propaganda de Beichuán, nos acompañó meses después del terremoto. Con él seguimos el rastro psicológico del desastre y cómo la población intentaba recuperar la normalidad.

A Feng le pregunté cómo lo lograban. Él mismo perdió a su hijo, ese fatídico 12 de mayo de 2008. Me decía que era duro, pero que lo único que

podía hacer era mirar hacia delante. Recuerdo su tarjeta personal. Tenía los datos personales inclinados, en diagonal, como si el terremoto también hubiera hecho que se tambalearan. Ese día Feng nos prometió que nos ayudaría con los permisos la próxima vez que fuéramos.

En abril de 2009, Xiao Zhang me envió un mensaje: «Feng Xiang se ha suicidado». No era el primer funcionario que lo hacía.

Por un momento, los fantasmas de Sichuán volvieron a visitarme. Horas antes de irse, Feng había escrito:

Si alguna vez muriera, hijo, sería lo más feliz,
estaría contigo para siempre.
Tras perderte, a tu padre no le queda futuro,
nada que pueda anhelar.

TIANANMÉN

Tengo grabada en la memoria la primera visita a Tiananmén, la Puerta de la Paz Celestial. La ciudad de Pekín puede impresionarte en mayor o menor medida, por dimensión y superpoblación, pero Tiananmén desprende una fuerte energía que la vuelve especial, como también ocurre con otros lugares del mundo cargados de historia y de simbolismo, como la plaza Kim Il-sung de Pyongyang o la Puerta de Brandeburgo de Berlín. Había esperado meses para verla con calma. Debí decirme «por fin» o «ya puedes decir que has estado». Con los años acabaría viéndola decenas de veces, pero ninguna fue tan magnética como la primera.

Me quedé delante del retrato de Mao un buen rato. Me llevó el hermano de una conocida, que en esa primera escapada a la capital me hacía de anfitrión. Hacía medio siglo, desde el balcón de ese edificio, el «gran timonel» se había dirigido al pueblo en la proclamación de la República Popular de China. Y, mucho más atrás en el tiempo, esa había sido la puerta de acceso a la «Ciudad Prohibida», calificativo que, por cierto, los chinos dejaron de utilizar por el más actual «Antiguo Palacio Imperial».

Interrogué a mi guía sobre Mao coronando la Puerta, el mausoleo del líder chino en medio de la plaza, la Ciudad Imperial al norte, el Gran Palacio del Pueblo al oeste... pero, al subirme a la parte visitable de ese edificio y contemplar todo el escenario, lo que más fuerza tomó fue mi memoria

televisiva. La plaza evocaba, sobre todo, un capítulo de la historia reciente: la revuelta de Tiananmén de 1989. Aunque en 1989 yo no fuera más que un adolescente de trece años preocupado por muchas otras cosas antes que China....

—¿Por aquí es por donde pasaron los tanques?

Mi interlocutor primero sonrió como si no entendiera nada. Señalé la avenida de la Paz Eterna (Chang'an Jie), la que cruza de este a oeste Tiananmén, e insistí:

—Sí, el hombre que paró el tanque. ¿Sabes?

Pero él siguió confuso y cambió de tema. Quizá sabía de qué le hablaba y no quería meterse en líos. Quizá no me entendía. Quizá, sencillamente, no sabía a qué se refería ese extranjero y prefería continuar así.

Explica Zhao Ziyang en sus memorias que Deng Xiaoping contemplaba, además de la apertura económica, también la apertura política. Decía Zhao que el pequeño timonel consideraba que una acabaría acompañando o provocando la otra. Quien fuera secretario general del Partido Comunista chino a finales de los años ochenta representaba el ala más reformista del poder. Fue Zhao Ziyang quien, altavoz en mano y rodeado de estudiantes, probó de pacificar los ánimos de los manifestantes que se habían plantado en el corazón político del país, con la intención de encontrar una salida negociada que pusiera fin a semanas de parálisis. Un momento crítico que inmortalizó la televisión y que, casi treinta años después, parece más bien un espejismo.

Para los que vivieron la revuelta de Tiananmén y, sobre todo, los años de debate intelectual que la precedieron y propiciaron, fue una oportunidad perdida. Explican que las universidades hervían de ideas y debates que, solo una década antes, habría sido difícil y temerario plantear en un entorno como el universitario. China empezaba a abrirse al mundo y, mientras tanto, el mundo cambiaba muy deprisa. Desde las aulas, los estudiantes pedían una versión china de la *glasnost* que Gorbachov había activado desde Moscú. Pekín y otras ciudades chinas eran especialmente permeables al intercambio político e intelectual que superaba la dualidad de la guerra de bloques y que fascinaba a una generación de jóvenes de un país que acababa de romper su

aislamiento histórico. Desde el punto de vista de las ideas, fue una etapa dorada que hoy muchos recuerdan con nostalgia.

Si, en las universidades, maestros y alumnos estaban desacomplejándose con nuevas influencias filosóficas y literarias o con nuevas teorías políticas y económicas, el resto del pueblo también se dejaba ir. La reforma y apertura impulsada por Deng Xiaoping había sido celebrada primero, pero criticada tan pronto llegó una crisis inflacionista y se hizo patente que las reformas facilitaban una corrupción rampante. A los estudiantes se sumaron obreros y ciudadanos de todo tipo que creían que tenían algo que debatir o reclamar. Era un momento en el que se evidenciaban ya claras diferencias de clase o, mejor dicho, de privilegio. Algunos se autoproclamaban líderes de la protesta tan pronto como llegaban a las estaciones de tren desde todo el país, para sorpresa de quienes más o menos eran reconocidos como tales, como Wang Dan, Wu'er Kaixi o Chai Ling. Todo el mundo quería dar su opinión.

El contexto internacional era importante, pero, junto a quienes salieron a la calle para pedir una China democrática por la vía rápida —la misma que se precipitaba en la Unión Soviética—, la gran mayoría de los manifestantes canalizaban con esas protestas su descontento acumulado durante años de incertidumbres. Para muchos de ellos, exigir reformas no necesariamente equivalía a pedir la desaparición o sustitución del Partido, como siempre explica Eugeni Bregolat, que vivió el episodio ahí mismo, durante su primera misión como embajador de España en la capital china.

Era el tipo de planteamientos que, en debates internos en la cúpula del Partido, defendieron Zhao Ziyang y su predecesor como secretario general, Hu Yaobang, cuya muerte sirvió de detonante de la protesta de 1989, con unas primeras reclamaciones ciudadanas dirigidas a que se impulsara su ideario reformista. Los reformistas defendían que se rompiera la asociación del Partido con el control de todas las esferas de poder y también eran especialmente críticos con la corrupción.

El funeral de Hu se tradujo en una primera ocupación de la plaza importante, pero tímida en comparación con lo que vendría. La visita oficial del líder soviético, Mijaíl Gorbachov, acompañado de una numerosa delegación de periodistas extranjeros, multiplicó el impacto de la protesta.

Hasta que se desbordó.

En su momento álgido, la protesta sumaba decenas o cientos de miles. Como recuerdan los periodistas que fueron testigos de la primavera de Pekín —de Rafael Poch para *La Vanguardia* a Vicent Partal para TVE y Francesc Escribano para TV3, por citar algunos de los que he conocido—, en la calle imperaba la confusión y cierta celebración del caos de una población muy joven. Esa céntrica plaza simbolizaba una esperanza genérica de un país mejor. Pero la aspiración y el camino que debían seguirse eran demasiado inconcretos y dispersas eran las voces de quienes los representaban. De hecho, en la plaza incluso se respetaba la simbología comunista. Las críticas se dirigían más al Gobierno que al sistema propiamente dicho.

Para el *establishment*, era un enfrentamiento ideológico, pero también de valores. El abismo entre ellos se escenificó en el encuentro que referentes de la protesta como Wang Dan o Wu'er Kaixi mantuvieron con el primer ministro Li Peng, miembro del Comité Permanente del Politburó y representante del ala más dura del partido. Con su gestualidad desacomplejada, los estudiantes miraban desafiantes e interrumpían constantemente a su interlocutor en una irreverencia insólita emitida por la televisión china. Más que negociar, le exigían. Tal vez se ganaran mucha simpatía entre los manifestantes más animados, pero sembraron dudas entre los que, ante el dilema, preferían el orden.

Pronto la parálisis acabó agotando la paciencia de los que mandaban.

El bloqueo de la vida social y política y el contagio de la protesta a otras ciudades importantes como Shanghái o Wuhan, con miles de manifestantes ocupando el espacio público y edificios oficiales, y huelgas espontáneas para sumarse a la protesta, provocaron la reacción de figuras como Li Peng o Li Xiannian. Eran partidarios de la intervención militar como salida al estancamiento de la vida política, económica y social y, sobre todo, al desafío que amenazaba la propia supervivencia del Partido Comunista Chino.

Aprovechando un vacío de poder cuando Zhao estaba de viaje oficial a Corea del Norte, se ganaron el favor de Deng Xiaoping para pasar a la acción. Nunca se ha acabado de aclarar hasta qué punto Deng dio la orden de evacuar la plaza por la fuerza y, sobre todo, si dio la orden de disparar. Quizá,

simplemente, la consintió.

Si la ley marcial hizo mermar los números entre los manifestantes, la intervención de las primeras columnas de soldados y vehículos militares, con la megafonía de fondo exigiendo la evacuación de la plaza, lograron el resto. Un grupo ya reducido de manifestantes fortaleció sus posiciones en el Monumento a los Mártires de la Revolución del centro de la plaza, mientras algunos vehículos ardían y otros grupos de manifestantes tiraban piedras contra los militares. El documental *La porta de la pau celestial* muestra a Liu Xiaobo, entonces profesor de Literatura convertido en líder pacifista de la revuelta, destrozando un fusil que había aparecido entre las filas de los manifestantes, en un intento desesperado de forzar una salida negociada a un enfrentamiento que todos sabían que era inminente. «No podíamos darles la excusa para dispararnos», explica Liu en la cinta.

Del Gran Palacio del Pueblo salieron hordas de soldados que acabaron rodeando a los manifestantes, al tiempo que carros armados pisaban tiendas y todo lo que encontraban a su paso, mientras, exhaustos, los sublevados votaron a favor de la retirada.

Testigos como el cámara de TVE José Luis Márquez, el único informador extranjero que se quedó hasta ese momento en la plaza, aseguran que ahí no vieron ningún muerto. Otros hablan de atropellos de tanques y vehículos blindados en la misma plaza. En todo caso, la auténtica carnicería se produjo en las cercanías durante la desbandada posterior, el 4 de junio de 1989 al amanecer. En las calles y plazas próximas a Tiananmén se contaban los muertos por cientos. Al propio Márquez se lo llevaron en un triciclo cubierto de cadáveres y heridos, gracias al cual pudo salir de ahí y salvar el valioso testimonio visual de las últimas horas en Tiananmén. Los hospitales se llenaron de muertos y heridos de bala, y la Primavera de Pekín quedó del todo aplastada.

La prensa china lo describió como el aborto de una acción contrarrevolucionaria. Las imágenes de los detenidos, algunos de los cuales fueron ejecutados y otros condenados a años de cárcel, marcaron el inicio del relato oficial que aún perdura.

Para Bao Tong, asistente personal de Zhao Ziyang, en los años ochenta

solo había un autor, por mucho que en la cadena de mando intervinieran muchas figuras.

El responsable de la tragedia del 4 de junio fue el jefe de la Comisión Militar: Deng Xiaoping. Solo él podía tomar una decisión como esa, pues era él quien estaba al cargo. Él era el presidente. El vicepresidente primero de la Comisión Militar era Zhao Ziyang. El vicepresidente segundo era Yang Shangkun, que fue quien ejecutó las órdenes de Deng Xiaoping de reprimir la protesta. Vi que su actitud iba cambiando. Antes de eso, Yang Shangkun estaba totalmente de acuerdo con Zhao Ziyang, pero cuando Deng movilizó las tropas estaba completamente de acuerdo con Deng. Yang no tenía opinión propia, era un instrumento que le seguía la cuerda al Comité Permanente del Politburó y que luego le siguió la cuerda a la Comisión Militar cuando se impuso. Él fue el principal criminal.

La entrevista que, en 2008, junto con mi ayudante Zhang Jialing y con el entonces corresponsal en Pekín de *La Vanguardia* Rafael Poch, le hicimos en su casa fue la única ocasión que tuve de hablar con Bao Tong. Después de pasar seis años en prisión y dos más privado de libertad, vivía siempre vigilado y con una relativa libertad de movimientos. El 2008 fue año olímpico, un espejismo de apertura o relajamiento de determinadas normas que nos permitieron entrevistarlo.

En comparación, solo tres años antes de esa entrevista a Bao Tong, había cubierto para TV3 la muerte de su mentor. Deng consideraba que Zhao Ziyang y Hu Yaobang habían conspirado para organizar las protestas con ánimo de destituirlo, y con la elección de su sustituto demostró que no estaba dispuesto a nuevas aventuras políticas. Y no es casualidad que Deng eligiera la línea dura. Después de la revuelta designó a Jiang Zemin como nuevo líder plenipotenciario: jefe del ejército, jefe del Estado y jefe del Partido. Jiang no solo era un político de carácter resolutivo, sobradamente demostrado con la exitosa represión de la protesta en Shanghái, sino que también representaba una garantía de continuidad del Partido y del proyecto de Deng, y que combinaba una línea firme en la política y una línea suave en la economía que aceleraba la liberalización.

En 2005, la muerte de Zhao seguía siendo una cuestión delicada. Su casa, en un *hutong* del centro de Pekín, era inexpugnable. El callejón de acceso al

hutong de los Zhao estaba bloqueado por policías uniformados y de paisano. El dispositivo para prevenir protestas con motivo de su fallecimiento incluía un refuerzo de la vigilancia en la plaza de Tiananmén e instrucciones para que el Ministerio de Ferrocarriles desviara, si era necesario, trenes con destino a Pekín. Estaban obsesionados con un posible rebrote de la aspiración prodemocrática.

Desde un restaurante del otro lado de la calle robé algunas imágenes. Ni flores, ni gente llorando, ni mucho menos ningún tipo de manifestación de simpatizantes. Por no tener, Zhao ni siquiera tuvo el funeral de Estado que le correspondía como exlíder del Partido.

En esa entrevista de 2008, Bao Tong explicaba que, desde que a partir de 1989 Zhao Ziyang estuvo en arresto domiciliario, ni pudo verlo ni hablar con él por teléfono. Un pequeño retrato en el comedor de su casa reflejaba diez años de amistad y de un sueño democrático común.

Si la hoja de ruta de Deng incluía la reforma política, con Tiananmén lo que se evidenció fue que las dudas y las divergencias internas en torno al método que había que seguir escondían una contradicción fundamental: cuanto más se abriera el Partido, más cerca estaría su fin. La conclusión era que la reforma política quizá resolvería algunos de los males dentro del Partido, pero la sacudida traería consecuencias peligrosas, empezando por la posible desaparición del Partido Comunista Chino como núcleo de poder.

El Partido puede hacer experimentos en la elección de sus representantes o incluso demostrar un compromiso hacia determinados derechos más sincero que el de muchos países que se proclaman democracias. Pero nunca podremos hablar de reforma política si no cede esferas importantes de poder. Y no creo que veamos pronto cesiones tan básicas como una separación real de poderes o un mapa de medios de comunicación que no dependan orgánicamente del Partido. El día que eso ocurra, el Partido habrá asumido que su cuota de poder irá desgastándose progresivamente.

Quizá haya sido en determinados momentos de mayor debilidad china cuando las democracias occidentales nos hemos permitido darles lecciones. Pero eso ya queda lejos. Es más, la percepción en Pekín es que los nuestros son sistemas inoperantes, con una lógica electoralista que perpetúa políticas

cortoplacistas y excesivamente partidistas. Por si fuera poco, también hemos visto que algunos de los males de la política china no eran tan diferentes de los de muchos países europeos, como la institucionalización de la corrupción o los vínculos demasiado evidentes entre los poderes del Estado y entre el Estado y los poderes económicos.

En este sentido, los chinos han sacrificado el idealismo a favor del pragmatismo. Frente a la incertidumbre política, es preferible la certidumbre o estabilidad económica. Si tener un sistema democrático no garantiza quedar libre de corruptelas ni de connivencia entre poderes, es preferible que, como mínimo, el país tenga claro hacia dónde va y genere riqueza.

Mientras tanto, académicos, diplomáticos, informadores o simples observadores nos hartamos de hacer previsiones cada vez que parece que en China algo se mueve. Tres décadas después, Tiananmén sigue siendo una cuestión que fascina a los occidentales. Cada 4 de junio, insistimos en la efeméride y renovamos nuestra expectativa de cambio político en China. Pero la realidad es que nuestras expectativas no se corresponden con las ganas de reformas políticas de una sociedad china hoy mucho más acomodada que entonces y que reconoce al Partido como responsable de un proyecto económico que puede tener muchas imperfecciones, pero que ha resultado exitoso desde el punto de vista del ciudadano común. Un ciudadano que critica igualmente la corrupción y los abusos de poder, pero no por ello tiene claro que sea necesario un cambio de sistema o cuál debería ser la alternativa.

El oficialismo ha jugado esta carta a su favor: Tiananmén fue un peligroso incidente para la estabilidad política y una amenaza para el desarrollo económico. Un mal ejemplo. Una clara muestra de que solo el Partido está preparado para guiar la nación ante los retos importantes y que, si cede espacios excesivos a la crítica, puede generar un imprudente vacío de poder. Sin duda, una interpretación que, desde este punto de vista, se vio reforzada por lo que acabó pasando en Rusia, que se debilitó y afrontó una grave inestabilidad económica en los años posteriores a la desintegración del bloque soviético. Para la mayoría de chinos, Tiananmén es un accidente de la historia, poco más que una anécdota para contar en cenas familiares.

Lo es por la autocensura, pero sobre todo por la censura. Si las nuevas

generaciones directamente ignoran que pasara todo eso es porque el Partido Comunista chino ha neutralizado su memoria, prohibiendo el debate público y cortando de raíz cualquier intento de publicación de detalles o informaciones que tengan nada que ver con ello. Este silenciamiento sistemático provoca que a menudo se llegue a extremos que desde fuera pueden parecernos excesivos, como el bloqueo de comentarios que incluyan los números 6 y 4 en una conversación por las redes sociales o en un comentario en un blog. El 6 en referencia al mes de junio y el 4 al día de ese mes, siguiendo el orden —año, mes y día— con el que los chinos citan las fechas o efemérides.

Más absurdo fue el 20.º aniversario, en junio del año 2009, cuando grupos de soldados o policías de paisano desplegaron paraguas frente a las cámaras de televisiones extranjeras que ese día tomaban imágenes de Tiananmén para ilustrar sus crónicas. En cuanto los periodistas querían hablar, se aproximaban y abrían los paraguas para tapar el campo de visión del cámara. El espectáculo fue ridículo, y evidenciaba cuánta inseguridad genera aún esta cuestión.

Toda una generación desconoce que, en 1989, el país vivió una crisis que podría haber cambiado su destino. Los aniversarios de Tiananmén pasan desapercibidos para la gran mayoría de la población china. Y solo a quienes lloran a los muertos se les permiten ofrendas florales.

Muxidi, a una parada de metro al oeste de Tiananmén, fue uno de los escenarios donde en 1989 los soldados abrieron fuego contra la población. Por eso hoy es uno de los puntos de peregrinación de familiares de víctimas, a quienes la policía les permite acceder cada 3 de junio por la noche. Fue ahí donde conocí a un policía de rango medio, al que a partir de ahora me referiré como Lu, apellido ficticio.

Uno a uno, fue acercándose a los periodistas extranjeros y también a los de Hong Kong y Taiwán. Se identificó como responsable policial. Iba de paisano. Nos pidió la acreditación. Correspondí con normalidad e incluso le dejé mi tarjeta.

Ignoro si ya sabía quién era o no, pero me dijo que me llamaría. Y yo le dije que estaría encantado, aunque en ese momento no le di más importancia

a ese detalle. En la expresión de Lu había un punto de comprensión. Nosotros hacíamos nuestro trabajo igual que ellos hacían el suyo. Quizá por eso le caí simpático, porque no lo prejuicé.

Esa noche por Muxidi fueron desfilando los familiares de las víctimas de 1989 para rendirles homenaje, pero los informadores no sacamos ninguna imagen que pudiéramos utilizar, más allá de la de los vehículos y el cordón policial.

Para quienes en la noche del 3 al 4 de junio de 1989 perdieron a personas amadas, incluso recordarlas con normalidad es, aún hoy, muy difícil. Es el caso de Zhang Xianling, a quien los militares le robaron al hijo de un tiro en la cabeza.

—Le gustaba mucho la fotografía. Ese día se fue a sacar fotos con la cámara colgada del cuello —Zhang hizo una pausa y continuó—: Ya no volvió más... A saber qué habría hecho, si no hubiera sido por eso.

Con cualquiera de las decenas de periodistas extranjeros que de vez en cuando iba a su casa, siempre tenía toda la paciencia del mundo al atenderlo.

—Señora Zhang, siento tener que volver y preguntarle de nuevo lo mismo —le dije en una de mis últimas visitas.

—No te preocupes... Aún hoy me cuesta recordar todo eso, pero siento que tengo que hacerlo —respondió ella.

Se le escapaba aún alguna lágrima cuando, con un paño, le quitaba el polvo al retrato de su hijo, le hacía una caricia al marco de la foto como si pudiera tocarle la mejilla y encendía incienso para recordarlo en silencio. Se me encogía el corazón con la escena. No tanto por el hecho de que esa madre hubiera perdido a su hijo, sino porque, tantos años después y ya anciana, no pudiera recordarlo en paz. Por el contrario, cuando se acercaba la fecha crítica, a Zhang la sometían a vigilancia y, en casos como el 25.º aniversario de la represión, en 2014, no la dejaron salir de casa hasta que la efeméride hubo pasado. «Es ridículo, yo ya soy vieja. ¿Qué quieren que haga?», les dijo a los periodistas por teléfono.

Zhang Xianling es una de las fundadoras del grupo de familiares de víctimas del 89 conocido como «madres de Tiananmén», que piden valor al Gobierno y al Partido para abrir una investigación pública en profundidad

que aclare qué ocurrió entonces. Quieren que se diriman responsabilidades. Una petición que vuelve a cobrar vida cuando hay aniversarios importantes (el 15.º, el 20.º, el 25.º), pero que en realidad se apaga a medida que envejecen y que perciben que es como hablar con un muro.

Llevada al extremo, esta frustración se convirtió en desesperación para Ya Weilin, padre de Ya Aiguo, también fallecido durante la represión militar. Aiguo, «el que ama a la patria». Me pareció una ironía del destino cuando oí por primera vez su nombre, en junio de 2007, con ocasión de una entrevista a Ya Weilin y su esposa, Zhang Zhengxin, en su casa. Entonces también fui con Pablo Díez, el corresponsal del diario *ABC*, con quien años antes había compartido esa entrada en Dongzhou, el pueblo donde los paramilitares habían disparado a la población.

Díez les sacó una foto y, meses y años después, siempre decíamos que teníamos que volver para dársela. Nunca terminamos de encontrar el momento, hasta que un día nos enteramos de que ya era demasiado tarde: Ya Weilin se había colgado, dándole la espalda definitivamente a una vida tan injusta.

En esa ocasión, medios de comunicación de todo el mundo me pidieron imágenes de la pareja, pues yo era el único que los había grabado en vídeo. En ocasiones como esa es cuando me doy cuenta del valor del periodismo y de dar voz a la gente que no la tiene. Cuando la norma es silenciar, el periodismo es más necesario que nunca. Sería legítimo que ahora alguien contraargumentara que esa entrevista no sirvió para evitar el suicidio de ese hombre. Pero creo que el cometido de dar testimonio tiene un valor importantísimo, sobre todo cuando los que tienen más recursos solo dan una versión de la historia. Es un trabajo que, de vez en cuando, cuando tengo tiempo libre, intento seguir mediante la digitalización de cientos de cintas que conservo de la etapa china. La idea es que algún día puedan estar bien guardadas y bien catalogadas, que sirvan para contextualizar o matizar cualquier trampa de la historia.

El recuerdo de Tiananmén tampoco se entendería sin la tozudez del movimiento prodemocrático de Hong Kong para mantenerlo vivo. En 1989, de ahí salieron las tiendas, los medicamentos y el material de apoyo para los

manifestantes que se habían instalado en el centro de Pekín. También Hong Kong, entonces territorio británico, se convirtió en el primer destino de decenas de líderes estudiantiles y sindicales que se exiliaron después de la intervención militar y la represión que la siguió. La principal puerta de salida fue Hong Kong, donde todavía hoy los aniversarios de Tiananmén dan lugar a movilizaciones multitudinarias. En Hong Kong, el recuerdo de la masacre es un referente de un movimiento prodemocrático muy activo y va ligado a las propias reclamaciones del territorio, que desde que pasó de manos británicas a manos chinas anhela la plena democracia, como la Revolución de los Paraguas de 2014 se encargó de recordar.

Recordado en Hong Kong y censurado en Pekín, Tiananmén es cada vez más eso, un recuerdo. Los que se exiliaron han perdido progresivamente el contacto con la realidad de su país, y la gente de Pekín hace mucho tiempo que pasó página.

Quizá el principal espejismo fuera ese año olímpico. A muchos nos llevó a pensar que con los Juegos había una brizna de esperanza para empezar a entablar ciertos debates sensibles o incluso para encarar de manera desacomplejada episodios de la historia china reciente. Tiananmén ya no estaba tan excesivamente cerca como para que el Partido pudiera temer que se despertaran viejos fantasmas, pensé con ingenuidad. No era el único en absoluto. Al fin y al cabo, era un momento propicio, porque en 2008, Pekín, superpoblada de corresponsales extranjeros, centraba las miradas de todo el mundo.

Coincidiendo con una de sus visitas preolímpicas a la capital china, Juan Antonio Samaranch, al que los chinos admiraban por su defensa de Pekín 2008, me dijo que estaba convencido de que ese sería un punto de inflexión. Poco antes de los Juegos y ya en los últimos años de su vida, quien fuera presidente del Comité Olímpico Internacional comparaba esa cita con la de Seúl 1988, síntoma de normalidad en una Corea del Sur que apenas salía de una dictadura militar.

En parte, así fue. Los Juegos eran la parte más simbólica de la aceptación internacional de un país que cada vez se abría más al exterior y que, en muchísimos aspectos, iba normalizándose y ya trataba de tú a tú a las

potencias mundiales. Pero no se detonó ningún tipo de transición política ni mucho menos se vio el camino hacia el fin del partido único. La cita olímpica más bien lo legitimó.

Pocos meses después de la ceremonia de clausura de Pekín 2008, se publicó la Carta 08. La declaración estaba firmada por miles de personas y se inspiraba en la Carta 77 de la disidencia checa, a finales de los años setenta del siglo pasado. Reclamaba el cumplimiento de un principio básico de la constitución china, el artículo 2: «Todo el poder de la República Popular China pertenece al pueblo», aunque también se atrevía con reclamaciones como el de una China federal o la liberalización de la propiedad de la tierra. La prensa internacional estaba ávida de titulares como ese, que contrarrestaban el relato de una China amable que, con los Juegos, había conseguido un reconocimiento histórico por parte del olimpismo y, de algún modo, de la comunidad internacional.

Más que erosionar el Partido, la Carta 08 consiguió el efecto contrario: este volvió a armarse la coraza, no estaba dispuesto a cometer errores como el relajamiento que, precisamente, había provocado la protesta masiva de 1989. Los autores de ese manifiesto, con Liu Xiaobo en cabeza, fueron represaliados.

En las dos ocasiones que traté con él, Liu me pareció un personaje sorprendente. Me costaba mucho entender que alguien que, por su papel en 1989, había cumplido dos penas de cárcel separadas por un breve exilio a Estados Unidos hubiese preferido quedarse en Pekín y seguir siendo una de las voces más críticas de la disidencia por una cuestión de principios que lo volvía admirable. Mantenía intacto su compromiso prodemocrático y no se autocensuraba cuando hablaba con la prensa, con el riesgo que ello suponía.

«El Gobierno no solo no quiere hablar de Tiananmén, sino que tampoco permite que nadie hable de ello. Eso explica que primero lo consideraran disturbios políticos, luego una manifestación y finalmente lo tilde de “simple desorden político en Pekín”.»

En las Navidades de 2008, la policía detuvo a Liu Xiaobo como principal autor de la Carta 08. Un año más tarde, un tribunal lo condenó a once años y medio de prisión por incitación a la subversión del poder del Estado. Una

respuesta implacable. Una fiel aplicación del proverbio *shaji pahou*: «Matar al pollo para asustar a los monos». Había que dar una lección a los que se habían atrevido a proponer una apertura democrática y Liu recibió la peor parte.

Ya en la cárcel, a Liu Xiaobo le fue otorgado el Premio Nobel de la Paz, aunque nunca pudo recogerlo. En la ceremonia de entrega de los premios en Oslo, su silla quedó vacía. Lejos de ayudarlo a acercarse a una liberación por presiones internacionales o a una reducción de la condena, creo que el galardón fue la sentencia definitiva. De nada sirvieron las presiones desde el exterior. Al igual que de nada habían servido las presiones y sanciones occidentales después de 1989 para relajar la inflexible posición de Pekín en materia de derechos humanos.

Para el Gobierno chino, el Premio Nobel de la Paz simbolizaba un instrumento de la crítica occidental. Mientras recibía una avalancha de condenas por la silla vacía, la propaganda china recordaba las citas de Liu Xiaobo a favor de una occidentalización de China para intentar desprestigiarlo.

«En cien años de colonialismo, Hong Kong se ha convertido en lo que vemos hoy. Siendo China tan grande como es, está claro que se necesitarían trescientos años como colonia para transformarla en lo que Hong Kong es hoy. Y tengo dudas de si con trescientos años bastaría», había llegado a decir Liu en 1988 en una entrevista en la que defendía que solo el camino hacia la occidentalización conduciría a una China más humana.

Pekín recuperaba la herida de la humillación de unos imperios coloniales occidentales que sometieron el país al control militar y la drogodependencia. Y de nada servía que el propio Liu, años después, se hubiera referido a esas palabras como un «idealismo delirante» de una etapa más efervescente de su activismo antiautoritario.

Que Liu Xiaobo hubiera apoyado la guerra de Irak de George W. Bush como «el mejor ejemplo de cómo debería ser la guerra moderna en la civilización moderna» o que justificara la posición de Washington en el conflicto israelí-palestino también lo convertían en un objetivo fácilmente etiquetable. «Liu trabajaba para los americanos», sugería el relato oficial.

Una publicación china incluso denunció que Liu había recibido fondos de la National Endowment for Democracy, fundación prodemocrática financiada por el Congreso de Estados Unidos. El Gobierno chino se deshacía de un enemigo del Estado, una pieza útil para las fuerzas extranjeras hostiles.

Mientras escribía este libro, me enteré de la muerte de Liu Xiaobo por cáncer de hígado, poco después de que le fuera concedida la libertad condicional por motivos médicos. La libertad llegaba demasiado tarde y después de que inicialmente se le hubiera negado la atención de médicos extranjeros, que pretendían, en un intento *in extremis*, salvarle la vida. En la vida y en la muerte, el Gobierno chino humilló a Liu Xiaobo. También lo hizo con su mujer, que, desde la concesión del Premio Nobel a su marido, ha estado sometida a arresto domiciliario.

Tal vez desde la distancia, ahora ya lejos de Pekín, la noticia de la agonía de Liu Xiaobo fuera menos dolorosa. Pero no puedo ocultar una sensación de derrota. Derrota de todos aquellos que creemos en la libre expresión de opiniones. Una triste victoria de los que imponen el silencio por la fuerza.

EL IMPERIO DE LA LEY

—Wei Sen, ¡buenos días! ¿Te acuerdas de mí? —la voz grave resonaba tanto por el altavoz del móvil que tuve que apartar un poco la oreja del aparato.

—Sí, me acuerdo de ti, entre otras cosas porque la pantalla del móvil me dice que eres el policía que conocí en Muxidi por el aniversario de Tiananmén.

El poli Lu se echó a reír. A mí me invadió una mezcla de curiosidad e inquietud. Digamos que nunca he tenido una relación especialmente fluida con la policía.

—Oye, Wei Sen, quedemos un día para ir a tomar un té. O un café, si quieres. ¿Qué te parece?

En China, la expresión «ir a tomar un té» equivale a un interrogatorio informal de la policía. Lo hacen cuando necesitan sacarte información o quieren intimidarte porque has hecho algo que no les gusta. «A ver con qué me van a salir esta vez», pensé. Pero también era cierto que Lu tenía algo que lo diferenciaba del resto de polis con los que había tratado. Tenía una amabilidad inusual que me generaba confianza y seguí mi instinto. Quizá por eso dijo café en vez de té.

—¿Cuándo quieres quedar?

Le propuse día y hora en una cafetería-pastelería francesa situada en Donghu Bieshu, un recinto cerca de la zona de las embajadas, un lugar

tranquilo. Mejor si elegía yo.

Lu se presentó con otro compañero. Me saludó con normalidad y me presentó a su acompañante. Venían de paisano, sin enseñar ninguna placa ni nada. Se trataba de conocernos un poco, o eso es lo que me dio a entender. Fue una experiencia interesante.

Empezaron con las preguntas típicas para romper el hielo. Y luego Lu tanteó el terreno.

—¿Cuánto hace que estás en China?

—Desde el año 2002 —paré y sonreí brevemente antes de continuar—. Pero eso ya debéis saberlo.

Les respondía con tranquilidad y sin bajar la mirada. Al cabo de un rato, fui sincerándome. Cuando ya hablábamos de política y noticias, les dije que creía que se obsesionaban demasiado con distinguir entre noticias positivas y noticias negativas, ya que muchos periodistas hacemos nuestro trabajo y eso no quiere decir que tengamos intenciones ocultas. Que hacer este trabajo conlleva una necesaria búsqueda de la verdad y dar voz a quien no la tiene.

No es que quisiera darles lecciones de comunicación, pero les dije que, en lugar de entorpecer el trabajo de los periodistas, como suele hacer el Gobierno chino, sería más interesante si intentaran convencernos con argumentos. Que el celo por ocultar determinadas cosas hacía que nosotros, la prensa extranjera, aún tuviéramos más curiosidad por relatarlas.

—Pero ya sé que vosotros tenéis que hacer lo que os mandan, claro —añadí.

Lu y el otro me miraron en silencio. Quizá la conversación con Lu coincidía con la línea un poco más suave que parecía haber adoptado la policía a raíz de los Juegos Olímpicos. Quizá solo querían causar buena impresión y no esperaban que cambiase de opinión, sabiendo que yo tampoco les haría cambiar de ideas.

Durante esos años, China consolidaba su posición en el mundo. Los chinos sentían que ya estaban a la altura de cualquier otra nación. Atrás quedaban complejos de inferioridad frente a otras naciones más poderosas, porque cada vez estaban equiparándose más.

No me cabe duda de que con esa aproximación, y futuros encuentros con

Lu, no pretendían ni intimidarme ni sacarme ninguna información concreta. Estoy convencido de que eran acercamientos discretos para mantener un sincero intercambio de impresiones.

Seguro que en todas esas ocasiones Lu detectó un punto de incomodidad en mí en algún momento de la conversación, pero lo viví como un remanso en medio de los desencuentros con los cuerpos de seguridad. No puedo asegurar que estuviera exactamente trabajando. Tampoco que fuera solo por curiosidad hacia mí o hacia los extranjeros. Y tampoco creo que, como me pasaba a mí, él pensara que eso podía comprometer o influenciar sus principios y convicciones.

Creo que los intercambios con el poli Lu fueron muy ilustrativos de un proceso de autoconocimiento del poder en China, de la necesidad de saber qué pensaban los demás, de comprensión por parte de los representantes de una autoridad que cree que está haciendo un buen trabajo pese a sus imperfecciones. Creo que, en una estructura de poder que a menudo puede ser especialmente cruel, hay personajes como el poli Lu que son sensibles, como mínimo, a la introspección, y con los que uno puede sincerarse y mantener una conversación razonable.

Entre los que tienen menos autoexigencia, está claro que, al menos, también sienten la necesidad de justificarse con argumentos que superen la simple lógica de poderosos contra sometidos.

Ciertamente, China es cada vez más compleja. Las problemáticas actuales requieren una renovada legitimidad que académicos y legisladores chinos empezaron a introducir con el concepto universal del imperio de la ley.

En este sentido, el maoísmo no fue muy diferente de lo que la época imperial representaba: una absoluta concentración del poder en la que no había lugar para un sistema basado en las leyes. La revolución lo justificaba todo, por absurdo que llegara a ser. Más tarde, la reforma y la apertura de Deng Xiaoping supusieron un impulso a determinadas prácticas que luego fueron regulándose. Al fin, China entendió que era preciso un marco legal que no fuera a remolque de los cambios económicos y que, sobre todo, pudiera hacer frente a la complejidad social, con sus disputas de tierras, herencias familiares, rupturas matrimoniales, delitos económicos, conductas

morales impropias, etcétera.

En una etapa en la que intentaba superar una lectura excesivamente simplista de la realidad china, los abogados y los académicos de Derecho se convirtieron en mis referentes. A diferencia de los activistas, que ya habían sacado todas las conclusiones posibles respecto a un sistema que no les dejaba lugar para ninguna esperanza, estos trataban de sobrevivir dentro del sistema. Las reglas del juego eran las que les daba el propio sistema, con todas sus limitaciones. Trataban casos actuales y estaban motivados por una sensación de justicia universal más que por un determinado afán de dinamitar un poder al que no vale la pena intentar cambiar.

Estaba tan entusiasmado que, cuando surgió la oportunidad, me animé a acompañar al académico Teng Biao y el abogado Li Heping a la provincia de Jiangxi. Me había convencido su prudencia a la hora de hacer declaraciones, una prudencia condicionada por la aceptación de que había líneas que podían cruzar y otras que no. Creo que se sentían en parte amparados por una legalidad llena de contradicciones, pero que les daba cierto margen para, desde dentro, defender casos de personas desprotegidas.

En Jiangxi visitamos la localidad de Leping. Parecían un poco incrédulos. Como si no acabaran de creer que un periodista extranjero los siguiera hasta un lugar tan remoto. Habían reservado una habitación grande en un hotel, y los cuatro o cinco que nos teníamos que alojar ahí compartimos gastos. Me pareció bien.

Ver a Teng Biao levantarse en calzoncillos y ponerse los pantalones o desayunar con Li Heping era la clase de situaciones que favorecen la confianza. Y tenía la sensación de que ellos también la necesitaban. Porque, al principio, había notado mucha contención en sus respuestas. Cada vez que les preguntaba por cuestiones delicadas, se miraban entre ellos como jugándose a ver quién respondía antes sin ser demasiado temerario. Era como si pensaran que quizá había micrófonos escondidos en algún rincón o como si no tuvieran la absoluta certeza de que lo que me dijeran en una conversación informal quedaría únicamente entre nosotros.

En Leping, Li Heping representaba a un grupo de cuatro familias cuyos hijos habían sido condenados a muerte. El caso levantaba demasiadas dudas,

por no decir que era surrealista. En teoría, alguien había asesinado y violado a una chica y los habían detenido a ellos como principales sospechosos. Pero la investigación policial estaba llena de incongruencias. No había ninguna prueba inculpatória y, por si eso fuera poco, se desconocía la identidad de la víctima. De hecho, ni siquiera se sabía que hubiera ninguna víctima, ya que lo que llevaba a suponer que había una víctima era que alguien había encontrado un brazo.

Con los padres de los acusados, recorrimos los escenarios del crimen que había llevado a los jóvenes a prisión. El más bajito y viejo de los cuatro padres marcaba el camino. Llevaba un sombrero de paja, sandalias de goma, unos pantalones ligeros que le colgaban de la cintura gracias a un cordel y una camiseta deportiva descolorida. Nos alejamos de Leping, atravesamos un campo y un par de muros de piedra y entramos en una zona de vegetación frondosa. En una curva del camino, señalaron una fosa llena de matorrales y zarzas e hicieron un gesto como de cortar un brazo.

No entendía nada de lo que decían. En algunas provincias del sur de China, no solo usan el vocabulario y los tonos de forma diferente, sino que también, cuando quieren, cambian consonantes como la *f* por la *h* o la *n* por la *l*, de modo que, por ejemplo, a Hu Jintao le pueden llamar Fu Jintao o convierten la provincia de Henan en *Helan*, que en chino estándar suena exactamente como Holanda, el país; o los que hablan bien inglés te preguntan si te gusta algo diciendo: «*Do you nike it?*».

—Aquí encontraron el brazo de la chica —me tradujo Teng Biao al ver la cara de bobo que se me quedaba cuando no los entendía.

Los cuatro jóvenes estaban en la cárcel a raíz de un interrogatorio en el que habían confesado el crimen bajo tortura, denunciaban los padres. El caso había sacudido esa pequeña localidad del sur de China y la policía había sentido la presión habitual por impartir justicia. Había que encontrar a los culpables y dar por resuelto el caso. Los gobiernos y policías locales contaban su rendimiento por objetivos para que su trabajo fuera evaluado, de modo que si había tantos detenidos, también había tantos condenados o tantos culpables. Y así podían presumir de expedientes resueltos y de un trabajo bien hecho.

El hombre mayor, el del sombrero de paja, explicó que a su hijo le dieron una patada en la cara y se le hincharon los ojos. También lo llevaron a la escena del supuesto crimen, en el mismo camino que ahora recorriamos con ellos. El viejo me dijo que los polis lanzaron una botella de agua ese día arbitrariamente.

—Aquí tiro la botella, aquí pasó todo.

Ni siquiera sabían qué había ocurrido ni dónde, pero los cuatro de Leping primero fueron condenados a muerte, y en esos momentos tenían una pena en suspensión, el equivalente a una cadena perpetua. Llevaban cinco años de recursos, catorce abogados diferentes, y habían visto cómo las autoridades amenazaban a periodistas y testigos en un afán por archivar el caso.

Volvimos al pueblo, donde ya nos esperaba un grupo de vecinos. No es habitual ver cámaras de televisión en lugares tan remotos y aún menos que las lleven periodistas extranjeros.

De casa en casa de los condenados, Teng Biao y Li Heping revisaron un buen fajo de papeles, que las familias guardaban en bolsas de plástico de colores, de las que te dan en el supermercado. Así pasamos todo el día. Ellos revisaban papeles y yo aprovechaba para entrevistarlos a ellos y a los familiares.

En un descanso, le pregunté a Li si había suficientes fundamentos para condenarlos a muerte.

—El caso es un error flagrante, un caso falso, fabricado por la policía.

Li no podía ser más contundente. De hecho, no era el primer caso que comprometía el sistema judicial chino, que, como la policía, también funcionaba por objetivos y habitualmente en connivencia con las ramas locales del poder ejecutivo. El sistema definitivamente hacía aguas si un buen día aparecían personas que en realidad no habían muerto o los verdaderos culpables confesaban crímenes que se habían atribuido a otras personas. Un fracaso aún más evidente cuando los condenados por error ya habían sido ejecutados.

Ciertamente, la interpretación de la ley quedaba en manos de cada tribunal, sin criterios demasiado homogéneos, un terreno abonado para la arbitrariedad y las sentencias por conveniencia.

Por eso, en el caso de la pena capital, el legislativo chino, la Asamblea Nacional, introdujo en 2005 modificaciones importantes. Una de ellas daba la última palabra sobre las condenas a muerte al Tribunal Supremo para reducir los posibles caprichos de instancias inferiores.

A lo largo de los años que viví en China, la idea del imperio de la ley fue sedimentándose y ha acabado siendo aceptada por todo el mundo.

Como resumía en un artículo en *El País* Xulio Ríos, cuanto más se aleja la legitimidad basada en el hecho revolucionario y mayores son las dificultades para conseguir objetivos dentro de una normalidad política, más esencial le resulta al Partido Comunista Chino insuflar una cultura que base su legitimidad en un sistema legal adoptado a partir de preferencias y necesidades y no solo del balance inmediato de su gestión.

Pero, como apuntaba antes, no está claro hasta qué punto las estructuras del poder en China serán capaces de creérselo del todo. Los críticos consideran que es una nueva excusa para volver más amable su imagen frente a una ciudadanía que se lo reclama, para justificarse en el poder en un tiempo en el que el relato oficial debe dar respuestas a problemas complejos. O profundizar en lo que Ríos define como un «coqueteo con la promoción del imperio de la ley».

A principios de 2014, el congreso del Partido impulsó un plan de reforma del sistema legal con una primera serie de decisiones en esta línea: reducir la autoridad de los funcionarios de los sistemas judiciales locales a favor de tribunales interregionales o tribunales por circuitos; la grabación de las intervenciones de los políticos que opinan sobre cuestiones legales, y la promoción del profesionalismo en el sistema judicial, con la necesidad tan básica, por ejemplo, de tener estudios de Derecho para poder ejercer de juez y ascender en la carrera judicial sobre la base de una experiencia contrastada.

Cuando se trata de resolver litigios económicos, por ejemplo, las mejoras en el sistema judicial chino son notables. Pero no puede decirse lo mismo de cuestiones políticas y sensibles ni, en general, en todo lo que solemos citar cuando hablamos de derechos humanos.

Desgraciadamente, a la vez que los dirigentes chinos han empezado a ser conscientes de la necesidad de disponer de un sistema judicial creíble, el

endurecimiento de la persecución de los abogados más incómodos ha generado serias dudas respecto a dicho compromiso.

Unos meses después de que yo me fuera de China, la policía hizo limpieza entre todos aquellos que habían conseguido crear un verdadero movimiento cívico solo armados con la constitución china y el conjunto de leyes que van añadiéndose al sistema legal de forma más o menos ordenada. La persecución fue dramática. Entre los aproximadamente trescientos detenidos en 2015, había algunos nombres muy familiares.

A Li Heping, al que conocí en ese viaje a la provincia Jiangxi, se lo llevaron en verano de 2015, y su familia no supo nada más de él hasta al cabo de dos años. En medio de la tragedia familiar, *The Guardian* contaba la historia de su hija de seis años, que en una fiesta de disfraces de la escuela fue vestida de caballero, disfraz con el que soñaba rescatar a su padre. Bonita metáfora de la lucha idealista que a Li Heping le había costado la libertad.

Cuando finalmente fue liberado, a ninguno de los que lo conocíamos nos resultó fácil reconocerlo por las fotos que la prensa publicó: Li ahora tenía el pelo blanco y parecía veinte años mayor. «Demacrado» es como lo describió su mujer. Fue ella quien contó tras su liberación que su marido había llevado durante todo el tiempo un artefacto que le limitaba los movimientos, una cadena ligada a unos grilletes y unas esposas, lo suficientemente corta como para que el prisionero no pudiera ni estar de pie ni tumbarse completamente mientras dormía. El artefacto le obligaba a quedarse permanentemente encorvado. Hasta la semana de su liberación, su mujer demostró una gran valentía al denunciar, primero, la desaparición y luego las condiciones de su detención. Más tarde acabó rechazando entrevistas y pidiendo comprensión a la prensa extranjera.

Poco antes, un tribunal de la ciudad de Tianjin había condenado a Li Heping a tres años de cárcel tras una vista a puerta cerrada y con la representación de un abogado de oficio impuesto por las autoridades. La sentencia quedaba en suspensión, lo que significaba que la libertad de Li se vería gravemente afectada hasta que no se resolviera el caso.

Como es habitual en este tipo de ocasiones, a Li se le acusó de subvertir el Estado y poner en peligro la seguridad nacional. Según el juzgado, Li se

declaró culpable y dijo que no apelaría. La nota añadía que Li había atacado el sistema legal chino a través de textos en internet, entrevistas con medios de comunicación extranjeros y aceptando dinero de ultramar. Por último, también se le acusaba de exagerar casos como abogado y provocar insatisfacción entre la sociedad intencionadamente.

Siempre he pensado que el trabajo que llevamos a cabo los corresponsales extranjeros en países como China fácilmente puede acabar sirviendo como prueba inculpatoria en casos como el de Li. Probablemente alguna de mis crónicas haya servido en algún juicio de este tipo. Me consta, como mínimo, que en el consulado chino de Barcelona y en la embajada china en Madrid pasaban buena nota al Ministerio de Exteriores de lo que decíamos los medios de aquí. Del mismo modo que este libro o extractos de este libro serán probablemente traducidos. No les faltan recursos. Pero, incluso así, he intentado aislar este factor, consciente de que siempre he intentado informar con responsabilidad y, cuando determinadas declaraciones podían ser comprometedoras, preguntaba expresamente a los entrevistados si podía citarlos y si eran conscientes de las consecuencias que les podía acarrear. También puedo haberme equivocado en alguna ocasión, pero, en casos tan potencialmente inculpatorios como el de Li Heping, ellos mismos lo confirmarían si hoy tuvieran ocasión de hacerlo.

Además de Li, una larga lista de nombres completan la «campana 709», el nombre con el que se conoció esta operación de represión, porque se inició el 9 de julio de 2015, o el «mes 7» y el «día 09», siguiendo el orden con el que los chinos citan las fechas.

Wang Yu, Jiang Tianyong, Xie Yanyi, Wang Quanzhang... todos ellos corrieron una suerte similar a la de Li durante esta campaña especialmente intensa, aunque las detenciones de abogados y académicos siempre han sido una práctica intimidatoria y represora bastante habitual. Pu Zhiqiang, Liu Xiaoyuan, Xü Zhiyong son otros que conocí y que en un momento u otro han sufrido diferentes formas de represión y coerción.

O el mismo Teng Biao, que me contó que también lo habían metido en un coche y se lo habían llevado alguna noche para intimidarlo. Teng acabó residiendo en Estados Unidos, gracias a un programa académico de la

Universidad de Harvard. Lo vi por última vez en una marcha durante el aniversario de Tiananmén en Hong Kong, con una cinta con caracteres reivindicativos escritos a mano atada en la cabeza, como las que llevaban en 1989 los estudiantes de Tiananmén. Se había liberado de toda la prudencia que años antes me demostraba. Él había cruzado conscientemente una línea y a mí me quedaba lejano el recuerdo de cuando se contenía y medía mucho sus palabras durante nuestros primeros encuentros.

Durante esta campaña y en anteriores ocasiones, los detenidos o su gente más cercana han denunciado prácticas de tortura como las que sufrió Li Heping o la privación de sueño. Las familias, a su vez, reciben el acoso de policías o personal de paisano, que incluso han llegado a instalar sistemas de videovigilancia para controlar entradas y salidas de sus domicilios.

Una de las historias más escalofrantes es la de Gao Zhisheng, a quien entrevisté en Pekín en 2005. Gao había estudiado Derecho después de que Deng Xiaoping hubiera lanzado una iniciativa para formar a 150.000 abogados en toda China con el objetivo de construir un sistema legal sólido. Más tarde hizo carrera con casos en su provincia natal, Shanxi, y en 2000 se había trasladado a Pekín para fundar su propio bufete. Tan bien le fueron las cosas que en 2001 el Ministerio de Justicia lo nombró uno de los «diez mejores abogados de China».

Hasta que empezó a aceptar casos cada vez más delicados. Defender a miembros de la secta Falun Gong lo llevó a investigar las acusaciones de tortura contra la policía, práctica que según Gao era promovida por el propio Gobierno para eliminar de raíz ese movimiento espiritual que en 1999 llegó a manifestarse frente a Zhongnanhai, el centro de poder del país, el cuartel general del Partido Comunista Chino y la oficina del Presidente de la República.

Gao, creyente protestante, también representó a minorías religiosas. Y también llevó casos de expropiaciones de tierras o fraudes electorales. De abogado modélico pasó de repente a estar en el punto de mira. Pero fue la carta que escribió al primer ministro Wen Jiabao con una lista de abusos de los derechos humanos lo que motivó que le cerraran el bufete. De la gloria había pasado al infierno. Aunque eso no era más que el principio.

Ya entonces Gao tenía vigilancia permanente. Lo habían amenazado varias veces y tenía un dispositivo especial de la policía que lo vigilaba constantemente.

Nos encontramos en la puerta norte del Estadio de los Trabajadores. Él venía en coche y yo llegué caminando. Me saludó y me invitó a entrar en su vehículo. Me estrechó la mano con fuerza.

—¿Ya has visto a mis clientes? —me dijo con una sonrisa.

Mientras él conducía, me fijé en algunos de los coches que iban detrás. Alguno ni siquiera llevaba matrícula.

Me dijo que buscaría un lugar donde pudiéramos tener una habitación privada para hacer la entrevista.

—Mira cómo nos siguen. Cuéntalos. Ya me dirás cuántos coches ves —dijo Gao.

—Tres, cuatro y cinco. Todos coches negros —conté. Eran los típicos modelos de funcionarios o policías, de la marca Hongqi, «bandera roja».

—Y tres más que han seguido por otras calles —añadió Gao.

Con esos ocho coches siguiéndonos, llegamos a una sala de té, donde pedimos un cuarto privado. El lugar estaba oscuro y no era muy adecuado para grabar, pero me pareció bien. Al fin y al cabo, estaríamos tranquilos.

—Ya es mucho que aún no haya venido nadie a decirnos nada. Veo que te tienen en consideración —confesó Gao para mi sorpresa.

Durante esa entrevista, Gao recordó su etapa como soldado del Ejército de Liberación Popular y su reciente decisión de darse de baja como afiliado del Partido Comunista Chino. Era un tipo con una determinación de hierro. Hablaba con un tono convincente y transmitía energía. Solo por esa valentía se entendía que pudiera afrontar tal desafío.

Me contó que, todas las mañanas, hacía ejercicio en un parque próximo a su bloque de edificios, y enseguida le seguían policías de paisano que corrían a su lado e intentaban hacerle la zancadilla desde atrás. Bromeaban como si hubiera sido algo involuntario. Era una muestra de intimidación mucho más llevadera que la que perpetraban sobre su familia. Habían llegado a acercarse a la puerta de la escuela de su hija, que entonces tenía doce años, y le habían contado cosas extrañas sobre su padre que la niña a duras penas podía

entender.

Insistí en si esa entrevista era conveniente para su seguridad y me dijo que sí, que solo evitaba reunirse con periodistas chinos porque los exponía a ser detenidos. Tenía el teléfono de casa, el móvil, internet y el fax todo pinchado o inutilizado.

Su defensa de los miembros de Falun Gong era probablemente lo que más irritaba al Gobierno. Y sobre todo el tono y el nivel de las acusaciones de Gao Zhisheng, que ese día me contó que existía una unidad secreta dedicada a la persecución y tortura sistemática de los seguidores de ese grupo.

Cuando nos disponíamos a salir, le dije a Gao que yo volvería a pie.

—Ahora seguramente te seguirán —me dijo Gao.

—¿Ah, sí?

—Sí. Querrán saber quién eres y por qué nos hemos reunido.

—De acuerdo.

Él salió primero y yo me fui al cabo de poco. Una vez fuera, nada extraño. Intenté hacer un retrato mental de caras y placas de coche al salir por la puerta. Atajé hasta otra calle por entre los edificios, por un lugar al que los coches no podían acceder. Me fijé en una mujer extranjera, un chico con gafas que llevaba una bolsa y una madre que empujaba el carrito de su hijo pequeño. Una vez en la calle principal, cogí el primer taxi que encontré. Sospeché incluso del taxista y le dije que siguiera hasta Jianguomen. Estaba nervioso, no tanto por lo que veía, sino porque, si Gao iba bien encaminado, me había puesto en el punto de mira de los servicios secretos y en 2005 eso era una situación nueva para mí. No me sentía culpable de nada, solo había entrevistado a alguien. Pero sentía la presión, aunque no «viera» lo que la producía.

El taxi giró por el lateral de Jianguomen. Me volví un momento y me pareció reconocer la cara del chico de las gafas y la bolsa que había visto antes. Iba en el asiento del copiloto de otro taxi que tenía justo detrás. El chico miraba el paisaje. ¿Era el mismo chico? Tenía que comprobarlo. Aproveché un pequeño atasco para pagarle la carrera al taxista sin esperar el cambio y crucé el carril bici para llegar a la parada del metro a paso ligero. Me detuve en la boca del metro y fingí que miraba un mapa de situación. Por

el reflejo del cristal de ese panel informativo me pareció ver al chico de las gafas adelantándose. Intenté relajarme. Incluso si me seguían, no había hecho nada malo, me repetía por dentro. No tenía sentido que me comportara así. Tampoco quería mirar atrás, no tenía que esconderme de nada ni demostrarles que les tenía miedo.

Desde la época en la que la guerra nuclear era un peligro real, el metro de Pekín está a una profundidad bajo tierra considerable, de modo que los accesos han de salvar un trayecto bastante largo hasta llegar al andén. En ese trayecto perdí de vista al chico hasta que entré en un vagón justo antes de que acabara de sonar la señal acústica que avisa del cierre de puertas.

Una vez dentro, barrí el vagón con la mirada y ahí estaba. Igual que antes, miraba hacia otro lado para disimular. Esperé a la siguiente parada, la de la estación de ferrocarril, que sabía que daba acceso a un centro comercial. Bajé, esta vez aparentando tranquilidad, pero enseguida aligeré el paso, me metí en un ascensor y apreté un botón cualquiera. Antes de bajar a la primera planta, pulsé unos cuantos botones más. Salí del ascensor en cuanto se abrieron las puertas y ahí busqué unas escaleras de emergencia que me llevaron a una puerta de salida secundaria, desde donde atravesé un pequeño espacio ajardinado y, de vuelta a la gran avenida, pude coger otro taxi. Le dije al conductor que me llevara a casa e intenté relajarme.

Esa fue la única ocasión que entrevisté a Gao Zhisheng, quien durante los años posteriores viviría una auténtica pesadilla...

A finales de ese mismo año le fue retirada la licencia para ejercer la abogacía y a principios de 2006 sufrió un intento de asesinato, sobre el que Gao contó a Amnistía Internacional que lo habían organizado los servicios secretos en forma de accidente de tráfico. Siguió recibiendo amenazas de muerte y acoso, hasta que en verano desapareció. Tardaron un mes en comunicar la detención y poco después fue juzgado y condenado a tres años de cárcel por subversión, sentencia que quedaría en suspensión.

Aunque la sentencia le privaba de sus derechos políticos y, por lo tanto, de la posibilidad de criticar o escribir nada en contra del Gobierno, Gao no solo denunció que lo habían torturado, sino que al cabo de un año publicó el libro *Una China más justa*. A raíz del libro, parlamentarios europeos y

congresistas de Estados Unidos presionaron a una China que se disponía a celebrar las Olimpiadas. Gao desapareció diez días más y, cuando fue liberado, denunció las torturas especialmente crueles que sufrió durante su detención: palizas, uso de bastones eléctricos, clavado de palillos en los genitales...

A principios de 2009 comenzaría una penitencia de desapariciones, interrogatorios, nuevas acusaciones de torturas aún más crueles y sucesivas negativas del Gobierno chino a admitir que Gao Zhisheng estuviera bajo su custodia. Las negativas despertaron el temor de que hubiese fallecido en alguno de esos intervalos. El día que una periodista amiga mía —que en alguno de los paréntesis de libertad había mantenido contacto telefónico con él— me contó detalles de la historia, un escalofrío me recorrió el espinazo.

Finalmente, en 2011, la Agencia de Noticias Xinhua anunció que Gao había sido juzgado por haber violado su libertad provisional en repetidas ocasiones y tendría que pasar tres años más entre rejas. Desde mediados de 2014, Gao está bajo arresto domiciliario y en unas condiciones de salud precarias, y ya no es, ni mucho menos, el enérgico abogado que conocí en 2005. Gao se convirtió en un enemigo del Estado y era consciente de las repercusiones que implicaba su incorruptible determinación.

En las sucesivas peticiones de organizaciones que piden explicaciones a China por este y otros casos, China se ha defendido, pero no ha sido convincente. Pekín critica que se hable de «prisioneros políticos». De hecho, ningún Gobierno que tenga presos políticos lo reconocerá nunca. «Han vulnerado la ley» es la frase recurrente. Dice que son acusaciones injustificadas. Como también las referidas al maltrato y vejación de los prisioneros, que comprometen seriamente su firma y ratificación de la Convención contra la Tortura de las Naciones Unidas. Y especialmente grave es que algunos de los que denuncian un ensañamiento y crueldad extremos sean precisamente abogados de derechos humanos.

Los abogados son una parte esencial en todo sistema que aspire a estar regido por el valor de la ley. Son quienes garantizan que cualquier persona pueda aspirar a estar bien representada en una defensa o acusación, no un eslabón de una cadena cerrada al servicio o a conveniencia de quien, desde

arriba, ya redacta, interpreta y ejecuta las leyes.

Pekín ha acabado reduciendo y silenciando a Gao. Pero en febrero de 2011 fuimos testigos de otro caso que tuvo un resultado diferente. Un caso de gran revuelo que tensó como nunca las relaciones diplomáticas entre Pekín y Washington en una especie de partida de ajedrez que los corresponsales extranjeros vivimos también muy al límite. Hablo de Chen Guangcheng.

En una huida épica, Chen sorteó los sucesivos cordones policiales que había alrededor de su casa en el pueblo de Linyi, provincia de Shandong. El hombre llevaba dos años bajo arresto domiciliario después de años de cárcel por luchar en contra de la campaña de abortos forzosos con la que las autoridades de esa y otras provincias superpobladas llevaban la política del hijo único al extremo.

Había estudiado las leyes por su cuenta y había terminado asesorando a familias rurales víctimas de este y otros abusos.

Durante su huida, periplo que relata en su libro *El abogado descalzo*, tuvo la suerte de que los guardias que vigilaban el otro lado del muro que rodeaba su casa probablemente estuvieran durmiendo cuando lo saltó. Al saltar el muro, cayó mal y se rompió una pierna, pero consiguió cruzar el río, y después lo ayudaron varios activistas hasta que consiguió llegar a la Embajada de Estados Unidos.

Además de activista y fugitivo, el hecho de que Chen Guangcheng sea ciego amplificaba el impacto mediático de la historia. Después de un tira y afloja diplomático, estadounidenses y chinos pactaron que, puesto que iba cojo, sería tratado en el Hospital de Chaoyang hasta que pudiera resolverse su destino. Existía mucho secretismo sobre qué pasaría con Chen y sobre cómo resolverían los dos gobiernos su intención de huir del país.

La policía estableció un perímetro en la acera desde donde cámaras de televisión y fotógrafos podríamos seguir las entradas y salidas de vehículos de la puerta norte del hospital. Pero, cuando al segundo día un vehículo con matrícula diplomática de Estados Unidos avanzó hacia la puerta este en lugar de entrar por la puerta norte, muchos periodistas se saltaron el cordón de seguridad y empezaron a perseguirlo corriendo por la calle frente al absoluto desconcierto de los agentes de policía que se suponía que debían mantener el

orden.

Extrañamente, ese día no llevaba la cámara encima, pero corrí detrás de ellos. De reojo, vi y oí que uno de los policías iba llamándonos por nuestro nombre como una maestra que no puede controlar a sus alumnos más rebeldes. En plena carrera, saqué instintivamente el teléfono. Sabía que no tenía memoria y empecé a eliminar vídeos antiguos para conseguir espacio, sin parar de correr e intentando no chocar contra alguna farola o tropezarme con el bordillo. El vehículo diplomático se detuvo un momento y las cámaras se acercaron tanto como pudieron, pero luego aceleró y los periodistas volvimos a perseguirlo como si fuéramos *paparazzi*. El coche descendió la rampa del aparcamiento subterráneo del hospital y ningún guardia supo qué hacer con esa veintena de personas con cámaras que bajaban como locas.

Una vez en el aparcamiento, el coche buscó un espacio para aparcar, pero terminó acercándose a los ascensores. Se abrió una puerta y de ella salió el médico de la embajada estadounidense, que quedó absolutamente rodeado de cámaras, como si estuvieran a punto de tragárselo. Pasaron unos minutos de desconcierto hasta que llegó uno de los cuatro ascensores y el médico y unos acompañantes pudieron desembarazarse de esa multitud de acosadores.

—*Get in, get in!* —oí que decía un colega desde atrás.

Le abrí el paso al colega, pero nadie fue lo suficientemente valiente como para entrar solo antes de que se cerraran las puertas del ascensor. Unas plantas más arriba, el doctor se encontraría con Chen Guangcheng y eso sí que era territorio sensible. Dejar el lugar designado para la prensa podía ser perdonado, pero subir en el ascensor era cruzar una línea demasiado peligrosa. Sin ir más lejos, el día anterior, a dos periodistas extranjeros les habían retirado la acreditación que otorga el Ministerio de Exteriores por haberse paseado por el hospital en busca de la habitación de Chen.

Unas horas más tarde, ya de noche, la policía empezó a llamar a todos los que habíamos entrado en el aparcamiento...

—Hola, le llamo del Buró de Entradas y Salidas de la Policía. Queremos citarlo para que venga a nuestras oficinas.

—Ningún problema. ¿Qué día quieren que pase?

—Esta noche. Antes de media hora.

—¿Media hora?

—Sí, lo esperamos.

—A ver, escuche... Tengo un vídeo por hacer, no he comido en todo el día, estoy cansado y en estos momentos estoy hablando con usted mientras vuelvo en bicicleta a casa. La familia me espera. Son las nueve de la noche.

—Le pedimos su cooperación.

—Puedo ir cualquier otro día, mañana mismo a la hora que quieran, pero tengo trabajo que hacer y nada me garantiza que esté a tiempo si ahora voy a verles.

—Serán diez minutos.

Intenté sin éxito sacarles la idea de la cabeza, pero vi que sería imposible y tampoco quería enfrentarme a ellos. Era perfectamente posible que me dijeran: «No nos toques las narices, que también podríamos pedírtelo de otro modo». Dejé la bici y conté si tenía suficiente dinero para coger un taxi.

Una vez ahí, me sorprendió la cantidad de agentes que hacían horas extras. Se les veía cansados. Primero tuve que aguardar en la sala de espera y luego empezó el interrogatorio individualizado. El agente Zhang —así se llamaba quien me atendió— fue amable, y entendí que ellos tenían que hacer un trámite y yo tenía que «darles cara» y resolver el papeleo sin quejarme demasiado. Nada de lo que yo dijera serviría de mucho a partir de entonces. Zhang preguntaba y otro iba apuntando a mano la conversación sin quitar la vista del papel.

Explicué lo que había ocurrido ese día y después vino el sermón.

—Usted hoy ha vulnerado la ley y queremos comunicarle que le hemos advertido. Esto es una advertencia y usted tiene que admitir que no volverá a ocurrir.

Tuve un *déjà vu*... Meses antes, me habían advertido por el asunto «jazmín» con la cancioncilla de que «con el jazmín solo hacemos té». Estaba dispuesto a resolver el trámite, pero, por principios, me negaba a admitir que hubiera hecho nada malo. Y vi que esos diez minutos que me habían dicho por teléfono se eternizarían.

Viendo que el policía se impacientaba y pasaba del tono amable a uno más aleccionador, me tomé mi tiempo para dar mi opinión...

—Mire, sé que lo que diga no servirá de nada porque ustedes están aquí para hacer su trabajo. Pero, bueno, ya que probablemente estén grabando esta conversación... —señalé al techo—. Veo que tienen una cámara aquí arriba... Quisiera decirles que tengo presente la regulación 537, artículo 17, pero que me parece demasiado... ¿Cómo se dice en chino? Quiero decir que... Depende de cómo quiera leerse, puede significar cosas diferentes. No queda claro cuándo podemos grabar o cuándo les parece a ustedes que hemos vulnerado la ley. Por supuesto, ahora usted me dirá que necesitaba pedir permiso antes de entrar en el hospital...

Zhang sonrió:

—¡Exacto! Si usted quiere grabar en un hospital, tiene que pedir permiso, ya lo sabe.

—Sí, de acuerdo, pero dígame algo. Si un día en el que no haya ningún asunto sensible de por medio, como lo de Chen Guangcheng, voy a ese mismo hospital y grabo en el aparcamiento o donde sea, ¿ustedes me llamarán a las nueve de la noche para convocarme e interrogarme?

—Esta es la ley —resolvió Zhang.

—Oiga, solo quiero que sepan que, como ustedes, nosotros intentamos hacer nuestro trabajo y no pueden esperar que, si tenemos la oportunidad de grabar imágenes que consideramos que son noticia, nos pongamos a pensar en la ley en ese preciso momento. En todo el tiempo que llevo en este país siempre he intentado ser respetuoso. Y, por cosas como las de hoy, me citan aquí como si fuera un terrorista.

—Si fuera un terrorista le aseguro que no lo trataríamos así —la sonrisa de Zhang se rompió y no pude aguantarle la mirada.

Tuvimos unos cuantos intercambios similares y luego me pusieron una hoja en blanco sobre la mesa. Estaba cansado y escuché resignado lo que ya sabía que iba a decir.

—Necesitamos que escriba eso mismo que le hemos comentado. Que explique brevemente qué estaba haciendo hoy y admita que conoce la ley, que se la hemos recordado aquí y que no volverá a ocurrir.

Podía tragarme la primera parte, pero lo último era humillante. Zhang vio que dudaba...

—Puede escribirlo en inglés. O en su lengua, si lo prefiere.

Cuando Zhang dijo «su lengua», no creo que fuera consciente de que mi lengua materna era el catalán, no el castellano. Así que antes de que alguien se diera cuenta de ese detalle, cogí la hoja y el boli y me puse a escribir... en catalán.

Vino otro agente y acercó la cabeza y la mirada hacia esa letra pequeña con signos exóticos como los acentos abiertos y alguna ce con cedilla. Sospechó...

—¿Lo que escribe es español?

—Catalán —respondí.

Como si tuviera un ojo en la nuca, percibí caras de desconcierto.

—Tendremos que buscar un traductor.

Se susurraron cosas al oído.

—¿Es muy diferente el catalán del castellano? —me preguntaron.

—No, tranquilos. El castellano, el italiano, el catalán, todos se parecen mucho. No tendrán ningún problema. —Era la verdad.

Propuse traducirlo yo mismo. Y traduciendo tan bien como pude, pero con las obvias limitaciones de quien ha aprendido el chino en la calle y no en la universidad, repasé con Zhang los contenidos de mi confesión.

—Si vuelve a ocurrir, me dicen que el departamento oportuno deberá tomar una decisión... —leí en voz alta.

—Eso no hace falta que lo digas —interrumpió Zhang.

Taché esa parte y Zhang hizo un gesto.

—Te has olvidado de decir «esto no volverá a ocurrir».

En esa sala de interrogatorios donde en teoría los sonidos quedaban amortiguados, la frase pareció que resonara.

Intenté ser creativo y encontrar una solución de consenso. Mientras lo pensaba, detectaba cierto nerviosismo en unos agentes que no me sacaban la mirada de encima. Era la hora de cenar.

Encontré una última versión. La escribí y la releí por dentro. Era lo que querían, pero no era humillante. Estaba relativamente satisfecho.

—La policía entiende que he vulnerado la ley. Espero no tener que volver a encontrarme en esta situación —leí en voz alta.

Antes de firmar la otra declaración en chino, dije que quería una fotocopia de todo. Discutimos un rato. Yo les decía que necesitaba una prueba de cualquier documento que firmase y ellos me decían que la ley china no lo contemplaba. Era una discusión inútil. Uno de los agentes se ofreció a traducírmelo al inglés y, como vi que lo hacía con buena voluntad y yo era consciente de que discutir con ellos no serviría de nada, me rendí y accedí a firmar y a que se quedaran la maldita prueba de culpabilidad.

Esa noche tuve la sensación de que, como en un videojuego, había agotado todas las vidas de la partida. Los comentarios de otros periodistas también revelaban frustración y cansancio. «Me da igual, me voy del país a finales de año», me dijo un alemán. «Que hagan lo que quieran», me dijo otra persona. «Si me echan del país, me harán un favor, porque será como si me hubieran dado una medalla», sentenció otro. «Podría escribir un libro y ganar dinero con la historia», bromeó otro.

DEMOCRACIA DE BASE

—He encontrado un blog de un hombre que se presenta como candidato independiente en las elecciones de su pueblo —me dijo Xiao Zhang entusiasmada.

Ella sabía que iba detrás de ese tema desde hacía tiempo. Ese 2007 era año electoral en muchos pueblos de toda China y había encontrado un caso que quizá podríamos seguir.

—¿Y dejaría que lo entrevistáramos? —pregunté.

—No lo sé aún. Pero ya se lo he preguntado —dijo con la sonrisa tímida que le salía siempre que se anticipaba a lo que sabía que le pediría.

—¿Dónde está?

—Changshu, en la provincia de Jiangsu.

Hay algo que agradezco especialmente de haber trabajado para un medio como TV3, con unos jefes que entendían que tener un corresponsal en China no quería decir lucir un micrófono de la cadena con Tiananmén u otro fondo exótico detrás para contar lo mismo que cuenta todo el mundo.

Tuve la suerte de que me dejaran explicar la actualidad del país tal como la veía, que me confiaran esta responsabilidad. Me encargaba de seguir los grandes temas que más o menos seguíamos todos los medios extranjeros, pero también pequeñas historias que me permitían profundizar un poco más y explicar las cosas desde ópticas diferentes. Al fin y al cabo, ¿de qué sirve

tener a alguien en otro continente si te ha de decir lo mismo que ya te llega por las agencias de noticias?

Por este motivo, la historia de Changshu la guardo como una pequeña perla de mi trayectoria en China. Fue la primera vez que vi qué demonios eran unas elecciones en ese país. Lo había intentado antes en algunas votaciones de distrito en Pekín, pero no me habían dado permiso. La dificultad añadida es que, pese a que la ley electoral dice que debe haber publicidad de las candidaturas, nadie sabe qué día se harán las elecciones hasta poco antes. Así que, como solía ocurrir, lo supimos todo a última hora y también decidí ir a última hora.

Fui solo, como solía hacer cuando eran temas de carácter político y potencialmente sensibles, por aquello de no exponer a mi ayudante más de la cuenta.

—Tú eres china y yo soy extranjero: la ley para mí supone una cosa y para ti otra —le decía a Zhang Jialing y otros ayudantes en esas ocasiones.

Ella se quedaba en Pekín haciendo producción: contactos, reservas de hotel, transporte, traducción de documentos... Me había reservado hotel en Changshu, aunque las elecciones con el atrevido candidato independiente eran en realidad en el pueblo de Yanli.

Llegué de noche y Wang Jianping, el candidato a alcalde, el hombre al que habíamos localizado gracias a su blog, vino a mi hotel a recibirme, junto con un par de vecinos más con los que formaba candidatura. Ya entrado en la cuarentena, Wang se disponía a dejar su carrera como empresario de éxito para luchar contra lo que consideraba un Gobierno injusto. Estaba dispuesto a combatir la corrupción y repartir la riqueza local con criterios de bienestar social. A tal efecto, había devorado revistas de todo tipo para elaborar su lista de propuestas. Toda una amenaza para el acomodado *establishment* local.

Era un hombre rechoncho, tuerto y con una cabeza pequeña pero que pensaba rápida y ágilmente. Hablaba con un acento que no me resultaba nada familiar y me costaba bastante entenderlo. Por si fuera poco, parecía como si se contuviera. Tenía mucha energía y cuando quería contarte algo, más que hablar, le brotaban las palabras. Pero luego permanecía largos ratos en silencio, como estudiando las consecuencias de lo que acababa de decir o lo

que quería decir, pero quizá no acababa de atreverse a expresar. Una cosa era escribir un blog y presentarse a unas elecciones como candidato independiente y otra era explicárselo a un corresponsal extranjero.

A partir de los años ochenta, el Partido Comunista Chino empezó a experimentar con la libre elección de representantes en todo el país. Desde entonces, es posible la elección directa del jefe del pueblo en algunos municipios y también de representantes de distrito y asambleas populares en algunas ciudades. Se trataba de ver hasta qué punto la hegemonía del Partido era compatible con propuestas políticas que no surgieran del propio partido. Si la operación les salía bien, podían venderlo como una evolución o mejora del socialismo, tal como habían hecho con la economía. Si no funcionaba, siempre estarían a tiempo de enderezar el experimento.

Desde entonces, en algunas de estas poblaciones han ido repitiéndose comicios en los que se han aceptado candidatos que no fueran miembros del Partido, derecho que en todo el país muchos se han tomado en serio.

No fue ninguna sorpresa que, en los lugares donde se producían abusos de poder flagrantes y la imagen del Partido estaba más erosionada, los candidatos independientes generasen más simpatía entre el electorado.

Pero lo que la gente quería votar era algo muy diferente del resultado que estaban dispuestos a aceptar los que ostentaban el poder. Los políticos que el Partido decidía que eran los más indicados para representar su poder en un pueblo tenían que explicar por qué demonios habían perdido la confianza del pueblo, sobre todo cuando contaban con toda la maquinaria propagandística a su favor. Una cosa es garantizar la concurrencia de candidatos independientes y otra es que acaben ganando.

Me imagino que a Wang Jianping deberían pasarle muchas cosas por la cabeza al hablar conmigo. Sea como fuere, fue mi anfitrión mientras estuve en su pueblo.

Empecé la jornada electoral de Yanli en una casa particular que servía de colegio electoral. Votaban en el patio de la casa, a la vista de todos. Grabé desde una cierta distancia y esperé en el exterior para hacer preguntas a los que ya habían depositado la papeleta. Una mujer joven salía y se disponía a coger la bicicleta. Llevaba un billete de 20 yuanes en la mano.

—¿Ese dinero...? —dije entre dudas, sin saber muy bien si estaba metiendo o no la pata.

—20 yuanes de incentivo. ¿Qué te parece? —respondió la mujer.

El dinero lo daban para compensar la hora perdida que supuestamente tenían que haber dedicado al trabajo. Pero no dejaba de sorprenderme. No solo porque lo había decidido ese Gobierno local en concreto, por lo que podía condicionar el voto en un determinado sentido, sino porque, en mi país, el voto es un derecho y el poder ejercerlo ya tiene un valor por sí mismo, que no requiere ningún tipo de compensación.

Nunca acabé de entender, por cierto, si la mujer se quejaba de que le dieran dinero porque no deberían gastarse el dinero público en eso, o más bien de que 20 yuanes era demasiado poco.

En Yanli la gente estaba emocionada. Los vecinos descontentos expresaban abiertamente su intención de votar a favor de Wang y hacían reproches a los que aún apoyaban al candidato del Partido, al que acusaban de favoritismo en la imposición de tasas municipales y de no hacer casi nada por el pueblo. Había quien directamente creía que las elecciones no servirían de nada.

—Todo es una comedia. Tú escribes un nombre, pero no sirve de nada — se quejaba otro vecino.

Una división que se manifestó plenamente en el segundo punto de votación: la escuela. Hacia el mediodía se cerraron las mesas electorales porque alguien consideró que ya todo el mundo más o menos había votado, lo que tampoco dejó de sorprenderme.

Las urnas las colocaron todas en el patio exterior de la escuela y, una vez contadas, fueron repartiéndolas en cinco o seis aulas. En cada aula había representantes de cada candidatura y fueron contando a mano las papeletas.

El alcalde no estaba. Wang estaba nervioso e iba de un aula a la otra y, mientras tanto, yo intentaba entender qué estaba pasando.

—Aquí parece que hemos ganado —me dijo Wang al salir de un aula para ir a la siguiente, escudriñándolo todo con su mirada de tuerto, como un camaleón que controla todo lo que tiene a su alrededor.

Con las urnas abiertas, tres personas iban cogiendo papeletas con mucha

rapidez e iban contándolas al mismo tiempo. Luego las ponían todas en la mesa y procedían a contar los votos. Todo se hacía a mano. Unos comprobaban el nombre del voto, otro iba anotando los votos con tiza en la pizarra del aula y los demás lo observaban todo o discutían.

A medida que fueron pasando las horas, los gritos se volvieron más intensos. Alguien denunció que algunos buzones no estaban bien precintados.

—Hay decenas de votos que están hechos con el mismo bolígrafo y el mismo tipo de marca —me dijo Wang con cara de preocupación.

El pueblo tenía un alto porcentaje de analfabetismo, por lo que alguien había marcado la casilla para esos votantes, con toda la falta de garantías que eso comportaba. Doscientas papeletas tenían la caligrafía de solo cuatro personas, pero las aceptaron.

La indignación de los que denunciaban pucherazo era proporcional a la reacción sobreexcitada de quienes aparentemente iban a perder el poder de ese pequeño pueblo, pero poder al fin y al cabo. De repente, los gritos se convirtieron en manos levantadas y dedos que señalaban al otro cerca de la cara —señalar a alguien con el dedo es especialmente ofensivo en Asia Oriental—, y alguien tuvo que separar a dos vecinos que estaban a punto de pelearse.

Las horas fueron pasando. Seis horas para contar poco más de dos mil votos y, aun así, todavía quedaban muchas dudas. En medio del caos de cifras y sospechas, las autoridades anunciaron que Wang Jianping había ganado, pero que al no llegar al 50 por ciento de los votos era necesaria una segunda vuelta, que se celebraría al cabo de dos meses.

Dos meses después, Xiao Zhang me dijo que Wang había ganado la segunda vuelta. Le llamé para felicitarle y le deseé mucha suerte. Él me dijo que, probablemente, no habría ganado si yo no hubiera sacado la cabeza.

Tan convencido debía estar del factor «observador internacional» que, en otoño de ese año, me llegó una caja de *yuebing* o pastelitos de luna llena, típicos de la tradición china de medio otoño y símbolo de agradecimiento.

Por supuesto, en Yanli yo no tenía ningún interés personal ni preferencias. No quería decantar esas elecciones ni en un sentido ni en otro. Solo fui para dar testimonio. Pero acepté que su agradecimiento no se debía a

que hubiese ganado, sino a que mi presencia había permitido, en cierto modo, que las elecciones transcurrieran con relativa normalidad y que todo el mundo se lo tomara en serio.

Las facilidades de acceso, fruto de la confianza y la generosidad de Wang, me animaron a volver a Yanli un año después de las elecciones. Quería ver si se las apañaba y qué le suponía pasar de criticar a gestionar.

Sorprendentemente, el segundo viaje a Yanli estuvo rodeado de más precaución. Me reunía con el alcalde del pueblo, pero quedamos muy lejos para mantener una conversación previa. Wang me contó que había salido del hospital hacía unas semanas después de que unos matones lo hubieran agredido y le hubieran abierto la cabeza. La policía se había desentendido del tema.

Estábamos en una especie de chiringuito en una zona rural a pie de una carretera secundaria y Wang sondeaba de vez en cuando el entorno con su mirada camaleónica. Cada vez que entraba alguien, bajaba la voz y, hasta que no se aseguraba de quién era, no retomaba la conversación. Le dije que no se preocupase por mí y que, sobre todo, no se sintiera obligado a explicarme nada a cámara si no se sentía con ánimos de hacerlo.

Cuando nos reunimos en Yanli al día siguiente, Wang seguía preocupado. Parecía mentira que fuera así y no al revés.

El nuevo alcalde había podido cambiar bastantes cosas durante su primer año. De entrada, había normalizado el impuesto de actividades para talleres y fábricas textiles instalados en el pueblo. La medida supuso 70.000 euros más para los presupuestos anuales, pero también le acarreó la enemistad de empresarios que con el anterior Gobierno participaban de un sistema basado en favores y comisiones. De hecho, Wang sospechaba que los matones que lo habían agredido no los había enviado el Partido, sino los empresarios que ahora veían recortados sus márgenes de beneficio.

Ese dinero, en parte, sirvió para comprar terrenos nuevos y compensar así a agricultores expropiados por dos nuevos proyectos: la construcción de una carretera y un nuevo punto de tratamiento de residuos contaminantes. También destinó una parte a iniciar infraestructuras básicas, como el alumbrado público, puntos de recogida de desechos, la separación de aguas

residuales y aguas pluviales, e incluso el alcantarillado. Parecía increíble que, siendo Jiangsu una de las provincias más dinámicas de China, el pueblo estuviera tan atrasado en necesidades tan básicas.

El equipo de Wang también se tomaba en serio la aplicación de las leyes estatales, como la que obligaba —por motivos higiénicos y de seguridad— a acondicionar los talleres textiles de modo que los empleados no utilizaran un único espacio para trabajar, comer y dormir.

Visto con perspectiva una década después, me parece un trabajo extraordinario en tan solo un año de mandato y tratándose de un pueblo con unos pocos miles de habitantes. Pero esa también fue una misión de equilibrios frágiles. Además de unos poderes económicos dispuestos a usar la violencia para intimidarle, Wang tenía que coordinar esfuerzos con el Partido. El secretario del Partido es, en la mayoría de los pueblos de China, una figura más importante que la del propio alcalde. Wang tenía que intentar llevarse bien con el secretario y al mismo tiempo complacer a sus votantes, entre quienes había generado una gran expectativa.

«En el último año, siento que nos ha faltado el apoyo del Gobierno y más comprensión de la gente. En Yanli, las conexiones sociales son muy complicadas. Da igual lo bien que lo hagamos, siempre habrá gente que intentará ponernos palos en las ruedas. Trabajaremos duro para conseguir lo mejor para nuestro pueblo.»

Wang no quería señalar a nadie directamente, porque no quería ser visto como una amenaza para el sistema, sino una oportunidad para mejorarlo. Ni siquiera tenía un discurso prodemocrático, como todos los activistas que había conocido. Pero estaba claro que le querían arrebatarse el poder a toda costa y él era un obstáculo. Lo que más le preocupaba era que, incluso si hacía las cosas bien, el apoyo de los vecinos que le habían votado pudiera volatilizarse simplemente porque alguien les había prometido algún beneficio individual, aunque eso no fuera bueno para el pueblo en general.

Sin pretenderlo, todos los Yanli de China han servido de catalizador de lo más parecido a una cata de la democracia. Han contribuido a la formación de una conciencia de derechos que nadie acaba de creerse hasta que aparecen Wang Jianpings dispuestos a enfrentarse al *statu quo*.

Una década antes, Yao Lifa, profesor de escuela, entendió que la ley podía estar de su lado y se convirtió en el primer candidato autonominado. Cuando, a finales de los años ochenta, la Asamblea Nacional terminó la nueva ley electoral, este campesino que se había convertido en maestro decidió presentarse a las elecciones de la Asamblea Popular de su circunscripción, en Qianjiang, en la provincia de Hubei.

Se presentó sin éxito en sucesivas convocatorias hasta que consiguió la elección a finales de los años noventa. Con un solo candidato al lado de decenas de miembros del Partido, parecía que su historia fuera anecdótica. Pero Yao aprovechó su posición para criticar algunas políticas y, sobre todo, había señalado el camino. Entrada ya la década de los años 2000, una cuarentena de candidatos independientes se sumaron a Yao desafiando la hegemonía del Partido. El ejemplo también fue difundiéndose y Yao incluso llegó a tener un grupo de discusión en internet, en el que se daban claves para crear candidaturas independientes aprovechando el marco legal existente.

Un buen historial de perjuicios que le supuso el tipo de trato que suelen recibir los activistas y otras fuerzas que amenazan la estructura de poder: detenciones, desapariciones y, según llegó a contar su mujer, métodos de tortura para obligarlo a desistir.

Por todo ello, cuando decidí cubrir las elecciones en Qianjiang y presentar en esa crónica el perfil de Yao Lifa, lo primero que hice fue ir a su casa por miedo de que lo detuvieran antes de poder verlo. Puro egoísmo periodístico, pensará el lector. Tal vez sí. No habría sido la primera vez que perdía una entrevista sensible por no haberla atado antes. La experiencia me enseñó que es mejor empezar siempre por la parte más complicada y, después, seguir con el resto.

Era el día antes de las votaciones y Yao me abrió la puerta mientras hablaba por el móvil. No era una llamada convencional. Tenía puesto Skype, QQ o alguna aplicación similar y mantenía una conversación con múltiples partes. De las orejas le colgaban unos auriculares. Al terminar la conversación, desmontó la batería del móvil y extrajo la tarjeta SIM para evitar que pudieran grabarnos la conversación. Lo hizo rápido. Estaba acostumbrado. De profesor pasó a político, y se había convertido en activista,

motivo por el cual iba informando a sus círculos más cercanos de todo lo que hacía. Tampoco me sorprendió lo que me dijo durante la entrevista: «En toda China ocurre lo mismo: las elecciones son falsas, no hay elecciones democráticas de verdad».

Yao estaba solo en casa y, al terminar, se excusó.

—No puedo acompañarte al hotel, que mi mujer está en el hospital. Hace unos días tuvimos un niño.

—¡Ah! ¡Felicidades!

—Gracias.

—No se preocupe, de verdad, que yo me las arreglo solo.

Me registré en el hotel con el procedimiento de siempre, entregando el pasaporte para que hicieran una fotocopia y rellenando un pequeño formulario de papel. Notaba que me seguían. O tal vez era yo quien empezaba a estar un poco paranoico en ese 2008 tan intenso.

Supongo que eso explica que repasara rápidamente la habitación para familiarizarme con ella. Corrí las cortinas de la ventana y pensé que quizás estaban vigilándome. Probé la internet del hotel. Iba desesperadamente lenta. El minibar estaba vacío, pero había un par de botellas de agua, un aparato calentador de agua y una cesta con sobres de café soluble y bolsitas de té verde y té rojo. Cogí todo lo que necesitaba y, justo antes de cerrar la puerta, abrí el sobre de té rojo y esparcí algunas hojitas por el suelo.

Ya en el exterior, comí algo y busqué el cibercafé más cercano para coordinarme con TV3 y con mi ayudante.

A medio mensaje, sentí una presencia que se acercaba en medio de las conversaciones monótonas del cibercafé y alcé la vista. Un hombre alto vestido de calle sacó una cartera del abrigo y la abrió: «China Police». Empezaba a habituarme a ver placas de policía de tan cerca.

—¿Sabes qué es esto? —fue su locuaz apreciación.

—Ah... —dije acercando la nariz para leer el nombre que había en la placa—. Señor Chen. Encantado.

El poli Chen venía con otro agente y le ofrecí que se sentara en la silla de al lado. Chen se sentó.

—¿A qué has venido a Qianjiang?

—Soy periodista. Mañana hay elecciones, ¿verdad? Quiero hacer una historia —respondí, luchando una vez más para no sentirme como si estuviera haciendo alguna fechoría.

—¿A qué televisión perteneces?

Le enseñé el carné de prensa antes de que me lo pidieran y Chen se lo dio al otro agente, que sacó una foto.

—¿Sabes? Para grabar las elecciones necesitas permiso.

—Ah, de acuerdo. ¿Dónde tengo que pedirlo? —sabía de sobra que lo que me estaban diciendo era que debería haberlo pedido antes de llegar a Qianjiang, pero tampoco podía responder: «Ah, sí, ya lo sé, pero como sabía que no me lo daríais, me he presentado sin avisar a ver si podía grabar algo igualmente».

Chen se mostró entre intimidatorio y amable. No sabría describirlo. Finalmente, me dijeron que alguien me llamaría a las diez de la mañana y les dejé mi tarjeta.

—Por cierto... me iría muy bien hablar con algún responsable de las elecciones. Para preguntarle cómo funciona todo. Ya sabe.

Cuando Chen y el otro poli se marcharon, me quedé un rato más en el cibercafé. Con el encuentro todavía fresco, lo relaté en mi blog, costumbre que, años después, al escribir este libro, me ayuda a aclarar detalles y dudas. Es un hábito que hoy agradezco, pues cuando lo recuerdo me parece que todo pasó a cámara rápida.

Volví a mi hotel y la recepcionista levantó la cabeza al verme entrar por la puerta principal.

—Señor, ¡disculpe!

Estaba a punto de saltar con un «¿Y tú con qué me vas a salir ahora?», pero lo dejé en un contenido arqueamiento de cejas.

—Necesitamos de nuevo su pasaporte para fotocopiarlo.

—¿Y eso?

—Es para volver a pasar la banda magnética de la llave —dijo no muy convencida de su excusa improvisada.

Alcé la vista al techo y respiré hondo.

—Mira, si me encuentro con que alguien ha entrado en mi habitación...

—le dije intentando contener mi versión más paranoica.

—No se preocupe.

Le di el pasaporte y la recepcionista se dio tantas prisas como pudo para superar el trámite que algún superior o directamente la pasma debía haberle mandado.

Me dirigí al ascensor y cogí por un extremo la tarjeta con la banda magnética que hace de llave. Con el lado opuesto de la tarjeta, apreté el botón del ascensor. Lo hacía siempre para evitar que me pasara la electricidad estática que transmiten las moquetas industriales y las instalaciones eléctricas chapuceras de la gran mayoría de hoteles chinos. Cuando el ascensor hizo *ding* y se abrieron las puertas metálicas, apareció la cara de Yao Lifa. «Shhh...», me dijo con el dedo índice sobre los labios, mientras me acogía dentro del ascensor.

Ya en el pasillo de mi planta, me dijo al oído que había policías en las habitaciones contiguas a la mía. Se apartó hasta la escalera y bajó un par de escalones para que no estuviéramos en el campo de visión del pasillo. Me preguntó si tenía papel y bolígrafo y saqué la libreta estrujada y un boli que siempre llevaba en algún bolsillo. Escribió un número de teléfono nuevo y me dijo que me llamaría para darme una dirección.

—Cuando te la dé, sal de prisa para llegar a tiempo de grabar algo.

—De acuerdo.

—Bien. Ahora tengo que irme.

Justo después de despedirnos, volví al pasillo para entrar en mi habitación. La puerta de la habitación de al lado estaba abierta y la sombra de un cuerpo retrocedió hacia el interior, como si me hubiera detectado por sorpresa.

Tenía curiosidad por saber si alguien había entrado a revolver algo. Al abrir la puerta, los restos de hojas de té seguían intactos. Seguía desconfiado. Me puse a revisar el teléfono, la reja de ventilación, la lámpara de la mesilla de noche y otros rincones en busca de micrófonos o cámaras ocultas. Todo estaba exactamente como lo había dejado. Puse la tele local con el volumen tan alto como pude. Me dormí esperando sin éxito alguna pieza en los informativos de la televisión de Qianjiang que hablara de las elecciones del

día siguiente.

Cuando a la mañana siguiente sonó el móvil, lo cogí a tientas, apreté algún botón y me lo acerqué al oído. Pero seguía sonando. Medio abrí un ojo y vi que en la mano tenía el mando del televisor, no el móvil. Lancé el mando de la tele por encima de la cama y me arrastré de la cama al suelo, donde el móvil seguía sonando.

—¿Sí? —más que una pregunta era una queja.

—¡Periodista Wei Sen!

—¡Sí! —volví a quejarme.

—Hola, somos del Gobierno de Qianjiang. Estamos aquí abajo, en la recepción de su hotel.

Con el único ojo que podía abrir, alejé el móvil y volví a acercármelo hasta que mis ojos enfocaron la hora que marcaba la pantalla.

—Son las ocho de la mañana. Me dijeron que me llamarían a las diez.

—No se preocupe. Aquí le esperamos.

—Pero... —Intentaba volver al estado consciente y hacerme la película del día antes de que fuera demasiado tarde. ¡Tenía la llamada pendiente de Yao!—. Oiga, esta mañana tengo cosas que hacer. Me dijeron que me llamarían, no que vendrían a mi hotel.

—No se preocupe, le ayudaremos con lo que haga falta —dijo esa voz tan irritantemente amable.

—Disculpe, pero yo no puedo atenderlos ahora.

Estaba descolocado. En primer lugar, me fastidiaba que me despertaran antes de tiempo, sobre todo porque estaba cansado. Y en segundo lugar, era evidente que querían seguirme de cerca y tenían la excusa perfecta. Opté por esperar la llamada de Yao.

Mientras tanto, me duché y me vestí, e intenté escribir algunas notas para anticipar cómo iría el día. Lo tenía todo listo para salir en cuanto Yao me indicara el punto de grabación. Tenía hambre, pero no quería encontrarme a la gente del Gobierno abajo. Pasadas las nueve, Yao aún no había llamado, así que volví a dormirme con el despertador mental activado.

Faltaban unos minutos para las diez cuando Yao me envió un mensaje con una dirección. En menos de diez segundos, ya estaba saliendo por la

puerta. Abajo en el hotel, un joven con cara de mal despertar —peor que la mía— me siguió sin siquiera disimular. Una vez en el taxi, le enseñé al conductor el mensaje con la dirección, y unos minutos después, me dejó cerca de una escuela: «Ahí es», señaló.

Mientras pagaba, saqué la cámara de la bolsa por si tenía que grabar rápido. Pulsé el botón *On* y bajé del vehículo. El taxi se marchó y yo aligeré el paso hacia la escuela. Una vez ahí, la policía no tardó en llegar y me brindó uno de esos magníficos planos tapándome la cámara, que siempre van bien para cuando tienes que decir que la policía no te ha dejado grabar. Más que nada, porque es irrefutable, porque entonces es evidente que no te lo has inventado o que has exagerado.

—Son las normas.

—Sí, lo entiendo. Pero déjeme que grabe esa urna...

—No, no puede grabarse —no había manera—. ¿Eres periodista? ¿Tienes documentación?

Poco después aparecieron los de la oficina del Gobierno de Qianjiang.

—Aah... ¿Ustedes son los que han venido esta mañana al hotel?

—Sí, somos nosotros.

—Disculpen que no haya podido atenderles. Si quieren, podemos grabar ahora a ese responsable de las elecciones del que me hablaban.

Me condujeron hasta una oficina del Gobierno y Yu Guohua, el responsable, me atendió en una sala de oficina neutra, con una pared blanca y con un discurso igual de blanco.

Les agradecí que tuvieran esa deferencia conmigo, pero que para hacer bien mi trabajo necesitaba imágenes.

—No podré montarlo si no pongo imágenes. ¿Lo entienden? Necesito imágenes de gente votando y alguna declaración de alguien que acabe de votar.

Me miraron pensativos. Se dijeron algo entre ellos que no entendí y luego volvieron a dirigirme.

—Vendrá alguien de la televisión de Qianjiang y te dará imágenes.

La persona no tardó en llegar y le dije en qué formato de cinta me iría bien tenerlas.

Mientras tanto, me llevaron a una escuela donde pude hacer algunas entrevistas. Todos eran votantes contentos que celebraban que el Partido les diera esa oportunidad para elegir a sus representantes.

—¿Ya has acabado?

—Sí, más o menos.

—Muy bien. Ahora vamos a comer —estaba claro que un buen anfitrión no podía dejarte sin probar las delicias locales.

—Eh... disculpe, pero tengo que trabajar. No tengo tiempo para comer.

Mi afición a declinar comidas con gobiernos locales llegaba a límites realmente ofensivos. Me consolaba, al menos, pensar que no visitaba todos esos lugares para hacer amigos, precisamente. Ellos lo hacían por simple obligación, por inercia. Y más todavía cuando el pesado del periodista extranjero por lo menos no había hecho ningún disparate y había aceptado las condiciones —«En China tenemos nuestras leyes», insistían— y encima hablaba chino. Que yo declinara esa oferta seguro que en el fondo les daba bastante igual. Se ahorran una o dos horas más haciéndome de niñera.

Ahora solo tenían que asegurarse de que me largara de Qianjiang de una puñetera vez.

—Cojo este taxi —dije mientras le levantaba la mano al primer taxi que pasaba.

—De acuerdo. ¿Ya se va?

—Sí. Pero no me sigan. Si me siguen, me doy cuenta. Y no tengo ganas de decirle al Ministerio de Exteriores que han estado siguiéndome.

Cuando lo pienso, no sé hasta qué punto Exteriores era consciente de cómo la excepción olímpica nos ayudó a hacer nuestro trabajo. Más tarde, todo cambiaría, y citar el Ministerio no tendría ya ese efecto intimidatorio entre los funcionarios locales.

—No, no le seguiremos.

Una vez en el taxi, le dije que fuera al centro de Qianjiang, pero poco después le dije que parara. Por el retrovisor, vi que un taxi aminoró la marcha y se detuvo a cierta distancia.

—Siga.

—¿Adónde vamos? —preguntó confuso el conductor.

—Al centro.

Al cabo de un rato, volví a cambiar de planes.

—A ver, pare otra vez.

El taxista debía pensar que los extranjeros tenían un comportamiento realmente mucho más imprevisible de lo que ya le habían contado. El taxi de atrás volvió a detenerse.

—Ahora gire por aquí —pese a todo, el taxista obedecía—. Y ahora por aquí...

—¿No íbamos al centro?

—Y ahora otra vez a la izquierda.

Al cabo de unas cuantas vueltas, parecía que les había despistado. No era una cobertura peligrosa para mí, pero no tenía ganas de que me estuvieran pisando los talones.

Diez minutos después de entrar en un restaurante, una persona del establecimiento se me acercó con cara de curiosidad y se detuvo a cierta distancia. Dudó un instante y dio media vuelta. Me acerqué a la ventana. Fuera había dos coches negros. De ellos salieron varios hombres y se quedaron en el pasillo. ¡Toda una comitiva para mí! Harto de tanta comedia, salí al pasillo y los conté uno por uno.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. ¡Siete! —una vez hecho el recuento, volví a la mesa y, de camino, me dirigí a una camarera—. ¡Camarera! Póngame siete cervezas para esos señores.

Ya de vuelta a la mesa, la camarera vino al cabo de un rato y se dirigió a mí con voz baja.

—Disculpe, señor, pero lo de invitar a cerveza aquí no lo hacemos.

—¿Cómo que no?

Desistí de tensar aún más la situación y dejé tranquila a la pobre camarera, que a duras penas sabía lo que estaba ocurriendo.

Ya sin ánimo de despistar a nadie, volví a encontrarme con Yao Lifa en el hospital y le conté cómo había ido la jornada. Me dijo que las elecciones, tal como esperaba, habían sido un fraude, pese a la apariencia de normalidad que me habían dejado ver.

Lo mejor era alejarse de Qianjiang y pasar por los pueblos de los

alrededores, que pertenecían a la misma circunscripción electoral. Ahí pude ir sin más seguimiento policial y recoger testimonios de vecinos cabreados. Unos me decían que las papeletas estaban cerradas y solo incluían nombres de representantes del Partido, cuando en realidad había candidatos independientes cuyo nombre también debería figurar. En otro pueblo, el colegio electoral cerró a media mañana cuando solo habían votado una cincuentena de personas, dejando sin votar a cientos de vecinos.

Pero lo mejor estaba por llegar y, cuando lo pienso, me sorprende que los políticos de Qianjiang fueran tan torpes. De nuevo en mi hotel tras una larga jornada, me reencontré con Yu Guohua, el representante del Gobierno que tan amablemente me había atendido esa mañana en su oficina.

—Te traigo las imágenes de la televisión.

—¿Ah, sí? —dije mientras miraba con curiosidad la cinta que Yu acababa de darme.

—Sí. Espero que le sirva para contar su historia.

—Muchas gracias. Seguro que me irá bien.

Esperaba lo más parecido a un vídeo propagandístico. Pero cuando visioné la cinta, tuve que pasarla un par de veces para confirmar lo que estaba viendo. En las imágenes se veía una jornada festiva con votantes que preparaban las elecciones con entusiasmo. En el momento clave, en medio de mucho jaleo, un grupo de votantes competía por introducir papeletas en una urna de cartón de color rojo. Parecía que se pelearan para llenar la caja, introduciendo las papeletas todos a la vez y sin ningún tipo de supervisión de ninguna mesa electoral. Incluso una misma mano cogía dos o tres papeletas de golpe. ¡Era buenísimo! Era la mejor metáfora de las elecciones locales en China.

De Yao Lifa supe que, años después, su mujer denunció a varias agencias de noticias que lo habían detenido durante diez semanas y lo habían torturado durante una de las campañas de represión contra activistas realizada por todo el país.

Las experiencias de Yanli y Qianjiang demuestran que el Partido tiende a utilizar estas ocasiones más para justificar el concepto genérico que defiende que el Poder emana del pueblo que para extender el experimento a otra

dimensión. No están preparados para ello. El marco legal es interesante, pero la intención es perpetuar una determinada estructura de poder, no abrirla a aventuras inciertas. De todos modos, es destacable que quienes más critican este sistema electoral de base no lo hayan abandonado del todo y, en algún caso, puedan llegar a aprovecharlo a su favor para empoderarse de verdad. Aunque solo sea durante un tiempo, hasta que al Partido se le acabe la paciencia y llegue la siguiente ola de represión.

Es lo que ocurrió en el año 2012 en el pueblo de Wukan, en la provincia de Guangdong, tras un incidente que convertiría las elecciones locales en todo un símbolo de ese empoderamiento.

Todo empezó con las protestas de los vecinos de este pueblo de unos 12.000 habitantes, la mayoría campesinos, por unas expropiaciones de tierras comunales. Se quejaban, además, de que el Gobierno local las había vendido en secreto a un grupo promotor. Un clásico. La protesta derivó en represión policial y uno de los líderes falleció al poco de ser detenido. Gasolina sobre el fuego, provocó grandes movilizaciones y la posterior intervención de la policía paramilitar, que sometió Wukan a un asedio policial mientras todo el pueblo en pie de guerra ahuyentaba a los representantes del Partido y al equipo de Gobierno.

Al cabo de unas semanas, el gobernador de Guangdong, Wang Yang, aceptó la celebración de un proceso electoral. El Partido se mostraba flexible y Wukan se convertía en todo un símbolo de resistencia. Por unos días, Wukan recibió una avalancha de periodistas internacionales que dieron testimonio del proceso. Muchos vendieron la historia como «las primeras elecciones libres en China», un titular goloso pero claramente inflado por la clase de periodistas a los que les gusta presumir de haber visto o haber sido «el primero» sin acabar de contrastarlo. En cualquier caso, Wukan fue un caso muy mediático.

Esa noche, en pleno recuento de votos, nuestras crónicas mostraban la alegría de los votantes al enterarse de que Lin Zulian, uno de los líderes de la protesta, sería elegido nuevo jefe del Partido y, entre los otros representantes del comité de Gobierno, estaba la hija del líder que había fallecido en custodia policial.

Se especuló incluso con que Wang Yang había ganado crédito en las altas instancias del Partido con una fórmula de pacificación del conflicto compatible con una gobernanza más abierta que podría servir de modelo, decían algunos opinadores que también lo situaban como candidato a formar parte del Comité Permanente del Politburó, los siete hombres que más mandan en el Partido.

La verdad es que, al principio, Pekín optó por dejar hacer. Pero no tanto porque lo estudiara como posible modelo, sino porque tenía otras prioridades. Estaba a punto de producirse la mayor transición política en diez años. Visto en perspectiva, Wukan era más bien una pequeña emergencia de consecuencias controlables y aplazables en la agenda política. En esa transición, con la que cristalizó la elección del Comité Permanente del Politburó, el nombre de Wang Yang no aparecía por ninguna parte. Lo cual ponía de manifiesto que, si en algún momento había sido una preferencia entre los cientos de miembros del Comité Central que habrían podido elegirlo, la gestión de Wukan y su perfil reformista no habían impresionado a nadie.

También es cierto que Wukan inspiró a otros pueblos de la provincia de Guangdong a iniciar procesos similares, pero la historia con final feliz terminó en espejismo años después. En 2016 Lin Zulian denunció en una carta abierta a la empresa promotora de los terrenos de la discordia. «La tierra expropiada ha sido violada por el poder, por el dinero y por los gánsteres» escribió Lin. Palabras que volvieron a movilizar a los campesinos descontentos y que terminaron con la detención de Lin por corrupción a sus 72 años. Después de un primer intento de rebajar la condena, por el que admitió las acusaciones de aceptar sobornos, y al saber que le caerían tres años de prisión, Lin Zulian retiró su declaración. Wukan ha vivido nuevas protestas y la policía antidisturbios ha vuelto a intervenir. Wukan ha vuelto al punto de partida.

CONTROL DE LA INFORMACIÓN

Navidades de 2014, a punto de irme de China. El país cuenta ya con una de las mejores infraestructuras de telecomunicaciones de todo el mundo. Aun así, internet funciona peor que nunca. Bueno, debería matizar que no me funciona mal a mí, que tengo cuenta de Gmail, hago búsquedas en Google, me comunico con Twitter, miro YouTube y, para navegar y buscar información de todo tipo, tengo siempre en marcha el VPN, un *software* para saltarse la censura digital. Al fin y al cabo, la idea no es que me funcione bien a mí, sino que les funcione bien a los chinos y del modo previsto por el Gobierno. Yo no cuento. Pero ¿cómo hemos llegado hasta aquí? *Rewind...*

Cuando, en 2003, Martí Anglada me dijo que podía trabajar para TV3 siempre y cuando pudiera grabar, montar y enviar, no tenía ni puñetera idea de lo que acabaría suponiendo la última de las acciones.

El primer envío de una crónica para TV3 tardó, ya lo he mencionado, ocho o nueve horas por FTP (*file transfer protocol*), un método que la tele tan solo había probado poco antes, en la segunda guerra de Irak. En la actualidad, todo el mundo está familiarizado con acrónimos del mundo digital y cualquiera puede más o menos entender que eso consistía en enviar un archivo de un ordenador a otro a través de la red. Pero, entonces, en TV3, el uso del FTP estaba en pruebas y solo se contemplaba en casos extremos, cuando no había alternativa. En esos años, lo habitual aún era enviar vía

satélite.

Sin prácticamente darme cuenta, me convertí en uno de los primeros reporteros de todo el mundo que utilizó este sistema. Tenía suerte porque, en TV3, gente como Jordi Mas, Víctor Clariana y también los compañeros de Informática siempre me echaron una mano para que las imágenes que tanto me costaba grabar viajaran de un país a otro y pudieran ser emitidas por el informativo.

A partir de entonces, este sistema de envío me acompañaría siempre, hasta que fue popularizándose también entre el resto de los corresponsales, a medida que iban mejorando las conexiones y los formatos de compresión de vídeo. El satélite era más seguro, pero también más caro. En cambio, enviar una crónica por internet cuesta lo que te cueste la conexión.

En ese primer experimento en la escuela de Taiyuan durante la crisis del SARS, la conexión no daba para mucho más. Más tarde, me di cuenta de que pasaba lo mismo con la de la mayoría de puntos de conexión del país. Enviar una crónica por FTP quería decir, al principio, que tenías que tener instalado en ese ordenador un programita para conectarte con el servidor de destino, el de TV3. Pero no siempre podías usar tu propio portátil. Como en muchos hoteles, donde había internet pero a menudo tenías que conectarte a través de un ordenador de sobremesa fijo.

Paralelamente, China empezaba a sofisticar su conjunto de medidas activas y pasivas en internet para controlar la información sensible. Un sistema conocido como la Gran Muralla Digital o el Gran Cortafuegos —*The Great Firewall*, en inglés.

Si ellos truncaban vías de envío, yo tenía que encontrar nuevas maneras de sortear esos obstáculos. Y así empezó una carrera, a menudo desesperada, para que mis imágenes llegaran a tiempo, en medio de todos esos controles que iban actualizándose.

Al principio, TV3 no consideraba adecuado gastar en Pekín al mismo nivel en que otras grandes corresponsalías y, por lo tanto, quedaba descartado un envío regular por satélite. Pero sí podía gastarme algo más de dinero en conexiones a internet rápidas.

Primero contraté el mejor servicio de ADSL que la compañía telefónica

ofrecía. Siempre que mejoraban sus prestaciones, yo era de los primeros en pedir pagar más para tener mayor capacidad de transmisión de datos y más velocidad. Pero los cortafuegos de la Gran Muralla Digital hacían que, demasiado a menudo, todo ese flujo de datos que entraba o salía de China se retrasara en exceso.

Algunas crónicas importantes que debían emitirse el mismo día para que no perdieran actualidad llegaban tarde, para desesperación de mis compañeros de la sección Internacional de TV3, que hasta última hora no sabían si tenían que ponerlo o no entre las previsiones del mediodía o la noche. Mientras ellos se mordían las uñas, yo tenía la mirada clavada en la pantalla, en la barra de progreso del envío: del 20 por ciento pasaba rápido al 25 por ciento, pero puede que tardase cuatro veces más en alcanzar el 30 por ciento ... Era como ese alumno que siempre llega un poco tarde, hasta que algún día ya no puede entrar porque han cerrado la puerta del aula.

Cuando el problema llegó a niveles preocupantes, cambié de estrategia. ¿Quién tenía las mejores conexiones a internet? Los bancos quedaban descartados porque era obvio que no me dejarían utilizarlas. Tampoco las compañías financieras, a no ser que tuviera un buen contacto en alguna de ellas. Pero incluso así, tampoco habría podido hacerlo de forma regular. Y menos aún si tenía una urgencia a las dos de la madrugada, como solía ocurrir, y necesitaba que alguien me abriera alguna oficina. Así fue como descubrí los *business lounge* de los hoteles de cinco estrellas. El Swissotel de Pekín tenía cable y la primera prueba fue espectacular. Si en casa podía tardar dos o tres horas en enviar algo, en el hotel llegué a hacerlo en veinte o treinta minutos. Además, podía ir a cualquier hora y estaba completamente solo, sin que nadie me molestara.

Pekín, Shanghái, Shenzhen, Cantón y la mayoría de las grandes ciudades tenían hoteles de cinco estrellas. Pero la mayoría del tiempo me desplazaba a zonas donde no había ninguno y, entonces, lo habitual era instalarme en un *wangba* (cibercafé) porque estaban abiertos las veinticuatro horas del día. Una vez tenía el archivo de vídeo comprimido, lo copiaba a una unidad de USB que solo había que introducir en la torre del ordenador ante el que me había sentado. Tenía que copiarlo en el disco duro y desde ahí enviarlo con el

mismo programa de FTP que usaba desde mi ordenador y que podía descargarme de internet e instalar en pocos minutos. Aprendí a convivir con conexiones que se eternizaban, con los teclados llenos de roña y los usuarios adictos que jugaban a matarse mientras gritaban y fumaban.

Durante unos años, los *wangba* fueron un buen centro de operaciones. Pero estaba claro que los censores de la red no iban a ponérmelo fácil. Primero fue el *software* policial que los *wangba* tuvieron que instalar en cada ordenador. Eran de obligada instalación y permitían a la policía tener un control en tiempo real de todo lo que allí ocurría. Había acciones o direcciones que directamente estaban inaccesibles. Eso impidió, por ejemplo, que me descargara o instalara, como solía hacer, los programitas de envío de FTP. Una vez más, tuve que buscar una alternativa.

—Utiliza el *email* —me dijo una vez un ingeniero informático catalán que conocí en Shanghái.

—¿El *email*? Pero si Gmail solo te deja adjuntar archivos de 10 MB y mis archivos son de 70 MB o 80 MB, normalmente.

—Sí, pero lo que tienes que hacer es utilizar un programa que te haga siete u ocho trocitos de 10 MB y vas enviándolos uno a uno.

—¿Cómo? —respondí para que me confirmara lo que me había parecido entender.

—A ver... Tú tienes tu archivo. Con un programita coges el archivo y lo troceas. Después coges esos trocitos y los envías por *email*, como archivos adjuntos.

—¿Qué programita?

—Winrar o Winzip.

—Pero me hablas de programas de compresión de archivo.

—Sí, pero también permiten hacer un *split*, dividir. Puedes trocear un archivo sin perder calidad, sin tener que comprimir. Y luego es muy fácil. Quien reciba los siete u ocho trocitos solo tiene que pulsar uno de los trozos para que se junten todos automáticamente.

Cuando me lo contaba, mi cerebritito se fue haciendo una idea del mecanismo. Debió generar alguna reacción química de placer o esperanza, porque todavía hoy tengo muy vivo ese recuerdo. Tenía que probarlo.

Así fue como de una crónica que se llamara, por ejemplo, «20050912XINprotestaguangdong.mpeg», pasada por el troceador de Winrar, salían doce trocitos con el mismo nombre y un número de serie: «20050912XINprotestaguangdong1.mpeg», «...2.mpeg», «...3.mpeg», etc.

Como alternativa desesperada, fue un hallazgo. Pero todo resultaba un poco caótico. También con demasiada frecuencia y por motivos de desconexión, algunos mensajes se perdían en el ciberespacio y podían no llegar hasta el día siguiente.

—Sergi, ¡nos falta el 9! —resuena aún como una pesadilla la voz de los compañeros de TV3 desesperados porque la crónica llegaba sin una de las piezas del rompecabezas.

—De acuerdo, ahora intento volver a enviarlo —y así hasta que me daba cuenta de que faltaban poquísimos minutos para comenzar el informativo.

En alguna ocasión importante, esas crónicas no entraron a la hora que les correspondía, echando por tierra el esfuerzo que había costado hacerlas cuando, en realidad, ya tendrían que haber estado disponibles mucho antes para la audiencia.

En comparación, cada vez que salía de China continental, conectarse a internet era como dar un salto al futuro. Hong Kong, Taiwán, Seúl o Tokio permitían enviar un archivo de vídeo en pocos minutos e incluso en menos de un minuto, como me pasó en Seúl.

Por suerte, en China pude abandonar el sistema de pedacitos en cuanto mejoró la conexión en los hoteles y, sobre todo, cuando se introdujeron las conexiones móviles 3G (y después 4G) con USB, que permitían que un ordenador portátil fuera absolutamente autónomo como terminal de envío con solo conectarle ese módem ligero.

Eso ocurría al mismo tiempo que se popularizó el uso de VPN, el *software* que te permite conectarte a servidores de todo el mundo ocultando tu ID y, por lo tanto, tu recorrido en la red. Una especie de túnel que te da acceso a sitios restringidos en países como China. Porque la extraordinaria mejora de las telecomunicaciones y, en general, de las infraestructuras chinas es directamente proporcional al grado de sofisticación de sus mecanismos de control y censura.

Con sus decenas de miles de ciberagentes, *software* de bloqueo y rastreo, buscadores selectivos que te ocultan una larga lista de contenidos prohibidos y, por lo tanto, los vuelve inaccesibles para los usuarios, la Gran Muralla Digital ha conseguido que, en la práctica, China no tenga internet, sino una inmensa intranet que se conecta a la internet mundial cuando le conviene o, siendo muy generosos, una internet con apariencia de normalidad, pero con grandes áreas opacas y estrictamente controlada. Es un sistema tan evolucionado que, de hecho, le ha permitido a Pekín exportarlo a otros países con similares inquietudes o necesidades de censura y control.

Además de necesitar sistemáticamente el VPN para hacer mi trabajo con cierta normalidad, con el tiempo también me acostumbré a poner en clave nombres de personajes o temas delicados siempre que me comunicaba por correo electrónico o por mensajería instantánea con mis ayudantes o con otros periodistas. Que me digan paranoico. Liu Xiaobo era «LXB» y Tiananmén aparecía como «T.ia.,nanm.,en», con la ilusión de que así burlaba las arañas pasivas de rastreo de palabras clave. Había gente que incluso hablaba de Forrest Gump para referirse a Falun Gong con discreción. No evitaríamos que la policía nos siguiera los pasos, si quería, pero al menos se lo pondríamos difícil. O eso queríamos creer.

Un año, el Club de Corresponsales de Prensa advirtió de que algunos periodistas habían recibido intrusiones en sus cuentas de correo electrónico tras haber abierto imprudentemente mensajes con documentos adjuntos en apariencia inofensivos. La nota recomendaba entrar en la bandeja de mensajes enviados para comprobar si aparecían mensajes enviados a direcciones sospechosas, como ya habían detectado algunos periodistas.

Pero fue en 2010 cuando tuve delante de las narices la evidencia de la efectividad y la profundidad con que la policía china controla la red. Quien recibió la llamada fue mi mujer.

—Pasa por comisaria —le dijo el policía que la había llamado cuando ella aún pensaba que se trataba de una broma.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —respondió ella.

—¿Es que no sabes qué has hecho últimamente? —le dijeron con tono aleccionador.

—¿Eh?

Cuando fuimos los dos a la comisaría de Sanlitun, el barrio donde vivíamos entonces, mis sospechas se confirmaron. La pasma había identificado un mensaje que una estudiante que me ayudaba con algunas traducciones y pequeñas gestiones había colgado en un foro de internet. En la nota, preguntaba si alguien sabía «cuándo y dónde se produciría la manifestación antijaponesa» en una ciudad de Guangdong que entonces me disponía a visitar. Hacía poco que se habían registrado serios incidentes a raíz de un conflicto diplomático motivado por diferencias históricas entre dos vecinos con relaciones siempre difíciles. Una multitud había lanzado una lluvia de objetos a la residencia del embajador nipón y la policía antidisturbios había tenido que proteger la legación. Restaurantes y coches de marca japonesa habían sido atacados en todo el país y el Gobierno chino quería evitar una escalada del conflicto.

La policía había localizado nuestra IP y, por lo tanto, el número de teléfono de la oficina, que iba a nombre de mi mujer. Teníamos que ir a dar explicaciones.

En la recepción de la comisaría, un agente imprimió un documento y le pasó el caso a otro agente más gordo y de aspecto perezoso, que nos condujo a una dependencia situada en el piso arriba. En esa sala desordenada, me llamó la atención una pizarra blanca donde había algunos tachones y un dibujo de Shin Chan, el de la serie japonesa infantil de televisión.

Poco después de iniciar el interrogatorio, el agente regordete encendió un cigarrillo. Lo miré fijamente y le señalé la barriga de mi mujer.

—¿No ve que está embarazada? ¿Qué hace fumando?

—Ah, sí, perdone —dijo el policía, que me hizo caso y enseguida apagó el cigarrillo.

Empezó a escribir en un papel los datos básicos y las respuestas a todo lo que iba indagando. Era el típico interrogatorio rutinario, en el que el agente tenía que asegurarse de que las versiones de los tres implicados coincidían: la de mi mujer, por responsabilidad legal, la de mi ayudante, que había perpetrado el «delito», y la de un servidor, el autor intelectual.

Tras rectificar con bolígrafo un par de cosas que había escrito mal, sacó

otro formulario y mantuvo el anterior como borrador, para pasarlo después a limpio.

—A ver... ¿Usted qué le pidió exactamente a su ayudante?

—Bueno, no es exactamente una ayudante. Es una estudiante que viene algunos días a echarme una mano.

—No te enrolles y responde a lo que te preguntan —me dijo mi mujer, que, para mi sorpresa, parecía que se pusiera de lado del policía.

—Le dije que, como tenía previsto un viaje a Guangdong, me interesaba saber la hora de la manifestación. Sabía que hay gente que quiere protestar contra los japoneses y quiero tener claro qué avión tengo que coger para llegar a tiempo.

El poli regordete empezó a escribir y dudó un momento. Cogió el móvil, tecleó el carácter que no conocía y, cuando lo reconoció, lo copió en el borrador. Con mucha pausa, volvió a levantar la cabeza y prosiguió.

—Pero ¿cómo sabía usted que habría una manifestación?

—Todo el mundo lo sabía. La prensa lo sabía, la gente lo sabía, los japoneses lo sabían y ustedes lo sabían porque, si no lo supieran, no estaríamos ahora aquí —me defendí.

Probablemente estaba motivado porque era la primera vez que mi mujer me veía en acción en una comisaría. Como si tuviera que demostrarle lo absurdas que podían llegar a ser esas situaciones. Pero ella respiró profundamente. No parecía impresionada.

—¿Es necesario que escriba este informe a mano cuando tienen ordenadores en todas partes? —insistí con un punto de impaciencia.

Por debajo de la mesa, ella me espetó dos patadas para reñirme. Mientras tanto, el poli seguía más concentrado en su formulario que en mi impertinencia.

—Y a usted ¿quién se lo explicó en primer lugar? —prosiguió.

—Me lo dijo otro periodista extranjero.

—Otro periodista... ¿Nombre?

—Nombre que no recuerdo y, si lo recordara, no se lo diría porque no es lo que he venido a hacer aquí y usted sabe que no estoy obligado a responderle.

Parecía que se hubiera dado por satisfecho y ya no sabía qué más preguntar cuando volvió a levantarse al entrar su superior, que había ya lo había hecho un par de veces para hacer algunas aclaraciones que el agente regordete no había sabido resolver solo. Pero, en lugar de soltarme, me pidió por tercera vez el pasaporte y el carné de prensa.

El de mayor rango me sacó y me hizo esperar en recepción mientras aleccionaban a mi mujer, al tiempo que esperaban que la estudiante llegara a comisaría. La chica intentaba salir de un monumental atasco de tráfico en algún punto de la ciudad.

Aprovechamos la pausa para ir al banco a hacer una gestión y, al volver, ya tenían el informe preparado. Entonces llegó una escena familiar: la hora de firmar. Le pasé a mi mujer el papel que el agente gordito había copiado cuidadosamente a partir de las notas del borrador. Tenía que asegurarme de que era fiel a nuestro relato. Ella asintió con la cabeza.

—Muy bien, ahora lo firmo —dije—, pero antes debería dibujar una raya al final de cada una de estas líneas, de forma que no quede ningún espacio en blanco —le dije simulando los trazos con el boli en la mano.

—¡No, no! ¡No toque nada!

—De acuerdo, no toco nada, pero tienen que hacerlo ustedes. ¿Cómo sabré que no añaden nada después de firmar? —la pregunta volvió a descolocarlo y, una vez más, volvió a llamar a su superior.

En medio de ese follón, algunos agentes que no tenían nada mejor que hacer iban entrando y saliendo como los despistados de un bar de aficionados al fútbol que preguntan si alguien ha marcado algún gol.

—¿De qué país es? —le preguntó un agente joven y alto a mi mujer. Me había acostumbrado a que los chinos se dirigieran a los otros chinos que iban conmigo para preguntarles cosas sobre mí, en lugar de preguntármelo a mí directamente. Pero eso no quería decir que renunciase a exigir mi parte en la conversación...

—Todo lo que necesita saber está en este papel —interrumpí, invitándole a que le diera un vistazo al informe.

El superior volvió a entrar, claramente impaciente por el hecho de que se alargase todo más de la cuenta. Cogió el papel y me miró con seriedad.

—Mire, este es el informe oficial y así debe quedar —dijo el jefe.

—De acuerdo, pues entonces hagan una fotocopia para que yo pueda quedarme con una prueba de la declaración.

—No podemos darle una fotocopia.

—Pues entonces no firmo.

El superior se miró el reloj de pulsera y fue al grano. Le dijo al agente gordito que no era necesario que firmara, que podían dejarlo tal como estaba. Nos despidieron para continuar con el interrogatorio, esta vez a mi ayudante, que finalmente había llegado a la comisaría desde la otra punta de la ciudad. Los policías, como dos niños que preparan una broma a un compañero, me pidieron que no le contara nada todavía.

La chica estaba tranquila y fuimos a decirle que la esperaríamos en una cafetería. Tardó más de una hora en salir.

—¿Sabes qué me han dicho? —dijo ella cuando se reunió con nosotros en la cafetería—: «Tú eres china. Deberías educarle, tendrías que evitar que cuente cosas malas de China» —lo decía intentando imitar el tono de los policías mientras mi mujer se echaba a reír.

—¡Pues buena suerte! —añadí mientras, con una nueva risotada, compensábamos las horas absurdamente perdidas.

Cuando esa noche le conté la anécdota a un amigo español de los más veteranos en Pekín, me advirtió de que hay que tener mucho cuidado con las comunicaciones.

—Aquí en Sanlitun había un francés que tenía un bar y le ofrecieron una compensación porque se lo iban a expropiar. Pero el tío dijo que no le parecía bien lo que le ofrecían.

—¿Y qué pasó?

—Le dijeron que esperase. Volvieron al cabo de un rato y le trajeron una carpeta con todo tipo de papeles.

—¿Qué papeles?

—Eran las transcripciones de las conversaciones y mensajes de móvil. En fluorescente, habían subrayado la palabra «marihuana» varias veces.

—Joder.

—Vaya, que le dijeron que o aceptaba el pacto o le detendrían por

posesión y compra de drogas, ¿sabes?

Para los occidentales que no hacen del todo lo que se espera de ellos — que trabajen, que se lo pasen bien y que no se pasen de la raya—, la combinación de regulación estricta, censura e intervención policial podía resultar en ese tipo de contratiempos, incomodidades o advertencias. Nada que ver con los chinos que se saltan la ley y, también sin darse cuenta, dejan un rastro perfectamente detectable en una internet bien controlada.

Las represalias, en forma de detenciones o condenas en campos de trabajo por «difundir rumores», «provocar incidentes» e incluso «poner en peligro la seguridad del Estado», pusieron en guardia a los que colgaban en blogs o BBS comentarios delicados, que con el tiempo entendieron que, con un poco de imaginación, podían llegar a convivir con la censura. Y tengo que decir que el universo «contracensor» que se creó a partir de ese momento no ha dejado de sorprenderme.

Que el chino sea tan plástico y tenga una riquísima variedad fonética permite que palabras censuradas se sustituyan por conceptos que, semánticamente, no tienen nada que ver, pero suenan exactamente igual.

Así es como el «cangrejo de río» (*hexie*) se convirtió en sinónimo de la censura para quienes la combatían. *Hexie* suena igual que «armonía», en referencia a uno de los eslóganes favoritos durante el mandato de Hu Jintao: la construcción de una sociedad armoniosa. Y es que, durante el gobierno de Hu, el objetivo de mantener la estabilidad y la armonía social impuesto por el Partido sirvió de excusa para silenciar voces y perseguir la disidencia.

Mientras el cangrejo de río se convertía en el antipático embajador de una sociedad pretendidamente armoniosa que necesitaba taparles la boca a los ciudadanos críticos, estos eligieron la simpática «llama» o «alpaca» (*caonima*) como símbolo de la libertad de expresión. La gracia del homófono es que cualquier chino identificará que *caonima* suena como uno de los peores insultos que puedas dedicarle a alguien.

El chiste para esquivar la censura enseguida protagonizó vídeos y cómics, e incluso un mítico videoclip de las aventuras de la llama contra el cangrejo que, pese a estar minado de crítica e insultos malsonantes, no era técnicamente material censurable, ya que la letra, literalmente, cantaba lo

siguiente:

Hay un rebaño de alpacas
que viven en el desierto de Male
Son alegres y listas
Son traviesas y sensibles
Viven en libertad en el desierto de Male
Son valientes y se adaptan obstinadamente al clima hostil
Oh, ¡cómo se revuelcan las alpacas!
Oh, ¡cómo corren libres las alpacas!
Han derrotado a los cangrejos de río
que se comían sus pastos
Los cangrejos de río han desaparecido para siempre del desierto de Male.

La gracia de los homófonos en chino hace que, en realidad, la canción suene así:

Hay un rebaño de «que se follan a tu madre»
que viven en el «coño de tu madre»
Son alegres y listas
Son traviesas y sensibles
Viven en libertad en el «coño de tu madre»
Son valientes y se adaptan obstinadamente al clima hostil
Oh, ¡«que se follan a tu madre»!
Oh, ¡«que se follan fuerte a tu madre»!
Han derrotado la armonía
para proteger sus pastos
La armonía ha desaparecido para siempre del «coño de tu madre».

Si, en 1989, los estudiantes que se manifestaban en la plaza de Tiananmén rompían botellas de cristal pequeñas, o *xiaoping*, en clara referencia al mandatario Deng Xiaoping, está claro que en la era de internet el grado de inventiva ha llegado a otro nivel. Huelga decir que, aunque técnicamente no fueran censurables, los censores acabaron dándose cuenta de la trampa y terminaron bloqueando también todas esas palabras.

También recibió Xi Jinping cuando alguien le encontró una semejanza con el personaje infantil Winnie the Pooh. Cuando la censura identificó la analogía y comenzó a perseguir representaciones indebidas del simpático osito de Disney, ilustradores como el incisivo Baiducaos hicieron viñetas

memorables, como una en la que se ve a Xi observando la cabeza de Winnie the Pooh, colgado en la pared como un trofeo de caza y con la lengua fuera.

Toda una generación activa y crítica que no puede expresarse libremente ha encontrado mil maneras de saltar la Gran Muralla Digital y de huir de los malvados funcionarios del *Ministerio de la Verdad*, como suelen describir la censura en clara referencia literaria a *1984* de George Orwell. Pero lo cierto es que la censura china rinde con gran eficacia en su propósito fundamental: mantener a raya determinados debates que podrían comprometer la imagen del Partido y del Gobierno. Se trata de garantizar la estabilidad de un país muy poblado, grande y complejo que sufre grandes transformaciones en un tiempo vertiginoso. El efecto de neutralización de la disidencia —la gran mayoría de los chinos no saben, por ejemplo, quién fue Liu Xiaobo—, así como el silenciamiento y la distracción de la actualidad informativa y de la memoria histórica, son pruebas contundentes de ello.

Al mismo tiempo, la gran mayoría de los chinos no tienen una sensación de sofoco cuando navegan. Al contrario. A excepción de los que suponen una amenaza para el sistema y contra los que la respuesta es implacable, la mayoría disfrutan de una red que ha canalizado, como en el resto del mundo, inmensos flujos de información e intercambio que también han favorecido la transformación social y económica que ha vivido China en los últimos años. Y por eso también la censura ha tenido que evolucionar, ha tenido que adaptarse para ser menos evidente, por la propia naturaleza de un medio donde convencer es más eficaz que imponer.

A partir de la década de los 2000, el aparato propagandístico movilizó el Ejército de los 5 Maos, concepto ideado también por el universo anticensor que hacía referencia a las miles o decenas de miles de personas que cobraban pequeñas sumas (5 maos equivale a unos 5 céntimos de euro) por cada comentario positivo sobre el Partido que hacían en blogs u otras páginas de internet que permiten comentarios.

Una década más tarde, la eclosión de las redes sociales planteó nuevos retos. De repente, la facilidad de grabar y colgar imágenes con un *smartphone* y la rápida propagación por las redes pusieron en evidencia flagrantes casos de injusticia.

En un santiamén, la ciudadanía se había empoderado y se convertía en el vigilante inesperado en asuntos de gran eco y viralización. Casos como el de la joven Guo Meimei convirtieron a personajes anónimos en «famosos de internet». Guo fue vilipendiada cuando mostró sus bolsos y coches de lujo en su microblog de Weibo, donde se presentaba como alguien que trabajaba para la Cruz Roja. Puesto que la Cruz Roja china estaba ya marcada por escándalos de corrupción, la organización fácilmente volvió a convertirse en blanco de las críticas, hasta que desmintió que tuviera ninguna relación con Guo Meimei. La policía detuvo finalmente a Guo Meimei en 2014 por haber hecho apuestas ilegales durante la Copa del Mundo de Fútbol. La investigación concluyó que organizaba timbas de póquer, ilegales en China, y se llevaba una comisión. En 2015 fue condenada por este motivo, y la televisión china, la CCTV, llegó a contar en un programa que recibía regalos de lujo a cambio de favores sexuales. Toda una espiral que, sobre todo, evidenciaba la volatilidad de las acusaciones y percepciones de una opinión pública sedienta de debate.

El empoderamiento que trajeron las redes a veces se desbocaba, cuando millones de internautas aplicaban el llamado *renrou*, «búsqueda y captura de carne fresca», una especie de escarnio digital a gran escala. El objetivo era identificar a perpetradores de injusticias, investigarlos y perseguirlos hasta la extenuación, hasta que quedaran afectadas sus vidas pública y personal, y sus perfiles desaparecieran de las redes sociales.

Este tipo de campañas sirvieron, en gran parte, para que el Partido implementara un cambio de estrategia: por un lado, actualizó sus herramientas habituales, y el Ejército de los 5 maos dio paso a los *bots* que tantos otros gobiernos de todo el mundo usan para influir en la opinión pública. Pero, sobre todo, lo que tuvo que hacer fue adaptar su discurso y empezó a desanquilosarse, a adoptar un estilo más cercano, a aparecer más mezclado con el pueblo, consciente de que tenía que recuperar la confianza y el contacto perdidos. También fue cediendo espacio en todos aquellos debates que incluían un grado de crítica pero que no suponían una amenaza directa. El pueblo tiene que poder desahogarse.

Por otro lado, las campañas sirvieron para identificar muchos casos de

corrupción. Puesto que siempre ha sido una de las principales preocupaciones de la opinión pública china, lo que hizo el Partido fue jugar la carta a su favor. Gracias a muchas de esas denuncias, construyó un relato de limpieza de malas conductas dentro del Partido y juzgó y condenó a políticos corruptos, que quizá en otra época solo habrían sido apartados o incluso indultados. Políticos que, bien mirado, más valía dejar caer, pues era evidente que perjudicaban muchísimo la imagen del Partido. Como el caso de Lei Zhengfu, un prominente político de Chongqing al que secretamente grabaron en un hotel mientras tenía relaciones sexuales con una chica de dieciocho años. Los vídeos revelaban los favores sexuales que Lei recibía a cambio de jugosos contratos públicos con constructoras de conducta mafiosa.

Estas campañas abonaron el terreno para denuncias de todo tipo y no es de extrañar que los *renrou* se llevaran por delante también a gente injustamente acusada de conductas o delitos que no habían cometido, bien por confusión o por exageraciones.

A medida que internet ha multiplicado el volumen de información disponible y, por lo tanto, la carga de la información por revisar, la censura ha tenido que ir externalizando parte de su tarea. Demasiados frentes. Es una especie de subcontratación del trabajo más tedioso de los censores hacia las propias empresas que canalizan los datos de los usuarios. Mecanismos preventivos en perfecta sincronía con los mecanismos reactivos.

De este modo, la censura mantiene una base de datos actualizada con direcciones, nombres, imágenes e información de todo tipo que no pasa el filtro y que las empresas deben bloquear. Además, el Gobierno tiene acceso a las «cajas negras» de las empresas del sector, a los servidores y los sistemas de almacenamiento: exabytes de datos con todo tipo de detalles y comportamientos de los millones de usuarios de esas empresas.

Lo que ya era un secreto a voces cristalizó en la nueva Ley de Ciberseguridad a mediados del año 2017, que incorpora la obligatoriedad de los controles de seguridad rutinarios realizados por personal exclusivamente dedicado a ello en cada empresa, así como de que las empresas tengan sus bases de datos en territorio chino para garantizar la soberanía digital de China.

Es verdad que, sobre papel, esta nueva ordenación está pensada para proteger la confidencialidad y la seguridad de la red, pero a nadie se le escapa que todo ello se pone al servicio de un Estado que persigue y sanciona abiertamente la libertad de expresión.

Con todo, los principales actores de Silicon Valley con intereses en el mercado chino han tenido que hacer lo imposible para adaptarse a unas reglas del juego a las que no estaban acostumbrados. Llegados a este punto, han tenido que elegir en algún momento entre un modelo supervisado a cambio de operar en el país, o bien un servicio que no incorpore los filtros que exige el Gobierno chino. Si optan por lo segundo, se tratará de un servicio que acabará censurado y que, en la práctica, quedará inaccesible en el territorio chino y, por lo tanto, será incompatible con cualquier estrategia orientada al beneficio. Google, por ejemplo, estuvo negociando hasta el último momento algún tipo de excepcionalidad, pero eligió ser fiel a no poner filtros y eso le acarrió el bloqueo oficial de sus servicios de buscador y correo electrónico en toda China. Twitter fue igualmente censurado tan pronto como los censores entendieron su potencial catalizador de organización y protesta ciudadanas. Y lo mismo con Facebook, que, sin embargo, ha seguido negociando con el Gobierno chino, consciente de que no operar en China implica renunciar al primer mercado de internet del mundo en número de usuarios. Otros, como Cisco, históricamente han tenido restricciones, pues Pekín entiende que no puede permitirse que las autopistas por donde circulan sus archivos públicos (y a menudo confidenciales) estén controladas por una empresa estadounidense.

Que estos grandes conglomerados, la mayoría estadounidenses, tuvieran la puerta cerrada en China permitió que, en su ausencia, actores chinos ocuparan su espacio. Tal vez Youku (vídeos), Renren (red social), QQ (mensajería instantánea) y WeChat (aplicación y red social) aparecieran en un inicio como servicios casi clonados de sus competidores extranjeros bloqueados, pero con el tiempo han ido creciendo únicamente en competencia entre ellos. Su evolución ha sido meteórica y, en algunos casos, son hoy servicios que incluso superan en prestaciones a sus referentes occidentales, mejora que se explica, por un lado, por su posición privilegiada,

causada por el bloqueo de la competencia de fuera en un mercado inmenso, pero, por el otro, también por la visión china a largo plazo y por una apuesta por la investigación y la innovación.

Los gigantes chinos de *software* (Sina, Alibaba, Tencent y Baidu, entre otros) y *hardware* (Huawei, ZTE, Lenovo y otras empresas menos conocidas, pero tanto o más importantes) primero se hicieron un hueco en su mercado natural, el chino, aprovechando que el Gobierno les había allanado el camino. De su mano, enseguida crecieron con fusiones o adquisiciones de competidores para consolidar su fuerza en China mientras el Gobierno mejoraba infraestructuras, promovía el retorno de talento de ultramar y estimulaba la actividad del sector con incentivos fiscales. El siguiente paso fue la internacionalización, hasta el punto de que algunas de estas empresas, como Alibaba o Huawei, son hoy nombres de referencia para clientes de todo el mundo. Las marcas más jóvenes, como el fabricante de *smartphones* Xiaomi, también han irrumpido con fuerza aprovechando el tirón. Todos ellos tienen un mérito indiscutible en sus respectivas estrategias de expansión, pero es innegable que, en mayor o menor medida dependiendo del caso, se han beneficiado del cobijo oficial de propósito proteccionista y naturaleza controladora. Y eso, teniendo en cuenta el poder de sus competidores occidentales, aunque podamos criticarlo, también tiene mérito, porque no era fácil desplazarlos.

En consecuencia, el nivel de exigencia no es nada despreciable, por muy chinas que sean dichas empresas. Y menos aún cuando se trata de monitorizar millones y millones de mensajes que quizás no le gusten al Partido. Con la entrada en vigor de la nueva Ley de Ciberseguridad a mediados de 2017, gigantes del sector como Sina, Tencent y Baidu fueron multados por haber permitido que los usuarios de sus redes sociales (Weibo, WeChat y Tieba) difundieran «información de violencia y terror, falsos rumores, pornografía e información que ponía en peligro la seguridad nacional, la seguridad pública y el orden social». Un castigo que quizá no dejó de ser un recordatorio de quién manda en el país realmente.

La evolución del sistema de control de la información en China es extraordinaria. Hoy en día, el país ha alcanzado una posición de liderazgo en

campos como la inteligencia artificial, la gestión inteligente de grandes volúmenes de datos o la internet de las cosas, frentes importantes de la Cuarta Revolución Industrial. Es un liderazgo que puede llegar a ser inquietante...

A finales de 2017, China presentó el Sistema de Crédito Social, una fórmula para valorar o puntuar el comportamiento de su población, pensado para generar confianza entre los ciudadanos en aspectos como los intercambios comerciales, la credibilidad judicial o la buena gobernanza. Se trata de un sistema que permitirá cuantificar cuántas horas juegas a videojuegos y, por lo tanto, si tienes tendencia a ser excesivamente ocioso, que te pondrá fácilmente en listas negras si te cueles en el metro o que te excluirá de ayudas financieras si por error apareces como moroso. Y, por supuesto, también alertará de tus opiniones políticamente sensibles. Todo ello gracias a algoritmos que empezarán a ponerse a prueba en una primera fase con voluntarios, pero que en 2020 debería ser de obligada implementación para toda la población.

China rivaliza con Occidente por una ordenación del mundo virtual. En este último, mientras tanto, muy pocos pueden presumir de prácticas éticamente ejemplares en una red de garantías ya de por sí frágiles y donde actores de naturaleza intrusiva han campado impunemente durante los años de la falsa euforia y la poco ajustada percepción de que estando más interconectados estábamos necesariamente mejor informados y éramos por fuerza más libres.

Al lado de una China descaradamente controladora, es de justicia resaltar que, en las democracias occidentales, los garantes de una utilización responsable de nuestros datos también han promovido y aceptado políticas y secretismos que no nos permiten dar muchas lecciones en esta materia.

En relación con esto, la muestra más incómoda fueron las revelaciones que Edward Snowden hizo en los periódicos *The Guardian* y *The Washington Post*, por lo que los corresponsales de la zona lo «perseguió» por Hong Kong cuando nos enteramos de que era ya un prófugo de la justicia estadounidense después de tirar de la manta. Snowden, hasta entonces contratista de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, en inglés), hizo públicos documentos *top secret* que revelaban el sistema de vigilancia masiva

que utiliza la inteligencia estadounidense. Orquestado con la excusa de la «guerra contra el terror» liderada por Estados Unidos y con programas como PRISM, el sistema da a la CIA o la NSA acceso directo a los datos que la población deja en servicios de compañías como Facebook, Microsoft, Google o Yahoo!, entre otros, en una clara vulneración de las leyes de privacidad. Ahora bien, tanto Washington como las compañías denunciadas lo han negado, aunque admiten que hay un sistema de control de la información restringido pensado para proteger la seguridad nacional.

Confirmar la vigilancia masiva en nuestros países fue como restregarnos en los morros la verdad, lejos de un retrato ideal de los principios inviolables de todo sistema democrático. Quizá sea más discreto y menos torpe que el chino, pero bien mirado es igual de perverso que el de los regímenes autoritarios, que como mínimo no deben ocultar su tendencia orwelliana.

Si el control sistemático de la información de puertas adentro ha sido útil para modelar la opinión pública china, de puertas afuera los resultados son más discutibles.

De entrada, el trato errático con la prensa extranjera ha generado una gran desconfianza entre la opinión pública internacional. Existe un punto de reconocimiento y admiración hacia China, pero también un temor a que pueda exportar su modelo político ante la crisis de valores que padecen las democracias.

Pekín incentivó la llegada de periodistas extranjeros durante la década de los 2000, pero a partir de 2008 se evidenció que con algunas excepciones, les estorbábamos más de lo que ayudábamos.

Tradicionalmente, la censura se había dedicado a ponernos las cosas difíciles. En los recintos diplomáticos y otros lugares con recepción de señal de televisión por satélite, se bloqueaba dicha señal para impedir que se viera la CNN o la BBC cada vez que hablaban de derechos humanos, de Falun Gong o del Dalai Lama. No creo que fuera tanto una cuestión de evitar que esas ideas se extendieran por todo el país, ya que su impacto habría sido, de todos modos, limitado, como de no «perder cara».

Después de los Juegos Olímpicos, las cosas empezaron a cambiar. En 2012 fueron un poco más allá. Ese año, a mi amiga Melissa Chan,

corresponsal de Al Jazeera English, decidieron no renovarle la acreditación de prensa, lo que implicaba su expulsión del país. El último precedente similar se había producido en 1998. Las valientes crónicas de Melissa sobre «cárceles negras» y el hecho de que trabajara para un medio de gran cobertura mundial la convirtieron en cabeza de turco durante un momento de especial tensión entre la prensa extranjera y unas autoridades que desde hacía tiempo habían dejado de ser permisivas con los corresponsales. Poco después, China revocaría otros visados a propósito del caso Chen Guangcheng, al que me he referido en un capítulo anterior.

Fueron años de una gran desconfianza mutua, incluidos los desencuentros durante la extraña «revuelta del jazmín», como relataba en las primeras páginas de este libro. A los periodistas ya no nos necesitaban tanto como antes, e incluso el Ministerio de Exteriores dejó de responder por nosotros, limitándose a decir que los periodistas no podíamos vulnerar leyes, sin explicar ni especificar de qué leyes se trataba. Parecía que el Gobierno, y en concreto el Buró de Seguridad Pública, hubiera dado un golpe en la mesa para exigir que los periodistas extranjeros no tocaran tanto las pelotas.

Pekín había abrazado, desde hacía unos años, otras vías para sembrar opiniones positivas en todo el mundo. Su *soft power*, más basado en la seducción que en la imposición, incluye herramientas como la red de canales de televisión en una docena de idiomas que compiten con canales como la BBC o la CNN para dar una visión del mundo más próxima a los intereses de Pekín. Es una versión difícil de predicar en el mundo occidental y que ha tenido más impacto en lugares como el continente africano, donde ha venido acompañada de una ola de inversiones e intercambios comerciales multimillonarios y de una mayor influencia política.

Pero también la mayor dependencia económica de una China que le ha comprado deuda a los países europeos afectados por la crisis y la mayor cooperación económica en un mundo más globalizado han hecho que China le haya cogido el gusto a la estrategia de la seducción. Cada vez más líderes europeos «abrazan el panda» cuando relativizan las críticas a la situación de los derechos humanos en China, por ejemplo, en comparación con la importancia que años atrás atribuían a esta cuestión. Son unos pandas que,

simbólicamente, también regala Pekín a los zoos de los países con los que mantiene buenas relaciones.

Más sutil ha sido su creciente influencia en Hollywood, que ha aceptado una positivización de lo chino como garantía de una mayor presencia en las salas de cine de China, un mercado restringido a un número limitado de cintas extranjeras, pero que nadie que quiera ganar dinero puede permitirse el lujo de despreciar.

Como en el cine, el mundo editorial también ha tenido que elegir entre un acceso al mercado o la preservación de una línea prístina de injerencias censoras. Es lo que le ocurrió en verano de 2017 a la editorial Cambridge University Press, responsable de la publicación de referencia *China Quarterly*. Primero anunció que «abrazaba el panda» al aceptar no publicar determinados artículos como condición para vender o distribuir la publicación en China. Las críticas la llevaron a cambiar de opinión y no aceptar ningún tipo de recorte de los artículos originales, lo que suponía, en la práctica, una renuncia a un mercado chino en el que queda claro que es el Partido quien decide qué es apropiado y qué no.

TÍBET

«En Occidente, mucha gente que nunca ha estado en el Tíbet dice cosas como que la cultura tibetana está desapareciendo o que la lengua tibetana está prohibida. Me decepciona este tipo de ignorancia. Pero creo que es igual de grave que en China la gente no sepa que hay muchos tibetanos descontentos, que rechazan la política del Gobierno y que sienten que su identidad está amenazada. En los últimos años, el Gobierno chino ha invertido mucho dinero en el Tíbet para que la gente esté contenta, pero está claro que no lo está, porque si lo estuviera no habría habido una revuelta tan importante como la del año pasado.»

Son las declaraciones que hice en el año 2009 frente a los micrófonos de medios de comunicación chinos durante la exposición que el Departamento de Información del Ministerio de Exteriores chino organizó en un museo de Pekín con el título «50.º Aniversario de las Reformas Democráticas en el Tíbet».

Tal vez hoy cambiaría algún detalle, pero mantendría el sentido general de lo que dije, o sea, que por más que Pekín dedique dinero al Tíbet, hay un problema de identidad nacional que requiere una aproximación diferente a la política de asimilación de las últimas décadas. En esa ocasión quería expresarme en términos que no fueran directamente censurables. Por desgracia, el sentido de lo que intentaba decir fue ignorado y mutilado, y las

partes aprovechables fueron convenientemente calzadas en el discurso oficialista. Una frase suelta, sacada de contexto y puesta en boca de un periodista extranjero que presumía de objetividad era petróleo para esa gente. Al ver el corte publicado, debió desencajárase la expresión...

«En Occidente, mucha gente que nunca ha estado en el Tíbet dice cosas como que la cultura tibetana está desapareciendo o que la lengua tibetana está prohibida. Me decepciona este tipo de ignorancia», decía la primera de las citas con mi nombre al lado. Mientras que la segunda destacaba que yo creía que «en los últimos años, el Gobierno chino ha invertido mucho dinero en el Tíbet para que la gente esté contenta». Y ya está.

Mi ingenuidad me llevó a no darle la suficiente importancia al hecho de que ese día era, para la propaganda china, un acto de celebración de una determinada idea de progreso económico para el Tíbet. No era el momento para la crítica —¡iluso! —, por muy suavizada que estuviera.

China defiende que la invasión militar de la meseta en 1959 supuso la liberación de la población tibetana de la esclavitud a la que la sometía el régimen teocrático y feudal de los lamas. En cierto modo, así fue y así lo explican los testimonios de siervos que sufrieron los abusos de las élites religiosas en un Tíbet muy aislado y muy poco expuesto a los avances sociales, políticos y económicos del mundo más avanzado. Pero el Tíbet no era una excepción. Las desigualdades eran tan evidentes en el Tíbet de esa época como en tantos otros lugares de China y del mundo.

Desde la óptica del Partido Comunista, esa liberación era una extensión de la revolución que ya había transformado el resto del territorio chino a partir de 1949. Como en el resto del suelo chino, la revolución eliminó las diferencias de clase y las desigualdades extremas que había en el Tíbet premaoísta y subyugó el papel de la religión al control de un Estado descaradamente secular.

Pero la insistencia china en este factor socioeconómico no debería llevarnos a olvidar que lo que en esa época estaba realmente en juego era el control efectivo de un territorio estratégico. Controlar el techo del mundo y sus difíciles accesos suponía controlar el principal «tapón» geográfico del continente. Asimismo, del Himalaya nacen una quincena ríos que representan

una de las principales reservas de agua del mundo y de los que dependen la agricultura y la pesca de gran parte de Asia y, especialmente, de algunos de los países más poblados del mundo, que beben de ríos como el Yangtsé, el Mekong o el Salween. Además, el Tíbet también es estratégico por sus valiosos yacimientos de minerales: desde el uranio que abastece las centrales nucleares hasta el litio que hoy mueve la creciente industria de los vehículos eléctricos.

Durante buena parte de la primera mitad del siglo XX, el Tíbet funcionó como un Estado independiente o, como mínimo, disponía de estructuras similares a las de un Estado. La historiografía oficial china defiende que la pertenencia del Tíbet al Imperio chino se inició hace más de setecientos años y que el vínculo más significativo es incluso muy anterior, con la boda entre la princesa china Wencheng y el rey tibetano Songtsän Gampo en el año 641, durante la dinastía Tang.

La soberanía sobre el Tíbet es un tema muy discutido y motivo de discrepancias entre los historiadores, por lo que no seré yo quien aclare nada. Pero sí hay una aceptación generalizada de que los vínculos fueron más o menos estrechos en diferentes etapas históricas, en función de la debilidad y la fortaleza de uno y otro territorio; en cualquier caso, también se admite que el encaje político del Tíbet en China no ha sido fácil. El motivo de discrepancia más reciente es el polémico Acuerdo de los Diecisiete Puntos, firmado en 1951 entre delegados del decimocuarto dalái lama (Tenzin Gyatso) y el entonces recién estrenado Gobierno del pueblo socialista. El acuerdo implicaba el reconocimiento de la República Popular China como patria y el estatus de autonomía para el Tíbet, la integración de las defensas tibetanas en el Ejército de Liberación Popular chino y la preservación de la autoridad religiosa encarnada por figuras como el dalái lama o el panchen lama. Con los años, el dalái lama ha renegado de ese acuerdo aduciendo que, en su día, se había firmado en condiciones de debilidad, una especie de aceptación forzada cuando las tropas chinas entraron por primera vez en territorio tibetano.

La intervención militar definitiva de 1959, hoy explicada como «liberación pacífica» o «democrática», llegó después de que los tibetanos se

sublevaran contra las primeras políticas socialistas, prueba del rechazo que ya desde buen principio generaban. El levantamiento se produjo entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, hasta que las defensas tibetanas, en inferioridad de recursos, sucumbieron fácilmente a la ofensiva de un Ejército de Liberación Popular más numeroso y mejor preparado. La victoria militar obligó al dalái lama a exiliarse a Dharamsala, en la India, y, pocos años después, China crearía la división administrativa actual, con la fragmentación de las antiguas provincias tibetanas en una Región Autónoma del Tíbet central y el resto del territorio repartido entre las actuales provincias de Qinghai, Gansu y Sichuán.

Desde entonces, el Tíbet es un territorio sometido al mismo control político y social que el resto de China, pero especialmente blindado desde el punto de vista militar y policial por su importancia estratégica y por la histórica resistencia de los tibetanos. Es un territorio en el que se enseña la lengua y se preserva la cultura tibetana, pero con políticas culturales y religiosas no entendidas como pilares de una identidad propia, sino más bien como elementos de folclore regional y sometidas a una estricta supervisión pensada precisamente para anular ese vínculo identitario. No es de extrañar, por lo tanto, que Pekín considere al dalái lama no como el líder espiritual que hoy todavía reconocen muchos tibetanos, sino como un separatista que busca el poder y persigue desestabilizar China.

Hoy no podemos saber qué porcentaje de los tibetanos son favorables a este modelo de autonomía a la china ni cuántos apoyan al dalái lama y sus demandas de mayor soberanía. El simple hecho de expresarlo o de mostrar simbología independentista conlleva detenciones, penas de cárcel y tortura, según incontables datos y testimonios citados por el exilio tibetano y varias ONG de defensa de los derechos humanos. Incluso en el caso de que el porcentaje fuera claramente favorable a un Tíbet menos dependiente de Pekín, nada cambiaría para una China que considera el Tíbet parte inseparable de su territorio y riñe a políticos y medios de comunicación de todo el mundo cada vez que le sacan el tema: «Es un asunto interno».

Seguramente las dudas del Gobierno chino sobre lo que piensan los propios tibetanos y el temor a la inestabilidad en la región explican que sea la

única provincia china donde los periodistas extranjeros necesitan un permiso especial para trabajar. Las dos ocasiones en las que me lo concedieron coincidían con viajes organizados por el Gobierno de una semana de duración. La experiencia fue interesante, porque es un acceso restringido, pero acceso al fin y al cabo. En cualquier caso, había una agenda fija de actividades con una lista de interlocutores también más o menos cerrada: visitas al palacio de Potala, la plaza y el monasterio de Jokhang, el casco antiguo o Barkhor, y variaciones más o menos adaptadas a las necesidades de cada delegación de periodistas.

La más interesante de estas dos ocasiones fue la del año 2009. Cuando el Ministerio de Exteriores organizó la delegación para periodistas, había mucha expectativa. El año anterior, el 14 marzo de 2008, es decir, pocos meses antes de las Olimpiadas y cuando más pendiente estaba el mundo de China, Lhasa y otras zonas tibetanas habían registrado una de las revueltas más importantes de las últimas décadas.

Lo que primero había sido una manifestación de unos monjes tibetanos derivó en una protesta violenta con la intervención de cada vez más tibetanos. El conflicto se extendió a otras zonas y monasterios de la región autónoma y de las provincias colindantes donde hay monasterios tibetanos importantes. Vehículos policiales quemados, bancos y comercios asaltados, saqueos... Una multitud de etnia tibetana de Lhasa atacó a civiles de etnia *han* (etnia mayoritaria en China) y *hui* (musulmanes) con piedras y cuchillos hasta que intervinieron las fuerzas de seguridad. Según el recuento oficial, murieron una veintena de personas a manos de tibetanos violentos, la mitad de las cuales fueron quemadas vivas. La versión del exilio tibetano es que también murieron muchos tibetanos y había que elevar la cifra de muertos hasta 80 durante esos días y hasta 140 durante la represión posterior.

En fotos que luego se difundieron por internet, la policía exponía a monjes y otros detenidos con carteles que les colgaban del cuello y en los que se leía el nombre de cada uno de ellos y el crimen del que eran acusados. No hay pruebas claras de las cifras que cita el exilio tibetano, pero muchos testigos sí dan versiones coincidentes. La escritora Woeseer hizo una recopilación a partir de conversaciones con sus contactos de Lhasa, que

hablaban de una especie de cacería a los sublevados, con ejecuciones y desapariciones de tibetanos en medio de la calle, que, según esta versión, enseguida eran limpiados para no dejar rastro.

El exilio tibetano atribuyó la revuelta a la frustración e insatisfacción de los tibetanos, mientras que el Gobierno chino señalaba al dalái lama como instigador de un complot separatista perfectamente orquestado, que demostraba, según Pekín, su hipocresía con la habitual llamada a la resistencia no violenta. El entonces gobernador del Tíbet, Qiangba Puncog, de etnia tibetana, resumió que las acciones instigadas por «la camarilla del dalái lama» las habían perpetrado una minoría de tibetanos. Como ya me había contado meses antes en la entrevista que le hice en Pekín durante el 17.º Congreso del Partido, Qiangba Puncog defendió en rueda de prensa que la mayoría de los tibetanos celebraban las políticas del Gobierno en la región autónoma.

Un año después de ese enfrentamiento interétnico aterricé en la capital tibetana y nuestros anfitriones se esforzaban por dar una apariencia de normalidad. El mensaje era que, a pesar de todo, el Tíbet progresaba económicamente cincuenta años después de esa «liberación pacífica». En el aeropuerto de Lhasa, unas azafatas nos recibieron con una gran sonrisa y colocándonos *khata*, los largos pañuelos blancos ceremoniales típicos del Tíbet.

En la plaza y el monasterio de Jokhang se respiraba una aparente armonía. Pero a nadie se le escapó que las azoteas de los alrededores estaban llenas de policías con prismáticos e incluso había algún francotirador. O que en las calles de Lhasa ningún ángulo escapaba al campo de visión de las incontables cámaras de seguridad. O que esos grupos de jóvenes voluntarios con el cabello tan corto y vestidos con chándal amarillo eran soldados para los que no habían encontrado un disfraz mejor.

China abría las puertas del Tíbet a los periodistas para explicar sin miedo su versión. Bueno, sin miedo pero sin concesiones. Pese a nuestra insistencia, no pudimos visitar, por ejemplo, el monasterio de Sera, un lugar sagrado y de importancia simbólica que sí había podido conocer en 2005 en mi primer viaje al Tíbet y que en 2008 se convirtió en uno de los focos de la protesta

contra el Gobierno. Explica el exilio tibetano que, durante la represión de las semanas posteriores a la revuelta, este y otros templos fueron completamente aislados: sin agua, electricidad, comida ni medicamentos.

Si lo más importante era demostrar al mundo que el Gobierno se preocupaba por el bienestar y el progreso en el Tíbet, la nueva estación de tren de Lhasa era una de las visitas estrella del viaje. China había construido la línea de ferrocarril más elevada del mundo, con pasos superiores a los cinco mil metros sobre el nivel del mar y gran parte de sus más de mil kilómetros de longitud a más de cuatro mil metros y sobre el inestable permafrost de la meseta. Una maravilla de la ingeniería que rompía un aislamiento histórico. El entonces recién estrenado tramo entre Xining y Lhasa, pasando por Golmud, permitía diferentes salidas desde ciudades de toda China, facilitando la llegada de población de otras zonas que querían hacer turismo o trasladarse al Tíbet en busca de oportunidades de trabajo y negocio.

Sin duda, la inyección de dinero en el Tíbet ha tenido un impacto extraordinario en los indicadores económicos. Pero basta con estar unos días en Lhasa para comprender que la visión del mundo de los tibetanos es muy diferente a la de los chinos *han*, y su percepción sobre el desarrollo no es necesariamente positiva. Y no hablo solo de diferencias culturales o de que unos beban té y los otros té de mantequilla de yak. Hablo, sobre todo, de valores o prioridades.

Como ya he explicado, China es adicta al dinero, a la posesión. Gran parte de su sociedad vive pendiente de cómo rendirán sus ahorros o inversiones, de expectativas materiales a corto o largo plazo, de encontrar un lugar en una China urbana donde mucha gente lucha por los mismos recursos escasos. A su lado, la tradición tibetana está mucho más basada en valores espirituales y conserva un vínculo más estrecho y equilibrado entre el hombre y la naturaleza. La minería, el turismo y la urbanización han transformado un paisaje y una cultura que los defensores de esta tradición ven como una agresión y que conlleva grandes y rápidas transformaciones sociales.

En este sentido, la mercantilización de la iconografía y el folclore tibetanos con propósitos turísticos es bastante ilustrativa: la foto junto al yak,

los sombreros de vaquero, los trajes típicos, los bailes tradicionales para los clientes de un restaurante... Ciertamente eso no solo ocurre en el Tíbet, pero también es verdad que ha sido sobre todo el Gobierno chino el que ha impulsado e instrumentalizado este modelo. Como ocurre con tantas otras minorías étnicas, relega el patrimonio cultural y religioso a museos y templos, y presenta las tradiciones tibetanas como objetos para el entretenimiento. Es un modelo que, en cualquier caso, el propio Gobierno considera todo un éxito y una demostración de que su apuesta por el desarrollo en la región funciona.

No deja de ser peculiar que, un año después de la revuelta tibetana, el viaje organizado para periodistas incluyera paradas como la visita a una empresa de fabricación de aceite de nueces de un hombre de negocios tibetano. Tibetanos sacrificados, tibetanos contentos, tibetanos modélicos... era el mensaje que nos querían transmitir.

Solo a escondidas pude encontrar tibetanos que se sinceraban con posiciones claramente críticas. Ninguno de ellos quiso aparecer en pantalla. A todos aquellos con los que he hablado sin acompañamiento oficial, los he visto sonreír cuando les he preguntado por el dalái lama. Algunos incluso me mostraron el retrato que llevaban guardado en algún rincón de la cartera o de su escritorio. Una escena que sería impensable en lugares como el ultravigilado Barkhor, a pesar del constante flujo de peregrinos devotos que se echan y arrastran las rodillas por el suelo circunvalando el monasterio de Jokhang en el sentido de las agujas del reloj, como manda la tradición. En el centro de Lhasa, mencionar al líder espiritual sería una temeridad.

Seguro que las décadas en el exilio y la criminalización de Pekín habrán erosionado el papel de referente del dalái lama. Pero, incluso así, creo que tendrán que pasar todavía muchas generaciones para neutralizarlo, porque su ascendiente sigue siendo muy importante.

Es muy difícil sacar conclusiones después de viajes con tan poco margen para la reflexión y el imprescindible ejercicio de contrastar la información. En la práctica, no se alejan excesivamente de los que he hecho a Corea del Norte, por ejemplo. No hay plena libertad de movimientos. Es comprensible, por lo tanto, que cuando Pekín limita de este modo el acceso al Tíbet

provoque que, inevitablemente, todos creamos que tiene algo que ocultar.

En estas circunstancias, el trabajo periodístico y la investigación sobre reiteradas denuncias de violación de los derechos humanos en el Tíbet se vuelven muy difíciles. Y tampoco ayuda que la otra principal fuente de información sea un exilio tibetano muy politizado y, por desgracia, con cada vez menos opciones de convertir la crítica política en propuestas que mejoren las condiciones de su población y de las que Pekín no quiere saber nada. A duras penas centra su discurso en intentar refutar y desprestigiar China. El apoyo de Occidente y el hecho de que Hollywood pusiera de moda el ideal del Tíbet místico que representan los lamas —fascinación que no se da con otras etnias y culturas igual o más amenazadas en otras partes del mundo— hacen que Pekín se sienta muy cómodo en su extremo inamovible: «¿De qué tienen que darnos lecciones, estos?».

Tal vez debido a que explicar el Tíbet nunca fue fácil, mi determinación se intensificó cada vez un poco más con cada intento frustrado. Así fue como en 2009, con la excusa del 50.º aniversario del levantamiento tibetano de 1959, estaba resuelto a llegar al pueblo natal de Tenzin Gyatso, el decimocuarto dalái lama, el que hemos conocido siempre en Occidente.

Dice la leyenda que después de la muerte del decimotercer dalái lama, representantes religiosos de Lhasa tuvieron sucesivas visiones y profecías sobre dónde se reencarnaría su líder espiritual, que a su vez es una reencarnación de un *bodhisattva* o buda de la compasión. En la búsqueda posterior por tierras tibetanas, un grupo de monjes identificaron el pueblo de Taktser como el de las escenas que se les habían aparecido. El pueblo se encontraba justo en la franja de lo que consideraban la frontera con China, en la provincia tibetana de Amdo (actualmente, en la provincia de Qinghai), donde se habla un dialecto del chino muy mezclado con el tibetano. De entre los niños que habían nacido justo después de la muerte del dalái lama, localizaron a uno del que todo el mundo decía que era el más audaz y que podría ser la nueva reencarnación.

Los monjes se hicieron pasar por peregrinos y el líder, un lama del monasterio de Sera (el mismo que visité en 2005), se sentó en una posición apartada en la cocina de su familia, que se dedicaba a la agricultura y el

comercio de caballos. El pequeño Lhamo Thondup, como se llamaba el niño de dos años, se acercó al monje de Sera y se fijó en el rosario que había pertenecido al decimotercer dalái lama. El monje le dijo: «Si sabes quién soy, es tuyo». El niño respondió: «Lama de Sera, lama de Sera» y habló en un acento tibetano de Lhasa que su madre no podía entender. También le enseñaron algunos objetos y solo eligió los que guardaban alguna relación con el dalái lama, por lo que supieron que era el elegido. Cinco años después sería entronizado en Lhasa con el nombre de Jetsun Jamphel Ngawang Lobsang Yeshe Tenzin Gyatso, que vendría a ser algo así como «Santo Señor Gloria Amable Compasivo Defensor de la Fe Océano de Sabiduría».

Aterricé en Xining, capital provincial, muy cerca del lugar en el que los exploradores percibieron una energía especial. De ahí cogí un taxi para llegar a Hongya, el nombre con el que los chinos llaman Taktser. Era un trayecto corto, de una hora y media aproximadamente, por un paisaje monótono.

Desde mi puesto de copiloto junto a un taxista que no entendía muy bien por qué quería ir tan lejos de Xining, el horizonte de montañas nevadas fue acercándose hasta que llegamos a un tramo de carretera completamente cubierto de blanco. Después de un par de curvas, enseguida vimos un control policial en el extremo opuesto de un puente por el que pasaba la carretera. Uno de los agentes sostuvo el fusil atado a una correa que le colgaba del hombro y le hizo una señal al taxista, que obedientemente se detuvo.

El del fusil y dos policías más se acercaron y enseguida vieron que el taxi llevaba a un extranjero. Le mandaron al taxista que bajara la ventanilla.

—Documentación —dijo uno con un acento duro.

—¿Cómo?

—Documentación. ¡Pasaporte!

—Ah, tenga —dije.

—No grabes — me ordenó.

Fingí que apagaba la cámara y seguí grabando tanto tiempo como pude. Nos hicieron bajar del coche y usaron el capó verde de nuestro Volkswagen Jetta para ir anotando los datos de nuestros documentos.

—¿Cuántos años llevas en China? —me preguntó el de la escopeta mientras los demás iban apuntando datos.

—Siete años.

—¡Ah! No está nada mal tu chino.

—Hmmm... ¿Por qué no nos dejan avanzar?

—Es una fecha sensible. Los periodistas ya lo sabéis.

—Sí, claro.

—Es por vuestra seguridad.

—¿Seguridad? Pero si esto es un pueblo —protesté sin que pareciera ofensivo.

—No se puede pasar. Nosotros cumplimos órdenes.

Ya que estaba allí, grabé algunas imágenes del paisaje. El resto del tiempo tuve la cámara encendida y, aunque fueran planos torcidos y movidos, podría enseñar ese encuentro con la policía. Me daba rabia haber llegado hasta ahí y quedarme tan cerca de comprobar si ese lugar realmente desprendía tanta energía.

La policía me dijo que necesitaba permiso del distrito de Pingan, al que pertenecía el pueblo, que tenía que hacer marcha atrás y, si me daban permiso, me dejarían entrar a Hongya. Sabía que era una táctica dilatoria y no tenía ninguna opción de que me dieran permiso. Más bien me habían dejado claro que no les hacía ninguna gracia que apareciese por ahí en esas fechas.

Nos devolvieron los documentos y dimos media vuelta. Al cabo de poco, le pedí disculpas al conductor, pues en todo el trayecto no le había dicho que era periodista. En el camino de vuelta le pedí que se detuviera en el siguiente pueblo. Ya que no me dejaban entrar en el pueblo del dalái lama, intentaría hacer un retrato de la zona y armar una crónica de circunstancias.

Enseguida se acercaron varios vecinos. Nadie hablaba demasiado. Y los pocos que decían algo, no había manera de entenderlos. El ambiente estaba muy enrarecido. Poco después se acercó un individuo con cara de pocos amigos. Llevaba un pin del Partido Comunista y hablaba un mandarín más inteligible, pero no se identificó. De pronto vi que habían rodeado al taxista y estaban intimidándolo con un tono de reprimenda. Tenía cara de muy asustado.

—¿Qué hacéis? ¿Qué hacéis? No es necesario que hagáis eso. No hay que ser maleducado, él no os ha hecho nada.

—¡Marchaos de aquí, marchaos de aquí! —repitió el hombre sin parar, empujándonos hacia el coche.

—¿Qué quiere decir esto? No hay que hacer las cosas así —protesté mientras le decía al conductor que nos metiéramos en el coche para largarnos de ahí antes de que se calentaran más los ánimos.

Una vez dentro, el conductor me contó que lo habían amenazado con confiscarle el vehículo. No entendía nada y me volví a disculpar.

—Tú no has hecho nada. Todo eso lo hacen porque soy periodista. Lo siento.

Tenía imágenes suficientes y decidí que no valía la pena forzar más la máquina. Ni siquiera intentaría pedir permiso. Ya me las arreglaría. Recorrimos unos cuantos kilómetros montaña abajo con un coche que estuvo siguiéndonos un buen rato. Cuando lo perdimos de vista, aproveché que el paisaje aún estaba nevado para parar y hacer un *stand-up* con el que firmar la crónica. Había sido un día muy tenso.

A los obstáculos que constantemente me encontraba cada vez que quería hacer alguna historia sobre «la cuestión tibetana», hay que añadir las horas de carretera que había que invertir. El camino de hora y media a Taktser era una broma al lado de otros trayectos interminables con los que intenté acercarme al techo del mundo desde diferentes accesos por carretera en diferentes provincias. Pero, sobre todo, fueron intentos que ponían al límite mis pulmones.

Nada como el mal de altura me ha causado tanto dolor de cabeza. En la infame pensión de carretera donde una vez mi conductor y yo pasamos la noche, pensaba que no lo conseguiría. El tío había conducido tan rápido en esas carreteras rectas que se perdían en el horizonte que cada hora nos habíamos elevado unos cuantos cientos de metros sobre el nivel del mar. Una temeridad, si tenemos en cuenta que normalmente se recomienda hacer a pie los grandes desniveles para una mejor aclimatación. Esa noche salí al exterior de la pensión. Noté el viento y el chillido de unas ratas que ni se inmutaron al verme pasar junto a un montón de desechos, donde intenté sin éxito hacer pis. Había dejado el calor de esa roñosa pensión para hacer algo diferente que por un momento me permitiera olvidar que estaba a punto de estallarme la

cabeza. Me imaginaba qué dirían de mí si finalmente me encontraban muerto en ese rincón del mundo. Qué poco heroico... Miré al cielo y por un momento lo olvidé todo: la noche estrellada era espectacular, era como si prácticamente estuviera ahí dentro, parecía que alzando los dedos podría llegar a tocar las estrellas y dejar que me elevaran para siempre hacia el más allá, donde a lo mejor me reuniría con mi querida abuela Carme, que había fallecido hacía unos días... «Universo Compasivo»... «Océano de Sabiduría»... No recuerdo cómo pasé esa noche. Ni siquiera recuerdo cómo ilustré ese viaje en mis vídeos. Solo recuerdo que a la mañana siguiente dimos marcha atrás y se me pasaron las ganas de forzar más la máquina la próxima vez que visitara el Tíbet.

He acumulado unos cuantos intentos de acceder al Tíbet. El de acercarme al monasterio de Labrang, en la provincia de Gansu, me costó una entretenida detención en las dependencias policiales de un peaje de autopista donde tuve que decirle a un policía que no me levantara la voz. En Sichuán intenté acercarme sin éxito a Ganz y, a la desesperada, crucé una montaña a pie. Todo un día de trayecto por el bosque en plena época de reproducción de los osos panda, justo cuando más territoriales y agresivos se vuelven. No me topé con ningún ejemplar de panda, pero sí estuve a punto de perderme y hasta el atardecer, cuando ya hacía un par de horas que tenía visiones, no encontré las primeras señales de civilización en un pueblo tibetano que hacía siglos que había quedado asimilado, lo que me sirvió para hacer un retrato de la clase de tibetanos modélicos que quiere Pekín. No sin la visita de una pareja de policías, que llevaban todo un día persiguiéndome y habían tenido que dar la vuelta a la montaña por carretera cuando se enteraron de que me había adentrado por ese camino montañoso. Me acompañaron durante el resto de mi estancia ahí, hasta que se aseguraron de que me iba de la zona y que el problema del periodista extranjero, en todo caso, pasaría a ser responsabilidad de la policía de otro municipio. También entré en tierras tibetanas desde la provincia de Yunnan, en un extraordinario viaje en el que hice de cámara para Laura Daverio, una amiga periodista italiana que seguía el rastro de misioneros católicos suizos que dejaron iglesias y vocaciones en pueblecitos que, gracias a su aislamiento, seguían totalmente libres de la

agresión del turismo y la globalización.

Mi última etapa en China coincidió con una oleada de inmolaciones que comenzó en 2011 e hizo que visitar la zona fuera aún más difícil. Desde entonces, el goteo de monjes, monjas y gente tibetana corriente que se quitan la vida de este modo tan extremo y doloroso no ha cesado. Un desenlace terrible a sus frustraciones que inexcusablemente da una idea del alcance de su desesperación, silenciada sistemáticamente por los medios de comunicación chinos.

Para quienes quieren un Tíbet más libre, incluida la autonomía «de verdad» que a veces ha reclamado el dalái lama, la perspectiva no es demasiado esperanzadora. En un futuro no muy lejano, habrá que buscar un nuevo referente cuando el líder espiritual de los tibetanos ya no esté. Si, como ya ha anunciado el propio dalái lama, no se reencarna, el peso de su liderazgo lo recibirán los miembros del Parlamento en el exilio, figuras del mundo civil, no del mundo religioso. Seguramente, con esta decisión el dalái lama busca evitar que China haga como hizo con el panchen lama, la otra gran figura de la tradición del budismo lamaísta: Pekín controló la elección en el momento de la reencarnación, poniendo uno de su gusto. Pero no tengo claro que renunciar a una figura religiosa histórica como la del dalái lama, que aglutina tantas voluntades, pueda resolver las frustraciones y las reclamaciones identitarias. Tal vez, en contra de lo que se quiere, termine reforzando la tendencia a la asimilación y la represión de la disidencia.

XINJIANG

Hay periodistas que tienen la suerte de encontrarse en el lugar de la noticia en el momento adecuado. A menudo ignoran que tenga que pasar algo ahí y, *voilà*, irrumpe alguna noticia y están bien preparados para entrar en el primer noticiario.

No ha sido mi caso. Más bien, el destino me ha puesto las cosas difíciles. Como en julio de 2009, cuando me encontraba en Yakarta cubriendo unas elecciones presidenciales y, a casi seis mil kilómetros de distancia, estalló una de las crisis más graves que nunca me haya tocado cubrir: la revuelta uigur en Ürümqi.

Es el resultado de cubrir una zona tan grande. Normalmente se pasa la mayor parte del tiempo en un solo país, pero cuando se da una de estas coincidencias, puede ser necesario dar muchas vueltas. Y la manera más rápida de volar de la capital indonesia a Urumqi, en el noroeste de China, significó tomar tres aviones y tantas horas de espera que el desplazamiento se alargó más de un día.

Urumqi es la capital de la región autónoma del Xinjiang —en chino, «nueva frontera»—, el extremo más occidental de China y la tierra de los uigures. Estos constituyen una etnia de origen túrquico y de religión musulmana que invadió el territorio hace un milenio y que, en dos períodos breves de la primera mitad del siglo XX, llegó a formar su propia «República

del Turkestán del Este» en algunas áreas del actual Xinjiang. Su encaje en China no ha sido fácil.

Anteriormente había visitado Urumqi y otros lugares de la región, como Kasgar y Jotán, precisamente para hablar de los esfuerzos chinos por integrar o asimilar a esa población. Las medidas que ha impulsado el Gobierno chino en las últimas décadas para extender el desarrollo y, al mismo tiempo, pacificar el Xinjiang chocan —al igual que en el Tíbet y, en menor medida, en Mongolia interior— con una tradición cultural y religiosa que se resiste a perder su identidad. Mis reportajes de ese primer viaje se centraban en la ofensiva de Pekín para tutelar el culto e inyectar dinero en la región en forma de infraestructuras y actividad industrial. Todo ello en un contexto de relaciones entre uigures y *han*, la etnia mayoritaria en China, marcadas por la desconfianza mutua.

Un disidente uigur exiliado en Kirguistán me contó que cualquiera podía ser un delator. «Nadie habla en presencia de un tercero que no conoce. Si quedo con un amigo y este viene con otra persona, no hablaré abiertamente por miedo a que pueda denunciarme.»

Cuando China empezó a relacionar la actividad terrorista de países fronterizos como Pakistán o Afganistán con incidentes contra sus intereses, esta desconfianza fue en aumento. Los ataques a comisarías o las revueltas en poblaciones remotas no eran nuevas, pero sí el relato oficial de que su motivación era el terrorismo. Y todo ello en un momento en el que un mundo trastornado por atentados como el del 11-S o el 11-M miraba hacia Asia Central como refugio y foco del extremismo yihadista.

La búsqueda de la estabilidad en la región intensificó la vigilancia y las restricciones sobre la población local, que, a diferencia de lo que había hecho hasta entonces, no podía contemplar el Ramadán si trabajaba para la Administración pública o pasaba a tener prohibida la barba o el velo islámico a determinadas edades o en determinadas circunstancias.

Al mismo tiempo, China apostaba fuerte por el desarrollo de una de sus regiones más remotas pero rica en recursos. El Xinjiang, por ejemplo, acumula más de una cuarta parte de los recursos energéticos de todo el país: petróleo, gas natural, tierras raras y carbón, principalmente. Con las nuevas

autopistas y rutas de mercancías, llegaban también nuevas oportunidades de negocio que atraían a más población de otras provincias de China y que impulsaban el crecimiento urbanístico de las principales ciudades. Ya en ese primer viaje, Kasgar iniciaba la demolición de parte de su histórico casco antiguo, una joya del patrimonio local donde daba gusto perderse y que, hasta la fecha de publicación de este libro, ha visto como las excavadoras destruían dos terceras partes de sus edificios.

En ese primer viaje tuve sensación de que todo ello volvía muy incómoda la convivencia entre uigures y *han* ahí donde más evidentes eran los cambios. Por el contrario, Urumqi parecía una capital administrativa donde unos y otros hacía tiempo que se habían mezclado y donde todo estaba más o menos bajo control.

Hizo falta un detonante para que la aparente calma de Urumqi se viera absolutamente sacudida. Días antes, dos trabajadores uigures habían muerto apaleados en una fábrica del sur de China. La noticia generó un gran malestar que derivó en concentraciones de protesta en la zona del Gran Bazar y la plaza del Pueblo de Urumqi. A partir de ahí, las versiones de unos y otros son contradictorias.

El exilio uigur, representado por el Congreso Uigur Mundial y liderado por Rebiya Kadeer, asegura que la violencia se desató en el momento en el que las fuerzas de seguridad reprimieron la protesta. El Gobierno chino, en cambio, defiende que precisamente fue el exilio uigur quien orquestó y activó la escalada extremista para causar el caos en la ciudad.

Esa noche, 197 personas, según el recuento oficial, perdieron la vida al ser asaltadas, linchadas, degolladas o apuñaladas por manifestantes fuera de control. La mayoría de los muertos fueron de etnia *han*, civiles que intentaban salir de autobuses que estaban siendo asaltados o que quedaron rodeados por una multitud de violentos de etnia uigur hasta que las fuerzas de seguridad pudieron intervenir. Las imágenes grabadas con móvil o los circuitos de videovigilancia, que ya desde ese día circularon por internet, demuestran la crueldad y la arbitrariedad de los asaltantes.

La respuesta oficial fue implacable. Enseguida el Ejército de Liberación Popular y la policía movilizaron miles de efectivos, que tomaron todos los

rincones de la ciudad e iniciaron una intensa campaña de interrogatorios y detenciones.

En días posteriores, una multitud *han* asaltó el barrio antiguo de Urumqi, donde residen la mayoría de los uigures de la ciudad, para tomarse la justicia por su mano.

Pese a la gravedad de los hechos en un punto históricamente tan caliente, a diferencia de otros incidentes en los que Pekín había blindado el acceso a la zona afectada —como un año antes en el Tíbet—, esta vez el Ministerio de Exteriores cambió radicalmente de estrategia y facilitó el trabajo a los informadores occidentales. Poco después del incidente, Pekín ya había organizado una delegación de cien periodistas extranjeros hacia Urumqi, donde montó un centro de prensa. El hotel Hoi Tak, frente a la céntrica plaza del Pueblo, sería nuestro particular cuartel general durante esos días. En la oficina de atención a los informadores se expedían acreditaciones especiales para poder moverse libremente por la ciudad y superar los controles policiales y militares que restringían la movilidad.

Cuando dos días después llegué a Urumqi, cierta normalidad recuperada de tráfico y peatones se mezclaba con la omnipresencia de patrullas de la policía antidisturbios, pelotones del Ejército de Liberación Popular, camiones militares, vehículos blindados, vallas de contención y controles en la calle... Estaban por todas partes.

—¿Al centro vas? —preguntó el taxista.

—Sí.

—Al centro no se puede ir. ¿No sabes qué ha pasado aquí en Urumqi?

—Sí, por eso he venido.

—Tendrás que ir con cuidado.

Al principio, las dudas en torno a qué había ocurrido exactamente y qué lo había provocado hicieron que alguna agencia de noticias internacional informara de esos hechos como «la peor masacre desde Tiananmén», un oportunista sesgo al que enseguida replicaron otros muchos medios y que daba a entender que era el ejército quien había matado a toda esa gente. El oficialismo chino se puso en guardia. Entre quienes tomaban decisiones había reticencias sobre la conveniencia de facilitar las cosas a los periodistas

extranjeros, pero la maquinaria ya estaba en marcha y tendrían que vivir con ello. Tuvieron que aceptar que durante esos días los periodistas extranjeros camparíamos por Urumqi haciendo todo tipo de preguntas.

Poco a poco fueron aflorando detalles y nuevas imágenes de la revuelta, pero también más dudas sobre qué la había motivado exactamente. Pekín buscaba la pista del radicalismo yihadista. Los occidentales nos fijábamos más en la brecha interétnica existente desde hacía décadas.

Por el centro de la ciudad teníamos que desplazarnos a pie. Los controles impedían que grupos de vecinos con ganas de revancha y la ayuda de las mafias locales asaltaran el barrio uigur, aunque también llegaban rumores de incursiones puntuales. El odio y el racismo resonaban con fuerza por internet. El Ejército de Liberación Popular había movilizado miles de efectivos. Desde mi habitación de hotel, los grabé en perfecta formación en la plaza del Pueblo. Parecía un dibujo puntillista. De ahí eran trasladados todos los días a diferentes puntos de la ciudad.

Mientras la policía hacía registros en algunos domicilios, la población *han* pedía justicia. La mayor parte de ellos aceptaban que los entrevistara, por ejemplo a un hombre al que le habían quemado el concesionario de coches por ser de etnia *han*. También seguí la historia de una mujer que tenía un estudio de fotografía y, sin embargo, seguía confiando en su ayudante de etnia uigur. Que el Gobierno nos hubiese dado esa acreditación facilitaba muchísimo las cosas. Los uigures estaban nerviosos y costaba sacarles algo. Los que hablaban intentaban quedar bien y, de vez en cuando, alguien tenía ganas de desahogarse. Pero cuando levantabas la cámara, apartaban la mirada y se cubrían la cara. Hacían el gesto de juntar las muñecas, como diciendo que les podían poner las esposas si hablaban.

A otros les daba más miedo el teléfono móvil que la cámara.

—Ya lo apago, no te preocupes —le dije a una chica uigur con un chino muy básico y expresamente didáctico para que me entendiera.

—No sirve de nada.

—Apagado no pasa nada —insistí.

—Sí que pasa. Tienes que sacarle la tarjeta SIM —sentenció ella mientras se alejaba, ya nada convencida de que lo de intercambiar cuatro palabras con

un extranjero fuera buena idea.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo entiendo. No pasa nada. *Rahmet!* —me despedí con una de las pocas palabras uigures que había memorizado.

En los días posteriores a la matanza aparecieron nuevas imágenes de los ataques. La indignación crecía. Los funerales de las víctimas y la atención a los heridos centraron la tensión informativa durante esa semana. Pero, como suele ocurrir en cualquier crisis, la historia fue desinflándose y la atención mediática se desplazó hacia otras desgracias del mundo. Algunos de los periodistas alojados en el hotel Hoi Tak empezaron a volver a Pekín, Hong Kong, Tokio, Bangkok o Singapur, ciudades por las que los medios de comunicación reparten sus bases en Asia. En mi caso, como había llegado un poco tarde, convinimos con mis jefes que alargaría la estancia hasta el fin de semana, ya que el viernes, el día de las oraciones para los musulmanes, podía ser una jornada interesante.

La mayoría de las mezquitas habían cerrado, pero se hizo una excepción con la Mezquita Blanca, que ese día abriría las puertas con normalidad. En el interior, los creyentes se quitaban los zapatos, como de costumbre, y respetaban sus oraciones con normalidad, sin hacer ningún caso a las cámaras de los fotógrafos y equipos de televisión que buscaban una imagen diferente a la de días anteriores. Los periodistas extranjeros que habíamos acudido debíamos ser una docena. Entre ellos, Diego Azubel, colega y amigo argentino que, ya en el exterior del templo, me dijo:

—Esa mujer del paraguas se nos ha acercado antes. Tiene ganas de hablar.

—¿Ah, sí?

Me acerqué a la mujer, que se protegía del sol con un paraguas estampado con la imagen de Doraemon. Llevaba hiyab y una ropa colorida. La saludé en chino y le pregunté si le podía hacer alguna pregunta.

—¿Por qué me hablas en chino? Yo soy uigur, no soy china —respondió en inglés.

—De acuerdo, disculpe. ¿Puede responderme en inglés?

—Le hablaré en uigur.

Parecía el juego de los disparates y, además, era un problema porque no

tenía traductor uigur, pero ella misma acabó traduciendo algunas de las cosas que decía. Hablaba un inglés básico, pero se le entendía todo.

Enseguida fue acercándose una multitud y lo que comenzó como una discreta entrevista terminó como un discurso y espoleó múltiples intervenciones de uigures desesperados.

—La policía entró en la casa de este hombre y disparó contra su hijo de doce años —dijo la mujer.

La gente se amontonaba y, de repente, todo el mundo quería contar su historia. Relataban registros y detenciones arbitrarias a cualquier hora del día o de la noche. Denunciaban discriminación y represión previa a la protesta. Cuando la mujer terminó su intervención, la gente de alrededor se puso a aplaudir. Algunos se secaban lágrimas de emoción. Pero la emoción llevó al nerviosismo cuando, alrededor de la multitud, una fila de policías antidisturbios con casco y palos se posicionó a una distancia prudencial.

—*Police is coming, police is coming. Please, don't go* —decía la mujer.

—No se preocupe, nos quedamos aquí con ustedes —le dije—. Pero creo que deberíamos ir a un lugar más discreto porque todo el mundo está muy nervioso y no es cuestión de provocar a la policía. Vayamos en esa dirección y después mejor que ustedes se dispersen —propuse, señalando hacia unos callejones.

Lo decía aplicando una de las máximas que he intentado respetar cuando percibo peligro: si detecto que la cosa puede ponerse fea y ya tengo material interesante, es hora de largarse, no sea que por ambicionarlo todo acabe perdiéndolo todo.

—¿Cómo se llama, por cierto? —le pregunté antes de que fuera demasiado tarde.

—Madina. Madina Ahtam.

En parte, creo que el episodio no se habría producido de ese modo si no hubiera sido por nosotros, por la prensa extranjera. Y tal vez fuera eso lo que, de repente, animó a un grupo de vecinos a levantar las manos y gritar mientras la masa iniciaba una marcha por la ancha acera de una avenida. Nos cogió a todos por sorpresa.

—¿Qué gritan? —le pregunté a Madina mientras seguía al grupo.

—Quieren ir a comisaría para pedir que liberen a los detenidos.

Mientras los cámaras grabábamos esa inesperada manifestación justo desde delante del grupo y caminábamos hacia atrás para poder grabar mientras ellos avanzaban, calle abajo empezaron a verse las primeras carreras de la policía.

—¡Vamos a comisaría! —seguía gritando el grupo de uigures.

De entre la policía apareció un agente uniformado de etnia uigur. Era gordo y llevaba el cuello desabrochado. Intentó calmarlos. Mientras tanto, una fila de policías antidisturbios con casco y armas de fuego largas corrió en paralelo a los manifestantes y se plantó en un punto más avanzado de la acera para cerrarles el paso. Otro grupo del mismo cuerpo policial los bloqueó por detrás. Atrapados entre las paredes de los edificios, el espacio ajardinado que separa la acera de la avenida y los dos grupos de policías que hacían de tapón, esa veintena de manifestantes se vieron forzados a detenerse.

Por la calle llegaban vehículos blindados y el sonido de los helicópteros se intensificó. Vehículos de los cuerpos de operaciones especiales (o SWAT), vestidos de un negro aún más intenso, aparecieron enseguida. El más viejo y fuerte, que llevaba una toallita blanca alrededor del cuello para absorber el sudor, empezó a gesticular y los demás, armados con metralletas, fueron posicionándose.

—*Don't go, please* —insistía Madina Ahtam.

El policía uigur me pedía amablemente que me fuera mientras Madina me asía con fuerza el brazo. Cuando ya estaba prácticamente ahí, el líder con pinta de Rambo de los cuerpos especiales mandó con la porra que todo el mundo se dispersara. Al principio me resistí. Madina seguía apretándome el brazo y, con lágrimas en los ojos, me rogaba que me quedara. El policía uigur casi me lo imploraba.

—Vete —me dijo el policía uigur.

—No puedo dejar a esta mujer. No puedo dejar a esta mujer —clamé mientras tiraba de mí hacia fuera del grupo al mismo tiempo que el líder de los cuerpos especiales me miraba enfadado gritándome «*Out!*» tres veces seguidas.

Mi cámara seguía grabando cuando encañonaron a los manifestantes para

obligarlos a echarse a tierra. En medio del desconcierto, recuerdo cómo arrastraban a un manifestante hacia dentro de un vehículo policial.

El resto fue correr. Todo el mundo corría. Días antes, la policía había abatido a tiros a manifestantes que blandían largas espadas. A pesar de la inferioridad de armamento, esos uigures se les habían lanzado encima a la desesperada y dispuestos a morir, tal como demuestra un vídeo que se viralizó entonces.

Me metí en el coche en marcha del corresponsal de la BBC y dentro cambié la cinta. Después la escondí. Recorridos unos metros, el coche que la BBC había alquilado se detuvo. Las calles ya estaban cortadas y se aproximaban más efectivos policiales y militares. Pensé que era un poco desproporcionado, teniendo en cuenta que era una protesta pacífica. «Los aplastarán», pensé. El de la BBC bajó del vehículo para grabar una entradilla y yo aproveché para hacer lo mismo.

Desde la distancia, grabé algunas imágenes de toda la operación. Policía y manifestantes seguían en ese tramo de la acera. Los manifestantes estaban arrodillados o tendidos y la policía les obligaba a ponerse las manos sobre la cabeza. En las calles adyacentes, los SWAT se movían con movimientos tácticos, metralleta en mano. Vi que Pablo Díez y José Reinoso, los compañeros del *ABC* y *El País*, estaban por allí y les pedí que me aguantaran la cámara para hacer mi *stand-up*, ya que en días como ese prefería ir ligero y no cargar todo el tiempo con el trípode. A cierta distancia, la policía se acercaba y gesticulaba para que nos dispersáramos. Tras un intento fallido con el amigo Reinoso, muy bueno escribiendo pero no tanto cogiendo una cámara, le pedí a Pablo que se diera prisa.

Dije lo primero que me vino a la cabeza: «Y esta es la situación ahora mismo en la ciudad de Urumqi, en la que una entrevista puede acabar convirtiéndose en una protesta. Ya están disolviendo la presencia de periodistas. Y también hay represión policial. Hemos visto algunas detenciones, así como las calles cortadas, no sabemos qué pasará...».

La grabación original se interrumpe en ese preciso momento, en el que el guante de un agente de las fuerzas especiales cubrió el objetivo y mi colega español paró la cinta.

Dos agentes más llegaron corriendo y nos retuvieron. Nos llevaban a un coche de policía y les dije que Pablo solo estaba ayudándome. Lo soltaron y me llevaron a comisaría, junto con otro periodista japonés de apellido Kobayashi.

De esa comisaría nos llevaron a la central de policía de Urumqi, donde había también un holandés y, más tarde, también nos encontramos a un periodista de Estados Unidos. Nos llevaron a cada uno a una sala diferente.

Lo que ocurrió después era familiar. Largas esperas, un informe que tienes que firmar, que si quieres agua, que si no te damos ningún tipo de explicación, que esperes... El informe policial, que era únicamente rutinario, accedí a firmarlo. No decía nada que me comprometiera. Me sentía más protegido por el contexto de apertura con la prensa. Y tampoco tenía ganas de complicar más las cosas, ya que eran días de máxima tensión. Hasta que, para mi sorpresa, me pidieron que, en lugar de una firma, certificara el informe con una huella dactilar con tinta roja.

—¿Cómo? Yo no soy un criminal. Ya puede usted hacer lo que quiera, que yo no pondré mi huella aquí.

También querían que les diera la cámara y me negué.

—Puedo mostrarles las imágenes, pero no puedo darles mi equipo.

—De acuerdo, enseñanos lo que tienes.

Al ver que solo había mi intervención a cámara y las imágenes de la confusión final grabadas desde lejos, se quedaron desconcertados.

—Hemos estado vigilándote y estabas ahí grabando delante de la manifestación...

—Ah, ya lo entiendo. Quiere decir la otra cinta. Se la he dado a mis compañeros.

Más tarde entendí qué buscaban. Ya de noche, casi ocho horas después de la detención, nos concentraron a todos los detenidos en una misma sala y nos sentaron en unas sillas hasta que llegó el inspector jefe de la policía de Urumqi. Estaba furioso.

—¿Sabéis por qué os hemos retenido hoy aquí? —dijo con tono acusatorio.

Lo miramos con cara de desconcierto y esperamos que prosiguiera.

—Os hemos tenido aquí todo este tiempo porque estamos investigando qué ha ocurrido hoy... Ahora mismo, uno de mis hombres está en el hospital con heridas graves de cuchillo. Lo han apuñalado. ¡Y es culpa vuestra!

Se quedó mirándonos y nadie decía nada.

—Disculpe, pero yo no me siento culpable de eso que dice —interrumpí—. Estábamos haciendo nuestro trabajo. Nos han dado esta acreditación, ¿verdad?

—Es culpa vuestra porque lo habéis provocado vosotros —dijo levantando el tono de voz.

Mientras el jefe de la policía se quitaba las gafas para limpiarlas con un paño, Kobayashi me dio un golpecito en la pierna y me pidió prudencia. Le hice caso y me tragué el orgullo. Tenía que darle cara a la policía si queríamos salir de ahí.

—Mire, siento mucho lo de ese policía. Si usted cree que nosotros tenemos algo que ver, que por el hecho de estar allí las cosas se han complicado... si es así, lo siento. Pero en ningún caso era nuestra intención...

Después de hablar con el resto de la comitiva que nos custodiaba, el jefe hizo un gesto y luego desapareció. El personal de la Oficina de Información local nos dijo que nos llevaban de nuevo al hotel Hoi Tak.

Nos despedimos intentando ser amables y nos dirigieron a una furgoneta en el exterior del edificio principal. En el patio de la comisaría había una docena de detenidos tumbados boca abajo, esposados con las manos detrás y vigilados de cerca por perros adiestrados. Los policías les apuntaban con linternas e iban introduciéndolos en vehículos policiales.

En el camino de vuelta atendí unas cuantas llamadas. La noticia de nuestra detención había circulado por todas partes. Una vez en el hotel, tenía solo una hora para montar y enviar la crónica, que finalmente llegó a tiempo.

Tras el envío, visionamos el material con algunos compañeros, y Olatz Simón, de ETB, me indicó que, en uno de los planos, parecía que un policía se quejaba de una herida. La imagen pasaba en una fracción de segundo y estaba muy lejos. Tal vez el jefe de policía tuviera razón, después de todo. Así que, detectado este detalle, lo añadí a la versión del informativo de la noche mientras intentaba darle sentido a todo lo que había ocurrido horas

antes. Cuando acabé la jornada y después de responder a más llamadas y correos para decir que estaba bien, bajé con otros periodistas a cenar al restaurante del hotel Hoi Tak, que entonces nos trataba especialmente bien y servía cena hasta altas horas de la noche, con el espectáculo habitual de un músico uigur que tocaba un instrumento de cuerda tradicional.

Ya relajados con una cerveza en la mano y sentados en unas escaleras de la acera exterior del hotel, un grupo de periodistas vimos pasar decenas de camiones con soldados, cuyos ojos nos miraban curiosos por debajo del casco. Cuando alguien empezó a hablar de nacionalismos y, acto seguido, de Cataluña y España, decidí que había llegado el momento de subir a la habitación y descansar. No tardé mucho en dormirme.

Unos días después de esa manifestación, el *Diario del Pueblo* publicó un editorial donde mencionaba Televisión de Cataluña como uno de los medios responsables del apuñalamiento de un policía. El editorial decía que habíamos ido a «pescar una historia» intencionadamente, que solo nos interesaba una cobertura sesgada y que lo único que queríamos era generar inestabilidad. Una perla.

Me dolió, pues creo que hice una cobertura bastante equilibrada de esa crisis, con testigos, historias y versiones de todo tipo y con un planteamiento crítico pero neutral, planteamiento que sí eché de menos en los medios de comunicación chinos. Aunque también me pareció comprensible que el oficialismo chino estuviera caliente. Solo un año antes, en internet había habido una oleada de críticas porque algunos medios occidentales habían manipulado imágenes de las protestas en el Tíbet.

Durante esos días, el mismo amigo argentino que me había dicho que Madina Ahtam tenía ganas de hablar también me contó que había visto a un periodista de un canal árabe espoleando a unos vecinos en la puerta de una mezquita para que pareciera que protestaban. Supongo que eran las imágenes que más le convenían. Después de contármelo, nos quedamos en silencio y con un gesto de contrariedad. Ni que decir tiene que falsear un plano en un momento tan delicado es del todo innecesario y muy poco profesional, sin olvidar que son actitudes que, además, condicionan la percepción que muchos tienen de nuestro trabajo en todo el mundo y hacen que nuestra labor

resulte aún más difícil.

De Madina Ahtam no supe nada más hasta unos meses después. Llamamos a su casa y nos dijeron que la habían detenido, pero no nos quisieron dar más detalles. Cuando de vez en cuando reviso esas imágenes, su voz resuena en mi conciencia como si aún me pidiera ayuda.

Después de 2009, los uigures fueron sometidos a un marcaje aún más estrecho y se registraron nuevos incidentes. La vigilancia policial en las mezquitas y las detenciones por sospechas de radicalismo se intensificaron. Hasta que los primeros ataques claramente terroristas marcaron un punto de inflexión, con acciones más organizadas, consignas fundamentalistas e incluso reivindicaciones de grupos terroristas. Uno de los más sonados y simbólicos fue el del coche suicida que mató a dos turistas e hirió a decenas de personas en Tiananmén tras atropellarlos en la acera y hacer explotar el vehículo. El ataque fue reivindicado por el Movimiento Islámico del Turkestán del Este, grupo fundamentalista que aspira a instaurar un Estado propio en este territorio que hoy llamamos Xinjiang. O el ataque no reivindicado de 2014 en la estación de autobuses de Kunming, donde ocho terroristas armados con largas armas blancas y ataviados con simbología yihadista mataron a una treintena de personas.

Que estas acciones se vincularan a la «guerra santa» dirigida por grupos terroristas internacionales desde lugares inestables del Asia Central llevó a China a reforzar sus acuerdos con sus vecinos de una frontera occidental antes considerada secundaria. Gracias a estructuras como la Organización de Cooperación Shanghái, citada a menudo como la OTAN euroasiática, China desempeña hoy un papel más activo en esa parte del mundo. Y aún lo será más en un futuro.

Como ya hemos visto, nada de lo que hace China responde a una motivación simple, sino que más bien suele formar parte de una ecuación más compleja. Más allá de garantizar la estabilidad territorial y controlar una región rica en recursos, la necesidad de blindar el Xinjiang pasó a otro nivel en el momento en el que se convirtió en una pieza fundamental de un proyecto destinado a hacer historia: la Nueva Ruta de la Seda.

POTENCIA MUNDIAL

En mandarín, China es *Zhongguo*, «el país del centro». Así es como, históricamente, se han visto a sí mismas muchas civilizaciones: en el centro del mundo. En el caso de China, este etnocentrismo ha tenido durante buena parte de sus cinco mil años de historia una correlación con su peso o con la huella que ha dejado más allá de sus fronteras. Eso ha sucedido, sobre todo, en forma de intercambios comerciales, cuya máxima representación fue la Ruta de la Seda.

Desde que a partir de la Dinastía Han (del siglo II a.C. al siglo II d.C.) comenzaron a conectarse itinerarios terrestres y marítimos entre Asia, Europa y África Oriental, el Imperio chino fue consolidando su influencia comercial. Romanos, bizantinos, sogdianos, uigures y mongoles, entre otros, también ejercieron un control comercial, militar y cultural que fue cambiando de manos en diferentes etapas. Todos participaban de una gran zona común de intercambio. La seda, pero también el té, las especias o los caballos llenaban los mercados de Samarcanda o Bujará, a medio camino entre Oriente y Occidente, por donde también viajaban la cultura y las religiones.

Por mar, el célebre explorador Zheng He organizó en el siglo XV expediciones que llegaron hasta la costa africana. Fue una época gloriosa que, siglos después, se vio interrumpida por divisiones territoriales y una visión menos expansiva del mundo, de modo que el Imperio chino fue aislándose y

se quedó progresivamente atrasado, mientras que Europa seguía avanzando con su Revolución Industrial.

Del mismo modo que durante esos siglos de bonanza los chinos tejieron alianzas comerciales y construyeron la Gran Muralla, principalmente para proteger los mercados que habían aparecido en los accesos al imperio desde esas rutas, en el siglo XXI la Nueva Ruta de la Seda vuelve a cobrar vida con la misma esencia y objetivo: una mejor integración comercial.

En un viaje que realizó en 2013 por Asia Central, Xi Jinping anunció la creación de la iniciativa llamada «Una Ruta, un Cinturón», en referencia a la ruta marítima que une China con el Mediterráneo pasando por Singapur y el Cuerno de África, junto con una serie de corredores terrestres que unen, como un cinturón, las fronteras chinas con diferentes puntos de Asia Central y atraviesan el continente hasta llegar a Europa. Es un proyecto que los medios de comunicación de todo el mundo han descrito con todo tipo de superlativos por su dimensión, actualmente fuera del alcance de cualquier otro país. Si culmina con éxito en el año 2049, coincidiendo con el centenario de la República Popular de China, se calcula que le podrá acabar costando a China entre 4 y 8 billones de dólares.

Con una activa participación en el Banco Asiático de Inversiones, China financia infraestructuras —nuevas carreteras, puertos como el del Pireo o el de Yibuti o la unificación de diferentes sistemas de ancho de vías ferroviarias con países como Rusia— y perfila una zona de libre comercio a lo largo de un territorio que concentra la mayor parte de la población y la actividad económica mundiales.

No es de extrañar que algunos ya hayan comparado la Nueva Ruta de la Seda con el Plan Marshall. En este caso no se trata de reconstruir nada que haya destruido una gran guerra, sino de construir ahí donde antes nadie creía que había que construir nada, pero el impacto en cuanto a la creación de puestos de trabajo e inyección de recursos será igualmente extraordinario.

Pienso en los cientos y cientos de kilómetros que he recorrido por paisajes polvorientos del oeste de China. Luego miro el mapa y recuerdo que lo que he visto no es más que una pequeña parte de un continente inmenso. De acuerdo, hablamos del país de las grandes obras de ingeniería, pero,

realmente, si el plan les sale bien, será una proeza.

China quiere llegar a más mercados, exportar más y mejor, y acceder más fácilmente a materias primas y recursos energéticos. Y así como antiguamente la pólvora, el islam, la pasta y la seda circularon de continente en continente, y con ellos una nueva manera de hacer la guerra, nuevas formas de espiritualidad, de comer y vestir, ahora existe una motivación igualmente importante detrás de este plan. Por esas carreteras y vagones de tren también circulará una determinada visión del mundo. China aspira a dejar de ser vista únicamente como potencia económica y ejercer también de referente político y cultural, a la altura de lo que Estados Unidos construyó durante la segunda mitad del siglo XX en todo el mundo.

Exportar referentes culturales probablemente sea uno de los desafíos más difíciles. La lengua es una barrera muy difícil de salvar. A menudo explico que mi nivel de chino es aceptable, no extraordinario, y que gracias a una buena base de estudio he podido moverme por China con tranquilidad, pero que no tengo, por ejemplo, competencia para leer un libro. Como mucho, puedo escribir un mensaje en el móvil o un correo electrónico. No es una lengua fácil de aprender. Requiere muchas horas de dedicación y memorización y cierta sensibilidad para alcanzar una competencia y la clase de profundidad que te permite entender chistes o flirtear con alguien. Por no hablar del abismo cultural, con referentes musicales, cinematográficos o artísticos que no tienen nada que ver con los occidentales, que son los hegemónicos.

Este abismo cultural tiene una parte muy positiva. La excepción cultural china es, en sí misma, una alternativa que muchos ven con buenos ojos, sencillamente porque lo de que el mundo cada vez esté más homogeneizado no siempre gusta a todos y el Gobierno chino hace tiempo que lo percibió como una oportunidad.

De repente, me doy cuenta de que cada vez tengo a más conocidos que trabajan o estudian en alguno de los cerca de quinientos Institutos Confucio repartidos por todo el mundo, pensados para propagar la cultura y la lengua chinas. También me encuentro cada vez con más anuncios de trabajo en destinos exóticos, ya que la CCTV ha abierto canales en múltiples idiomas.

La Nueva Ruta de la Seda es un síntoma de los tiempos, de lo que históricamente le ha correspondido al «país del centro». Y no debería sorprendernos que ya haya recuperado y asumido de manera desacomplejada la condición de primera potencia en su terreno natural, el comercio.

Desde que me trasladé a Pekín, pasé de comprar en supermercados para extranjeros de la zona de embajadas como si fuera un privilegiado a ver cómo, en tan solo una década, los productos de importación se popularizaban y se diversificaban por todo del país.

Procesos similares han vivido los socios comerciales de China en todo el mundo. Mientras China importaba fruta de sus vecinos del sudeste asiático y llenaba de motocicletas eléctricas las calles de Hanói o Kuala Lumpur, en el Cono Sur, Argentina reconvertía grandes extensiones de la pampa a fin de cultivar soja para una China hambrienta y Chile llenaba de vino de calidad y a buen precio los estantes de los supermercados y las bodegas de los restaurantes de Pekín, Cantón o Shanghái. Todo ello mientras del descomunal mercado de Yiwu van saliendo contenedores y más contenedores cargados de los productos que pueden encontrarse en cualquier «Todo a un euro» de España, Francia o Italia.

Quizá el cambio ha sido más notable en África: en 2009, China se convirtió en su principal socio comercial. Angola o Nigeria le proporcionaban petróleo, y Sudáfrica o Namibia, minerales, mientras que China les suministraba aviones, ropa y teléfonos móviles. Y digo notable porque, junto con esos intercambios, en África han desembarcado las corporaciones estatales chinas, que construyen infraestructuras o compran acciones de empresas africanas para que estas inversiones e intercambios sean aún más estables. Aeropuertos, centrales hidroeléctricas, autopistas e incluso estadios de fútbol «*Made in China*» han dejado una huella bien visible en todo el continente.

En África todavía son muchos los que desconfían o no ven con buenos ojos la influencia china o las posibles consecuencias de su intervención, pero gracias a ello se han podido sacar adelante proyectos que de otro modo no se habrían hecho realidad, como el ferrocarril Mombasa-Nairobi, financiado con un 90 por ciento de capital chino y que jubiló a mediados de 2017 —un año y

medio antes de la fecha prevista— el «Lunático Express», el precario tren que unía las dos ciudades kenianas desde tiempos coloniales.

El entendimiento entre chinos y africanos ya era muy evidente cuando en 2006 descubrí Xiaobeilu, el barrio de Cantón donde hay el mercado en el que hombres y mujeres de negocios de Ghana, República del Congo o Costa de Marfil cierran acuerdos con proveedores de fábricas chinas. Por insólita, me chocó la imagen de limpiabotas lustrando los zapatos de empresarios africanos en plena calle. O comprobar que, además de teléfonos móviles o motocicletas, uno de los productos más demandados por los comerciantes africanos son las extensiones de cabello para mujeres. También debo hacer honor al mejor café que jamás haya probado: la taza de arábica que me sirvieron en la cafetería que llevaban unos emprendedores etíopes en la primera planta de ese edificio-mercado de Xiaobeilu.

No muy lejos de ahí, en la ciudad de Shenzhen, el mercado de Huaqiangbei también ofrecía pedidos a medida para países africanos. La particularidad de este mercado es que alberga el paraíso de los teléfonos móviles *shanzhai*. El coloquialismo *shanzhai* deriva de la idea de «pueblos de montaña», donde antes se concentraba el contrabando y el mercado negro, y actualmente hace referencia a los productos falsificados. Tecnología de batalla, con marcas como Smasung, OPhone o Matorola que, según me contaron, tienen una gran demanda en todo el Tercer Mundo.

De las relaciones entre China y el continente africano, tanto desde el Gobierno chino como desde los países que se benefician de dichos intercambios, suelen destacarse aspectos como la cooperación, la estabilidad o la consolidación de una clase media, pasando por alto, como de costumbre, los efectos más negativos que generan. En claro contraste, el relato occidental sobre la creciente presencia e influencia china suele ir lleno de conceptos como «conquista», «neocolonialismo» e incluso «amenaza», acompañados de adjetivos como «silenciosa» o «sigilosa». «No tienen escrúpulos», «tratan con dictadores», «les venden armas», «explotan a sus trabajadores», «inundan sus mercados de chatarra barata», «no respetan el medio ambiente»... No es que con estas acusaciones se digan mentiras, pero es evidente que la óptica desde la que se mide el impacto de China en el

continente está claramente sesgada. No podemos olvidar el África que dejamos los occidentales después de la colonización, ni que cualquiera de las críticas mencionadas podemos aplicárnoslas a nosotros mismos por prácticas muy actuales. Tampoco diríamos ninguna mentira.

La gran diferencia entre un relato y otro es, básicamente, que determinadas acciones las lideramos «nosotros» y otras las lideran «ellos». Un relato encaja mejor con lo que esperamos escuchar. Además, cuando hablamos de China, no se trata de un actor más, sino de un actor que, por ritmo y dimensión, altera el orden original, afecta a nuestros intereses en todo el mundo y nos descoloca.

Sin duda, la recurrente idea occidental de la «amenaza amarilla» ha condicionado un contexto generalmente hostil hacia el ascenso chino en todo el mundo. Por eso no deja de ser admirable que China haya sabido darle la vuelta. La resistencia que ha encontrado contra su aspiración de liderazgo la ha empujado, en parte, a querer consumirla con más determinación.

Si Pekín reclamaba más protagonismo en los organismos internacionales en los que se regula el comercio global, su principal rival, Estados Unidos, trabajó para cerrarle el paso. La excluyó de tratados como el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP) y le limitó el protagonismo en los órganos de gobierno de instituciones como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. Una manera de contenerla. Con Europa, Washington ha hecho pinza para que la Organización Mundial del Comercio no reconozca China como economía de mercado, debido a los generosos subsidios que el Estado chino inyecta en sus empresas estatales. Gracias al famoso *dumping*, durante muchos años, determinados productos y servicios chinos han competido con precios por debajo del mercado. En otro frente, la embestida occidental también ha sido notoria por el control en las fluctuaciones del renminbi, cuyo valor el Banco Central Chino ha mantenido anclado al dólar para que sea más competitivo.

Sin embargo, China ha ido avanzando. Lejos de aceptar este arrinconamiento o de combatir las críticas con otros argumentos en un terreno donde tenía todas las de perder por mucha imaginación que le pusiera, lo que ha hecho Pekín es crear su propio terreno y generar las condiciones para que

sean los demás los que dependan de China, no al contrario. Empujada por su crecimiento, China ha marcado su propia agenda.

Los líderes chinos ya apostaron fuerte por adquirir un papel más activo en la estabilidad económica mundial. A raíz de la gran crisis, Europa se quedó sin crédito y dejó de comprar productos manufacturados a China, pero esta le inyectó dinero comprando deuda a las economías europeas que se hallaban en una situación más delicada. La lógica era sencilla: si tus clientes no tienen dinero, no podrán comprar los productos que fabricas y a ti también te irá mal. Es más, las inversiones chinas han crecido más que nunca en los lugares que atravesaban dificultades, precisamente porque, al estar necesitados, mejores eran las condiciones que ofrecían y más rentables serán estas inversiones a largo plazo. Es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con las ventas de inmuebles a compradores chinos que buscan en el extranjero una mejor calidad de vida o una mejor educación para sus hijos. Durante los años en los que el sector inmobiliario se hundió en Europa y Norteamérica, por toda China se multiplicaron las ferias para buscadores de vivienda en el extranjero. Promotores y gobiernos de todo el mundo se peleaban por seducirlos ofreciéndoles permisos de residencia automáticos si adquirían una vivienda, como hizo España. Cubrí este fenómeno para la televisión en los años en los que en nuestro país los desahucios por impago de hipotecas llenaban los informativos. Tampoco es pura coincidencia que el piso de mi abuela, situado en la avenida Meridiana de Barcelona y en el que tantos años viví, lo comprase un grupo inversor chino cuando lo pusimos a la venta después de que ella falleciera.

Superados los peores efectos de la crisis, la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos dio lugar a un nuevo escenario de oportunidades que Pekín supo jugar a su favor. Mientras que, bajo administraciones anteriores, Washington había promovido y liderado la liberalización mundial, con Trump y su «*America First*» se escoró hacia posiciones claramente proteccionistas. Argumentando que millones de puestos de trabajo estadounidenses se habían fugado hacia fábricas chinas y que la globalización esclaviza a sus ciudadanos, Estados Unidos optó por encerrarse en sí mismo y dilapidó décadas de liderazgo económico mundial.

Washington puso en duda los beneficios de acuerdos de libre comercio históricos como el NAFTA (con México y Canadá) y fue retirándose de los acuerdos comerciales que inicialmente había impulsado, como el TPP. Mientras tanto, China impulsó sus propios acuerdos, como la Asociación Económica Integral Regional (RCEP) en la región Asia-Pacífico, que cuenta con actores de peso como Japón, la India y Australia, y que se planteó en términos mucho menos restrictivos que el TPP. En los años en los que los papeles han ido invirtiéndose y en los que parecía que el mundo se hubiese vuelto loco, es probable que lo que hemos contado de China no acabase de entenderse.

He dicho que en el caso de China las etiquetas distraen, pero ya me permitirá el lector destacar que no deja de ser curioso que el país liderado por el Partido Comunista más exitoso de la historia sea hoy el principal abanderado de la globalización.

Este liderazgo se visualizó más que nunca en enero de 2017, cuando Xi Jinping levantó aplausos y simpatías con su discurso en el Foro Económico Mundial de Davos, donde dijo que, aunque otros promuevan el proteccionismo, China abrirá las puertas a la inversión. Xi advirtió que, en una guerra comercial, un escenario posible, nunca hay vencedores.

En realidad, la decidida entrada china en las reglas del juego mundiales es una alternativa a la globalización tal como la habíamos entendido hasta ahora y desafía al modelo ultraliberal a medida solo de algunos, siempre tan criticado.

«La crisis financiera no la causó la globalización, sino la falta de regulación adecuada y la búsqueda de beneficios a cualquier coste», dijo en esa ocasión Xi Jinping. Y ahí radica la clave de la visión china, que, para la gran mayoría de los países, se explica en términos menos beligerantes y más inclusivos y que, por así decirlo, es más estatista y multilateral. Estos argumentos y el tono con el que se plantean ya han seducido a numerosos Estados de Latinoamérica y Oriente Medio y, poco a poco, va calando en potenciales aliados comerciales que, simplemente, quieren abrirse.

En el modelo chino, la principal diferencia con lo que tradicionalmente ha motivado a Estados Unidos es que la agenda china la marca el Partido en

función de los intereses del país, y no de las corporaciones o los *lobbies* — financieros, farmacéuticos, tecnológicos— que marcan la agenda estatal y que mantienen sospechosos vínculos con los órganos de arbitraje supuestamente independientes. Recordemos que los tribunales de arbitraje protagonizaron las negociaciones entre Europa y Estados Unidos en la controvertida propuesta de Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión, también conocida como TTIP.

A los mandatorios chinos siempre les han gustado las metáforas y Xi Jinping no es una excepción. En el Foro de Davos, Xi comparó la economía global con un gran arbusto espinoso donde crecen dátiles que hay que recolectar, con el fin de poner de manifiesto que nada es perfecto y todo es necesariamente muy difícil de negociar. «Cada país debe elegir el mejor camino y el ritmo que se adapte a sus necesidades.»

Conviene entender que la fórmula china desafía al modelo liberal dominante porque, de no hacerlo, pondría en peligro su propia estructura económica. Si cediese a la exigencia de profundas reformas económicas estructurales, como flexibilizar la competencia en la contratación pública, por ejemplo, las todopoderosas empresas de propiedad estatal chinas probablemente no lo tendrían tan fácil para ganar contratos y acabarían siendo inviables y cerrando, de modo que dejarían en la calle a millones de personas. Lo mismo ocurriría con una liberalización incondicional del comercio electrónico, que comprometería la censura digital china. Los estándares medioambientales y la protección de la propiedad intelectual son otros de los puntos que más discrepancia generan.

Nadie puede estar éticamente en contra de que se defiendan políticas laborales menos abusivas y se proteja la propiedad intelectual. Pero, tradicionalmente, en las negociaciones de los tratados de libre comercio, este tipo de argumentos han estado al servicio de la agenda de la potencia hegemónica, más pendiente de abrir nuevos mercados que se le resistían para sus multinacionales que de abrir su propio mercado en igualdad de condiciones para los otros países.

La globalización promovida por Estados Unidos tampoco ha sabido compensar las sacudidas que inevitablemente suelen implicar los procesos de

apertura, cuidando a la clase media y los ciudadanos más desfavorecidos. O, en palabras de Xi Jinping, las espinas que pinchan cuando se quieren recolectar dátiles.

Ciertamente puede debatirse si los grupos de interés que se reparten el poder dentro del Partido Comunista Chino también representan intereses político-comerciales que superan el marco nacional, pero lo que es indudable es que, mientras que en Occidente han ido desmantelándose las garantías sociales, China lo intenta con más o menos éxito en un sentido inverso. En las grandes ciudades, el bienestar de la clase media es cada vez más evidente, aunque en las provincias rurales y las zonas más pobres todavía existen grandes desigualdades y carencias. De hecho, algunos indicadores señalan que en China conviven provincias con un nivel de vida comparable al de países como Hungría y otras con el de países africanos.

Lo mismo ocurre con la política medioambiental. La retirada de Estados Unidos del Acuerdo de París contrasta con el compromiso anunciado por el primer ministro Li Keqiang a mediados de 2017, según el cual China llegará a su pico de emisiones de gases de efecto invernadero como máximo en 2030. A partir de entonces se compromete a empezar a reducirlos, al tiempo que, poco a poco, hace una apuesta multimillonaria por las energías renovables. Ya me he quejado suficientemente del grave problema de contaminación que tiene China, pero al menos no finge que no le importa.

Fiel a su pragmatismo, mientras nadie se pone de acuerdo en frentes comerciales más espinosos que deben negociarse, el Gobierno chino promueve la reducción de aranceles entre los países que más interesados están en un fluido intercambio de productos y servicios, que son la mayoría. ¿Quién no va a querer comerciar con el principal mercado mundial de automóviles, de productos lácteos, de videojuegos, de...? Pongamos lo que pongamos, tarde o temprano acabaremos acertando. Entretanto, cuanta menos prisa ha tenido Pekín, mejor ha jugado a su favor este atractivo para obtener con ello un rendimiento político...

En los frecuentes encuentros que entre 2006 y 2011 el embajador español Carlos Blasco organizó con la prensa española, hubo una cuestión que se volvió recurrente. Nunca salíamos de esas reuniones sin que Blasco hablara

de su tema estrella: las gestiones para que el jamón pudiera superar los vetos a la importación.

—Mira que se lo digo yo siempre, pero parece que no lo entienden. O no lo quieren entender... El jamón no es un producto crudo, como dicen ellos. El jamón está curado. ¡Curado! —nos decía Blasco enfatizando la palabra *curado*, casi indignado.

Siempre pensé que esa sala, por donde tantos presidentes, ministros, diplomáticos, empresarios y periodistas pasan, debía estar llena de micrófonos. O que el personal chino de la embajada debía haberse formado en la escuela de espionaje antes que en la de hostelería. No importa, fuera por lo que fuera, eran encantadores.

Blasco, como el resto de los diplomáticos, podía disfrutar de tantos embutidos ibéricos como quisiera gracias a la valija diplomática. Pero la esperanza del jamón, el único producto español de alta gama sin competencia en ningún lugar del mundo, era un hueso duro de roer. Perdonen el juego de palabras.

No dejaba de ser irónico que el país que tantos problemas de seguridad alimentaria tiene vetara el jamón por motivos sanitarios a raíz de una epidemia porcina que se había producido hacía un montón de años en algún lugar remoto de Europa. A nadie se le escapaba que, en realidad, se trataba de un arma de negociación política. Pekín sabía que era una cuestión importante para España. Como una fruta madura, el veto al jamón español cayó cuando las relaciones Madrid-Pekín disfrutaron de mejor salud, durante el segundo mandato de José Luis Rodríguez Zapatero.

Una década después, no solo el jabugo se comercializa con éxito en China, sino que en España están preocupados por si la demanda china de este producto de producción limitada dispara los precios y lo convierte en un lujo prohibitivo para la mayoría de las familias españolas.

En el mismo sentido, Pekín castigó a Noruega cuando le fue otorgado el Premio Nobel de la Paz a Liu Xiaobo. Como suele decir la prensa china o el Ministerio de Asuntos Exteriores, Noruega había «herido los sentimientos del pueblo chino». Cuando el jurado —escogido por el Parlamento noruego— dejó la silla vacía en la ceremonia de entrega del galardón celebrada en Oslo

(Liu ya estaba en la cárcel), se hundieron las exportaciones noruegas de salmón. Pocos años después, incluso las vecinas y diminutas Islas Feroe exportaban más salmón a China que Noruega. Ha sido necesaria toda una década para recuperar unos niveles aceptables, por no hablar de que los esfuerzos para intentar quedar bien con los chinos con el objetivo de recuperar los niveles anteriores a la crisis han supuesto duras críticas por parte de la opinión pública noruega a su Gobierno.

Durante un viaje oficial a México en 2009, cuando aún no se había convertido en líder del país, Xi Jinping tuvo un ataque de sinceridad. Eran tiempos convulsos por la crisis mundial y algunos criticaban una supuesta agenda política detrás de la compra de deuda o las inversiones chinas en un momento en el que todo el mundo desinvertía. «Hay algunos extranjeros aburridos y con los estómagos llenos que no tienen nada mejor que hacer que señalarnos. Primero, China no exporta la revolución. Segundo, China no exporta hambre ni pobreza. Tercero, China no les causa dolores de cabeza. ¿Qué más podemos decir?»

Creo que Occidente no podrá deshacerse nunca de una visión a menudo injusta de los muchos méritos de la gestión china, por el simple hecho de que, para nosotros, es una dictadura. Y, frente a eso, no solemos admitir matices. Y al mismo tiempo creo que los chinos nunca acabarán de entender o admitir que hay valores que no son occidentales, sino universales.

La desconfianza mutua, la dualidad «ellos» y «nosotros», será lo más difícil de equilibrar en el nuevo orden mundial.

Abrirse al mundo implica, inevitablemente, que Pekín considere prioritaria la protección de sus intereses en ultramar.

Habrà que ver qué ocurre cuando las cosas no les salgan como esperaban. Por ejemplo, ¿qué sucederá si los países que han recibido con los brazos abiertos los préstamos chinos para construir infraestructuras como las que conforman la Nueva Ruta de la Seda acaban siendo incapaces de pagarlos? Ha pasado ya en lugares como Sri Lanka, que pagó con dinero chino la construcción del aeropuerto internacional de Mattala, una obra monumental para un aeropuerto en el que, a finales de 2017, el número diario de pasajeros no llegaba a la treintena. Ahogada por este y otros planes fallidos, Sri Lanka

ha terminado aceptando que China le elimine la deuda a cambio de controlar durante los próximos 99 años el 70 por ciento de su puerto de mercancías más importante, decisión que no estuvo exenta de protestas en contra de esta pérdida de soberanía.

¿Y si no hubiese podido pagar ni siquiera esta deuda? ¿Y si ocurre en varios sitios al mismo tiempo? ¿Y si, además, China también se ve arrastrada por su propia «adicción a la deuda», como la describen los expertos más apocalípticos?

Son demasiados interrogantes probablemente condicionados por una visión igualmente etnocentrista del mundo. Ya decía antes que el ascenso chino nos descoloca. En cualquier caso, si las cosas llegan algún día a empeorar de verdad, sin duda no pillarán a China desprevenida en absoluto.

Vuelvo a remontarme en el tiempo... Muy al principio de llegar a Pekín, cuando los periodistas extranjeros aún éramos pocos, me dejaron entrar en un cuartel militar de la provincia de Hebei. Fue como un día de excursión. Me trataron con gran amabilidad, me llevaron al campo de prácticas de tiro y, tras unos cuantos disparos y alguna explosión de artillería, hacia las once de la mañana me invitaron a comer en la cantina.

—Nosotros comemos esto. Espero que no le importe —se disculpó el teniente que me acompañaba.

—¡Para nada! —correspondí yo—. Está todo muy bueno.

Incluso aceptaron de buen grado que, por la tarde, colocase la cámara en medio de un camino para que le pasara un tanque por encima y poder grabar uno de esos planos que diferencia un poco una crónica de las demás.

El trato fue excepcional, pero —honestamente— no parecía que el Ejército de Liberación Popular estuviera muy preparado para la guerra moderna. Quizá no sea casual que recuerde más su compañerismo que cualquier otro aspecto.

Precisamente, esa historia explicaba el anuncio de la Comisión Militar Central, entonces todavía presidida por el líder saliente, Jiang Zemin, de que recortarían el número de efectivos del ejército con más soldados del mundo y lo modernizarían.

Solo seis años después ya podía comprobarse que, en efecto, algo estaba

cambiando. En 2009, con ocasión del 60.º aniversario de la fundación de la República Popular de China, el Ejército Rojo hizo una demostración de poder con un espectacular desfile por la avenida Chang'an. En Asia Oriental, la numerología le otorga más importancia al número 60 que al 50, por lo que era la ocasión para presumir de ejército ante el mundo.

Conseguir una acreditación no fue nada fácil. Había que superar varios controles más de los habituales. Llegado el día de la celebración, tuvimos que levantarnos antes de las cinco de la mañana para poder llegar al punto de encuentro hacia las seis. De ahí salieron los autocares de prensa, que eran de los pocos vehículos autorizados a circular por el centro de Pekín, blindada a propósito de la efeméride. Desde el aparcamiento, había que avanzar a pie unos veinte minutos más hasta Tiananmén, junto con el resto de los miles de invitados y de los miles de niños que participaban como público y animadores del espectáculo. Al amanecer, ya nos quedó claro que sería un día espléndido. Brillaba el sol: la actividad industrial y el tráfico habían quedado completamente detenidos para que no hubiera humo y la fiesta tuviera un fondo inusualmente azul. Un azul tan intenso que parecía de postal.

El militarismo nunca me ha fascinado, pero tengo que confesar que viví ese desfile con cierta emoción. La ciudad se había quedado paralizada, con las paradas de metro de los alrededores de Tiananmén anuladas. Los vecinos del centro tenían prohibido salir al balcón y el país veía la fiesta por televisión. Yo, en cambio, iba a vivir ese espectáculo visual desde primera línea, sobre unas plataformas colocadas justo delante de Tiananmén.

Mejor perspectiva iba a tener Hu Jintao, jefe del ejército y líder del país, que lo veía desde la tribuna de autoridades del balcón de Tiananmén poco después de una primera aparición sobre un descapotable Hongqi («bandera roja»), desde el que dio las primeras instrucciones con teatralidad marcial:

—¡Hola, camaradas! —gritó Hu desde el coche oficial con aspecto serio y sin que el viento ondulara lo más mínimo su rígido peinado, que permaneció inmutable durante sus diez años de mandato por más fotos que le tomaran.

—¡Hola, comandante! ¡Servimos al pueblo! —respondieron los soldados con el tradicional lema del Ejército de Liberación Popular.

Desde mi punto en el área de prensa casi a pie de calle, empequeñecido por la magnitud de esa orgía militarista, parecía que podía oler el gasóleo de los vehículos mecanizados y el sudor de los soldados que desfilaban a pocos metros de mi cámara. Compañía tras compañía, agrupados por alturas idénticas, perfectamente alineados y con el paso coordinado al milímetro, iban avanzando de este a oeste, de izquierda a derecha desde mi perspectiva. Al pasar por delante de Tiananmén, un oficial gritaba: «¡Vista a la derecha!», y justo en ese preciso instante movían todos la cabeza en otra sincronía que debían haber entrenado cientos de veces, momento en el que repetían la consigna como si fuera un solo grito y sus ojos se centraban en la tribuna donde, de pie, Hu Jintao, su predecesor, Jiang Zemin, el resto del Comité Permanente del Politburó y los mandos militares los contemplaban satisfechos.

Parecía que no se acabaría nunca. Hacía rato que ya me había emborrachado de imágenes cuando aparecieron las mujeres soldado, con botas relucientes y faldas por encima de la rodilla, que me despertaron alguna fantasía sexual. Y hacia el final llegaron los platos fuertes. Las réplicas de misiles intercontinentales que pueden ir armados con cabezas nucleares, los primeros modelos de drones o aviones no tripulados que China presentó al mundo y la última generación de bombarderos y cazabombarderos recordaban que, en efecto, ese ejército estaba modernizándose rápidamente.

Al otro lado de la avenida Chang'an, en medio de la plaza de Tiananmén, los miles de niños se coordinaban para generar mensajes patrióticos con cartulinas de colores. Murales con mensajes como «Lealtad al Partido», «Servir al Pueblo» o «Sociedad Armoniosa» que la realización televisiva captaba en momentos clave de la retransmisión. Tal vez fuera la parte que menos me impresionó, ya que pocos años antes había presenciado en Pyongyang el aún más extraordinario espectáculo del Festival Arirang, la famosa gimnasia masiva norcoreana, en la que cada niño hace de píxel humano de unos murales que, de lejos, parecen proyecciones en pantallas de alta definición.

Entre tanques, faldas y misiles, en ese desfile también se colaron algunas carrozas *kitsch*, como la que reproducía una petroquímica o la que imitaba

una fábrica con los obreros vestidos con monos azules. Lástima que echaran por tierra todo lo que Pekín había conseguido un año antes con la impecable explosión creativa de la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos dirigida por el cineasta Zhang Yimou. Pero eso ya es harina de otro costal.

Una década después de esa exhibición militar, China ha seguido incrementando su gasto militar para nivelar su capacidad con la de las superpotencias: Estados Unidos y Rusia. Pekín sigue gastándose un porcentaje relativamente bajo per cápita; sin embargo, en términos absolutos, hablamos de grandes cifras y grandes incrementos. Según el Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz (SIPRI, por su siglas en inglés), en 2017 China superaba los 200.000 millones de dólares anuales gastados en defensa, tres veces por debajo de Estados Unidos, pero ya por encima de lo que gasta Rusia. Estas cifras bien podrían ser superiores dado el secretismo chino en cuestiones de seguridad nacional.

Los misiles Dong Feng 21, de los que el Ejército de Liberación Popular presume que son capaces de destruir todo un portaviones de un solo impacto; el Shengyang J-15, el primer caza íntegramente fabricado en el país; el H-6, un superbombardero preparado para el ataque nuclear; el J-20, el primer caza invisible chino; el más sofisticado J-31, sucesor del anterior y competidor directo del F-35 estadounidense, o el Liaoning, el primer portaviones de la Armada china, son hitos notables de esta modernización, tal vez aún vulnerable en situaciones de combate real, pero que marca una clara tendencia de competencia directa con las otras superpotencias.

Tampoco es casualidad que China sea cada vez menos dependiente de países como Rusia, de quien tradicionalmente importaba aviones o tanques, para convertirse en uno de los principales exportadores de armamento. Moscú se ha quejado en alguna ocasión de que China fabrica su armamento a partir de sus modelos —copiándolos, de modo que vulnera los acuerdos asumidos en este tipo de contratos— y, en otros casos, Washington también ha concluido que China ha copiado su armamento después de robarle información confidencial gracias a ciberataques y complejas tramas de espionaje industrial y militar.

En la feria de aviación de Pekín, cuando vi el dron Chengdu Pterodactyl,

también llamado Wing Loong, pensé que tenía una sospechosa semejanza con el Reaper estadounidense, que, según se dice, China ha reproducido descaradamente gracias a las incursiones de *hackers* en los archivos secretos de General Atomics y de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. El más avanzado Lijian también parece, como mínimo, inspirado en el caza invisible X-47B de Northrop Grumman, uno de los principales contratistas de Estados Unidos. Además, China ya exporta a otros países sus drones, que han sido probados con éxito tanto en misiones de reconocimiento como en misiones de combate.

Para citar el último enfrentamiento bélico de alta intensidad protagonizado por China hay que remontarse a 1979, cuando se enfrentó con Vietnam por cuestiones fronterizas. Desde entonces, China ha mantenido un perfil bajo. La capacidad nuclear impulsada desde la época de Mao ha actuado como argumento disuasorio frente a posibles amenazas exteriores. Asimismo, Pekín ha promovido una política de no agresión y ha participado generosamente en las «misiones de paz» de Naciones Unidas.

China ha sido beligerante y asertiva en lo que considera su área de influencia más inmediata. La disputa con Japón por las islas Diaoyu (Senkaku en japonés) nos ha dado incontables titulares. Este pequeño archipiélago es rico en recursos energéticos y ambos países lo reclaman como propio. La asertividad china ha sido uno de los motivos que han justificado el rearme de Tokio y un replanteamiento del carácter pacifista de la Constitución nipona, hecho insólito desde la derrota de Hiroshima y Nagasaki. Del mismo modo, el incremento en el número de misiones aéreas de reconocimiento en la zona ha provocado que China, Japón y también Corea del Sur se enfrenten constantemente tras delimitar zonas de exclusión aérea que se pisan entre sí.

No menos hostil ha sido la disputa por el control del mar de la China Meridional, con el foco alrededor de las diminutas islas Spratly, deshabitadas pero también ricas en gas, petróleo y bancos pesqueros, y estratégicas por el paso de rutas comerciales. China, Vietnam, Malasia, Filipinas, Taiwán y Brunei se disputan el control de la zona, pero es China quien más inquieta a los demás. No les faltan argumentos.

Boquiabierto dejó China a todo el mundo cuando levantó bases en medio de atolones antes cubiertos completamente por el agua del mar. Primero vinieron los barcos, que drenaron la arena del fondo marino y la concentraron en puntos donde las columnas de coral quedaban más cerca de la superficie. Después, sobre terreno ya bien sólido, construyeron primero un puerto y luego una pista de aterrizaje. Hoy estos puntos que antes ni siquiera aparecían en el mapa son ya destacamentos perfectamente operativos y estratégicamente importantísimos.

Aprovechando que en 2014, mi último año como corresponsal, viajé a Filipinas por otro motivo, llegué a preguntar el precio para embarcarme en un pesquero filipino que me acercase a cierta distancia de esas islas artificiales. Con un poco de suerte también podría llevarme hasta el *Sierra Madre*, un barco de la Segunda Guerra Mundial solo aprovechable como chatarra que los filipinos embarrancaron en el banco de Ayung —a unas cien millas náuticas de la isla filipina de Palawan— para dejar claro que eso era suyo y allí ondearía la bandera filipina. Manila mantiene un pequeño destacamento de una docena de militares a pesar del embargo a que los someten los guardacostas chinos cada vez que quieren hacerles llegar provisiones. El viaje costaba dos mil o tres mil euros e incluso estuve a punto de gastármelos de mi bolsillo por tozudez periodística, pero, sin ninguna otra televisión que quisiera compartir gastos, finalmente lo descarté a regañadientes.

Sobre el *Sierra Madre*, por cierto, el *Diario del Pueblo* llegó a explicar que Pekín siempre ha actuado con prudencia. El medio-altavoz del Partido añadió que los militares chinos no han retirado ese trasto por no desestabilizar una «zona caliente». Lo cual no deja de ser sintomático. China ejerce de potencia incluso en el relato y lo lleva a su terreno. Cuando aparece como el agresor, se ampara en el argumento de la legitimidad histórica sobre estas aguas. No solo dice que eso ya era suyo desde tiempos inmemoriales y que los otros son los que nunca deberían haber embarrancado la nave ahí, sino que añade que les perdona un hipotético castigo para no complicar más las cosas, frenando una intervención que asegura que no les costaría nada. Al igual que a lo largo de la historia han hecho otras potencias, la construcción de legitimidades pasa por insistir con confianza en aquello sobre lo que la

justifica, independientemente de si se tiene razón o no. Sobre todo cuando uno cuenta con los medios para hacerlo, como es el caso.

Más compleja es la cuestión de Taiwán. China la considera un territorio suyo pero, en la práctica, la isla actúa como un Estado independiente. Desde que el Kuomintang de Chiang Kai-shek perdió la guerra civil contra los comunistas de Mao y se refugió en la isla, Taiwán ha sido la «República de China» —este es su nombre oficial—, pero progresivamente ha ido perdiendo influencia y apoyo internacional, y en la actualidad solo la reconocen un puñado de Estados de poco peso en la política mundial. La gran mayoría de los países reconocen el concepto «una sola China», incluido Estados Unidos, que no obstante ha reforzado militarmente al Gobierno taiwanés en virtud del compromiso adquirido durante la Guerra Fría para proteger la isla de una invasión comunista.

Mao lo intentó, y de qué manera. Me hice una idea el día en el que visité la pequeña isla de Quemoy, el territorio taiwanés más próximo a la costa china de Fujian, en pleno estrecho de Formosa. Allí, el Ejército Rojo realizó sucesivos intentos de invasión y sufrió una auténtica lluvia de proyectiles cuando pretendía disminuir las defensas del Kuomintang. En Quemoy, el Kuomintang también excavó túneles e inmensas cuevas en la roca de la isla para proteger vehículos y armamento. Décadas más tarde, esas cuevas son un museo, y el acero de los proyectiles chinos todavía lo utiliza el taller de cuchillos más famoso de la isla, convertido en atracción obligada entre los turistas chinos que, gracias a la normalización de relaciones entre Taipéi y Pekín, viajan con un simple permiso a lo que antes era territorio enemigo.

Hoy China apuesta por seducir a Taiwán, más que por someterla. Pero también hay voces entre los mandos militares chinos que preferirían una solución más directa. El ruido de sables suele ser más intenso cuando en la isla gobierna el Partido Democrático Progresista, que ya en la etapa democrática ha flirteado con la idea de una declaración formal de independencia, extremo que rompería la ambigüedad histórica sobre el estatus político de Taiwán, que, pese a todo, le ha permitido cierta estabilidad.

Para China, Taiwán no es un simple problema de territorialidad. También

es un «tapón» en su salida hacia el océano Pacífico, ya restringida por Corea y Japón, más al norte, y por los vecinos del sudeste asiático, en los confines del mar de la China Meridional. Controlar militarmente Taiwán, por lo tanto, es una pieza clave para ser dominante, o por lo menos relevante, en el océano Pacífico durante un hipotético escenario de conflicto.

La reforzada presencia china en todos estos puntos es uno de los factores de una cada vez más evidente coordinación entre sus potenciales rivales militares. En 2016, Estados Unidos, Japón y la India realizaron ejercicios navales conjuntos en aguas filipinas. Muy cerca de la línea de demarcación imaginaria que Pekín reclama como suya en el mar de la China Meridional, pusieron a prueba defensas antiaéreas y antisubmarinas. Cristalizaba así lo que durante años llevan advirtiendo los expertos chinos en geopolítica: que Washington y sus aliados quieren rodear China para contenerla. Tampoco es ningún secreto que, con Obama, Estados Unidos decidió «pivotar» hacia Asia y que uno de los aspectos fundamentales de este reequilibrio de sus intereses globales es reforzar las alianzas con los países recién citados, pero también con Australia, Corea del Sur y repúblicas de Asia Central como Uzbekistán o Tayikistán. De hecho, ya en un informe de 2006 elaborado por el Departamento de Defensa de Estados Unidos se advertía que era preciso contrarrestar el crecimiento chino en Asia-Pacífico para no cederle la hegemonía.

Si, en su espacio de influencia inmediata, China ha tomado el protagonismo, lejos de sus fronteras empieza a sacar la cabeza. No es sorprendente. Cuanta más presencia internacional y mayores compromisos con la estabilidad mundial, mayor es la necesidad de defenderlos.

A finales de 2017, China estrenó su primera base militar en ultramar, concretamente en Yibuti, en el Cuerno de África. Yibuti, a las puertas del mar Rojo y estratégicamente situado en la ruta que pasa por el canal de Suez, ya tenía bases de Estados Unidos, Francia y Japón. Para los mandos del Ejército de Liberación Popular, Yibuti es un lugar ideal. Las condiciones extremas sirven para prepararse ante posibles situaciones de defensa de los intereses chinos en África, y no es atrevido pensar que China abrirá más bases en otros sitios de ultramar.

Cada vez nos preguntaremos menos si China está preparada para un conflicto real, y más qué ocurrirá y qué cambiará en el mundo cuando eso ocurra. Creo que, llegado el caso, Pekín especulará con su poder, como hace siempre, pero no actuará de forma unilateral y sin provocación previa, especialmente si se trata de un incidente lejos de su área de influencia territorial. En todas las grandes citas políticas, foros mundiales, declaraciones de sus mandatarios o editoriales de los medios de comunicación oficiales, Pekín se esfuerza por dejar muy claro que su ascenso es pacífico, y así lo demuestra la historia reciente. A diferencia de otras potencias, China no ha invadido ni ha movilizado tropas en ningún conflicto internacional.

Es cierto que la historia está llena de *casus belli* que eran puras orquestaciones, excusas más o menos convincentes que han precipitado guerras, como el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria (Primera Guerra Mundial), el incidente de Gliwice (el pretexto que Hitler utilizó para invadir Polonia) o el hundimiento del *Maine* (guerra de Cuba), situaciones en las que lo más importante no era la excusa en sí, sino un determinado contexto.

Pero China no esconde la necesidad de tener un ejército fuerte. En palabras del propio Xi Jinping en el 19.º Congreso del Partido Comunista Chino, «el ejército chino debe estar preparado para hacer frente a todo tipo de crisis y disuadir y ganar a potenciales adversarios». Este ambicioso objetivo significa que hacia el año 2035 la modernización del ejército se habrá completado y a mediados de siglo será un ejército mundial de primer orden.

Xi Jinping, al frente de la Comisión Militar Central, el órgano supremo que supervisa al Ejército de Liberación Popular, ha introducido profundas transformaciones para posibilitar dicha modernización. En la primera fase recortó significativamente el número de tropas y el número de comandos generales, que pasan a formar un ejército integrado en el que el Ejército de Tierra y la Armada comparten protagonismo con las Fuerzas Aéreas, la renovada Fuerza de Cohetes (antiguamente Segundo Cuerpo de Artillería) y la flamante nueva Fuerza de Apoyo Estratégico, encargada de la guerra cibernética, electrónica y espacial.

Que va camino de hacer realidad la modernización, lo demuestran las

noticias sobre abrumadores avances en múltiples frentes de la investigación militar. Es el caso de las pruebas de localización de objetivos «fantasma» con radares de tecnología cuántica, que a mediados de la década de los 2020 podrían poner a China al mismo nivel que Estados Unidos, e incluso más arriba, en la detección de objetivos invisibles para los satélites que utilizan sistemas de localización basados en frecuencias electromagnéticas y ópticas convencionales.

O las primeras pruebas de vuelo de planeadores hipersónicos, que permiten mejorar el potencial de los misiles intercontinentales con vuelos rapidísimos a baja altitud difíciles de detectar y que, por lo tanto, merman las capacidades defensivas del adversario. En este campo en particular, China podría ir ya por delante de Estados Unidos y Rusia, que también trabajan en este tipo de tecnología, con velocidades cinco veces superiores a la del sonido.

En un contexto internacional de rearme nuclear y de crecientes tensiones que a menudo recuerdan a las de la Guerra Fría, y en el que Donald Trump y Kim Jong-un literalmente discuten sobre quién tiene el botón rojo más grande, China también ha ampliado sus capacidades atómicas. En una franja que estaría entre las 270 cabezas nucleares que siempre se ha pensado que tenía y las aproximadamente 1.000 que algunas fuentes estiman que ha acumulado en los últimos años, los chinos seguirían estando lejos de estadounidenses y rusos, con unas 7.000 cabezas cada país. Pero que China defienda una doctrina disuasoria o de ataque nuclear únicamente como respuesta a un primer ataque del enemigo no significa que haya abandonado este frente. Está armándose progresivamente y, sobre todo, diversifica las capacidades de sus misiles intercontinentales para diferentes escenarios posibles, ya sea lanzándolos desde un submarino o con vehículos hipersónicos.

Por mar, igualmente significativo es el anuncio de un sistema de detección de las condiciones submarinas elaborado por la Academia China de Ciencias, por citar uno de los muchos ejemplos en este y otros frentes. Con un conjunto de boyas, barcos, satélites y planeadores submarinos, el ejército chino ha aprendido —como sus rivales— a medir los datos de temperatura y

salinidad de los océanos, fundamentales para mejorar la efectividad de los torpedos, que en diferentes condiciones físicas toman trayectorias diferentes. Esta clase de hitos determinan que un proyectil impacte o no y decantan una guerra hacia uno u otro bando.

En el frente espacial, bloqueadores de satélites y cohetes antisatélites son tan solo algunos de los avances chinos, indispensables para la guerra moderna. China siempre ha dicho que su carrera espacial tiene fines pacíficos, pero es evidente que esta es un área directamente bajo control militar y la Fuerza de Apoyo Estratégico es hoy prioritaria entre la cúpula militar.

Muy atrás queda ese primer lanzamiento de una nave tripulada al espacio en octubre de 2003 desde la base de Jiuquan en Mongolia Interior, que mantuvo a todo el país paralizado, pendiente de una conexión televisiva que en realidad era en diferido por si algo salía mal. Solo Rusia y Estados Unidos lo habían logrado antes.

A Yang Liwei, el primer *taikonauta* (concepto popularizado por los propios chinos, que llaman *taikong* al espacio), pudimos entrevistarle al cabo de unos años un grupo de periodistas en unas instalaciones de los alrededores de Pekín, donde también nos enseñó la nave Shenzhou V. Hoy esa hazaña ha quedado empedregada por una carrera que no para de ponerse retos. Más misiones tripuladas, un primer paseo espacial, maniobras de acoplamiento de los módulos de la Tiangong-1, la futura estación espacial permanente en el espacio... Y, puestos a pedir, ¡la Luna! La idea es que antes de 2020 los chinos pongan un pie en ella. Sin olvidarnos de los planes para una visita tripulada a Marte en las próximas décadas y la idea de hacer orbitar una estación solar que irradie energía hacia la Tierra.

En el espacio, por tierra, mar y aire, China está preparada. «El ejército debe obedecer al mando de Xi Jinping, responder a sus órdenes y nunca ser un motivo de preocupación para él», rezaba una directriz de la Comisión Militar Central de finales de 2017.

En su apuesta a largo plazo, la gran ventaja del mandatario chino es, precisamente, un liderazgo fuerte, fruto no de la casualidad o el azar, sino de una visión, una ambición y una determinación implacables.

EL SUEÑO CHINO

Diciembre de 2014. Me voy definitivamente a Barcelona. Dejo atrás doce años y medio muy largos. Tan largos que, desde que aterrizara por primera vez en China, se me han muerto todos los abuelos, un tío y una tía, me he casado, he tenido un hijo y apenas seis días antes de abandonar el país ha nacido el segundo.

Como aconseja la sabiduría popular, mi mujer hace *yuezi*, ya no se mueve de casa ni prácticamente se ducha durante el mes posterior al parto, para que no le entre frío en el cuerpo. Terminará este mes de recuperación posparto — que los chinos aseguran que evita, por ejemplo, una menopausia difícil— en el mismo piso donde hemos pasado los últimos dos años en Pekín, el último de los siete pisos en los que he vivido durante estos años.

Como ella luego se trasladará a casa de sus padres, el camión de la empresa que hace el traslado ya se lo ha llevado todo. Cajas y cajas con ropa, libros y otras posesiones acumuladas en casi un tercio de mi vida y un tercio muy largo de la de ella.

Entre lo que he preferido llevar en la maleta, un pequeño tesoro: los cientos de cintas MiniDV que utilizaba antes de que me pasara al sistema digital. Bueno, no están todas. He dejado la mitad en casa de los suegros. No cabrían todas. Además, si llevase demasiadas, quizá las detectarían los escáneres de la aduana. Ya las cogeré en un futuro, cuando vuelva a Pekín.

No quiero que, por culpa de las cintas y del material que contienen, acabe perdiendo el vuelo en uno de mis numerosos encuentros con las autoridades. Estoy cansado. Y más teniendo en cuenta que viajaré solo con mi hijo mayor, que aún es muy pequeño.

Ya en Barcelona, cuando después de una eternidad finalmente encuentro tiempo, empiezo a organizar el material. Hay que digitalizarlo para que no se deteriore. No tengo fecha de finalización. Creo que tardaré aún años en completar la tarea. No sé ni por dónde empezar. Lo guardaba absolutamente todo... Me paso el rato pulsando *fast forward* hasta que encuentro imágenes interesantes. Las que valen la pena, las guardo en un disco duro que compré solo con esta finalidad.

La costumbre de grabarlo todo tiene su parte buena. Descubro recuerdos personales y de trabajo que ya había borrado de la memoria. Busco entre las bolsas las cintas que antes solían estar perfectamente ordenadas en el mueble de la oficina. Me salen cintas de todos los años. Me concentro en las de los primeros tiempos para seguir cierto orden cronológico.

«2005 - Beijing», una cinta aparentemente intrascendente. La pongo en el reproductor. *Play* y me sale José Montilla. Aparece exactamente igual que la última vez que lo vi en televisión. Si no fuera por el formato 4:3 y por los *drops* de la cinta, diría que no ha pasado el tiempo para él. *Fast forward* de nuevo. Salgo yo haciendo un *stand-up* y visiblemente más joven. Pulso *rec*. «Será un buen recuerdo para cuando los niños sean mayores», pienso. Vuelvo a darle a *fast forward* y me aparece Bo Xilai. ¡Ostras! Le doy al *play* enseguida y me pongo cómodo en la silla. El entonces ministro de Comercio chino había recibido ese día a su homólogo español. En la cinta, habla con ese tono convincente y carismático que tanto le caracterizaba.

—¿Dónde has aprendido este chino tan fluido? —le pregunta a Isolda Morillo, compañera periodista que entonces trabajaba para TVE y que, realmente, lo habla muy bien.

El Bo Xilai seductor, pienso. Entonces es cuando me doy cuenta de cómo han cambiado las cosas. *China Fast Forward*, este será el título del libro.

Gracias a la historia de Bo Xilai comprendí el funcionamiento del reparto de poder en China...

Igual que Xi Jinping, Bo era hijo de un héroe de la Revolución y, por lo tanto, considerado uno de los «príncipes rojos» en la jerarquía del Partido. Acomodados y respetados por el historial familiar, los «príncipes» poco más tienen en común unos con otros. Ni comparten un mismo ideario y ni siquiera ellos mismos se llaman así. Pero, de manera informal, se les suele agrupar para diferenciarlos de otras familias políticas que sí han tenido un perfil más ideológico. Como el ala *tuanpai*, emanada de la Liga de las Juventudes Comunistas, con figuras de procedencia más modesta, ascendidos por méritos desde las bases del Partido y a menudo de perfil tecnócrata, como Hu Jintao, el máximo representante de esta facción. O como el llamado *Clan de Shanghái*, que reúne a toda una serie de políticos de perfil liberal a los que Jiang Zemin promocionó durante su mandato de gran crecimiento económico, pero también de grandes corruptelas y diferencias sociales.

De hecho, Jiang Zemin fue uno de los grandes protectores de Bo Xilai, pues el padre de Bo había ayudado a Jiang a ascender en el poder. A Bo, sin embargo, no se le consideraba parte del Clan de Shanghái, sino que era un *príncipe*, estatus que de entrada lo proyectaba hacia una carrera de futuro prometedor.

Como alcalde, Bo Xilai convirtió Dalian en una de las ciudades más dinámicas de China. Después, como gobernador de Liaoning, superó con éxito la prueba de revitalizar esta provincia de industria pesada.

En el 16.º Congreso del Partido (2002) —el congreso en el que Hu Jintao relevó a Jiang Zemin—, Bo Xilai se aseguró uno de los dos centenares de asientos del Comité Central. Gracias a eso fue nombrado ministro de Comercio, posición desde la que fue cultivando una buena proyección política y mediática. Por ejemplo, negoció con audacia las disputas con Europa por las exportaciones textiles chinas. «Nosotros tenemos que vender 800 millones de camisetas para comprar un Airbus A380», dijo entonces a la prensa de todo el mundo. Entendía el inglés perfectamente e incluso se atrevía a corregir malas traducciones de sus propios intérpretes. Tenía un estilo muy diferente del tradicional agarrotamiento al que estábamos acostumbrados.

En la siguiente gran cita política, el 17.º Congreso del Partido (2007),

finalmente Bo se ganó uno de los veinticinco asientos del Politburó, desde el que ya todo parecía a su alcance. Hu Jintao lo nombró jefe del Partido en Chongqing en sustitución de su protegido Wang Yang, también del ala *tuanshipai*, al que envió a la próspera provincia de Guangdong.

A pesar de ser un gran desconocido en Occidente, Chongqing es uno de los lugares más vibrantes del mundo, una de las pocas municipalidades chinas, megaciudades que se administran al mismo nivel que una provincia. Pero esta megalópolis de más de treinta millones de habitantes no era precisamente una perla. Índices de desempleo elevados, problemas medioambientales y de salud pública producto de la rápida urbanización, así como excesos asociados a la construcción de la monumental presa de las Tres Gargantas, acumulaban una complicada factura social y económica que le cayó a Bo Xilai como una patata caliente.

Bo le dio la vuelta a esas adversidades y, en pocos años, fue definiendo un perfil que definitivamente lo situaría como uno de los líderes más populares del país. Inició una dura campaña contra la corrupción y las mafias de Chongqing, con la que se llevó por delante a miles de detenidos entre delincuentes, rivales políticos y disidentes. Así se ganó el apoyo de las clases populares, sedientas de mano dura para hacer frente a flagrantes e incontables abusos. Asimismo, Bo construyó masivamente vivienda pública y facilitó la obtención de un *hukou* urbano a millones de personas que habían inmigrado del campo en una prueba piloto que muchos expertos hacía años que reclamaban.

El «modelo de Chongqing» contrastaba con la línea más reformista y liberal que en ese momento también estaba creciendo en importancia dentro del Partido. Quien mejor representaba esta línea era precisamente Wang Yang, que como jefe del Partido en Guangdong se dedicaba más a promover el crecimiento económico que a repartir sus beneficios. Si me permiten la simplificación, en ese momento Bo defendía políticas que en Europa serían más de izquierdas, mientras que Wang vendría a favorecer el tipo de políticas más propias de la derecha.

Fuimos muchos los periodistas que en nuestras historias comparamos un modelo y otro, y ellos mismos, sin citarse, solían airear sin tapujos sus

discrepancias de modelo y de método. Además, el hecho de que Bo hubiera aplastado a los jefes de las mafias de Chongqing y los jueces que las protegían evidenciaba que su predecesor y antagonista había hecho la vista gorda. Cuando más nos acercábamos a 2012, año en el que debía consumarse el relevo de Hu Jintao y el resto de la cúpula dirigente, más interesante se ponía la política china. Xi Jinping ya sonaba fuerte como relevo de Hu, pero parecía que Bo y Wang compitieran en méritos para ganarse un lugar, como mínimo, en el Comité Permanente del Politburó.

Sin embargo, Bo Xilai empezó a poner más nervioso de la cuenta a algún rival cuando, en Chongqing, adoptó un discurso y una fanfarria neomaoístas dignos de generaciones que todo el mundo daba por enterradas. Su complicidad con el pasado glorioso del padre de la Revolución conectaba con todos aquellos que criticaban los excesos del «socialismo con características chinas» (el eufemismo utilizado para no hablar de introducción de medidas capitalistas) y que echaban de menos un maoísmo que, si bien había sido desastroso desde el punto de vista económico, también era más igualitario. En un momento en el que Mao era poco más que un símbolo de un pasado con algunas delicadas etapas oscuras que nadie ya deseaba revolver, Bo lo resucitó, erigiendo nuevas estatuas e invitando a los estudiantes a pasar periodos de aprendizaje en el campo, como se había hecho durante la Revolución Cultural. Fui hasta Chongqing para hacer una crónica de esa «nostalgia roja» de un Bo que, más que ideología, parecía tener un gran olfato y oportunismo para ganarse un nombre y ocupar un espacio político huérfano. En 2010 la revista *Time* lo citó entre las cien personas más influyentes del mundo y no eran pocos los medios de comunicación chinos que citaban el «modelo de Chongqing» como ejemplo a seguir para otras provincias y municipalidades.

En el control de las críticas, Bo Xilai no perdió el tiempo. Su campaña anticorrupción fue una excusa para implementar un sistema de videovigilancia diseñado por Fang Binxing, el padre de la Gran Muralla Digital china. Bo se aficionó tanto a las escuchas de potenciales rivales que el *New York Times* llegó a publicar que en algún momento había interceptado conversaciones del mismo Hu Jintao. Fue la gota que colmó el vaso.

Cuando ya se habían cruzado demasiadas líneas rojas, todas las miradas se dirigieron hacia la mano ejecutora del marcaje de rivales, delincuentes y disidentes. Wang Lijun, jefe de la policía de Chongqing, se convertiría desde entonces en una figura clave para el desenlace de esta historia.

Wang hizo saltar todas las alarmas cuando un buen día apareció en el consulado de Estados Unidos en la ciudad vecina de Chengdu y, aparentemente, llevaba bajo el brazo archivos y más archivos confidenciales de altísimo nivel. Cuando Washington confirmó que Wang había pedido asilo político, que se le había denegado y que 24 horas después Wang había salido «por propia voluntad», todos entendimos que detrás de aquello había muchísimo más que no sabíamos. Xesco Reverter, entonces jefe de Internacional de TV3, me envió un correo electrónico lleno de onomatopeyas que acababa con un «qué interesante», como alegrándose de que tuviera una historia con tanto jugo para emitir en los TN. Y aun así, poco imaginábamos que aquello se convertiría en la crisis política más importante de China desde Tiananmén.

En una trama donde todo el mundo desconfiaba y espiaba a todo el mundo, Wang Lijun terminó espiando a su propio jefe y, al verse amenazado, prefirió salvar el culo que protegerle. Los detalles probablemente nunca los conoceremos, pero parece que Wang Lijun habría incriminado a Bo Xilai en el asesinato de Neil Heywood, un británico que hacía de intermediario para empresas occidentales interesadas en ganarse el favor de figuras políticas chinas de primer nivel y hacer negocios en el país. El certificado de defunción decía que Heywood había muerto por una ingesta excesiva de alcohol, aunque el británico raramente bebía.

Tan pronto como Wang Lijun empezó a tirar de la manta, todo se precipitó. No paré de enviar crónicas sobre esa trama. Cuanto más se complicaba el caso, más difícil era concentrar el volumen de información acumulado y explicarlo de forma comprensible para la audiencia. De hecho, confieso que yo mismo tenía que ir revisando informaciones una y otra vez para encontrarle sentido al rompecabezas.

La última aparición pública de Bo Xilai como secretario en Chongqing y como miembro del Politburó fue durante la Asamblea Nacional, en marzo de

2012. Ante los focos de una multitud de cámaras, parecía impertérrito y confiado. Criticó el intento de fuga de Wang Lijun, mientras este se defendía diciendo que Bo era un gánster y un hipócrita. Eso no iba a terminar bien.

Poco después, Bo fue destituido como secretario de Chongqing. En una comparecencia de prensa, el primer ministro, Wen Jiabao, hizo una vehemente defensa de la ley para criticar a Bo, a quien también acusó de haber reavivado la «cultura roja» como una peligrosa mirada hacia el pasado. Era extraordinario que la cúpula del Partido apuntara a una figura de tan alto nivel, pero tenían que apagar el incendio.

En paralelo, internet se llenó de rumores de un intento de golpe de Estado por parte de Bo Xilai y su aliado Zhou Yongkang, uno de los miembros del Comité Permanente del Politburó y considerado parte del Clan de Shanghai de Jiang Zemin. Zhou Yongkang no tan solo era uno de los hombres más poderosos del país, sino que, como secretario del Comité Central Político y Legislativo, tenía bajo su control las fuerzas del orden y la seguridad.

—Se oyeron disparos cerca de Zhongnanhai —me dijo un día alguien de quien me fiaba mucho.

—¿Los oíste tú? —pregunté.

—Los oyeron unos amigos taxistas que circulaban por allí —respondió mi fuente.

Esos «disparos» coincidían con la versión que entonces publicó una revista de Hong Kong, según la cual no había estallado un enfrentamiento entre fuerzas paramilitares fieles a Zhou y una división del ejército por los pelos.

La especulación se cortó por lo sano cuando la censura interceptó a sus propagadores y la policía empezó a detenerlos. Con o sin rumores, con o sin disparos, lo que estaba claro era que entonces dos facciones estaban luchando sin miramientos por el control absoluto del poder.

Finalmente, Bo se quedó sin opciones. Un mes después de perder Chongqing, fue destituido de su cargo en el Politburó y el Comité Central. Confinado, apartado de la vida pública, cada vez parecía más claro que eso implicaría su muerte política y, tal vez, algo más. Más tarde, el Politburó lo expulsó formalmente del Partido.

Ya entrado el otoño, se le arrebató su último cargo público como diputado de la Asamblea Nacional. La nota oficial añadía, además de los cargos de serias violaciones disciplinarias y de corrupción, que Bo había tenido «relaciones sexuales impropias con múltiples mujeres», frase que provocó un alud de filtraciones y rumores sobre posibles amantes, entre las cuales una estrella del cine de fama internacional y también presentadoras famosas de la CCTV.

La investigación aclaró algunos detalles de la muerte de Neil Heywood. El británico había discutido con la mujer de Bo Xilai, Gu Kailai, por culpa de dinero, motivo por el cual esta lo había envenenado. En verano, un tribunal condenó Gu Kailai a muerte por el homicidio de Neil Heywood, aunque la sentencia quedó en suspensión, lo más similar a una cadena perpetua.

Y todo eso ocurría semanas antes de que se escenificara, por fin, la esperada transición política. En el 18.º Congreso del Partido (2012), Xi Jinping fue confirmado como líder absoluto en sustitución de Hu Jintao. Xi pasaba a ser el nuevo secretario general del Partido, nuevo presidente de la República y nuevo jefe de la Comisión Militar, cargo que en el relevo anterior Hu había tardado un año en ocupar.

Este último detalle ya daba pistas sobre una mayor concentración de poder del nuevo líder. Enseguida Xi Jinping redujo el número de asientos en el Comité Permanente del Politburó, que pasó de nueve miembros a solo siete. Cuantos menos asientos, menor riesgo de grietas y corrientes discordantes.

En verano de 2013, ya con todo bajo el control de Xi, llegó el esperado juicio a Bo Xilai en la ciudad de Jinan. A pie de calle, la policía habilitó un espacio para que las cámaras de medios de todo el mundo pudiéramos sacar imágenes de las entradas y salidas en el exterior del juzgado. En un esfuerzo por aparentar transparencia, las transcripciones del juicio iban colgándose diariamente en la red social Weibo. Las imágenes de la vista las proveía la CCTV, que convirtió el caso en un ejemplo moralizante sobre el valor de la ley y la independencia judicial. Irónicamente, poco después el *New York Times* publicaba una investigación que exponía la fortuna acumulada por familiares de Wen Jiabao que la censura china se encargó de neutralizar.

Contra las previsiones de quienes decían que el juicio sería más bien una farsa para sacarse a Bo Xilai de encima, pero que al mismo tiempo se evitaría que este hiciera más ruido del necesario, Bo Xilai plantó cara. Acusado de aceptar sobornos, de abuso de poder y de corrupción, Bo mantuvo un duro intercambio con Wang Lijun, interrogó personalmente a algunos de los testigos de la fiscalía, desautorizó la versión de su mujer y llegó a desdecirse de lo que meses antes le había confesado a la policía. Quienes preveían que Bo acabaría teniendo una salida más o menos digna por el propio interés de un Partido temeroso de las críticas tuvieron que tragarse sus palabras. De hecho, nadie sabía exactamente cuándo se acabaría la vista oral, que finalmente duró cuatro días.

Un mes después, el día de la sentencia, lo vimos por última vez en la CCTV con camisa blanca de manga larga y el cuello desabrochado. Estaba visiblemente cansado y más canoso, a diferencia de los días del juicio. En un país en el que la gran mayoría de los dirigentes son hombres y donde prácticamente todos se tiñen el pelo con tintes negros, mostrar las canas equivale a una especie de degradación.

En ese momento, lo custodiaban dos policías exageradamente más altos que él, otro detalle que no le pasó desapercibido a nadie, ya que Bo medía 1,85 metros y, por lo tanto, los polis debían rondar los dos metros de altura. Artificialmente empequeñecido y de pie frente al tribunal mientras lo cogían por los brazos, escuchó la sentencia: cadena perpetua.

A continuación, le pusieron las esposas y la cámara se fijó en el detalle de sus puños, cerrados y temblorosos, como si contuviera una ira indescriptible. ¿Qué estaba pasando? ¿Quizá que cualquier otro habría podido estar en su lugar y ser condenado por cargos similares si hubiera sido él quien hubiese acumulado más poder y más aliados? No lo sé. De hecho, sabemos tan poco de cómo funcionan las altas esferas del poder en China que siempre he preferido ser muy prudente con este tipo de especulaciones.

Con Bo derrotado, recordé el encuentro en el Ministerio de Comercio el día que vino José Montilla y, a pesar de todo lo que ya sabía de él —fueran parte verdades, parte medias verdades y parte mentiras—, sentí lástima.

A Wang Lijun le condenaron a quince años de prisión por cohecho, abuso

de poder y deserción. Pero los juicios de Bo, su mujer y Wang no fueron el final de esta trama digna de serie televisiva. Aún tenía que caer un pez más gordo.

En plena campaña anticorrupción, Xi Jinping se sacó de la manga una expresión peculiar. Comenzó a hablar de la necesidad de aplastar tanto a «moscas» como a «tigres». Xi preparaba el terreno para un nuevo trofeo de caza. Caza mayor. En agosto de 2013, coincidiendo con el final del juicio a Bo Xilai, se inició una investigación interna en el Partido centrada en el entorno de Zhou Yongkang. Mes tras mes, el círculo fue estrechándose hasta que Zhou fue primero detenido y en 2015 criticado y condenado por cargos similares a los de Bo Xilai —sí, también incluyeron lo de las «muchas relaciones extramaritales»— y también le cayó una pena equivalente a la cadena perpetua.

Por primera vez desde la Revolución Cultural, se rompía la norma no escrita que otorgaba inmunidad frente a una investigación criminal a los miembros del Comité Permanente del Politburó. Quien hasta entonces había sido uno de los hombres más poderosos de China aparecía en su juicio absolutamente irreconocible. Si a Bo le habían salido canas en su última aparición, Zhou apareció con el cabello totalmente blanco. Parecía veinte años más viejo.

No era más que el principio de una campaña anticorrupción sin precedentes. A Bo y Zhou les siguieron más «tigres», como los generales Xu Caihou o Guo Boxiong, los cuales también habían ostentado altísimas cuotas de poder como vicepresidentes de la Comisión Militar y como miembros del Politburó.

A través de la Comisión Central de Inspección Disciplinaria, la máxima autoridad del Partido en asuntos internos, la campaña anticorrupción de Xi Jinping fue especialmente intensa en provincias como Shanxi o Guangdong. Desde que Xi llegara al poder, decenas de miles de personas, entre altos cargos, funcionarios, empresarios y militares, fueron juzgadas por corrupción.

No puede decirse que fuera una cuestión menor en anteriores administraciones. Llevaba escuchando este mantra desde mi llegada a China.

Pero la campaña de Xi era, por dimensión, abrumadora. Y nadie puede decir que no avisara de sus intenciones. En su discurso inaugural, dijo que el Partido debía combatir la corrupción para sobrevivir, porque, si no, su futuro tendría los días contados.

Si hasta aquí probablemente ya le habrá costado seguir el hilo al lector, enredemos la madeja un poco más con una investigación de *Bloomberg* primero y una del *New York Times* después, que sacaron a la luz que familiares de Xi Jinping tenían fortunas en el extranjero amasadas gracias a la connivencia entre el poder y los empresarios de éxito. Un cuñado de Xi también apareció más tarde en los papeles de Panamá. Como de costumbre, en todos estos casos la información fue convenientemente bloqueada en China y, además, los dos medios de comunicación estadounidenses estuvieron un buen tiempo sin poder renovar sus visados de prensa en Pekín.

Tal vez Xi no esté libre de culpa. O tal vez sí lo esté y simplemente no ha podido controlar tanto como quisiera a sus familiares más traviesos y avariciosos. Sea como fuere, lo que está claro es que la campaña anticorrupción le sirvió para cohesionar y unir el Partido en torno a su figura y desactivar, de paso, el Clan de Shanghái.

En su primer año como líder absoluto, Xi blindó su figura y amplió sus atribuciones. Creó la Comisión Central de Seguridad Nacional, un órgano que le serviría para tener bajo su control directo todo lo relacionado con la seguridad nacional y exterior, y ahorrarse, digámoslo así, sorpresas como las que según los rumores habían estado a punto de provocar un golpe de Estado. Lo mismo hizo con el control de internet, que puso bajo su supervisión directa.

Al mismo tiempo, Xi aparecía en situaciones espontáneas mezclado entre *laobaixing*, la gente del pueblo. Se le vio acompañado solo por una persona mientras hacía cola en un establecimiento de *baozi* en un *hutong* de Pekín, o también en plena calle, en medio de los vecinos durante un episodio de grave contaminación y sin mascarilla. En todos estos casos, las imágenes grabadas con móvil se viralizaron enseguida y contribuyeron a la imagen cercana y humilde que todo líder moderno necesita.

Yo nunca me crucé con él en la calle... El día que más cerca lo tuve fue

cuando el presidente español, Mariano Rajoy, se reunió con él en el Gran Palacio del Pueblo en viaje oficial. En el punto preciso donde debían colocarse para las cámaras, el personal de protocolo le había dejado a Rajoy una marca en el suelo, una crucecita, para que tuviera claro donde tenía que pararse. La marca de Xi era diferente: una estrella de color rojo.

Rajoy sonrió al darle la mano frente a los flashes de las cámaras. Xi mantenía su expresión de siempre, pero así, tan de cerca, podía verle las imperfecciones. De inmediato me di cuenta de que tenía tics muy visibles y que nunca antes, en televisión, había percibido nada que lo indicara.

Tics de los que suelen tener las mentes privilegiadas, porque, visto en perspectiva, llego a la conclusión de que Xi Jinping está dotado de una visión extraordinaria. Llegado el momento, supo leer que o hacía limpieza o caería con el resto. O tenía realmente el poder o los cargos serían solo simbólicos. O lo controlaba todo o el Partido sería inoperante y perdería legitimidad para afrontar los cambios necesarios.

Con eso, ya solo le faltaba un eslogan, igual que lo habían tenido sus predecesores. Jiang Zeming había hecho barroquismo con la «teoría de las tres representaciones». Hu Jintao había aburrido hasta a las ovejas con su «desarrollo científico». Xi necesitaba un concepto *sexy* y lo encontró.

El «sueño chino» se popularizó durante sus primeros años en el poder. Aunque, ya me perdonarán, nadie sabe exactamente en qué políticas concretas se traduce... Si suena de maravilla, ¿a quién le importa?

Sí hay cierto consenso en que representa el conjunto de aspiraciones individuales y colectivas de la sociedad china. En el plano colectivo, China aspira a recuperar su gloria pasada. En el plano individual, igual que con el «sueño americano», hoy cualquier chino puede aspirar a un bienestar que nada tiene que envidiar al de los países que antes veían desde la distancia.

Xi se puso como objetivo modernizar el ejército y consolidar su influencia como potencia comercial hegemónica. Ya lo hemos visto. Pero ese «sueño chino» tiene también cada vez más una interpretación en clave doméstica. Xi Jinping habla de rejuvenecer la sociedad, una transformación que pasa, sobre todo, por una apuesta científica y tecnológica que la catapulte a otra dimensión y que ya está dando sus frutos.

Zhongguancun, el distrito tecnológico de Pekín, al que durante mis primeros años en la capital china solo iba para comprar ordenadores o cámaras, figura ya como uno de los máximos competidores de Silicon Valley en cuanto a ecosistema propenso a la innovación. Cuando hablo con mi hermano Roger, que también echó raíces en China, de las novedades del día a día en la capital, las novedades que me cuenta no dejan de sorprenderme. Más que nunca, la sensación es que ahí van mucho más rápido que aquí, donde todo nos lo tomamos con muchísima calma.

Mientras que en Barcelona todavía hay un montón de establecimientos que solo aceptan pagos en metálico, en China desde hace años utilizar el móvil para pagar al mensajero o para darle dinero a un mendigo ya es habitual. Basta con pasar el código QR por un escáner. De hecho, allí ocurre lo contrario que aquí: algunos establecimientos ya no aceptan dinero en metálico, solo tarjetas o pagos con el móvil.

Los móviles de Xiaomi, la penetración de Huawei en todo el mundo, la cotización de Alibaba o la popularización de los drones recreativos de DJI son ejemplos del potencial de una China que desde ya hace tiempo no solo se dedica a copiar o a aprender de los demás, sino que ha tomado la iniciativa para liderar sectores que generan valor.

Recuerdo cuando un amigo estadounidense y su mujer china me comentaron que, tras un paréntesis en Estados Unidos, volvían a China.

—¿Pero no decidisteis ir os porque no os gustaba?

—Sí, pero en Las Vegas las cosas no acaban de irnos bien.

—¿Y qué haréis en Pekín?

—No, Pekín no, Jinan —puntualizó mi amiga—. ¿No lo sabías?

—¿Jinan? Estuve por el juicio a Bo Xilai. ¿Qué diablos haréis ahí?

—Steve trabajará para un inversor que quiere crear una marca de coches eléctricos de lujo.

—¿Ah, sí? Mira por donde, una Tesla china... —dije.

—Bueno, de hecho, le han contratado para que traiga a ingenieros de Tesla que creen el nuevo proyecto.

—Pero eso debe costar mucho dinero.

—Sí —concluyó ella.

El de mis amigos no es un caso aislado. Miles de empresas que entienden la importancia del cambio de modelo económico y social llevan años llenando sus oficinas de graduados de universidades estadounidenses o de extrabajadores de compañías como Google, Microsoft, Amazon, Tesla, gigantes de la biotecnología o lo que sea. Tienen el dinero y tienen también el clima político y el tipo de impulso para fomentar la innovación y para comprar o repatriar talento de ultramar. Por eso, no es casualidad que China se haya convertido en uno de los principales registradores de patentes de todo el mundo.

En este contexto, la Cuarta Revolución Industrial es la gran oportunidad para dejar de soñar y convertir las aspiraciones de Xi Jinping en realidad. Con cientos de millones de licenciados y doctorados universitarios, China tendrá pronto la sociedad del conocimiento más potente del mundo. Y campos como el de la inteligencia artificial, que China considera estratégicos y en los que invierte recursos sin escatimar, tendrán un impacto determinante en el equilibrio mundial y en la construcción de un nuevo orden geopolítico.

En el 19.º Congreso del Partido (2017), Xi Jinping creó otra supraestructura, también bajo su control directo, para vehicular nuevas y profundas reformas económicas en pos de la modernización. Antes de 2030, las empresas chinas habrán conquistado los mercados globales, los propietarios y gestores de muchas empresas de nuestro país serán chinos y sus marcas serán habituales entre las opciones de compra de consumidores de todo el mundo.

Llegado el momento, China habrá sustituido un modelo económico basado en la inversión por un modelo que priorice el consumo y permita a sus ciudadanos disfrutar de un nivel de vida que, si estos planes llegan a buen puerto, se situará bastante por encima del nuestro. En la China más avanzada, la tendencia ya es muy visible. En Pekín, los profesionales de determinados sectores ya cobran sueldos superiores a los nuestros para un mismo puesto de trabajo. En Shanghái, la clase media come en restaurantes espaciosos de diseño y asiste a conciertos de jazz de clubes modernos, una opción antes solo al alcance de los ejecutivos expatriados con alto poder adquisitivo. En Hangzhou, el sistema de alquiler de bicicletas públicas en pocos años superó

en comodidad a servicios similares de ciudades como Barcelona.

En la combinación de sistema autoritario y liberalismo económico, no dude el lector de que China nos dará grandes titulares. Y aunque mi etapa en China ya hace tiempo que concluyó, no voy a negar que siento cierta envidia de quienes podrán contárselo al resto del mundo. Para bien o para mal, China lo cambiará todo, por lo que no podemos mirar hacia otro lado.

Una de las historias que más curiosidad me despiertan mientras escribo este libro es la introducción del reconocimiento facial y la interconexión en la nube de los archivos policiales con el masivo sistema de videovigilancia ya existente en China, calculado en cerca de 200 millones de cámaras. *Xueliang*, o «visión precisa», permitirá a la policía no solo acceder, detectar y rastrear a individuos que ya se encuentren en una estación de tren o en un baño público donde haya circuitos de videovigilancia, sino que también facilitará el cruce con los datos personales y, por lo tanto, la identificación de cada rostro y potenciales amenazas para el sistema. Lo comprobó un reportero de la BBC, que le pidió a la empresa tecnológica china que introdujera una alerta asociada a su rostro y, a los pocos minutos de pisar una estación de tren, ya lo había interceptado la policía.

Ciertamente, reducir e incluso predecir la criminalidad no es un objetivo que solo persiga China. Pero también es verdad que en China no hay tanta conciencia ni debate sobre los límites de la privacidad como en Europa, ni existen las garantías jurídicas que dificultan los abusos por parte de quien ejerce de *Big Brother*.

Ya en 2012, vi que el reconocimiento facial era uno de los proyectos estrella de la tecnológica Huawei. En su sede de Shenzhen, Huawei tenía una pantalla de demostración que monitorizaba caras en pocos segundos.

—Estaría muy bien para evitar ataques terroristas o según qué, pero en nuestro país sería imposible aplicarlo, porque, claro, no puedes estar recogiendo datos de todo el mundo sin su consentimiento —me dijo Xavier Trias durante su visita al cuartel general de Huawei en su viaje a China como alcalde de Barcelona.

Y eso era no era más que la *showroom* de la empresa. Imagínense la clase de juguetes que debían estar probando en la parte que no dejaban ver a los

visitantes.

Xueliang no es el único proyecto intrigante o que, como mínimo, nos plantea debates éticos como los que aparecen en la fantástica serie *Black Mirror*, teniendo en cuenta que hablamos de proyectos que ya son una realidad, no de ciencia ficción... El «sistema de crédito social» tampoco nos deja indiferentes. Esta iniciativa, impulsada por el Estado y aún en fase de pruebas, determinará la fiabilidad o reputación de sus ciudadanos, que recibirán puntos en función de su comportamiento en las redes sociales, su historial financiero, sus hábitos de consumo o por acumulación de faltas o delitos cometidos que hayan quedado registrados. Media docena de empresas tecnológicas de áreas que van del comercio electrónico al *matchmaking* (búsqueda de pareja por internet) ya están desarrollando algoritmos con diferentes criterios de medición y puntuación. Hasta el año 2020, participar será voluntario. La idea es que a partir de entonces se haya adoptado una especie de estándar y sea obligatorio en todo el país. Es un sistema que, por si cabía alguna duda, el Gobierno chino ha pensado para «medir la sinceridad y la confianza sociales».

Cuando leí la noticia, enseguida recordé el día que, por un descuido, se me cayó el pasaporte en el suelo. Lo localicé enseguida en la comisaría más cercana al lugar donde lo había perdido. Incluso les pedí una foto a los policías que me habían atendido para agradecerles que hubieran sido tan eficientes y amables conmigo. «En Barcelona seguramente habría acabado en pocas horas en el mercado negro», les comenté.

También les pedí que me apuntaran el nombre de la comisaría en un papel. Quería escribir un mensaje de agradecimiento en mi cuenta de Twitter y en mi blog. Me lo anotaron en uno de esos papeles reutilizados por la cara no impresa.

Me fui de ahí aliviado. Cogí un taxi y me acomodé en el asiento trasero. ¡Qué descuido! ¡Mira que perder el pasaporte!

Al cabo de pocos minutos recibí una llamada:

—Señor Wei, lo llamo de la comisaría otra vez.

—¡Ah, hola! Diga, diga —respondí con curiosidad.

—Necesitamos que vuelva.

—Eh... Acabo de coger un taxi, ya estoy en el tercer anillo.

—Mire, es que el papel donde le he apuntado el nombre de la comisaría... ¿Cómo se lo diría...? Bueno, que no debería habérselo dado porque es un documento oficial. No me he dado cuenta y...

—¡No se preocupe! Faltaría más. Enseguida vuelvo.

Como comprenderá el lector, lo que hice a continuación fue buscar el papel y darle la vuelta para ver qué ponía. Vi las líneas de una especie de formulario interno. Se veía el título. Decía algo así como «control de extranjeros» y parecía pensado para que los agentes valoraran con criterios subjetivos no sé muy bien qué tipo de extranjeros. Recuerdo que una de las entradas preguntaba nacionalidad y raza, y luego algo así como «¿cree que podría ser sospechoso?». Por si acaso, le hice una foto.

Cuando llegué a la comisaría, me pareció que el policía estaba tan nervioso como yo poco antes. Después de despedirnos por segunda vez, me encontré con el dilema de si aprovechar el material para hacer una crónica. Finalmente, lo descarté porque solo tenía una foto. Me volví a sentir aliviado, ya que, al fin y al cabo, ese agente me había ayudado y necesitaba una excusa para no sentirme profesionalmente irresponsable.

En cualquier caso, ese día confirmé lo que ya sospechaba: la policía china acumula datos y valoraciones sobre ciudadanos. Cuando pienso en el «sistema de crédito social», también pienso en el editorial que el *Diario del Pueblo* me dedicó después de mi detención en Xinjiang, en las múltiples detenciones que acumulé durante esos años o en las crónicas críticas, cualquiera de ellas, pues seguro que podrían cuantificar mi nivel de amenaza para una China que quiere mostrarse amable ante el mundo pese a los pesados periodistas que quieren ponérselo difícil.

En un hipotético escenario futuro donde todo ello forme parte de mi historial, quizá el hecho de haber escrito este libro, honestamente crítico, hará que un algoritmo reaccionario le vete a uno de mis hijos el acceso a un máster en una universidad china, por poner un ejemplo.

Durante todos esos años me harté de decirme a sí mismo: «Mira, si quieren saber cuestiones personales, me da igual, que hagan lo que quieran, que aireen los secretos que quieran, no resquebrajarán ni comprometerán mis

principios. Al fin y al cabo, no siento que haya hecho nada malo». Sigo pensando lo mismo, pero es evidente que este debate traspasa los límites de la moralidad. Desde un punto de vista práctico, ¿quién estará dispuesto a comprometer sus opciones de encontrar trabajo, de acceder a un crédito bancario, de dar una buena educación a sus hijos o de obtener un visado de viaje?

De hecho, pocas semanas después del estreno de este sistema, la red social Weibo ya permitió a los usuarios incorporar su nivel de «reputación social» junto al nombre y la foto de perfil, una manera de dar a conocer su influencia, computada sobre la base de conexiones, currículum o comportamiento. También se dieron prisa en el Ministerio de Ferrocarriles, advirtiendo por la megafonía del tren de alta velocidad que saltarse las normas en el vagón o el andén puede repercutir negativamente en el «crédito social» de los pasajeros.

Ya veo la conversación entre padre e hijo dentro de unos años:

—Papá, dame crédito, que no me quieren servir en la cantina de la universidad.

—¿Otra vez, hijo?

—Solo necesito cinco puntos.

—Cinco hoy, diez el otro día después de que te emborracharas con tus amigos, cinco más el día que encontraron tus fotos en pelotas... Anda, déjame en paz.

—¿Y cómo voy a comer?

—Te espabilas. ¿No conocías a alguien que traspasaba puntos a cambio de regalos? Regálale un cartón de tabaco o llévatelo de putas. Haz lo que quieras. Me tienes ya muy hartos.

—Es que...

—¿Qué? ¡Joder!

—La policía lo detuvo. Actualizaron el algoritmo y lo pillaron.

—La madre que te...

—Papá...

—No.

—¿Papá?

—Que no...

—¡Va, papá!

—Vale, vale... Anda, toma. Utiliza la mía. Pero quiero que mañana te registres en las juventudes del Partido para recuperar credibilidad. Y no es negociable.

Igual que hoy basta con pasearse por cualquier barrio de Pekín en hora punta para encontrar a revendedores de facturas (para justificar ingresos inexistentes y pagar menos impuestos), cuando lo del crédito social se normalice no me extrañaría que aparecieran también vendedores de reputación o un mercado negro de puntos. Tiempo al tiempo.

Ficciones aparte, me parece bastante relevante que el Gobierno quiera que el sistema de crédito social sirva, asimismo, para «mejorar la sinceridad de los asuntos de Gobierno» y «construir credibilidad judicial», pues también tiene previsto que el funcionariado público participe en el programa.

Uno de los principales retos que China tiene sobre la mesa es que, considerando que la autoridad del Partido es incuestionable, la población pueda resolver los conflictos más habituales dentro de este sistema basado en el imperio de la ley. Que China ha conseguido reducir la burocracia y mejorar unas leyes que van adaptándose a los nuevos tiempos es indudable: mayor protección laboral, mejor protección de los menores, más igualdad de la mujer a la hora de dirimir disputas matrimoniales, sistemas de compensación para víctimas de expropiaciones... Pero la arbitrariedad a la hora de aplicarlas y la disparidad de criterios sigue siendo un problema importante. Imagínese un sistema donde también los jueces formen parte del escrutinio regulado por algoritmos que determinen si han aplicado bien la ley o no. Bueno, tampoco hay que ir tan lejos: ¿cuántos firmaríamos por incorporar este sistema en el aparato judicial español?

Más dudosa es la capacidad de las autoridades chinas para introducir algoritmos que controlen los engaños, sobre todo si, llegado el momento, el sistema acaba sabiéndolo todo, lo publica todo e incluso actúa con retroactividad con todo el mundo, incluidas las propias autoridades. Porque... ¿existe alguien que esté absolutamente libre de culpa? Por algo lo llaman inteligencia *artificial*.

Para el Partido, el «sueño chino» es la esencia del socialismo con características chinas. Que es lo mismo que decir que China seguirá construyendo su sistema político, económico y social como le convenga.

Si se lo preguntamos a los chinos, lo más probable es que compartan que lo que más le conviene ahora a China es un sistema que garantice la estabilidad para seguir prosperando. Sí, aunque eso tenga consecuencias como que haya noticias o palabras que de vez en cuando se censuren o que se compartan abiertamente sus datos o se los utilice como conejillos de indias de un megasistema de videovigilancia. Como mínimo, si no son chinos represaliados, exiliados o disidentes. Estos últimos son, desde el pragmatismo chino, piezas sacrificables. Fiel a la tradición confuciana, el interés colectivo pasa por encima del interés individual. Sacrificar a los críticos forma parte del precio para conseguir el «sueño».

Esta conciencia colectiva, las lecciones del pasado y, sobre todo, un contexto mundial de incertidumbre y huérfano de referentes democráticos explican por qué hoy la China de Xi Jinping es fuente de inspiración dentro y fuera del país. Las líneas que separaban China de los sistemas democráticos van diluyéndose cada vez más. Se trata de un régimen imperfecto y que reprime todo lo que pueda comprometerlo, pero que, a pesar de las desigualdades, provee, al lado de democracias desorientadas que se hacen trampas a sí mismas: falsa separación de poderes, *fake news*, desmantelamiento de programas de cobertura sanitaria universal, idiotización de las masas con diferentes formas de entretenimiento y adicciones de todo tipo, por citar solo algunos ejemplos. De hecho, la gran mayoría de los europeos que viven en China a los que he conocido estos años la consideran una tierra de oportunidades y, al igual que el ciudadano chino medio, relativizan la parte negativa del sistema.

Probablemente lo más dramático no sea que a quien mejor le van las cosas sea un régimen autoritario, sino que en el mundo democrático falten referentes claros para inspirar modelos alternativos a los que llevan tiempo oxidados.

La insistencia occidental en una apertura política en China es inversamente proporcional al desinterés de China por esta idea. La reforma

política no está en ningún caso sobre la mesa, por mucho que a los periodistas nos encante especular con esta posibilidad. Por lo menos, no lo está a corto plazo. En las numerosas ocasiones en las que hablamos de política china, Eugeni Bregolat siempre me decía que eso aún tardará mucho en llegar y no debíamos preocuparnos demasiado por ello, pues surgirá de forma gradual a raíz del propio proceso de maduración y apertura. Explicado con sus palabras, quien fuera embajador español en China en tres etapas diferentes (1986-1991, 1999-2003, 2011-2013) venía a decir que a China le faltan décadas para llegar a una apertura comparable a la nuestra. Bregolat defendía que, si en términos históricos, hacía muy poco que había terminado con el feudalismo y aún menos que se había industrializado, era lógico que un proceso de reforma política acabara produciéndose de forma muy gradual. Él, que vivió de cerca la crisis de Tiananmén, terminó su primera etapa como embajador en Pekín en pleno aislamiento internacional posterior a la represión y vio como China, después, se enrocaba. Pero siempre ha sido optimista respecto a la capacidad china para reinventarse. Simplemente, no cree que los chinos tengan demasiada prisa.

¿Recuerda el lector las elecciones en el pueblo de Wukan? Decía, cuando hablaba de democracia de base, que la gestión reformista del entonces jefe del Partido en la provincia de Guangdong, Wang Yang, no sirvió para que ascendiera en la cúpula dirigente. Cinco años más tarde, durante el 19.º Congreso del Partido Comunista Chino (2017), Wang Yang volvió a entrar en escena y sí consiguió uno de los siete asientos del Comité Permanente del Politburó. Wang también pasó a ser viceprimer ministro, justo por detrás de Li Keqiang. En una especie de efecto acordeónico, el «reformista» Wang Yang había perdido fuelle en el fuego cruzado con Bo Xilai, pero luego lo recuperó.

Fue un cambio que no debemos interpretar como una posible deriva reformista en China, pero sí como cierta sensibilidad para intentar mejorar la gobernabilidad, para flexibilizar el concepto de democracia socialista, especialmente en los casos en los que el clamor popular es incontestable. En la China de Xi Jinping, expresiones como «el pueblo es el maestro del país» o «enfoque centrado en la gente para políticas de interés público» contemplan

abrir por tramos o abrir lo que haga falta solo en su justa medida a fin de mejorar el sistema. Del mismo modo que, por supuesto, contemplan volver a cerrarlo si no funciona.

La legitimidad del Partido será más o menos sólida en función de cómo interprete la sociedad china su propia situación. «Puedo comprarme una casa, puedo alimentarme correctamente, puedo viajar y tendré pensión al jubilarme.» En un mundo incierto, los chinos se aferran a la certeza. En otras palabras, a quien me ofrezca orden o estabilidad le permitiré, además, que me haga soñar. El «sueño chino» lleva implícito este contrato.

Por si hubiera alguna duda, en ese trascendental 19.º Congreso del Partido, la organización política más numerosa del mundo votó por unanimidad incluir el «Pensamiento de Xi Jinping» en la constitución china. Solo Mao Zedong y Deng Xiaoping habían conseguido grabar sus nombres en la doctrina oficial. Y de eso hace ya mucho tiempo.

Este hito recoge todo lo que he comentado: profundización de las reformas económicas, disciplina de partido, ejército fuerte, crecimiento pacífico, desarrollo científico y sostenible, etc. Pero, entre todos los conceptos que le dan cuerpo al «Pensamiento de Xi», hay uno que será clave para la supervivencia del régimen: el imperio de la ley.

Pese a todo lo que he expuesto y criticado, creo que el compromiso con una gobernanza más justa es sincero. El problema es que, en el desarrollo de un Estado de derecho ideal, el honesto ejercicio del principio de legalidad por parte de abogados, activistas y ciudadanos inevitablemente acabará enfrentándolos con el poder absoluto. Incluso a aquellos que quieran mantener un perfil bajo.

Xi Jinping y sus sucesores tendrán delante un desafío igual de capital que el bienestar de su pueblo. De ellos dependerá que el «sueño chino» no sea una foto distorsionada, que no se convierta en una pesadilla, un escenario onírico borroso, protagonizado por una sociedad desconfiada, individualista y deshumanizada e igual de arrogante que las sociedades que hasta hace poco se atrevían a darle lecciones.

En plena involución democrática, Occidente no puede darle lecciones a China, pero sí puede, al menos, compartir qué sucede con las grandes

transformaciones socioeconómicas y con las expectativas que generan. Tal vez el dicho de que todos queremos llenar primero la barriga, después el bolsillo y, por último, la cabeza, sea un concepto excesivamente simplificado, pero sí nos sirve para entender que toda sociedad que alcance un nivel de bienestar aceptable acabará teniendo otras prioridades que no sean llegar a fin de mes. Es casi inevitable que se planteen determinados debates y que, a medida que la sociedad se vuelva más compleja, las discrepancias en torno a la gobernabilidad se diriman en un marco de debate político abierto que implique algo más que purgas o represión.

Una cosa es gestionar una disidencia que genera un gran impacto internacional pero que en casa está absolutamente neutralizada. Otra muy distinta es lidiar con un clamor social compartido por amplias capas de la sociedad favorables a la apertura, como el que no es atrevido anticipar que llegará en las próximas décadas.

Lo que tengo claro es que la reforma política no se planteará nunca como objetivo, sino que, si llega algún día, será resultado de un proceso. Abrir las puertas a la reforma política supondría la desaparición del Partido tal y como lo hemos entendido hasta ahora. Es una cuestión a la que di muchas vueltas durante todos mis años en China. Por mucho que el Partido impulse reformas políticas, por mucho que haga experimentos en la elección de sus representantes e, incluso, por mucho que demuestre un compromiso con determinados derechos más sincero que el de muchos países que se llaman democracias, nunca alcanzará la plena democracia (en el sentido universal del término, no en el sentido socialista) sin ceder esferas importantes de poder, como unos poderes judicial y legislativo realmente independientes o una prensa que no dependa orgánicamente del Partido. Cuando eso ocurra, su papel puede llegar a ser importante o residual, pero nunca omnipresente, como ocurre en la actualidad.

Sería incluso poético que, si finalmente eso llega como resultado de un proceso «natural», el Partido decida autodisolverse, como si hubiera conseguido su objetivo final y ya no hubiera tareas pendientes. No creo que lo vea en esta vida, eso también lo tengo bastante claro.

Otoño de 2014. Cuando aún no sabía que ese iba a ser mi último año

como corresponsal en China, recibí una llamada de alguien con quien hacía meses que no hablaba.

—Wei Sen, ¿cómo estás? —resonó la voz del poli Lu.

—¡Hola! ¿Cómo estamos?

—¿Sabes quién soy?

—Sí, sí. Siempre me preguntas lo mismo...

—¡Ja, ja, ja! Mira, estamos organizando una excursión a la Gran Muralla. ¿Te apuntas?

—¿Cuándo sería?

—Este fin de semana.

—¿Todo el fin de semana?

—Salimos el sábado por la mañana, dormimos allí y volvemos el domingo.

—¿En coche?

—Sí, vamos con el mío, claro. Ah, y dormimos en tiendas de campaña.

—¿Qué tengo que llevar?

—Saco de dormir y la ropa que necesites. Del resto ya nos encargamos nosotros.

No fue una visita convencional. Fuimos a una zona remota y nada turística, aún en la provincia de Hebei pero casi tocando a Shanxi. Confieso que, a medida que pasaban las horas y nos alejábamos de Pekín, y en algún momento perdía la cobertura de la señal del móvil, pensé que lo de confraternizar con la policía tal vez no fuera muy buena idea.

Acabó siendo un fin de semana extraordinario. Compartí paseos por antiguas torres de defensa erosionadas por el viento y tramos de muralla que se perdían en el horizonte, como si fueran vestigios de discontinuidad de una historia convulsa.

Durante esos dos días hablamos de dudas, miedos, anhelos e ilusiones. Como si no importaran para nada nuestros respectivos trabajos, intercambiamos visiones sobre política, historia y valores, e incluso nos pusimos de acuerdo en algún momento, yo sin las prisas de buscar una noticia y ellos dándome la razón en determinadas afirmaciones que probablemente nunca habrían aceptado en una conversación en una

comisaría. Conocí al amigo Lu —no el policía Lu— y a su inseparable compañero. Por el momento en el que llegó, ya al final de mi misión, esa experiencia fue una manera de hacer las paces conmigo mismo y con el país.

STOP

Rewind, play, octubre de 2007, Pekín. Mi suegro, mis tíos políticos y unos amigos suyos se agachan y contemplan la limusina Cadillac que hemos contratado para nuestra «boda tradicional». Se ha atascado en un bache y no avanzamos. El vehículo es demasiado largo y los bajos rozan con el asfalto porque una de las ruedas se ha hundido en un bache. Bajo la ventanilla y me asomo:

—¿Todo bien? —pregunto.

—No pasa nada, ¡enseguida estamos! Ya nos encargamos nosotros, ¡no os preocupéis! —grita mi suegro con un cigarrillo en los labios.

Alguien trae un ladrillo y lo coloca junto a la rueda delantera, la que se ha encallado. En un país en constante construcción, siempre hay ladrillos por todas partes. Me doy la vuelta hacia dentro del coche, donde Wang Can, su prima y mi mejor amigo de la infancia, Dani, ríen por el contratiempo. Vamos todos vestidos con indumentaria imperial. Más que a una boda, parece que vayamos a una fiesta de Carnaval. La limusina se mueve y todos pegamos un bote. El vehículo vuelve a rodar y se oyen gritos de euforia de los de fuera. Wang Can intenta quitarse la corona con velo que tendrá que llevar durante toda la ceremonia hasta que, ya en el escenario, y tal como hemos ensayado, llegue yo con una especie de vara para quitarle el velo y descubrirle el rostro ante los asistentes.

—¡No te la quites, que se supone que no tengo que verte! —digo yo.

—Es que me aprieta —se queja ella.

—Mira hacia otro lado —dice Dani.

Estoy nervioso. «¿Estás seguro, Sergi?», me pregunto a mí mismo, recordando que mis padres se separaron cuando tenía diez años.

Pero no es el matrimonio por el matrimonio lo que me distrae. Lo que más me hace pensar es el hecho de sellar mi relación no solo con la persona que amo, sino también con el país.

Dani, que me conoce, me mira de reojo. No me dice nada. Bebió demasiado la noche anterior.

Nos acercamos al centro del vehículo, donde hay un minibar. La botella de champán está vacía. ¡Qué desconsideración!

Empezamos a hacer el payaso como si estuviéramos poseídos. Nos echamos a reír. Supongo que necesito liberar tensiones y emociones.

—Están chiflados —dice Wang Can mientras me regala una sonrisa.

Fast Forward, play, mediados de diciembre de 2014. Tras recogerlo de clase, coloco a Zètic en el asiento de atrás del triciclo eléctrico. Cada vez pesa más. ¡Cómo ha crecido! Le tapo bien la cara con la bufanda y le ajusto el gorro y los guantes. Fijo bien la pieza de tela del triciclo, la que separa la parte trasera del conductor, para que quede completamente cubierta, sin corriente de aire. Giro la llave para hacer contacto, maniobro para coger el camino habitual de la escuela a casa. Aparece Yoyo, su compañera de clase, de madre china y padre inglés. Zètic salta del vehículo y ambos salen corriendo para encontrarse a medio camino y se funden en un abrazo. Apenas me ha dado tiempo para sacar el móvil y grabar el momento.

A mí también me toca despedirme de alguien muy especial. Cuando encuentro tiempo, me planto en la consulta del doctor Man, con quien he descubierto el masaje terapéutico. Me doy cuenta de que no le he llevado ningún regalo, ahora que me despido. Soy un desastre. Buena excusa para volver algún día y que me desatasque puntos del cuerpo por donde no circula el *qi*, para que me regule el flujo intestinal o me ponga alguna vértebra en su lugar, como siempre hace. Echaré de menos esas «puestas a punto» y su humildad reposada.

Fast Forward, play, 20 de diciembre de 2014, Barcelona. El alcalde de Barcelona me da la bienvenida como nuevo director de la televisión de la ciudad durante la tradicional «copa de cava» de Navidad con la prensa.

Fast Forward, play, 23 de diciembre de 2014, Pekín. Hace dos días que he vuelto de Barcelona, donde solo he pasado cinco o seis días antes de volver a China. Las contracciones aumentan de frecuencia y llevo a mi mujer al hospital. Paso toda la noche allí y, por la mañana, nace Mòtic.

Fast Forward, play, 30 de diciembre de 2014, Pekín. Zètic entiende que ha llegado el momento, que dejamos China para siempre. No parece afectado. Llevamos la documentación, toda la ropa del niño, tantas minicintas de vídeo como cabían en la maleta... Antes de subir al coche, la *ayi* baja a despedirnos. Se seca unas lágrimas. Ha visto nacer y crecer al pequeño. Es la primera vez que la veo llorar en los doce años que la conozco. La mujer a la que contraté para limpiar la casa antes incluso de conocer a mi mujer y que luego nos ayudaba con la comida y a cuidar de los niños se ha convertido, nunca mejor dicho, en una *ayi* en el sentido literal, una tía, un miembro de la familia.

En el aeropuerto, los suegros también disimulan como pueden las lágrimas. No saben cuándo volverán a ver a su nieto. Pero, sobre todo, empiezan a hacerse a la idea de que su hija y los dos niños pronto iniciarán una etapa muy lejos de casa. Ya nada volverá a ser igual.

Fast forward, marzo de 2015, Pekín. Mòtic está inmenso. Parece una bola, de tan gordo que se ha puesto. Me he perdido sus dos primeros meses de vida. Ha llegado en un momento de cambios, no pasa nada. En pocos días, nos vamos los tres y nuestra casa ya no será Pekín, sino Barcelona. En ese breve regreso a una China que siento como mía, por un momento me parece que vuelvo a la normalidad y estoy tentado de coger la cámara y contar la primera historia que me llama la atención. Que si las minas de bitcoins. Que si las fábricas de *likes* o *followers* de redes sociales. Que si... Es lo que sé hacer, es lo que me sale. Pero... No. Ya no me toca a mí. Ahora sí, termino una etapa. *STOP*.

China Fast Forward
Sergi Vicente

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Nikada / Getty Images

© Sergi Vicente Martínez, 2018

© de la traducción del catalán, Agnès Gonzàlez Dalmau, 2018

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-9942-556-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

PENINSULA ODISEAS

China Fast Forward

Sergi Vicente

